



La joven
de la perla

LA HISTORIA DE UNA FASCINACIÓN

Tracy Chevalier

Tracy Chevalier

La joven de la perla

1664

Mi madre no me avisó de que iban a venir. Luego me dijo que no quería que se me notara nerviosa. Me sorprendió, porque creía que me conocía bien. Los desconocidos siempre pensaban que era una persona tranquila. No me echaba a llorar como una niña pequeña. Sólo mi madre advertía la tensión en mi mandíbula, mis ojos aún más abiertos de lo que ya de por sí solía tenerlos.

Estaba picando las verduras en la cocina cuando oí voces en la puerta de la casa —una voz de mujer, brillante como latón bruñido, y otra de hombre, apagada y oscura como la madera de la mesa en la que estaba trabajando—. Eran un tipo de voces que raramente oíamos en nuestra casa. Imaginé espesas alfombras al oírlas, y libros y perlas y pieles.

Me alegré de haber fregado con un cuidado especial los escalones de la entrada.

Oí la voz de mi madre —un puchero hirviendo, un cántaro— aproximándose desde la sala. Venían hacia la cocina. Aparté los puerros que estaba cortando, dejé el cuchillo sobre la mesa, me limpié las manos en el delantal y apreté los labios para suavizarlos.

Mi madre apareció en el umbral, sus ojos dos señales de atención. Tras ella, la mujer tuvo que agacharse de lo alta que era, más alta que el hombre que la seguía.

En mi familia éramos todos bajos, incluso mi padre y mi hermano.

Parecía que la mujer venía de luchar contra un vendaval, aunque no soplaba ni la más leve brisa aquel día. Del sombrero torcido se le escapaban unos ricitos rubios que le caían sobre la frente, como abejas a las que en repetidas ocasiones hizo ademán de espantar. El cuello del vestido, además de descolocado, estaba falto de plancha y apresto. Se retiró por debajo de los hombros el manto gris, y vi que bajo el vestido azul marino una criatura crecía en su vientre. Como para final de año o antes.

Tenía la cara ovalada, como una bandeja, luminosa en unos momentos y apagada en otros. Sus ojos eran dos botones castaño claro, un color que yo apenas había visto unido al pelo rubio. Hizo como si me observara detenidamente, pero fue incapaz de fijar la atención en mí; su mirada saltaba de un rincón a otro de la habitación.

—Así que ésta es la muchacha —dijo bruscamente.

—Sí, ésta es mi hija, Griet —respondió mi madre. Yo incliné respetuosamente la cabeza, a modo de saludo.

—No parece muy grande. ¿Será lo bastante fuerte?

Cuando la mujer se volvió a mirar al hombre, rozó con el manto el mango del cuchillo con el que yo había estado cortando las verduras, que cayó y se puso a girar por el suelo.

La mujer dio un grito.

—Catharina —dijo el hombre con voz pausada. Pronunció su nombre como si tuviera canela en la boca. La mujer se calló y trató de calmarse.

Yo me adelanté a recoger el cuchillo y, limpiando la hoja en el delantal, lo dejé sobre la mesa. Al caer, el cuchillo había movido un trozo de zanahoria. Lo devolví a su montón.

El hombre me miraba con sus ojos grises como el mar. Tenía una cara larga, angulosa, con una expresión imperturbable, en contraste con la de su mujer, que era tornadiza como la llama de una vela. No tenía ni barba ni bigote, y eso me gustaba, porque le daba un aspecto limpio. Llevaba una capa negra sobre los hombros, una camisa blanca y una fina gorguera de encaje. El sombrero ocultaba unos cabellos del color rojo de los ladrillos mojados por la lluvia.

—¿Qué estabas haciendo, Griet? —me preguntó.

Me sorprendió la pregunta, pero supe ocultar mi sorpresa.

—Picando las verduras para la sopa, señor.

Siempre colocaba las verduras formando un círculo en el que cada verdura ocupaba un segmento, como si fueran las porciones de una tarta. Había cinco: col roja, cebolla, puerro, zanahoria y nabo. Utilizaba la hoja del cuchillo para dar forma a cada porción y en el centro del círculo ponía una rodaja de zanahoria.

El hombre dio un golpecito en la mesa con un dedo.

—¿Están puestas en el orden en el que se echan a la sopa? —sugirió, estudiando el círculo.

—No, señor —dije dubitativa. No sabía explicar por qué había colocado así las verduras. Sencillamente las ponía como consideraba que debían ir, pero estaba demasiado asustada para decirle tal cosa a aquel caballero.

—Veo que has separado las blancas —dijo, señalando los nabos y las cebollas—. Y el naranja y el morado tampoco van juntos. ¿Por qué? —cogió un trocito de col roja y una rodaja de zanahoria y los agitó entre sus manos, como si fueran dados.

Yo miré a mi madre, que movió la cabeza en un leve gesto de asentimiento.

—Los colores se pelean cuando los pones juntos, señor.

Arqueó las cejas, como si no hubiera esperado esa respuesta.

—¿Y pasas mucho tiempo disponiendo las verduras antes de hacer la sopa?

—Oh, no, señor —contesté confusa. No quería que pensara que era una remolona.

Por el raballo del ojo percibí algo que se movía. Mi hermana, Agnes, estaba espiando junto a la puerta y había meneado la cabeza al oír mi respuesta. Yo no solía mentir. Bajé la vista.

El hombre se volvió ligeramente, y Agnes desapareció. Entonces soltó el trozo de col y el de zanahoria en sus segmentos respectivos. El de col cayó a medias en la cebolla. Me dieron ganas de acercarme y colocarlo meticulosamente en su sitio. No lo hice, pero él se dio cuenta de que quería hacerlo. Me estaba probando.

—Basta de charla —afirmó la mujer. Aunque estaba molesta con su marido por dedicarme toda esa atención, fue a mí a quien puso cara de malas pulgas—. ¿Mañana, entonces?

Miró al hombre antes de salir majestuosamente de la habitación, seguida por mí madre. El hombre echó una última ojeada a las verduras dispuestas para la sopa, me hizo un gesto con la cabeza y siguió a las mujeres.

Cuando volvió mi madre, yo estaba sentada junto al círculo de las verduras. Esperé a que empezara a hablar. Iba encorvada, como protegiéndose del frío del invierno, aunque era verano y hacía calor en la cocina.

—Mañana entras a trabajar de criada en su casa, te pagarán ocho *stuivers* al día. Vivirás con ellos.

Apreté los labios.

—No me mires así, Griet —dijo mi madre—. No nos queda más remedio. Tu padre ahora no puede seguir con el oficio.

—¿Dónde viven?

—En la Oude Langendijck, en el cruce con Molenpoort.

—¿En el Barrio Papista? ¿Son católicos?

—Podrás venir a casa los domingos. Se han avenido a ello.

Mi madre formó un cuenco con las manos alrededor de los nabos, lo llenó con éstos y con parte de la col y de la cebolla y lo echó todo al perol de agua que esperaba en el fuego. Las porciones de tarta que con tanto cuidado había formado quedaron deshechas.

Subí las escaleras en busca de mi padre. Estaba sentado junto a la ventana del desván y la luz le daba de lleno en la cara. Esto era lo más próximo a ver que alcanzaba ahora.

Padre había sido maestro azulejero, todavía tenía los dedos manchados de azul de pintar cupidos, doncellas, soldados, barcos, niños, peces, flores y animales en los azulejos blancos, que luego barnizaba, cocía en el horno y vendía. Un día explotó el horno, dejándolo sin vista y sin oficio. Y él tuvo suerte: otros dos hombres murieron en el accidente.

Me senté junto a él y le tomé la mano.

—Lo he oído —me dijo antes de que yo hubiera dicho una palabra—, lo he oído todo.

Su oído había adquirido toda la agudeza de la vista que le faltaba.

No se me ocurría nada que no sonara como un reproche.

—Lo siento, Griet. Me habría gustado poderte ayudar más.

En el sitio donde habían estado sus ojos, que el médico había cerrado cosiendo la piel, se dejaba ver su aflicción.

—Pero es un caballero bueno y justo. Te tratará bien. No dijo nada sobre la mujer.

—¿Por qué está tan seguro de ello, Padre? ¿Lo conoce?

—¿No sabes quién es?

—No.

—¿Recuerdas el cuadro que vimos en el Ayuntamiento hace unos años? Lo había expuesto Van Ruijven después de comprarlo. Era una vista de Delft desde las puertas de Rotterdam y de Schiedam. Con un cielo que ocupaba gran parte de la pintura y algunos de los edificios iluminados por el sol.

—Sí, uno que tenía arena mezclada con el óleo para que los ladrillos y las tejas parecieran ásperos —añadí yo—. Y se veían unas sombras muy largas en el agua y personas muy chiquitas en la orilla más cercana a nosotros.¹

—Ése mismo.

Las cuencas de los ojos de mi padre se dilataron, como si todavía tuviera pupilas y estuviera volviendo a mirar el cuadro.

Yo lo recordaba bien, recordaba haber pensado al verlo en todas las veces que me había parado en ese mismo lugar y nunca había visto Delft como lo había visto el pintor.

—¿Era Van Ruijven ese hombre?

¹ “View of Delft”: archivo adjunto [1]

—¿El patrón? —Padre ahogó una risita—. No, no, niña. Ése era el pintor, Vermeer. Ésos eran Johannes Vermeer y su esposa. Serás la encargada de limpiar su estudio.

A las escasas pertenencias que me llevaba, mi madre añadió otra cofia, otro cuello y otro delantal, a fin de que pudiera cambiármelos y lavarlos todos los días. También me dio una peineta de carey en forma de concha marina, que había sido de mi abuela y era demasiado refinada para una criada, y un libro de rezos para que leyera cuando necesitara aislarme del catolicismo del que iba a verme rodeada.

Mientras reuníamos mis pertenencias, me explicó por qué iba a trabajar con la familia Vermeer.

—Ya sabes que tu nuevo amo es uno de los Hermanos Mayores de la Hermandad de San Lucas, y ya lo era el año pasado cuando tu padre tuvo el accidente.

Asentí, todavía impresionada por ir a trabajar con un artista de su talla.

—La Hermandad cuida de sus miembros lo mejor que puede. ¿Te acuerdas del cepillo al que ha estado dando dinero tu padre durante años? Ese dinero se destina a los maestros necesitados. Pero ya ves que no nos llega, sobre todo mientras Frans esté haciendo su aprendizaje y no entre más dinero en casa. No nos queda más remedio. No recurriremos a la caridad pública mientras podamos arreglárnoslas por nuestra cuenta. Pero tu padre se enteró de que tu nuevo amo buscaba una criada que fuera capaz de limpiar su estudio sin mover nada y dio tu nombre, pensando que era probable que Vermeer, siendo Hermano Mayor y sabiendo nuestra situación, intentara ayudarnos.

Yo fui al grano:

—¿Cómo se limpia una habitación sin mover nada?

—Pues claro que tendrás que mover las cosas, pero tienes que encontrar la manera de volver a dejarlas tal cual estaban, como si no las hubieras tocado. Lo mismo que haces para tu padre desde que no ve.

Después del accidente nos habíamos acostumbrado a dejar siempre las cosas en el mismo sitio, allí donde él sabía encontrarlas. Pero una cosa era hacer esto para un ciego y otra muy distinta para un hombre con ojos de pintor.

Agnes no me dijo nada después de la visita. Cuando me acosté a su lado en la cama aquella noche, se quedó callada, pero tampoco me dio la espalda. Permaneció con la vista clavada en el techo. Cuando apagué la vela, en la oscuridad total no se distinguía nada. Me volví hacia ella.

—Sabes bien que no quiero irme. Pero tengo que hacerlo.

Silencio.

—Necesitamos el dinero. Desde que Padre tuvo el accidente no entra nada de dinero en casa.

—Ocho *stuivers* al día no es tanto dinero.

La voz de Agnes era muy ronca, como si tuviera telas de araña en la garganta.

—Con ese dinero puede comer pan toda la familia. Y un poco de queso. Es más de lo que parece.

—Me quedaré sola. Me dejas sola. Primero Frans y ahora tú.

Agnes había sido la que más se había apenado con la marcha de Frans, el año anterior. Los dos solían pelearse como el perro y el gato, pero Agnes se pasó varios días enfurruñada cuando se fue él. Tenía diez años, era la más pequeña de los tres hermanos y no había estado nunca sin nosotros alrededor.

—Madre y Padre seguirán aquí. Y yo vendré los domingos. Además tampoco tenía por qué sorprenderte tanto que Frans se fuera.

Hacía años que sabíamos que nuestro hermano empezaría su aprendizaje cuando cumpliera trece años. Nuestro padre había ahorrado con ahínco para poder costearle el aprendizaje y le gustaba hablar de cómo Frans aprendería nuevos aspectos del oficio y luego volvería y establecerían juntos una fábrica de azulejos.

Ahora nuestro padre se limitaba a sentarse junto a la ventana y nunca hablaba del futuro.

Después del accidente, Frans había pasado dos días en casa y no había vuelto desde entonces. La última vez que lo había visto, había ido yo a la fábrica en la que trabajaba de aprendiz, en el extremo opuesto de la ciudad. Parecía exhausto y tenía quemaduras en los brazos de sacar los azulejos del horno. Me dijo que trabajaba desde que salía el sol y hasta tan tarde que a veces estaba demasiado cansado incluso para comer.

—Padre nunca me dijo que iba a ser así —musitó resentido—. Siempre decía que él le debía todo a su aprendizaje.

—Tal vez fue así —le respondí—. Tal vez también le deba su situación actual.

A la mañana siguiente, cuando me estaba yendo, mi padre salió a tientas hasta la puerta. Abracé a mi madre y a Agnes.

—Enseguida llegará el domingo —dijo mi madre.

Mi padre me entregó algo envuelto en un pañuelo.

—Para que te acuerdes de casa —dijo—. De nosotros.

Era mi azulejo favorito. La mayoría de los azulejos pintados por mi padre que teníamos en casa eran defectuosos —estaban desportillados, mal cortados o tenían la imagen borrosa debido a un horno demasiado caliente—. Éste, sin embargo, mi padre lo había guardado especialmente para nosotros. Era una sencilla imagen con dos figuras, un niño y una niña. No estaban jugando, como se solía representar a los niños en los azulejos. Simplemente avanzaban por un camino y se parecían a Frans y a mí andando juntos; estaba claro que mi padre había pensado en nosotros mientras lo pintaba. El chico iba ligeramente adelantado, pero se había vuelto a decir algo. Tenía cara de pillastre y el pelo revuelto. La niña llevaba la cofia como la llevaba yo —y no como la llevaban la mayoría de las niñas, con las cintas anudadas bajo la barbilla o en la nuca—. A mí me gustaba más un tipo de cofia que me cubría totalmente el cabello y se plegaba en un ancho reborde, que terminaba en punta a ambos lados de mi cara, ocultándome el perfil; sólo de frente se me veía la expresión. Yo siempre la mantenía bien tiesa hirviéndola con mondas de patata.

Me alejé de la casa con mis cosas en un hatillo. Todavía era temprano: nuestros vecinos echaban cubos de agua en los escalones y en la calle delante de sus puertas, y los fregaban. Agnes lo haría ahora en nuestra casa. Así como muchas otras de mis tareas. Tendría menos tiempo para jugar en la calle y junto a los canales. Su vida también iba a cambiar.

La gente me saludaba al pasar con un movimiento de cabeza y me miraba con curiosidad. Nadie me preguntó adónde iba o me dijo una palabra amable. No necesitaban hacerlo, sabían lo que sucedía en las familias cuando el hombre se quedaba sin los medios de ganarse la vida. Sería algo de lo que hablarían más tarde: la pequeña Griet ha entrado a servir, el accidente de su padre ha llevado a la familia a la ruina. No se refocilarían, sin embargo. Lo mismo podría pasarles a ellos.

Había andado toda mi vida por aquella calle, pero nunca había sido tan consciente de que dejaba mi casa atrás. No obstante, cuando torcí al llegar al final de la calle y desaparecí de la visión de mi familia, me resultó más fácil caminar recta y mirar a mi alrededor. La mañana estaba todavía fresca. Nubes grisáceas, bajas, envolvían Delft como una sábana; el sol del verano no estaba aún lo bastante alto para disiparlas con su calor. Iba caminando por la orilla de un canal que era un espejo de luz blanca tintada de verde. A medida que el sol se hiciera más fuerte, el canal se oscurecería hasta tomar el color del musgo.

Frans, Agnes y yo solíamos sentarnos junto a este canal y le tirábamos cosas —guijarros, palitos, una vez un azulejo roto—, y nos imaginábamos a qué le darían al llegar al fondo —no a qué peces, sino a qué criaturas de nuestra imaginación, con muchos ojos, escamas, manos y aletas—.

Frans se imaginaba los monstruos más interesantes. Agnes era la que más se asustaba. Yo siempre interrumpía el juego, demasiado dada a ver las cosas como eran para ser capaz de imaginarme lo que no existía.

Había unos cuantos barcos en el canal, yendo en dirección a la Plaza del Mercado. Pero no era día de mercado; los días de mercado eran tantas las embarcaciones que había en el canal que no se veía el agua. Una barcaza llevaba pescado del río hacia los puestos del puente Jeronymous. Otra iba muy hundida con el peso de la carga de ladrillos. El hombre que la guiaba con la pértiga me gritó un saludo. Yo se lo devolví con un mero movimiento de cabeza y luego bajé la vista, de modo que el borde de la cofia me ocultó la cara.

Crucé el puente sobre el canal y giré hacia el espacio abierto de la Plaza del Mercado, ya muy concurrida a esa temprana hora con todos los que tenían que pasar por ella en su camino hacia alguna tarea: comprar carne en la Lonja de la Carne, o pan en el horno, o pesar la madera en la Báscula Municipal. Los niños hacían recados para sus padres, los aprendices para sus maestros, las criadas para sus señores. Los caballos y los carros restallaban en el empedrado. A mi derecha, el Ayuntamiento, con su fachada dorada y sus rostros de mármol blanco mirando a la calle desde los dinteles de las ventanas. A mi izquierda, la Iglesia Nueva, donde yo había sido bautizada hacía dieciséis años. Su alta y estrecha torre me hizo pensar en una jaula de piedra. Una vez habíamos subido con mi padre hasta arriba. Nunca olvidaré la vista de Delft que se extendió bajo nosotros. Para siempre quedaron grabadas en mi memoria las estrechas casas de ladrillo, sus rojos tejados, los verdosos cursos de agua y las diversas puertas de la ciudad. Le había preguntado a mi padre entonces si todas las ciudades holandesas eran iguales que ésta, pero él no lo sabía. Nunca había estado en otra, ni siquiera en La Haya, que estaba tan sólo a dos horas de distancia, andando.

Me dirigí al centro de la plaza. Allí las piedras del empedrado formaban una estrella de ocho puntas en el interior de un círculo. Cada punta señalaba hacia un barrio de Delft. Me parecía que era el centro mismo de la ciudad y el centro de mi propia vida. Frans y Agnes y yo habíamos jugado en esa estrella desde que fuimos lo bastante grandes para correr hasta el mercado. En nuestro juego favorito, uno de nosotros escogía una punta y otro nombraba una cosa —cigüeña, iglesia, carretilla, flor—, y entonces corríamos en esa dirección en busca de la cosa nombrada. De esta forma habíamos explorado casi toda la ciudad.

Había una punta, sin embargo, que nunca había seguido. Nunca había ido al Barrio Papista, donde vivían los católicos. La casa en la que iba a trabajar no estaba a más de diez minutos de la mía, el tiempo que tardaba en hervir un puchero de agua, pero yo nunca había pasado por allí.

No conocía a ningún católico. No había muchos en Delft, y ninguno en nuestra calle ni en las tiendas que frecuentábamos. No se trataba de que los evitáramos, sino de que vivían apartados. Eran tolerados en Delft, pero no se esperaba que exhibieran abiertamente su fe. Celebraban sus misas en privado, en lugares modestos que desde fuera no parecían iglesias.

Mi padre había trabajado con católicos y me había contado que no eran diferentes de nosotros. En todo caso, eran menos solemnes. Les gustaba comer y beber y cantar y apostar. Lo decía casi con envidia.

Ahora seguí esa punta de la estrella, cruzando la plaza más despacio que nadie, pues tenía dejar atrás el mundo que me era conocido. Crucé el puente sobre el canal y giré a la izquierda por la Oude Langendijck. A mi izquierda el canal corría paralelo a la calle, separándola de la Plaza del Mercado.

En la intersección con la Molenpoort, había cuatro niñas sentadas en un banco junto a la puerta abierta de una casa. Estaban colocadas en orden de edad, desde la mayor, que parecía de la edad de Agnes, a la más pequeña, que tendría unos cuatro años. Una de las niñas del medio tenía una criatura en las rodillas, un niño o una niña que probablemente ya gateaba y no tardaría en andar.

Cinco hijos, pensé. Y otro en camino.

La mayor estaba haciendo pompas en una concha sujeta al extremo de una cañita hueca, muy parecida a la que mi padre nos había hecho a nosotros. Las otras saltaban reventando las pompas a medida que salían. La niña que tenía a la criatura en el regazo no podía moverse mucho y apenas alcanzaba a tocar una burbuja, pese a estar sentada al lado de la que las estaba haciendo. La más pequeña, entre que estaba en el extremo opuesto y que era más baja, apenas tenía posibilidad de llegar a ellas. La penúltima era la más rápida y se lanzaba tras las pompas palmoteando en el aire. Tenía el pelo más claro de las cuatro, rojo como los ladrillos de la pared que había detrás. La más joven y la que cargaba a la criatura en brazos tenían el pelo rubio rizado, como su madre, mientras que el de la mayor tenía el mismo rojo oscuro del de su padre.

Observé que la pelirroja clara aplastaba las pompas justo antes de que se deshicieran en las húmedas baldosas blancas y grises que formaban hileras diagonales delante de la casa. Ésta me traerá problemas, pensé.

—Mejor las aplastas antes de que toquen el suelo —dije—. Si no, habrá que volver a fregar las baldosas.

La niña mayor se apartó la caña de los labios. Cuatro pares de ojos se clavaron en mí con una mirada que no dejaba lugar a dudas de que eran hermanas. Vi en ellas varios de los rasgos de sus padres: unos ojos grises por aquí, unos castaños claros por allá, una angulosidad en el rostro, una impaciencia de movimientos.

—¿Eres la nueva criada? —me preguntó la mayor.

—Nos han mandado que vigiláramos a ver si llegabas —interrumpió la pelirroja clara sin darme tiempo a contestar.

—Cornelia, vete a buscar a Tanneke —dijo la mayor.

—Ve tú, Aleydis —le ordenó Cornelia, a su vez, a la más pequeña, la cual se me quedó mirando con unos ojos grises abiertos como platos, pero no se movió.

—Yo iré —la mayor debió de decidir que mi llegada era importante, después de todo.

—No. Yo iré —Cornelia dio un brinco y echó a correr por delante de su hermana mayor, dejándome sola con las dos niñas más tranquilas.

Miré a la criatura que se retorcía entre los brazos de la niña.

—¿Es niño o niña?

—Niño —contestó ella, con una voz suave cual almohadón de plumas—. Se llama Johannes. Nunca lo llames Jan —dijo estas últimas palabras como si fuera una coletilla familiar.

—Ya veo. ¿Y tú cómo te llamas?

—Lisbeth. Y ésta es Aleydis.

La más pequeña me sonrió. Las dos llevaban unos vestiditos marrones con cofia y delantal blancos muy limpios.

—¿Y la mayor?

—Maertge. Nunca la llames María. Nuestra abuela se llama María. María Thins. Esta casa es suya.

La criatura empezó a lloriquear. Lisbeth la meció en sus rodillas.

Levanté la vista hacia la casa. Era ciertamente más grande que la nuestra, pero no era todo lo grande que yo me había temido. Tenía dos pisos, además de la buhardilla, mientras que la nuestra sólo tenía uno y un pequeño desván. Hacía esquina, y la Molenpoort pasaba por uno de los laterales, de modo que era un poco más ancha que las otras casas de la calle. Daba la impresión de estar menos aprisionada que la mayoría de las viviendas de Delft, que se apretujaban en angostas hileras de ladrillo a lo largo de los canales, en cuyas aguas verdosas se reflejaban sus chimeneas y sus gabletes. Las ventanas del piso bajo de esta casa eran muy altas y en el primero había tres muy juntas, en lugar de las dos que tenían el resto de las casas de la calle.

Desde la fachada principal se veía la Iglesia Nueva, justo al otro lado del canal. Una extraña vista para una familia católica, pensé. Una iglesia en la que ni siquiera entrarían.

—Con que eres la nueva sirvienta —oí decir a alguien a mi espalda.

La mujer parada en el umbral tenía una cara ancha, picada con las marcas dejadas por alguna enfermedad. Su nariz parecía un bulbo irregular y sus gruesos labios se apretaban formando una boca pequeña. Los ojos eran azul claro, como si hubieran cogido un trozo de cielo. Llevaba un vestido de color pardo sobre una blusa blanca, una cofia firmemente anudada alrededor de la cabeza y un delantal que no estaba tan limpio como el mío. No se movió de donde estaba, bloqueando la puerta, de modo que Maertge y Cornelia tuvieron que empujarla a un lado para pasar, y me miró con los brazos cruzados, como si estuviera esperando un reto.

Ya se siente amenazada por mí, pensé. Si la dejo me avasallará.

—Me llamo Griet —dije, mirándola de frente—. Soy la nueva sirvienta.

La mujer se echó un poco a un lado.

—Entonces lo mejor es que entres ya —dijo, pasado un momento, y retrocedió hacia el oscuro interior, dejando libre el paso.

Yo crucé el umbral.

Lo que se me quedó grabado para siempre al entrar por primera vez en el zaguán fueron los cuadros. Traspasado el umbral me paré, agarrando con fuerza mi hatillo, y miré a mi alrededor. Ya había visto pinturas antes, pero nunca tantas en una sola habitación. Conté hasta once. El cuadro más grande representaba a dos hombres, casi desnudos, luchando. No reconocí la escena bíblica y pensé que sería un tema católico. Otros cuadros representaban cosas más conocidas: montones de fruta, paisajes, barcos en el mar, retratos. Parecían de pintores distintos. Me pregunté cuáles habría pintado mi nuevo amo. Ninguno era lo que yo había esperado de él.

Más tarde me enteré de que eran todos de otros pintores; él raramente se quedaba con cuadros suyos terminados. Además de artista era marchante, y había cuadros colgados en todas las habitaciones de la casa, incluso en donde dormía yo. En total había más de cincuenta, aunque el número variaba conforme negociaba con ellos o los vendía.

—Venga, no te quedes embobada mirando.

La mujer avanzó ligera por un largo pasillo que recorría todo un lateral de la casa, hasta la parte trasera de ésta. La seguí y ella giró bruscamente a la izquierda y entró en una habitación conmigo detrás. En la pared frente a la puerta colgaba una pintura más grande que yo. Era un Cristo en la Cruz, rodeado por la Virgen María, María Magdalena y San Juan. Intenté no mirarlo, pero su tamaño y el tema representado me impresionaron vivamente. «Los católicos no son diferentes a nosotros», me había dicho mi padre. Pero nosotros no teníamos pinturas como ésta en nuestras casas ni en nuestras iglesias ni en ninguna parte. Ahora tendría que ver esta pintura todos los días.

Siempre me referiría a esa habitación como el Cuarto de la Crucifixión. Y nunca me sentí a gusto en él.

Tanto me había impresionado el cuadro que hasta que no habló, no reparé en la mujer sentada en una de las esquinas del cuarto.

—Bien, muchacha —dijo—, parece que estás viendo algo nuevo para ti.

Estaba cómodamente sentada, fumando una pipa. Tenía los dientes marrones y los dedos manchados de tinta. El resto de su persona era impecable: su vestido negro, su cuello de encaje, su cofia blanca bien tiesa. Aunque había cierta severidad en su cara surcada de arrugas, sus ojos castaños parecían divertidos.

Tenía el aspecto de esas ancianas que piensan sobrevivirnos a todos.

Es la madre de Catharina, pensé de pronto. No se trataba sólo de que el color de sus ojos fuera el mismo, ni de que los rizos de pelo gris se le escaparan de la cofia de la misma forma que a su hija. Tenía las maneras de quien está acostumbrada a cuidar de alguien menos capacitado que ella, de cuidar a Catharina. Entendí por qué había sido llevada a su presencia en lugar de a la de su hija.

Aunque fingió que apenas se fijaba en mí, su mirada era atenta. Cuando entrecerró los ojos me di cuenta de que me había adivinado el pensamiento. Volví la cabeza pensando que la cofia me ocultaría la cara.

María Thins chupó su pipa y ahogó una risita.

—Está bien, muchacha. Aquí has de guardarte para ti lo que pienses. Vas a trabajar para mi hija. Ahora no está. Ha salido a la compra. Tanneke te enseñará la casa y te explicará cuáles son tus tareas.

Yo asentí con un movimiento de cabeza.

—Sí, señora.

Tanneke, que había permanecido de pie a un lado de la anciana, me dio un pequeño empellón al pasar, y yo la seguí con los ojos de María Thins clavados en mi espalda. Volví a oír la risita.

Tanneke me llevó primero a la parte de atrás de la casa, donde estaban la cocina, el lavadero y las dos despensas. Del lavadero se salía a un pequeño patio lleno de ropa blanca tendida.

—Para empezar, hay que planchar todo esto —dijo Tanneke.

Yo no dije nada, aunque me pareció que la colada todavía no había sido puesta a clarear al sol del mediodía. Luego me condujo de nuevo adentro y me señaló un agujero en el suelo de una de las despensas, con una escalera de mano apoyada dentro.

—Ahí dormirás tú —me anunció—. Deja tus cosas, más tarde te acomodas.

Yo dejé caer mi hatillo de mala gana en aquel agujero oscuro, pensando en las piedras que Agnes y Frans y yo habíamos tirado a las aguas del canal para descubrir monstruos. Mis pertenencias cayeron con un ruido sordo en el suelo de tierra. Me sentí como un manzano que pierde sus frutos.

Seguí a Tanneke de vuelta por el pasillo, al que se abrían todas las habitaciones, muchas más habitaciones que en nuestra casa. Al lado del Cuarto de la Crucifixión, donde se sentaba María Thins, hacia el frente de la casa, había un cuarto de menor tamaño con camas y sillas pequeñas, orinales y una mesa sobre la que se acumulaban cacharros, palmatorias, apagavelas y ropa, todo revuelto.

—Aquí es donde duermen las niñas —masculló Tanneke, tal vez avergonzada por el desorden.

Giró de nuevo y abrió una puerta que daba a una gran habitación, donde entraba un raudal de luz por las ventanas de la fachada e inundaba el suelo de baldosas rojas y grises.

—La Sala Grande —susurró—. Aquí duermen el señor y la señora.

Sobre el lecho pendían cortinas de seda verde. Había otros muebles en la estancia: un gran armario taraceado con ébano y una mesa de madera clara arrimada a las ventanas con varias sillas de cuero de estilo español a su alrededor. Pero de nuevo lo que realmente me impresionó fueron los cuadros. En esta habitación había más que en ninguna otra. Los conté en voz baja y salieron diecinueve. La mayoría eran retratos —parecían miembros de ambas familias—. Pero también había un cuadro de la Virgen y otro de los Reyes Magos adorando al Niño Jesús. Los miré incómoda.

—Y ahora, arriba.

Tanneke subió delante de mí las empinadas escaleras y se llevó un dedo a los labios. Subí haciendo el menor ruido posible. Al llegar arriba miré a mi alrededor y vi una puerta cerrada. Tras ella había un silencio que supe que era suyo.

Me quedé quieta, con los ojos fijos en aquella puerta, sin atreverme a moverme por miedo a que se abriera y saliera él.

Tanneke se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Te encargarás de limpiar ahí dentro, la señora joven te lo explicará más tarde. Y esas habitaciones —señaló las puertas que daban a la parte de atrás de la casa— son las habitaciones de mi ama. Sólo yo entro a limpiarlas.

Volvíamos a bajar. Cuando estuvimos de vuelta en el lavadero, Tanneke dijo:

—Te encargarás de lavar la ropa de la casa —señaló hacia una inmensa pila de ropa sucia, se veía que se les habían ido amontonando las coladas. Tendría que vérmelas y deseármelas para ponerme al día con el lavado y el planchado—. Hay una cisterna en la cocina, pero lo mejor es que el agua de lavar vayas a buscarla al canal, en esta parte de la ciudad va bastante limpia.

—Tanneke —dije en voz baja—, ¿hasta ahora hacías tú todo esto? ¿La comida y la limpieza y la colada de toda la casa?

Había escogido las palabras apropiadas.

—Y *también* algo de la compra —Tanneke parecía orgullosa de su propia diligencia—. El ama joven hace la mayor parte, claro, pero cuando está embarazada no soporta la carne y el pescado crudos. Y eso es *frecuente* —añadió en un susurro—. Tú te encargarás de ir a la Lonja de la carne y a los puestos del pescado. Ésa será otra de tus tareas.

Y dicho esto me dejó con la colada. Conmigo éramos ahora diez en la casa, uno de ellos una criatura de pañales que manchaba más que el resto. Hacía colada todos los días; el agua y el jabón me agrietaban las manos, el vapor me abrasaba la cara, me dolía la espalda de levantar el peso de la ropa húmeda y tenía los brazos llenos de quemaduras de la plancha. Pero era nueva y joven y, por consiguiente, me daban las tareas más pesadas.

Tenía que poner la colada a remojo un día entero antes de lavarla. En la despensa encontré dos jarras de estaño y un hervidor de cobre. Cogí las jarras y recorrí el largo pasillo hasta la puerta principal.

Las niñas estaban sentadas en el banco. Ahora era Lisbeth la que hacía las pompas, mientras que Maertge daba de comer al pequeño Johannes pan mojado en leche. Cornelia y Aleydis intentaban coger las pompas. Cuando aparecí en el umbral, todas dejaron de hacer lo que estaban haciendo y me miraron expectantes.

—Eres la nueva criada —afirmó la niña pelirroja clara.

—Sí, Cornelia.

Cornelia cogió un guijarro y lo echó al canal, al otro lado de la calle. Tenía el brazo lleno de arañazos de arriba abajo; debía de haber estado molestando al gato de la casa.

—¿Dónde vas a dormir? —preguntó Maertge, limpiándose los dedos pringosos en el delantal.

—En la bodega.

—Nos gusta mucho bajar a la bodega —dijo Cornelia—. Vamos a jugar allí ahora.

Se abalanzó dentro de la casa, pero no llegó muy lejos. Cuando vio que nadie la había seguido, volvió a salir con cara de enfado.

—Aleydis —dije, extendiendo la mano hacia la más pequeña—, ¿me enseñas dónde puedo coger agua del canal?

Me dio la mano y levantó la vista hacia mí. Sus ojos parecían dos brillantes monedas de plata. Cruzamos la calle, con Cornelia y Lisbeth detrás. Aleydis me llevó a unas escaleras que bajaban hasta el agua. Mientras la mirábamos desde arriba, apreté su mano con fuerza, como había hecho años antes con Frans y Agnes siempre que estábamos cerca del agua.

—Alejaos de la orilla —les ordené. Y Aleydis obedeció y dio un paso atrás. Pero Cornelia bajó las escaleras pegada a mí.

—¿Me vas a ayudar a acarrear el agua, Cornelia? Porque si no, ya puedes volver junto a tus hermanas.

Me miró, y entonces hizo lo peor que podía hacer. Si se hubiera enfurruñado o hubiera gritado, sabría que la había conquistado. Pero se echó a reír.

Yo me acerqué y le di una bofetada. Se le puso la cara roja, pero no lloró. Subió corriendo las escaleras. Aleydis y Lisbeth me miraban solemnes.

Tuve entonces la sensación de que sería igual con su madre, salvo que a ella no le podría dar una bofetada.

Llené las jarras y las llevé a la cima de la escalera. Cornelia había desaparecido. Maertge seguía sentada en el mismo sitio con Johannes. Llevé una de las jarras a la cocina, donde encendí el fuego, llené el hervidor de cobre y lo puse a calentar.

Cuando volví a salir, Cornelia estaba de nuevo fuera, todavía con la cara encendida. Las niñas jugaban con una peonza sobre las baldosas grises y blancas. Ninguna de ellas me miró.

La jarra que había dejado allí llena había desaparecido. Miré al canal y la vi flotando, volcada, fuera de mi alcance desde las escaleras.

—Menudo bicho eres —murmuré para mis adentros.

Miré a mi alrededor en busca de un palo con el que pescar la jarra, pero no encontré nada. Entonces llené la otra y la llevé dentro, volviendo la cara hacia otro lado para que las niñas no vieran mi disgusto. Dejé la jarra al lado del hervidor y volví a salir, esta vez con una escoba.

Cornelia estaba tirando piedras a la jarra, probablemente con la idea de hundirla.

—Te daré otra bofetada si no paras de hacer eso.

—Se lo voy a decir a nuestra madre. Las criadas no pueden pegarnos —Cornelia tiró otra piedra.

—¿Quieres que le diga a tu abuela lo que has hecho?

Una expresión de temor cruzó el rostro de Cornelia. Tiró las piedras que tenía en la mano.

Una barcaza avanzaba por el canal desde el Ayuntamiento. El hombre que la llevaba era el mismo que había visto aquella mañana: había dejado su cargamento de ladrillos y ahora la barcaza no iba tan hundida en el agua. Sonrió al verme.

Yo me sonrojé.

—Por favor, señor —empecé—, ¿me podría ayudar a rescatar esa jarra?

—Así que ahora que quieres algo de mí te dignas mirarme. ¡Qué cambio!

Cornelia me miraba con curiosidad. Yo tragué saliva.

—No puedo alcanzarla desde aquí. ¿No podría usted...?

El hombre sacó medio cuerpo fuera de la barca y pescó la jarra, la vació y me la alargó. Yo bajé corriendo los escalones y la cogí.

—Gracias. Le estoy muy agradecida.

Él no la soltó.

—¿Eso es todo lo que me das a cambio? ¿Ni siquiera un beso? —se acercó y me agarró de la manga. Yo me solté de un tirón y le arrebaté la jarra.

—Otro día —dije con el tono más alegre que pude. Nunca se me dieron bien las conversaciones de este tipo. Él se rió.

—Pues desde ahora cada vez que pase por aquí miraré a ver si hay alguna jarra en el agua, ¿no, jovencita? —le guiñó un ojo a Cornelia—. Jarras y besos —agarró la pértiga y, hundiéndola en el agua, se alejó.

Al subir las escaleras, de vuelta a la calle, me pareció ver movimiento en la ventana del medio del primer piso, la de su estudio. La observé, pero no vi nada salvo el reflejo del cielo.

Catharina volvió cuando yo estaba recogiendo la ropa seca en el patio. Primero oí el entrechocar de sus llaves en el pasillo. Le colgaban en un gran manojito justo debajo de la cintura y le daban en la cadera. Aunque a mí me pareció que debía de ser una incomodidad, ella las llevaba con mucho orgullo. Luego la oí en la cocina, dándole órdenes a Tanneke y al chico que le había traído la compra desde el mercado. Les hablaba a ambos en un tono desabrido.

Yo seguí descolgando y doblando las sábanas, las servilletas, las fundas de almohada, los manteles, las camisas, los camisones, los delantales, los pañuelos, los cuellos y las cofias. Todo ello había sido tendido de mala manera, sin estirar como es debido, y algunas prendas estaban todavía húmedas en algunas partes. Tampoco las habían sacudido antes de tenderlas, así que también estaban muy arrugadas. Tendría que pasarme el día planchando para dejarlas presentables.

Catharina apareció en la puerta, cansada y acalorada, aunque el sol todavía no estaba del todo alto. Por debajo del vestido azul le asomaba, no sin cierto desarreglo, una blusa, y el delantal verde que llevaba encima ya estaba arrugado. Su pelo rubio parecía aún más rizado de lo que solía tenerlo, especialmente dado que no llevaba cofia que se lo alisara. Los rizos luchaban con las peinetas que sujetaban el moño.

Parecía necesitada de sentarse un rato junto al canal, dónde la visión del agua la refrescara y la calmara.

Yo no estaba muy segura de cómo debía comportarme con ella: era la primera vez que estaba de criada y en nuestra casa nunca había habido sirvientas, ni tampoco en nuestra calle. Nadie podía pagarlas. Puse la ropa que estaba doblando en una cesta y la saludé con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, señora.

Hizo una mueca, y yo me di cuenta de que tenía que haberla dejado hablar la primera. En lo sucesivo tendría que tener más cuidado con ella.

—¿Te ha enseñado la casa Tanneke? —me preguntó.

—Sí, señora.

—Bien. Entonces ya sabrás lo que hay que hacer y no tendrás más que hacerlo... —dudó, como buscando la palabra, y a mí se me ocurrió que ella tenía tan poca idea de cómo ser mi ama como yo de cómo ser su criada. Probablemente a Tanneke la había enseñado María Thins, a cuyas órdenes estaba todavía, al margen de lo que le dijera o dejara de decir Catharina.

Tendría que ayudarla sin parecer que la estaba ayudando.

—Tanneke me ha explicado que, además de la colada, deseáis que vaya a comprar la carne y el pescado, señora —sugerí educadamente.

A Catharina se le iluminó la cara.

—Así es. Ella te acompañará cuando acabes de lavar. Después irás todos los días tú sola. Y también a otros recados que yo te mande —añadió.

—Sí, señora —esperé. Cuando ella no dijo nada más, alcé los brazos para descolgar de la cuerda de la ropa una camisa de lino de hombre.

Catharina se quedó mirando la camisa.

—Mañana —me anunció mientras yo la doblaba— te enseñaré dónde tienes que limpiar en el piso de arriba. Temprano, lo primero que hagas por la mañana.

Antes de que hubiera podido contestarle había desaparecido en el interior de la casa.

Después de descolgar toda la colada, busqué la plancha, la limpié y la puse a calentar sobre el fuego. Acababa de empezar a planchar cuando Tanneke entró en el cuarto y me puso una cesta de la compra en la mano.

—Vamos a la carnicería ahora —dijo—. Voy a necesitar la carne enseguida.

Ya me había llegado un estrépito de cacharros desde la cocina y el olor a nabos asados.

Fuera, Catharina estaba sentada en el banco delante de la casa, con Lisbeth en un taburete a sus pies y Johannes dormido en la cuna. Estaba peinando y despiojando a Lisbeth. Cornelia y Aleydis cosían a su lado.

—No, Aleydis —decía Catharina—, tienes que tirar más fuerte del hilo; así queda demasiado flojo. Enséñale tú, Cornelia.

No se me había pasado por la cabeza que pudieran estar tan tranquilas juntas.

Maertge se acercó corriendo desde el canal.

—¿Vais al mercado? ¿Me dejas ir con ellas, mamá?

—Sólo si no te separas de Tanneke y la obedeces.

Me agradó que Maertge viniera con nosotras. Tanneke todavía estaba recelosa de mí, pero Maertge era alegre y rápida y eso lo hacía todo más fácil.

Le pregunté a Tanneke que cuánto tiempo llevaba trabajando para María Thins.

—¡Oh, mucho! —dijo—. Entré unos años antes de que la señora joven se casara y el matrimonio se viniera a vivir aquí. No era mayor que tú cuando empecé. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Yo tenía catorce cuando entré —dijo Tanneke en tono triunfal—. Llevo media vida trabajando con ellos.

Yo no me habría sentido orgullosa de esto. El trabajo la había estropeado mucho y parecía mayor de los veintiocho años que decía tener.

La Lonja de la Carne estaba justo detrás del Ayuntamiento, al suroeste de la Plaza del Mercado. Dentro había treinta y dos puestos; en Delft había treinta y dos carniceros desde hacía varias generaciones. Había mucho trasiego de criadas y amas de casa eligiendo, regateando y comprando la carne para sus familias, y hombres que transportaban reses muertas de un lado a otro. El serrín absorbía la sangre y se te pegaba a los zapatos y a los bajos del vestido. El fuerte olor a sangre que impregnaba el aire me produjo un escalofrío, aunque hubo un tiempo en que había ido allí todas las semanas y debería estar acostumbrada. Pero con todo, me gustó encontrarme en un sitio que me resultaba familiar. Cuando avanzábamos entre los puestos, el carnicero donde solíamos comprar nosotros antes del accidente de mi padre me llamó. Yo le sonreí, aliviada de ver una cara conocida. Era la primera vez que había sonreído en todo el día.

Era raro conocer a tantas personas nuevas y ver tantas cosas nuevas en una sola mañana y hacerlo de una forma muy diferente de como había sido mi vida hasta entonces. Antes, cuando conocía a alguien nuevo siempre había sido rodeada de mi familia y de mis vecinos. Si iba a algún sitio nuevo, lo hacía acompañada de Frans o de mi madre o mi padre y no me sentía amenazada. Lo nuevo se entretrejía con lo viejo, como el zurcido de un calcetín.

Frans me dijo poco después de empezar su aprendizaje que había estado a punto de escaparse, no por la dureza del trabajo, sino porque no soportaba enfrentarse cada día a lo desconocido. Lo único que le mantuvo allí fue saber que nuestro padre se había gastado todos sus ahorros en su aprendizaje y le habría obligado a volver inmediatamente si hubiera aparecido en la casa. Además, si se hubiera ido, cualquier otro sitio le habría resultado aún más desconocido.

Vendré a verte cuando esté sola —le dije al carnicero, y luego me apresuré a alcanzar a Tanneke y Maertge.

Se habían parado varios puestos más adelante. El carnicero de aquel en el que estaban era un hombre muy guapo, con unos brillantes ojos azules y unos rizos rubios que empezaban a canear.

—Pieter, ésta es Griet —dijo Tanneke—. Será ella la que venga a buscar la carne de la casa. La apuntarás en nuestra cuenta, como siempre.

Intenté mirarle a la cara, pero me resultaba imposible apartar los ojos de su delantal manchado de sangre. Nuestro carnicero siempre llevaba el delantal limpio cuando estaba en el puesto y se lo cambiaba cada vez que se lo manchaba.

—¡Ajá! —Pieter me miró como si yo fuera un pollo cebado que estaba considerando poner a asar—. ¿Qué te vas a llevar hoy, Griet?

Me volví hacia Tanneke.

—Cuatro libras de costillas y una libra de lengua —pidió ella.

Pieter sonrió.

—¿Qué le parece ésta, señorita? —dijo, dirigiéndose a Maertge—. ¿Acaso no vendo la mejor lengua de la ciudad?

Maertge asintió con un movimiento de cabeza, riéndose mientras contemplaba la exhibición de salchichas, manitas de cerdo, costillas, lomos y solomillos.

—Ya te darás cuenta, Griet, de que tengo la mejor carne y la báscula más honrada del mercado —comentó mientras pesaba la lengua—. No tendrás motivos de queja conmigo.

Miré su delantal y tragué saliva. Pieter puso las costillas y la lengua en la cesta que llevaba yo, me guiñó un ojo y se volvió para atender a la siguiente cliente.

Seguidamente nos dirigimos a los puestos del pescado, que estaban al lado de la Lonja de la Carne. Las gaviotas revoloteaban sobre ellos, a la espera de las cabezas y las tripas que los pescaderos arrojaban al canal. Tanneke me presentó al pescadero de la casa, que también era otro distinto del nuestro. Un día iría a por carne y al siguiente a por pescado.

Al terminar las compras yo no quería volver a la casa, a Catharina y las niñas sentadas en el banco. Quería irme a mi propia casa. Quería entrar en la cocina de mi madre y entregarle la cesta llena de costillas. Hacía meses que no comíamos carne.

Catharina estaba peinando a Cornelia cuando volvimos. No me hicieron caso. Ayudé a Tanneke con la comida, atendiendo la carne que se asaba en el horno, llevando las cosas a la mesa, dispuesta en la Sala Grande, y cortando el pan.

Cuando la comida estuvo preparada, entraron las niñas y Maertge fue a ayudar a Tanneke en la cocina, mientras que las otras se sentaron a la mesa. Venía de meter la lengua en el barril de la carne, en la despensa —Tanneke la había olvidado fuera, y el gato estuvo a punto de alcanzarla—, cuando entró él de la calle y se paró en el umbral al final del pasillo, todavía con la capa y el sombrero puestos. Yo me quedé quieta, y él vaciló; estaba a contraluz, de modo que no podía verle la cara. No sabía si me estaba mirando. Un instante después desapareció en la Sala Grande.

Tanneke y Maertge se encargaron de servir la mesa mientras yo cuidaba del pequeño en el Cuarto de la Crucifixión. Cuando Tanneke terminó, se reunió conmigo y comimos y bebimos lo mismo que la familia: costillas, nabos, pan y cerveza. Aunque la carne de Pieter no era mejor que la de nuestro carnicero, me supo a gloria después de tanto tiempo sin probarla. El pan era de centeno, en lugar del pan moreno más barato que tomábamos nosotros, y la cerveza tampoco estaba tan aguada.

No serví la mesa de la familia en aquella comida, así que no lo vi. De vez en cuando oía su voz, por lo general unida a la de María Thins. Por su tono no había duda de que se llevaban bien.

Después de comer, Tanneke y yo recogimos y limpiamos los platos, luego fregamos los suelos de la cocina, del lavadero y de las despensas. Las paredes de la cocina y del lavadero estaban cubiertas de azulejos blancos, y el fogón era de azulejos de Delft azules y blancos, que tenían pintados pájaros en un lado y barcos y soldados respectivamente en los otros dos. Los examiné detenidamente, pero ninguno había sido pintado por mi padre.

El resto del día lo pasé planchando en el lavadero, sin descanso, salvo para alimentar el fuego, ir a buscar leña o salir un momento al patio para escapar del calor. Las niñas entraban y salían de la casa, jugando: unas veces venían a ver qué hacía yo o a atizar el fuego, otras para molestar a Tanneke, a la que encontraron dormida en la cocina, con el pequeño gateando a sus pies. No se sentían del todo a gusto conmigo, tal vez pensaban que iba a darles una bofetada. Cornelia me lanzaba miradas amenazadoras y no se quedaba mucho tiempo en el lavadero, pero Maertge y Lisbeth cogieron las ropas que había planchado y las guardaron en el armario de la Sala Grande, donde estaba durmiendo su madre.

—El último mes antes del parto se pasa la mayor parte del tiempo en la cama —me había confiado Tanneke—, recostada en las almohadas.

Después de comer, María Thins se había subido a sus habitaciones en el piso superior. Sin embargo, una vez en el transcurso de la tarde la oí en el pasillo y cuando levanté la vista estaba en la puerta del lavadero, observándome. No me dirigió la palabra, de modo que volví a mi plancha como si no estuviera allí. Pasado un momento, vi por el rabillo del ojo que movía afirmativamente la cabeza y luego se iba arrastrando los pies.

Él tenía un invitado arriba —oí subir a dos voces masculinas—. Más tarde, cuando las oí bajar, me asomé discretamente a la puerta del lavadero y los vi salir. El hombre que lo acompañaba era bastante grueso y llevaba una pluma en el sombrero.

Cuando oscureció encendimos las velas, y Tanneke y yo cenamos queso y cerveza con las niñas en el Cuarto de la Crucifixión, mientras que los otros cenaron lengua en la Sala Grande. Yo tuve buen cuidado de sentarme de espaldas al cuadro. Estaba tan agotada que apenas si podía pensar. En mi casa también trabajaba mucho, pero no era tan cansado como en una casa desconocida, donde todo era nuevo y siempre estaba tensa y seria. En casa podía reírme con mi madre o Agnes o Frans. Aquí no tenía a nadie con quien reírme.

Todavía no había bajado a la bodega, donde iba a dormir. Cogí una vela, pero localizada la cama, la almohada y la manta, estaba demasiado cansada para examinar mucho más. Dejando abierta la trampilla para que me entrara un poco de aire fresco, me descalcé, me quité la cofia, el delantal y el vestido, recé brevemente mis oraciones y me acosté. Estaba a punto de apagar la vela cuando reparé en el cuadro que estaba colgado a los pies de mi cama. Me incorporé, totalmente despabilada. Era otra representación de Cristo en la Cruz, más pequeña que la de arriba, pero todavía más inquietante. Cristo había echado la cabeza atrás, en un gesto de dolor, y María Magdalena tenía los ojos en blanco. Me metí en la cama cautelosamente, incapaz de apartar la vista de aquella escena. No podía imaginarme durmiendo en la misma habitación que aquella pintura. Quería descolgarla, pero no me atrevía. Finalmente, apagué la vela —no podía permitirme malgastar las velas en mi primer día en la casa—. Volví a tumbarme, con los ojos fijos en el sitio donde sabía que estaba colgado el cuadro.

Esa noche dormí mal, pese a lo cansada que estaba. Me desperté muchas veces, buscando el cuadro. Aunque no veía nada de lo que había en las paredes, tenía todos los detalles grabados en el cerebro. Por fin, cuando empezaba a clarear, la pintura volvió a aparecer ante mis ojos, y tuve la certeza de que la Virgen María me miraba desde allí.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, intenté no mirar al cuadro y, en su lugar, me puse a examinar el contenido de la bodega a la pálida luz que entraba por el ventanuco de la despensa, situada encima. No había mucho que ver: varias sillas amontonadas y cubiertas con un tapiz, otras cuantas sillas rotas un espejo y dos cuadros más, bodegones ambos, apoyados contra la pared. ¿Se daría cuenta alguien si sustituía la Crucifixión por una de aquellas naturalezas muertas?

Cornelia sí se daría cuenta. Y se lo diría a su madre. No sabía lo que opinaba Catharina —o el resto de los miembros de la familia— de que yo fuera protestante. Era una sensación curiosa el ser de pronto consciente de ello. Nunca había estado en inferioridad numérica.

Di la espalda al cuadro y subí la escalerilla. Se oían las llaves de Catharina en la parte delantera de la casa y fui a buscarla. Se movía con lentitud, como si estuviera todavía medio dormida, pero se esforzó por aparecer erguida cuando me vio. Me condujo al piso superior, subiendo muy despacio las escaleras, agarrada con fuerza al pasamanos a fin de elevar el inmenso bulto de su cuerpo.

A la puerta del estudio, rebuscó entre su manojito de llaves y la abrió. La habitación estaba a oscuras, los postigos cerrados: sólo se distinguían algunas formas gracias a los rayitos de luz que se colaban por las rendijas. Olía a aceite de linaza; el penetrante olor a limpio de la linaza me recordó al de las ropas de mi padre cuando regresaba de la fábrica de azulejos por la noche. Olía a madera y a hierba recién cortada.

Catharina se quedó en el umbral. Yo no me atreví a entrar antes que ella. Pasado un incómodo momento, me ordenó:

—Abre los postigos, pues. No los de la ventana de la izquierda. Sólo los de la del centro y los de la más alejada. Y de los de la del centro sólo los de abajo.

Crucé la habitación, contorneando un caballete y una silla, hasta la ventana del centro. Abrí la parte inferior de la misma y luego los postigos. No miré el lienzo que había en el caballete, no mientras Catharina siguiera observándome desde el umbral.

Bajo la ventana de la derecha habían puesto una mesa, y en esa misma esquina había una silla arrimada a la pared. El respaldo y el asiento de la silla eran de cuero estampado con un dibujo de flores amarillas y hojas.

—No muevas nada de lo que hay en aquella esquina. Eso es lo que está pintando.

Ni siquiera de puntillas llegaba a las ventanas y los postigos superiores. Tendría que subirme a una silla, pero no quería hacerlo delante de ella. Me ponía nerviosa, esperando en el umbral a que hiciera algo mal.

Consideré qué hacer.

Fue el pequeño el que me salvó: empezó a berrear en el piso de abajo. Catharina balanceó el cuerpo. Se impacientó al verme vacilar y finalmente bajó a atender a Johannes.

Me subí rápidamente a la silla, abrí la ventana superior, me asomé y empujé los postigos. Miré para abajo y vi a Tanneke fregando las baldosas delante de la casa. No se percató, pero un gato que cruzaba sigiloso las baldosas húmedas detrás de ella se paró y levantó la cabeza.

Abrí la ventana y el postigo inferior y me bajé de la silla. Algo se movió frente a mí y me quedé paralizada en el sitio. El movimiento cesó. Era mi reflejo en un espejo que estaba colgado en la pared entre las dos ventanas. Me miré. La luz me iluminaba de frente toda la cara y, aunque tenía un gesto de ansiedad o de culpabilidad, mi cutis era resplandeciente. Me observé, sorprendida, y luego me alejé. Ahora que tenía un rato examiné la habitación. Era un espacio grande, cuadrado, pero no tan largo como la Sala Grande de abajo. Con las ventanas abiertas era luminoso y aireado; tenía las paredes encaladas y el suelo de baldosas grises y blancas, formando las oscuras un dibujo de cruces cuadradas. Un zócalo de azulejos de Delft pintados con cupidos protegía la pared de nuestras bayetas húmedas cuando fregábamos el suelo. No eran de la fábrica donde había trabajado mi padre.

Para su tamaño, la habitación estaba escasamente amueblada. Había un caballete con su silla delante de la ventana del centro y una mesa en la esquina derecha, pegada a la pared, debajo de la ventana. Además de la silla a la que me había subido, junto a la mesa había otra de cuero liso tachonado con clavos de latón y un respaldo rematado con dos cabezas de león. En la pared opuesta, entre la silla y el caballete, había un armario, que tenía los cajones cerrados y varios pinceles y una espátula con su hoja en forma de diamante encima, junto con algunas paletas limpias. Al lado del armario había una mesa de despacho sobre la que se amontonaban papeles y libros y grabados. Dos sillas más con cabezas de león torneadas en el respaldo estaban arrimadas a la pared junto a la puerta.

Era una habitación bien ordenada, libre del trasiego cotidiano. Te daba una sensación muy distinta de la que sentías en el resto de la casa, casi como si estuviera en otra vivienda. Con la puerta cerrada apenas se oírían los gritos de los niños, el tintineo de las llaves de Catharina y el arrastrar de nuestras escobas.

Agarré la escoba, el cubo de agua y el paño y me dispuse a limpiar. Empecé en la esquina donde estaba dispuesta la escena que estaba siendo pintada en el cuadro, de la que no debía mover nada en absoluto. Me puse de rodillas sobre la silla para limpiar la ventana que tanto me había costado abrir y la cortina amarilla que colgaba a un lado, en la esquina, tocándola suavemente a fin de no mover los pliegues. Los cristales estaban muy sucios y tendría que lavarlos con agua caliente, pero no estaba segura de que él quisiera que los limpiara. Tendría que preguntarle a Catharina.

Quitó el polvo a las sillas y le di brillo a los clavos de latón y a las cabezas de león del respaldo. La mesa llevaba algún tiempo sin que la limpiaran como es debido. Alguien había pasado el plumero a los objetos puestos encima —una brocha de empolvase, un cuenco de estaño, una carta, un jarrón de porcelana negro, un paño azul amontonado en una esquina y colgando de uno de los laterales—, pero había que levantarlos para que la mesa quedara realmente limpia. Como me había dicho mi madre, tendría que encontrar la forma de mover las cosas y volverlas a dejar exactamente como si no hubieran sido tocadas.

La carta estaba casi en la esquina de la mesa. Si ponía el pulgar en el filo inferior del papel y el índice en el derecho, formando un ángulo, y plantaba la mano sobre la mesa enganchando el meñique en el borde de ésta, podría mover la carta limpiar debajo y alrededor de donde estaba y volver a ponerla en el lugar que indicaba mi mano.

Enmarqué la carta con mis dedos y mantuve la respiración, luego la levanté, limpié y la volví a dejar donde estaba, todo ello en un rápido movimiento. No sabía muy bien por qué tenía que hacerlo deprisa. Me separé unos pasos de la mesa. Parecía que la carta había quedado en su sitio, aunque sólo él lo sabría.

Con todo, si ésta iba a ser mi prueba, mejor me daba prisa.

Medí con la mano la distancia entre la carta y la brocha de empolvar, luego puse varios dedos alrededor de ésta. La levanté, limpié, la volví a poner donde estaba y medí el espacio entre la brocha y el cuenco. Hice lo mismo con éste.

Así es como me las ingenié para limpiar sin que pareciera que había movido nada. Medía cada cosa en relación con los objetos que la rodeaban y el espacio entre ellos. Las cosas pequeñas no suponían ningún problema, pero los muebles resultaron más complicados: tuve que usar los pies, las rodillas y, a veces, los hombros y la barbilla en el caso de las sillas.

No sabía qué hacer con el paño azul desordenadamente amontonado sobre la mesa. Si lo movía era imposible que pudiera reproducir los mismos pliegues. Lo dejé de momento, esperando que durante uno o dos días no se diera cuenta, hasta que hubiera encontrado la manera de limpiarlo.

Con el resto de la habitación no tenía que poner tanto cuidado. Limpié el polvo y barrí y fregué —los suelos, las paredes, las ventanas, los muebles—, con la satisfacción que da meterle mano a una habitación que necesita una buena limpieza. En la esquina opuesta, frente a la mesa y la ventana, había una puerta que conducía al almacén, un espacio lleno de cuadros y lienzos, sillas, arcones, platos, calentadores de cama, un perchero y una estantería. También limpié allí dentro, colocando los objetos de modo que la habitación pareciera más ordenada.

Había estado evitando limpiar alrededor del caballete. No sabía por qué, pero me ponía nerviosa ver el lienzo que estaba puesto encima. Pero ya era lo único que me quedaba por hacer. Limpié el polvo de la silla colocada delante del caballete, luego empecé a quitárselo a éste mismo, intentando no mirar lo que había pintado en el lienzo.

Pero cuando vislumbré el satén amarillo, no tuve más remedio que pararme.

Todavía estaba mirando la pintura, cuando habló María Thins.

—No se ve algo así todos los días, ¿no?

No la había oído entrar. Apenas había atravesado el umbral y estaba ligeramente encorvada, vestida con un delicado vestido negro y cuello de encaje.

No supe qué contestar y no pude evitar volverme a mirar la pintura.

María Thins se rió.

—No eres la única que se olvida de sus buenos modales delante de sus cuadros, muchacha —se acercó y se quedó de pie a mi lado—. Sí, con éste no se las ha apañado mal. Es la esposa de Van Ruijven —reconocí el nombre del patrón que había mencionado mi padre—. No es guapa, pero él hace que lo parezca —añadió—. Alcanzará un buen precio.

Como fue el primer cuadro de él que vería, siempre lo recordé mejor que los otros, mejor incluso que aquellos que vi crecer desde el principio, desde la primera capa de preparación hasta los últimos retoques.

Una mujer estaba de pie delante de la mesa, vuelta hacia un espejo colgado en la pared, de modo que se la veía de perfil. Estaba vestida con una pelliza de rico satén amarillo ribeteada de armiño y llevaba en el cabello una cinta roja con cinco puntas, muy a la moda del momento. Una ventana la iluminaba por la izquierda y la luz le daba en la cara, trazando la delicada curva de su frente y su nariz. Se estaba abrochando un collar de perlas, las manos suspendidas en el aire sujetando los extremos. Detrás de ella, en la resplandeciente pared blanca, había un mapa antiguo; en el oscuro primer plano, la mesa con la carta, la brocha y el resto de los objetos que yo había limpiado un poco antes².

Deseé poder llevar aquella pelliza y aquel collar. Quería conocer al hombre que la había pintado así.

Me avergoncé de haberme mirado al espejo un rato antes.

María Thins parecía contenta mirando el cuadro a mi lado. Resultaba muy raro verlo con la escena reproducida en la pintura justo detrás. Ya conocía todos los objetos que había sobre la mesa por haberlos limpiado, y la relación que guardaban entre sí: la carta en la esquina, la brocha casualmente caída junto al cuenco de estaño, la tela azul amontonada a un lado, alrededor del jarrón de porcelana negro. Todo parecía exactamente igual, salvo que más limpio y más puro. Se reía de mi limpieza.

Entonces encontré una diferencia. Contuve la respiración.

—¿Qué sucede, muchacha?

—En el cuadro, la silla que está junto a la mujer no tiene las cabezas de león torneadas en el respaldo.

—No. Antes había también un laúd sobre esa silla. Hace muchos cambios. No sólo pinta lo que ve, sino lo que le pega. Dime, muchacha, ¿crees que este cuadro está terminado?

La miré. Su pregunta debía de encerrar algún tipo de trampa, pero no me podía imaginar ningún cambio que pudiera mejorarlo.

—¿No lo está? —titubeé. María Thins resopló.

—Lleva tres meses trabajando en este cuadro. Espero que siga aún otros dos. Cambiará cosas. Ya verás —miró a su alrededor—. Ya has terminado la limpieza, ¿verdad? Pues entonces ya puedes ir a seguir con el resto de tus tareas, muchacha. Enseguida vendrá él a ver qué tal lo has hecho.

Eché una última mirada a la pintura, pero observándola con tanta atención tuve la sensación de que algo se me escapaba. Era como mirar a una estrella en el cielo nocturno: si la miraba directamente apenas la veía, pero si la miraba por el rabillo del ojo, parecía mucho más brillante.

² “Woman With a Pearl Necklace”: archivo adjunto [2]

Recogí la escoba, el cubo y el paño. Cuando salí de la habitación, María Thins seguía de pie frente al cuadro.

Llené las jarras en el canal y puse el agua al fuego; luego fui en busca de Tanneke. Estaba en el cuarto donde dormían las niñas, ayudando a Cornelia a vestirse, mientras Maertge ayudaba a Aleydis y Lisbeth se vestía sola. Tanneke no estaba de buen humor y me miró sólo para pasar a ignorarme cuando intenté hablarle. Terminé plantándome frente a ella, de modo que no tuviera más remedio que mirarme.

—Tanneke, voy a ir ahora a por el pescado. ¿Qué quieres que traiga hoy?

—¿Tan temprano? Nosotros siempre vamos más tarde.

Tanneke seguía sin dirigirme la mirada. Estaba atando unas cintas en forma de estrella de cinco puntas en el cabello de Cornelia.

—No tengo nada que hacer mientras se calienta el agua y pensé que iría ahora —respondí sencillamente. No añadí que para conseguir las mejores piezas había que ir pronto, aunque el carnicero o el pescadero te prometieran guardártelas. Tenía que saberlo ella también—. ¿Qué traigo?

—Hoy no pienses en el pescado. Trae un trozo de cordero.

Tanneke había terminado de atarle los lazos a Cornelia, que me apartó de un salto. Tanneke se volvió y abrió un arcón en busca de algo. Observé sus anchas espaldas, el vestido pardo ceñido a ellas.

Estaba celosa de mí. Yo había limpiado el estudio, al que a ella no le estaba permitido entrar, donde nadie, al parecer, podía entrar, salvo yo y María Thins.

Cuando se enderezó, con un gorrito en la mano, Tanneke dijo:

—El amo me pintó en una ocasión. Me pintó vertiendo la leche. Todo el mundo dijo que era su mejor cuadro³.

—Me gustaría verlo —respondí—. ¿Está todavía aquí?

—¡Oh, no!, lo compró Van Ruijven.

Me quedé pensando un momento.

—Así que uno de los hombres más ricos de Delft se deleita mirándote todos los días de su vida.

Tanneke sonrió, su cara marcada se hizo aún más ancha. Unas palabras acertadas cambiaban su humor de un momento al siguiente. Sólo de mí dependía encontrar esas palabras.

Me volví para irme antes de que volviera a agriársele el humor.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Maertge.

—¿Y yo? —añadió Lisbeth.

—No, hoy no —contesté yo en tono firme—. Tenéis que desayunar y ayudar a Tanneke —no quería que se acostumbraran a acompañarme. Quería usarlo como una recompensa por ser obedientes.

También tenía ganas de caminar sola por las calles conocidas, sin tener el recuerdo constante de mi nueva vida charlando a mi lado. Cuando entré en la Plaza del Mercado y dejé atrás el Barrio Papista; respiré profundamente. No me había dado cuenta de que había estado conteniéndome todo el tiempo que había pasado con la familia.

Antes de ir al puesto de Pieter, me paré en el carnicero que conocía, a quien se le iluminó la cara al verme.

—¡Por fin te decides a saludar! ¿Qué pasó ayer? ¿Te parecía demasiado poco para ti? —me dijo para provocarme.

Empecé a explicarle mi nueva situación, pero él me interrumpió.

—Ya lo sabía, claro. Está en boca de todos: la hija de Jan el azulejero ha entrado de criada en casa del pintor Vermeer. Y luego veo que sólo un día después ya se ha vuelto lo bastante orgullosa como para dignarse hablar con sus viejos amigos.

—¡Pero si no tengo nada de lo que estar orgullosa! ¡Estar de criada! Mi padre se siente avergonzado.

—Tu padre ha tenido mala suerte, eso es todo. Nadie le culpa de nada. No tienes nada de lo que sentirte avergonzada, hijita. Salvo, claro, de no comprarme a mí la carne.

—No tengo elección. De veras lo siento. Es mi ama la que decide.

—¿Ah, sí? ¿Entonces el que le compres a Pieter no tiene nada que ver con lo guapo que es su hijo?

³ "The milkmaid" Rijksmuseum, Amsterdam : archivo adjunto [3]

Fruncí el ceño.

—No conozco a su hijo.

El carnicero se echó a reír.

—Ya lo conocerás, ya lo conocerás. Venga, vete. Cuando veas a tu madre dile que venga a verme. Le guardaré algo.

Le di las gracias y seguí por los puestos hasta llegar al de Pieter. Pareció sorprendido al verme.

—¿Ya estás aquí? ¿A que no podías esperar a venir a buscar más lengua como la de ayer?

—Hoy quiero un trozo de cordero.

—Dime, Griet, ¿no es acaso la mejor lengua que has probado en tu vida?

Me negué a hacerle el cumplido que estaba buscando.

—El amo y el ama la cenaron. No hicieron ningún comentario especial.

Un joven se volvió de frente detrás de Pieter. Estaba despiezando una vaca sobre una mesa al otro lado del mostrador. Debía de ser el hijo, porque aunque era más alto que su padre, tenía los mismos brillantes ojos azules. El largo pelo rubio le caía en espesos rizos, enmarcándole una cara que me hizo pensar en los albaricoques. Sólo su delantal manchado de sangre era desagradable a la vista.

Sus ojos se posaron en mí como una mariposa sobre una flor y no pude evitar que se me subieran los colores. Repetí mi petición de cordero sin apartar la vista del padre. Pieter revolvió entre las piezas de carne y sacó una, que dejó sobre el mostrador. Dos pares de ojos me observaron.

La pieza tenía los bordes grisáceos. Le acerqué la nariz.

—No está fresca —dije sin rodeos—. A mi ama no le gustará saber que esperas que su familia coma semejante carne —me salió un tono más arrogante del que pretendía. Tal vez no podía ser de otro modo.

Padre e hijo clavaron en mí sus ojos. Mantuve la mirada del padre, tratando de ignorar al hijo.

Por fin, Pieter se volvió hacia su hijo.

—Pieter, ve a buscar la pieza que tenemos reservada en el carro.

—Pero si era para... —Pieter el hijo se detuvo a mitad de la frase. Desapareció y volvió con otra pieza, que según pude darme cuenta inmediatamente era muy superior. Asentí con un movimiento de cabeza:

—¡Eso está mejor!

Pieter el hijo envolvió la carne y me la puso en la cesta. Le di las gracias. Al volverme para irme, percibí la mirada que se cruzaron padre e hijo. Ya entonces supe lo que significaba y lo que significaría en mi vida.

Catharina estaba sentada en el banco cuando volví, dando de comer a Johannes. Le mostré la carne y ella le dio el visto bueno con un gesto. Ya estaba entrando en la casa cuando dijo en voz baja:

—Mi marido ha supervisado el estudio y le ha parecido adecuada la limpieza —no me miró.

—Gracias, señora.

Entré, eché una mirada al bodegón de las frutas y la langosta y pensé: «Así que me quedo».

El resto del día transcurrió de una forma muy parecida al primero y a como transcurrirían los que le seguirían. Después de limpiar el estudio y de ir a la Lonja de la Carne o a los puestos del pescado, me ponía de nuevo con la colada, un día separando la ropa, poniéndola a remojo y frotando las manchas; al otro, lavándola, aclarándola, hirviéndola y escurriéndola antes de tenderla a secar y a clarear al sol del mediodía; y el tercero, planchándola, remendándola y doblándola. En algún momento dejaba lo que estaba haciendo y echaba una mano a Tanneke con la comida. Enseguida de comer recogíamos la loza y entonces tenía un poco de tiempo libre para descansar y coser en el banco a la puerta de la casa o en el patio de detrás. Luego terminaba con lo que había estado haciendo por la mañana y ayudaba a Tanneke a preparar la cena. Lo último que hacíamos era fregar de nuevo los suelos para que estuvieran frescos y limpios por la mañana.

Por la noche, cubría la Crucifixión que estaba colgada a los pies de mi cama con el delantal que había llevado ese día. Así dormía mejor. A la mañana siguiente añadía el delantal a la colada.

Cuando Catharina me abrió la puerta del estudio al día siguiente le pregunté si limpiaba los cristales.

—¿Por qué no? —me contestó con brusquedad—. No hace falta que me preguntes esas tonterías.

—Por la luz, señora —le expliqué—. Podría cambiar la pintura si los limpio. ¿Entiende?

No lo entendía. No quería o no podía entrar a ver el cuadro. Al parecer, nunca entraba en el estudio. Un día que Tanneke estuviera de buen humor le preguntaría por qué. Catharina bajó a preguntárselo a él y me gritó desde abajo que dejara los cristales.

Al limpiar no vi nada que indicara que él había estado allí en algún momento del día anterior. No se había movido nada, las paletas estaban limpias, la pintura misma no parecía haber sido tocada. Pero sentí su presencia. Apenas lo había visto en los dos días que llevaba en la casa de la Oude Langendijck. Lo había oído algunas veces, en las escaleras, en el pasillo, riéndose de algo con sus hijas, hablándole suavemente a Catharina. Oír su voz me hacía sentir como si estuviera caminando al borde de un canal, insegura de mis pasos. No sabía cómo me trataría en su propia casa, si prestaría o no atención a mi forma de colocar las verduras picadas.

Ningún caballero había mostrado nunca por mí un interés parecido.

Me encontré con él cara a cara al tercer día de estar en su casa. Justo antes de la comida, salí a buscar un plato que Lisbeth había dejado fuera y estuvimos a punto de tropezarnos cuando él venía por el pasillo con Aleydis en los brazos.

Di un paso atrás. Él y Aleydis me miraron con los mismos ojos grises. Ni me sonrió ni me dejó de sonreír. No me era fácil devolverle la mirada. Pensé en la mujer mirándose al espejo del cuadro que estaba pintando, en cómo sería llevar perlas y satén amarillo. Esa mujer no tendría problema para mirar a los ojos a un caballero. Cuando por fin me decidí a alzar la vista, él ya no me estaba mirando.

Al día siguiente vi a esa mujer en persona. En el camino de vuelta de la carnicería, un hombre y una mujer avanzaban delante de mí por la Oude Langendijck. Al llegar a la puerta de la casa, él se volvió hacia ella, le hizo una ligera inclinación de cabeza y siguió su camino. Llevaba una larga pluma en el sombrero —debía de ser el visitante que había venido unos días antes—. Examiné brevemente su perfil y vi que tenía bigote y una cara regordeta, como correspondía a su cuerpo. Sonreía como si estuviera a punto de hacer un cumplido halagador, pero falso. La mujer entró en la casa antes de que pudiera verle la cara, pero sí que advertí la cinta roja en forma de estrella de cinco puntas que le adornaba el cabello. Me quedé atrás y esperé junto al umbral hasta que la oí subir.

Más tarde, estaba guardando una ropa en el armario de la Sala Grande cuando bajó. Yo estaba de pie al entrar ella en el cuarto. Llevaba la pelliza amarilla en la mano. No se había quitado la cinta del pelo.

—¡Oh! —dijo—. ¿Dónde está Catharina?

—Ha ido con su madre al Ayuntamiento, señora. Negocios de familia.

—Ya. No importa; ya la veré otro día. Dejo aquí esto para ella —dispuso la pelliza sobre la cama y encima dejó caer el collar de perlas.

—Sí, señora.

No podía apartar la vista de ella. Tenía la sensación de que la estaba viendo al tiempo que no la estaba viendo. Era una sensación extraña. No era, como me había dicho María Thins, tan hermosa como en el cuadro, con la luz dándole en la cara. Pero no dejaba de ser bonita, aunque sólo fuera porque la recordaba como era en el cuadro. Me miró con expresión sorprendida, como si ella también tuviera que conocerme, puesto que yo la miraba con tal familiaridad. Conseguí bajar la vista.

—Le diré que ha preguntado por ella, señora.

Asintió con un gesto, pero pareció preocupada. Echó un vistazo a las perlas que había dejado sobre la pelliza.

—Creo que esto se lo voy a dejar a él arriba —anunció entonces, cogiendo el collar. No me miró, pero yo sabía que estaba pensando que las criadas no eran de fiar con las perlas. Después de que se fuera, su cara quedó flotando en el aire, como el perfume.

El sábado, Catharina y María Thins fueron con Tanneke y Maertge al mercado, para comprar la verdura de toda la semana además de otros alimentos de primera necesidad y de otras cosas para la casa. Yo deseaba ir con ellas, pensando que tal vez vería a mi madre y a mi hermana, pero me dijeron que tenía que quedarme en la casa con las niñas y con el pequeño. Me costó trabajo impedir que se escaparan ellas también al mercado. Las habría llevado yo misma, pero no me atreví a dejar la casa sin nadie. Estuvimos viendo pasar las barcas por el canal en su camino al mercado, cargadas de coles, cerdos, flores, madera, harina, fresas, herraduras. Cuando pasaban de vuelta no llevaban carga y sus tripulantes iban contando el dinero o bebiendo. Les enseñé a las niñas algunos juegos a los que jugaba yo con Agnes y Frans, y ellas me enseñaron otros de su invención. Hicieron pompas, jugaron con las muñecas, corrieron detrás de sus aros, mientras que yo las veía sentada en el banco con Johannes en el regazo.

Parecía que Cornelia se había olvidado de la bofetada. Estaba contenta y simpática, dispuesta a colaborar en el cuidado de Johannes y obediente a lo que le decía.

—¿Me ayudas? —me preguntó, intentando subirse a un barril que los vecinos habían dejado en la calle.

Sus ojos castaños claros eran vivarachos e inocentes. Me sorprendí ablandándome ante su dulzura, a sabiendas, sin embargo, de que no podía fiarme de ella. Podía ser la más interesante de las cuatro niñas, pero también la más inestable: la mejor y la peor al mismo tiempo.

Estaban jugando con la colección de conchas que habían sacado fuera, formando montones de diferentes colores, cuando él salió de la casa. Apreté el cuerpo del pequeño, sintiendo sus costillas bajo mis dedos. El niño chilló y yo hundí la nariz en su oreja, escondiendo la cara.

—¿Puedo ir contigo, papá? —gritó Cornelia, agarrándolo de la mano de un salto. No vi la expresión de su cara: la inclinación de la cabeza y el ala del sombrero me la ocultaron.

Lisbeth y Aleydis abandonaron las conchas.

—¡Yo también quiero ir! —gritaron al unísono, tomándolo por la otra mano.

Él movió la cabeza y entonces vi su expresión absorta.

—No, hoy no. Voy a la botica.

—¿Vas a comprar pinturas, papá? —le preguntó Cornelia, sin soltarle la mano.

—Entre otras cosas.

El pequeño Johannes empezó a llorar y él me miró. Yo mecí al niño sintiéndome totalmente inadecuada.

Pareció que iba a decir algo, pero en lugar de ello se soltó de las niñas y tomó con paso decidido la Oude Langendijck.

No me había vuelto a dirigir la palabra desde que habíamos hablado del color y la forma de las verduras en la cocina casa.

El domingo me desperté muy temprano, porque estaba nerviosa con la idea de ir a ver a mi familia. Tenía que esperar a que Catharina abriera la puerta, pero cuando oí que la estaban abriendo y salí me encontré a María Thins con la llave en la mano.

—Mi hija está muy cansada hoy —dijo, haciéndose a un lado para dejarme salir—. Se quedará unos días en la cama. ¿Podrás apañarte sin ella?

—Claro, señora —contesté, y luego añadí—: Y además siempre puedo preguntarle a usted si tengo alguna duda.

María Thins se rió entre dientes.

—¡Ah! Se ve que eres una chica lista. Sabes adónde recurrir en cada momento. En cualquier caso, no nos viene mal un poco de inteligencia alrededor —me dio unas monedas: mi sueldo por los días que había trabajado—. Y ahora vete a contarle a tu madre todo lo que sabes de nosotros, que supongo que es lo que harás.

Me escabullí antes de que pudiera decir nada más. Crucé la Plaza del Mercado, me encontré con los que iban a los primeros servicios religiosos de la Iglesia Nueva y me apresuré por las calles y canales que conducían a mi casa. Cuando giré al llegar a mi calle, pensé en lo distinta que me parecía ya tras sólo menos de una semana fuera. La luz era más brillante y más clara; el canal, más ancho. Los plátanos que lo flanqueaban se alzaban perfectamente inmóviles, como centinelas que aguardaban mi llegada.

Agnes estaba sentada en el banco delante de la casa. Cuando me vio se asomó a la puerta gritando:

—¡Ya está aquí! —y luego corrió hacia mí y me cogió del brazo—. ¿Cómo es allí? —me preguntó, sin siquiera saludarme antes—. ¿Son simpáticos? ¿Tienes que trabajar mucho? ¿Hay niñas en la familia? ¿Es muy grande la casa? ¿Dónde duermes? ¿Comes en platos de porcelana?

Me reí y no contesté a ninguna de sus preguntas hasta que no hube abrazado a mi madre y saludado a mi padre. Aunque no era mucho dinero, me sentí orgullosa al darle a mi madre las pocas monedas que tenía en la mano. Después de todo, para eso estaba trabajando.

Mi padre vino a sentarse fuera con nosotras y a escuchar lo que yo les contaba de mi nueva vida. Le di las manos, guiándolo en los escalones del frente. Cuando se sentó me frotó las palmas con su dedo pulgar.

—Tienes todas las manos cuarteadas —dijo—. Qué ásperas, también. El trabajo ya te ha dejado sus marcas.

—No se preocupe, Padre —le contesté yo en un tono alegre—. Había mucha ropa para lavar esperándome porque no tenían toda la ayuda que necesitan. Pero enseguida será más llevadero.

Mi madre me examinó las manos.

—Voy a poner un poco de bergamota a remojar en aceite —dijo—. Eso mantendrá la suavidad de tus manos. Agnes y yo saldremos al campo a buscarla.

—¡Cuéntanos! —exclamó Agnes—. ¡Cuéntanos de ellos!

Yo se lo conté todo. Sólo dejé sin mencionar algunas cosas —lo cansada que estaba por la noche; la escena de la Crucifixión que colgaba a los pies de mi cama; la bofetada que le di a Cornelia; que Maertge y Agnes tenían la misma edad—. Pero salvo esto se lo conté todo.

Le di a mi madre el recado del carnicero.

—Es muy amable por su parte —dijo—, pero sabe que no tenemos dinero para comprar carne y que no aceptaremos ese tipo de caridad.

—No creo que lo haga por caridad —le expliqué yo—. Más bien creo que lo hace por amistad.

Ella no contestó, pero yo me di cuenta de que no iría a ver al carnicero.

Cuando le hablé de los nuevos carniceros, Pieter el padre y Pieter el hijo, levantó las cejas, pero no dijo nada. Luego asistimos al servicio dominical en nuestra iglesia, donde me sentí rodeada de caras conocidas y de palabras conocidas. Sentada en el banco entre Agnes y mi madre, sentí como mi espalda se relajaba y mi cara se ablandaba y perdía la máscara que había llevado toda la semana. Creí que iba a llorar.

Mi madre y Agnes no me dejaron ayudarlas con la comida cuando volvimos a casa. Me senté con mi padre al sol en el banco de fuera. Alzó la cara y no cambió la posición de la cabeza durante todo el tiempo que estuvimos hablando.

—Y ahora, Griet —me dijo—, cuéntame algo de tu amo. Apenas nos has hablado de él.

—No lo he visto casi —respondí sin mentir—. Se pasa el tiempo en el estudio, donde nadie puede molestarle, o está fuera de la casa.

—Ocupándose de la Hermandad, supongo. Pero has estado en su estudio: nos has hablado mucho de cómo limpias y mides dónde están los objetos, pero nada del cuadro en el que está trabajando. Descríbemelo.

—No sé si seré capaz de hacerlo de tal forma que pueda usted verlo.

—Inténtalo. No tengo mucho en que pensar, salvo los recuerdos. Me dará gran placer imaginarme un cuadro de un gran maestro, aunque mi mente sólo sea capaz de crear una pobre imitación.

Así que intenté describirle a la mujer abrochándose el collar de perlas, sus manos suspendidas en el aire, mirándose en el espejo, la cara y la pelliza amarilla bañadas con la luz que entra por la ventana, el oscuro primer plano, que la separa de nosotros.

Mi padre escuchó en silencio, pero su rostro no se iluminó hasta que yo no dije:

—La luz que se refleja en la pared es tan cálida que al mirarla sientes lo mismo que usted ahora con el sol dándole en la cara.

Asintió y sonrió, contento de haber comprendido.

—Eso es lo que más te gusta de tu nueva vida —dijo él de pronto—, entrar en su estudio.

Lo único que me gusta, pensé, pero no lo dije.

Cuando nos sentamos a comer, intenté no comparar nuestra comida con la de la casa del Barrio Papista, pero ya me había acostumbrado a la carne y al buen pan de centeno. Aunque mi madre era mejor cocinera que Tanneke, el pan negro estaba seco y las verduras estofadas, insípidas, faltas de grasa. La habitación también era distinta: no había baldosas de mármol ni espesas cortinas ni sillas de cuero repujado. Aquí primaban la sencillez y la limpieza; nada de adornos. Me gustaba porque lo conocía, pero ahora era consciente de su tristeza.

Al final del día me resultó difícil despedirme de mis padres, más difícil que cuando me fui la primera vez, porque esta vez sabía a lo que volvía. Agnes me acompañó hasta la Plaza del Mercado. Cuando nos quedamos solas, le pregunté cómo se sentía ella.

—Un poco sola —contestó. Una triste palabra en boca de una niña. Había estado muy contenta todo el día, pero ahora se la veía abatida.

—Vendré todos los domingos —le prometí—. Y a lo mejor puedo acercarme alguna vez durante la semana a haceros una visita rápida después de ir a buscar la carne o el pescado.

—O también puedo ir yo a verte cuando salgas a hacer recados —sugirió, animándose.

Conseguimos vernos varias veces en la Lonja de la Carne. Mientras estuviera yo sola, siempre me daba mucha alegría verla.

Empecé a encontrar mi sitio en la casa de la Oude Langendijck. A veces, tenía dificultades con Catharina, con Tanneke y con Cornelia, pero la mayor parte del tiempo me dejaban hacer mi trabajo en paz. Puede que esto se debiera a la influencia de María Thins. Por alguna razón había decidido que yo era un útil hallazgo, y las otras, incluidas las niñas, seguían su ejemplo.

Tal vez se daba cuenta de que la ropa estaba más limpia y más blanca desde que me ocupaba yo de la colada. O de que la carne era más tierna desde que era yo la que la escogía. O de

que él estaba más contento sin que le cambiaran las cosas de sitio en el estudio al limpiar. Las dos primeras cosas eran ciertas. La tercera, no lo sabía. Cuando por fin tuvimos ocasión de hablar él y yo, no fue sobre la limpieza.

Tuve buen cuidado de alejar de mi persona todo elogio relativo a la mejoría de la vida doméstica. No quería hacerme enemigas. Si a María Thins le gustaba la carne que le servíamos, yo sugería que era la forma de cocinarla de Tanneke la que la ponía tan buena. Si Maertge decía que su delantal estaba más blanco que antes, yo señalaba que se debía a que el sol del verano estaba siendo particularmente fuerte esos días.

Siempre que podía evitaba a Catharina. Había estado claro desde el momento en que me vio picando las verduras en la cocina de la casa de mi madre que yo no le gustaba. Su humor no había mejorado con el embarazo, el cual le daba un aspecto desgarbado y torpe, que en nada se correspondía con el de la grácil señora de la casa que ella creía ser. También estaba siendo un verano muy caluroso, y la criatura se mostraba especialmente activa. En cuanto se movía dos pasos, se ponía a darle patadas, o, al menos, eso afirmaba ella. Se paseaba por la casa, cada vez más abultada y con un aspecto cansado y dolorido. Empezó a levantarse cada vez más tarde, de modo que María Thins tuvo que hacerse cargo de las llaves y era ella la que me abría la puerta del estudio por la mañana. Tanneke y yo empezamos a ocuparnos de sus tareas: cuidar a las niñas, hacer las compras de la casa y cambiar al pequeño.

Un día que Tanneke estaba de buen humor le pregunté por qué no tomaban más servicio y así todo sería más fácil.

—Con esta casa tan grande y la riqueza de tu ama y los cuadros del señor —añadí—, ¿no se podrían permitir otra criada o una cocinera?

—¡Buenos están! —resopló Tanneke—. ¡Si apenas les alcanza para pagarte a ti!

Me sorprendió: las monedas que me daban todas las semanas sumaban una cantidad muy pequeña. Me llevaría años de trabajo poder comprar algo tan fino como la pelliza amarilla que Catharina guardaba descuidadamente doblada en su armario. No me parecía posible que pudiera faltarles el dinero.

—Pero, eso sí, se las arreglarán para pagar a un ama de cría durante los primeros meses después de que nazca el niño —añadió Tanneke, con un tono de desaprobación en la voz.

—¿Por qué?

—Para que amamante al pequeño.

—¿La señora no da de mamar a sus hijos? —pregunté estúpidamente.

—No podría tener tantos hijos si les diera de mamar a todos. Mientras das la teta no te quedas embarazada.

—¡Ah! —me sentía muy ignorante en estos asuntos—. ¿Y quiere tener más hijos?

Tanneke se rió entre dientes.

—A veces pienso que está llenando la casa de niños porque no puede llenarla con todos los criados que le gustaría tener —y bajó la voz—. Con lo que pinta el amo no se gana lo bastante para tener muchos criados. Tres cuadros al año, por lo general. A veces sólo dos. Con eso no se hace uno rico.

—¿No puede pintar más deprisa?

Aun cuando estuviera diciendo aquello, sabía que no. El pintaba a su propio ritmo.

—Mi ama y la señora joven discuten a veces. La señora joven quiere que él pinte más, pero mi ama dice que la rapidez echaría a perder su arte.

—María Thins es una mujer muy lista.

Me había dado cuenta de que podía opinar delante de Tanneke siempre que María Thins quedara en buen lugar. Tanneke tenía una lealtad férrea a su ama. Sin embargo, mostraba muy poca paciencia con Catharina, y cuando estaba de humor me aconsejaba sobre cómo tratarla.

—No hagas caso de lo que te diga —me aleccionaba—. Cuando te hable, pon cara de palo y luego haz las cosas como te parezca o como mi ama o yo te digamos. Nunca comprueba nada, nunca se fija. Se limita a dar órdenes porque cree que tiene que hacerlo. Pero nosotras sabemos quién es nuestra verdadera señora, y ella también.

Aunque Tanneke se mostraba con mucha frecuencia malhumorada conmigo, aprendí a no tomármelo a pecho, pues enseguida se le pasaba. Su humor era muy variable, tal vez debido a que llevaba tantos años atrapada entre Catharina y María Thins. Pese a la seguridad con la que me aconsejaba que ignorara a Catharina, ella no se aplicaba a sí misma ese consejo. El tono desabrido de Catharina la disgustaba. Y María Thins, pese a su rectitud, nunca defendía a Tanneke de las acusaciones de Catharina. Nunca oí a María Thins amonestar a su hija por nada, aunque en sobradas ocasiones lo necesitara.

Por otro lado, estaba el asunto de la eficacia doméstica de Tanneke. Tal vez, su lealtad ciega compensaba su descuido en las labores de la casa: rincones sin barrer, la carne quemada por fuera y cruda por dentro, los peroles mal fregados. No podía imaginarme lo que habría hecho en el estudio cuando había intentado limpiarlo. Aunque María Thins no solía regañar a Tanneke, las dos sabían que a veces se lo merecía, por eso Tanneke se mostraba insegura y, saltaba rápidamente a defenderse.

Vi claramente que pese a sus maneras astutas, María Thins era blanda con las personas más próximas a ella. Su juicio no era tan imparcial como parecía.

De las cuatro niñas, Cornelia era la más impredecible, como ya lo había demostrado la mañana que las conocí. Lisbeth y Aleydis eran dos niñas buenas y sosegadas, y Maertge ya era lo bastante mayor para empezar a aprender a llevar la casa, lo que la hacía más juiciosa, aunque ocasionalmente también estaba de mal humor y entonces se ponía a gritarme de forma semejante a su madre. Cornelia no gritaba, pero en ocasiones se volvía ingobernable. Ni siquiera la amenaza de la cólera de María Thins que había utilizado el primer día funcionaba siempre. Podía estar simpática y graciosa y un momento después revolverse, como el gato que ronronea y súbitamente muerde la mano que lo acaricia. Aunque quería a sus hermanas, no dudaba en hacerlas llorar con sus pellizcos. Siempre me anduve con cuidado con ella, y no llegué a apreciarla de la misma forma que a sus hermanas.

Mientras limpiaba el estudio me liberaba de todas ellas. María Thins me abría la puerta y a veces se quedaba unos minutos para ver el progreso del cuadro, como si éste fuera un niño enfermo al que ella estuviera cuidando. Pero cuando se iba, tenía para mí toda la habitación. Echaba un vistazo alrededor para ver si había cambios. Al principio, todo parecía estar siempre igual, día tras día, pero cuando mi vista se acostumbró a los detalles de la habitación, empecé a reparar en pequeñas cosas: los pinceles reordenados sobre el armarito, uno de los cajones dejado entreabierto, media espátula fuera del pequeño estante del caballete, en inestable equilibrio, una silla ligeramente movida de su sitio junto a la puerta.

Sin embargo, nada cambiaba en el rincón que estaba pintando. Yo ponía el mayor cuidado en no descolocar nada; me había acostumbrado rápidamente a mi forma de medir las distancias entre los objetos, de modo que podía limpiar esa zona casi con la misma rapidez que el resto de la habitación. Y después de hacer pruebas con otros trozos de tela, empecé a limpiar la tela azul marino y la cortina amarilla con un paño húmedo, presionándolo suavemente a fin de atrapar el polvo sin modificar los pliegues.

Por más que me fijaba, no parecía que se produjeran cambios en el cuadro. Por fin, un día, descubrí que el collar tenía una perla más. Otro día, la sombra de la cortina amarilla se había hecho mayor. También me pareció percibir que algunos de los dedos de la mano derecha de la mujer habían sido movidos.

La pelliza de satén empezó a parecer tan real que me entraban ganas de extender la mano y tocarla.

Casi había tocado la de verdad el día que la mujer de Van Ruijven la dejó sobre la cama. Me había acercado para pasar la mano por el cuello de piel y, al levantar la vista, vi a Cornelia en el umbral, observándome. Cualquiera de las otras niñas me habría preguntado qué estaba haciendo, pero Cornelia se limitó a mirar. Eso fue peor que cualquier pregunta. Dejé caer la mano, y ella sonrió.

Una mañana, varias semanas después de entrar a trabajar en la casa, Maertge insistió en venir conmigo a los puestos del pescado. Le gustaba corretear por la Plaza del Mercado, mirarlo todo, acariciar los caballos, unirse a los juegos de los otros chiquillos, probar el pescado ahumado de los distintos puestos. Mientras estaba comprando los arenques, empezó a tirarme del vestido a la altura de las costillas:

—¡Mira, mira, Griet! Una cometa.

La cometa que volaba sobre nuestras cabezas tenía la forma de un pez con una larga cola, y la brisa hacía que pareciera que estaba nadando por el aire, con las gaviotas revoloteando a su alrededor. Sonreí y en ese momento vi a Agnes que estaba merodeando cerca de nosotras, los ojos fijos en Maertge. Todavía no le había dicho que en la casa había una niña de su edad; pensé que la entristecería, que pensaría que había sido sustituida.

A veces, cuando iba a casa a ver a mi familia y les contaba las cosas que me habían pasado, me sentía rara. Mi nueva vida estaba reemplazando a la antigua.

Cuando Agnes me miró, agité suavemente la cabeza para que Maertge no se diera cuenta y me volví, guardando el pescado en la cesta. Esperé un momento; no soportaría ver su cara de pena. No sabía qué haría Maertge si Agnes se acercaba a hablar conmigo.

Cuando me giré de nuevo, Agnes se había ido.

Se lo tendré que explicar cuando la vea el domingo, pensé. Ahora tengo dos familias, y no deben mezclarse. Siempre me avergonzaría de haberle vuelto la espalda a mi propia hermana.

Estaba tendiendo en el patio, sacudiendo cada pieza antes de colgarla bien tirante en la cuerda, cuando apareció Catharina jadeante. Se sentó en una silla junto a la puerta, cerró los ojos y suspiró. Yo continué con lo que estaba haciendo, como si fuera algo natural que ella se sentara conmigo, pero sentí que se me agarrotaba la mandíbula.

—¿Ya se han ido? —me preguntó de pronto.

—¿Quiénes, señora?

—Pues quiénes van a ser, ellos, que pareces tonta. Mi marido y... Vete a mirar si ya se han subido.

Salí cautelosamente al pasillo. Dos pares de pies subían por las escaleras.

—¿Puedes? —le oí decir a él.

—Sí, sí, claro. Ya sabes que no pesa mucho —contestó otro hombre con una voz profunda como un pozo—. Sólo es un poco voluminosa.

Llegaron a la cima de la escalera y entraron en el estudio. Oí cerrarse la puerta.

—¿Se han ido? —me susurró Catharina.

—Están en el estudio, señora —respondí.

—Bien. Ahora ayúdame a levantarme.

Catharina extendió los brazos y yo tiré de ella hasta ponerla de pie. Pensé que si seguía aumentando de volumen, llegaría a serle imposible dar un paso. Avanzó por el pasillo como un barco con las velas al viento, agarrando el manajo de llaves para que no sonaran, y desapareció en la Sala Grande.

Más tarde le pregunté a Tanneke por qué se había escondido Catharina.

—¡Oh! Ha venido Van Leeuwenhoek —contestó, con una sonrisita—. Un amigo del amo. Ella le teme.

—¿Por qué?

Tanneke se rió abiertamente.

—¡Le rompió la caja! Estaba mirando dentro y la tiró. Ya sabes lo torpona que es.

Pensé en el cuchillo de casa de mi madre girando en el suelo.

—¿Qué caja?

—Tiene una caja de madera en la que miras dentro y ves cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Toda suerte de cosas! —contestó Tanneke con impaciencia. Estaba claro que no quería hablar de la caja—. La señora joven la rompió y ahora Van Leeuwenhoek se niega a verla. Por eso el amo no la deja entrar en el estudio si no está él allí. Tal vez teme que tire uno de sus cuadros.

Descubrí qué era aquella caja al día siguiente, el día que él me habló de unas cosas que a mí me llevaría muchos meses comprender.

Cuando llegué a limpiar el estudio, el caballete y la silla habían sido apartados a un lado. En su lugar estaba la mesa de despacho, limpia de papeles y grabados. Sobre ella había una caja de madera más o menos del tamaño de un pequeño arcón de los que se emplean para la ropa. En uno de sus lados tenía pegada otra caja más pequeña de la que, a su vez, sobresalía un objeto redondo.

No podía imaginarme qué era aquella cosa, pero tampoco me atrevía a tocarla. Me puse a limpiar, mirándola de vez en cuando, como si de repente fuera a entender para qué servía. Limpié la esquina que estaba siendo pintada, luego el resto del cuarto, quitándole el polvo a la caja de forma que el paño apenas la rozó. Limpié el almacén y fregué el suelo. Cuando acabé, me acerqué a la caja y, los brazos cruzados sobre el pecho, la rodeé examinándola detenidamente.

Estaba de espaldas a la puerta, pero de pronto supe que él estaba parado en el umbral. No sabía si volverme esperar a que me hablara.

Debió de mover la puerta con el fin de hacer ruido, porque entonces pude volverme y mirarle. Estaba apoyado en el marco, y llevaba un largo sobretodo negro sobre sus ropas de diario. Me miraba con curiosidad, pero no parecía preocupado de que pudiera romperle la caja.

—¿Quieres mirar dentro? —me preguntó. Era la primera vez que me hablaba directamente desde que me había a interrogado sobre las verduras en la cocina de mi madre muchas semanas antes.

—Sí, señor —contesté sin saber a qué estaba diciendo que sí—. ¿Qué es esta cosa?

—Se llama cámara oscura.

Esas palabras no significaban nada para mí. Me hice a un lado y vi que desenganchaba un pasador y levantaba una parte de la tapa de la caja, que estaba dividida en dos mitades unidas por una bisagra. Sujetó la tapa formando un ángulo, de modo que la caja quedó parcialmente abierta. Debajo había un cristal. Se inclinó sobre ella y miró por el espacio comprendido entre la tapa y la caja

propiamente y luego tocó la pieza redondeada situada en el extremo de la caja pequeña. Parecía que estaba mirando algo, aunque a mí me parecía difícil que pudiera haber en la caja nada que tuviera tanto interés.

Se enderezó y miró hacia la esquina que yo había limpiado con todo el cuidado, luego se acercó a la ventana del centro y cerró los postigos, de modo que la habitación quedó sólo iluminada por la ventana de la esquina que estaba siendo pintada.

Entonces se quitó el sobretodo.

Yo basculé el peso del cuerpo de un pie al otro, incómoda.

Se quitó el sombrero y lo dejó en la silla que estaba junto al caballete. Volvió a inclinarse sobre la caja, cubriéndose la cabeza con el sobretodo.

Yo di un paso atrás y eché un vistazo a la puerta. Catharina no se sentía muy dispuesta a subir las escaleras en esos días, pero no sabía qué pensarían María Thins o Cornelia o cualquiera que nos viera en ese momento. Cuando me volví mantuve la vista fija en sus zapatos, todavía relucientes por el cepillado que les había dado yo el día anterior.

Por fin se incorporó y se destapó la cabeza; tenía el cabello alborotado.

—Ya está, Griet, ya está preparada. Ahora mira tú —se apartó un poco y me hizo un gesto para que me aproximara a la caja. Yo permanecí clavada donde estaba.

—Señor...

—Cúbrete la cabeza con el sobretodo como lo he hecho yo. Así la imagen será más nítida. Y mírala desde este ángulo para que no salga del revés.

Yo no sabía qué hacer. La idea de cubrirme con su sobretodo, incapaz de ver, mientras él no dejaba de observarme me mareaba.

Pero era mi amo. Se suponía que tenía que hacer lo que él decía.

Apreté los labios y me acerqué a la caja por el lado que tenía la tapa levantada. Me incliné sobre ella y observé el cuadrado de cristal blanquecino. Reflejado en éste se veía un borroso dibujo de algo.

Suavemente cerró el sobretodo sobre mi cabeza, de modo que no entrara nada de luz. Todavía conservaba el calor de su cuerpo y olía como los ladrillos recalentados por el sol. Puse las manos sobre la mesa para no perder el equilibrio y cerré los ojos un instante. Tenía la sensación de haberme bebido la cerveza de la cena demasiado rápido.

—¿Qué ves? —le oí decir.

Abrí los ojos y vi el cuadro que estaba pintando, pero sin la mujer.

—¡Oh! —me incorporé tan súbitamente que el sobretodo cayó al suelo. Di un paso atrás, pisando la tela sin querer.

Levanté el pie.

—Lo siento, señor. Esta mañana misma le lavaré el sobretodo.

—No te preocupes, Griet. ¿Qué has visto?

Tragué saliva. Estaba muy confusa y un poco asustada. Lo que había en la caja era un truco del demonio o algo católico que yo no entendía.

—He visto el cuadro que está pintando, señor. Sólo que no está la mujer y es más pequeño. Y las cosas estaban... trastocadas.

—Sí, la imagen se proyecta invertida y al revés. Hay espejos que pueden solucionarlo.

No entendía lo que estaba diciendo.

—Pero...

—¿Qué pasa?

—No entiendo, señor. ¿Cómo llegó ahí el cuadro?

Recogió el sobretodo del suelo y lo sacudió con la mano. Sonreía. Cuando sonreía su cara era una ventana abierta.

—¿Ves esto? —señaló hacia el objeto redondo acoplado en el extremo de la caja pequeña—. Esto es una lente. Está hecha con un trozo de cristal cortado de una forma determinada. Cuando la luz de esa escena —señaló hacia la esquina pintada en el cuadro— pasa por ella y entra en la caja, proyecta la imagen de modo que podemos verla ahí —dio un golpecito en el cristal blanquecino.

Yo lo miré tan fijamente, intentando comprender, que se me empaparon los ojos.

—¿Qué es una imagen, señor? No conozco esa palabra.

Se produjo un cambio en su cara, como si hubiera estado mirando algo por encima de mi hombro, pero ahora me mirara a mí.

—Es una pintura, como un cuadro.

Yo asentí. Lo que más quería era que pensara que podía seguir sus explicaciones.

—Tienes unos ojos muy abiertos —dijo entonces.

Yo me sonrojé.

—Eso dicen, señor.

—¿Quieres volver a mirar?

No quería, pero sabía que no podía decirlo. Me quedé un segundo pensando.

—Volveré a mirar, señor, pero si me deja sola. Pareció sorprendido y luego divertido.

—Está bien —dijo, y me alargó el sobretodo—. Volveré dentro de unos minutos y llamaré a la puerta antes de entrar.

Se fue, cerrando la puerta tras de sí. Yo apretaba su sobretodo. Me temblaban las manos.

Durante un momento pensé en fingir que miraba y luego decir que había mirado. Pero se daría cuenta de que estaba mintiendo.

Y además tenía curiosidad. Era más fácil sin tenerlo a él detrás observándome. Respiré hondo y miré dentro de la caja. En el cristal se veía una impresión borrosa de la escena montada en la esquina del estudio y repetida en el cuadro. Pero cuando me eché el sobretodo por encima de la cabeza, la imagen, como él la había llamado, se fue haciendo más clara: la mesa, las sillas, la cortina amarilla en la esquina, la pared del fondo con el mapa, la vasija de cerámica, el cuenco de peltre, la brocha y la carta. Todo ello aparecía allí reunido ante mis ojos en una superficie plana, una pintura que no era una pintura. Toqué el cristal cautelosamente, era totalmente liso, frío, y no tenía restos de pintura. Me destapé la cabeza, y la imagen volvió a hacerse borrosa, aunque seguía estando allí. Me metí otra vez bajo el sobretodo, quedándome totalmente a oscuras, y vi cómo volvían a aparecer aquellos preciosos colores. Reflejados en el cristal parecían incluso más brillantes e intensos de lo que lo eran en realidad en la esquina que estaba siendo pintada.

Dejar de mirar dentro de aquella caja se me hizo tan difícil como apartar la vista del cuadro de la mujer del collar de perlas la primera vez que lo vi. Cuando oí que daban con los nudillos en la puerta, tuve el tiempo justo para enderezarme y dejar caer el sobretodo sobre mis hombros antes de que él entrara.

—¿Has vuelto a mirar, Griet? ¿Has mirado como es debido?

—He mirado, señor, pero no estoy segura de lo que he visto —me alisé la cofia.

—¿Verdad que es sorprendente? Yo me quedé tan asombrado como tú cuando lo vi por primera vez.

—Pero ¿para qué quiere mirar ahí dentro pudiendo mirar su propio cuadro?

—No lo entiendes —dijo un golpecito en la caja—. Es una herramienta. Me ayuda a ver, y de esta forma me resulta más fácil pintar mis cuadros.

—Pero..., para ver usa los ojos.

—Cierto. Pero mis ojos no siempre lo ven todo.

Mis ojos se abalanzaron al rincón, como si fueran a descubrir algo inesperado, algo que antes había estado oculto, detrás de la brocha, entre las sombras del paño azul.

—Dime, Griet —continuó él—, ¿crees que me limito a pintar lo que está en aquella esquina?

Miré el cuadro, incapaz de contestar. Me sentía como si me estuvieran engañando. Contestara lo que contestara estaría mal.

—La cámara oscura me ayuda a ver de otra forma —me explicó—. A ver más de lo que hay.

Al ver la cara de desconcierto que puse debió de arrepentirse de haberse parado a dar tantas explicaciones a alguien como yo. Se volvió y bajó la tapa de la caja. Yo me quité el sobretodo y se lo di.

—Señor...

—Gracias, Griet —dijo, tomándolo—. ¿Has terminado de limpiar aquí?

—Sí, señor.

—Entonces ya puedes irte.

—Gracias, señor —recogí rápidamente las cosas de la limpieza y salí, dejando que la puerta se cerrara detrás de mí.

Pensé en lo que me había dicho, en aquello de que la caja le ayudaba a ver más. Aunque no entendía por qué, sabía que no me engañaba porque lo percibía en su cuadro de la mujer y también en lo que recordaba del de Delft. Veía las cosas de una manera que los otros no veían, y por eso parecía un lugar diferente la ciudad en la que había vivido toda mi vida; por eso la luz en la cara de una mujer la hacía hermosa.

Al día siguiente de mirar por la caja, cuando fui al estudio, ésta había desaparecido. El caballete estaba de nuevo en su sitio. Miré el cuadro. Antes, de un día para otro, sólo había detectado mínimos cambios. Ahora había uno que saltaba a la vista: el mapa que estaba colgado en la pared detrás de la mujer había sido suprimido tanto del cuadro como de la pared del rincón. Ahora la pared estaba vacía. El cuadro estaba mejor sin él, más sencillo; el contorno de la mujer más

definido contra el fondo crema de la pared. Pero el cambio me confundió: había sido demasiado súbito. No lo habría esperado de él.

Salí del estudio preocupada, y camino de la Lonja de la Carne no fui mirándolo todo como solía. Cuando me llamó nuestro antiguo carnicero no me paré a saludarlo y sólo le dije adiós con la mano.

Pieter el hijo se había quedado solo a cargo del puesto. Lo había visto unas cuantas veces desde aquel primer día, pero siempre en presencia de su padre, de pie al fondo, mientras éste despachaba. Al verme me dijo:

—Hola, Griet, estaba pensando en cuándo vendrías. Pensé que era una tontería, porque iba todos los días a comprar la carne a la misma hora.

Me habló sin mirarme a la cara.

Decidí no hacer ningún comentario a lo que me había dicho.

—Tres libras de carne para guisar. ¿Y os quedan de las salchichas que me vendió tu padre el otro día? A las niñas gustaron.

—Se han acabado, lo siento.

Una mujer se puso detrás de mí, esperando su turno. Pieter el hijo la miró.

—¿Puedes esperar un momento? —me dijo en voz baja.

—¿Esperar?

—Quiero preguntarte algo.

Me hice a un lado para que él pudiera atender a la mujer. No estaba de humor para andar esperando, pero no tenía mucha elección.

Cuando acabó con la mujer y volvimos a estar solos, me preguntó:

—¿Dónde vive tu familia?

—En la Oude Langendijck, en el Barrio Papista.

—No, no, *tu* familia.

Se me subieron los colores al darme cuenta de la equivocación.

—En el canal Rietveld, cerca de la puerta Koe. ¿Por qué me lo preguntas?

Entonces me miró por fin.

—Se han reportado varios casos de peste en ese barrio.

Di un paso atrás, abriendo unos ojos como platos.

—¿Han declarado la zona en cuarentena?

Todavía no. Se espera que lo hagan hoy.

Luego me di cuenta de que debía de haber estado indagando sobre mí. Si no hubiera sabido de antemano dónde vivía mi familia, nunca se le habría ocurrido informarme de la epidemia.

No recuerdo cómo regresé a la casa. Pieter el hijo debió de poner la carne en la cesta, pero lo único que sé es que cuando llegué, la solté a los pies de Tanneke y dije:

—Tengo que ver a la señora.

Tanneke hurgó en la cesta.

—No has traído ni salchichas ni nada que las sustituya. ¿Qué te ha pasado? ¡Tienes que volver inmediatamente a la Lonja!

—He de ver a la señorarepetí.

—¿Qué pasa? —Tanneke empezó a sospechar algo—. ¿Has hecho algo malo?

—Puede que mi familia esté en cuarentena. He de volver con ellos.

—¡Oh! —Tanneke basculó el cuerpo, incierta—. No sé qué decirte. Tendrás que preguntar. Está en el cuarto con mi señora.

Catharina y María Thins estaban en el Cuarto de la Crucifixión. María Thins fumaba su pipa. Al entrar yo se quedaron calladas.

—¿Qué pasa, muchacha? —me preguntó María Thins con un gruñido.

—Perdone, señora —me dirigí a Catharina—. Me han dicho que la calle donde vive mi familia podría estar en cuarentena, y me gustaría ir a verlos.

—¡Sí y traerte la enfermedad contigo de vuelta! —me espetó—. Por supuesto que no. ¿Es que has perdido el juicio?

Miré a María Thins, lo cual enfadó aún más a Catharina.

—He dicho que no —insistió—. Y soy yo quien decide lo que puedes o no puedes hacer. ¿O es que lo has olvidado?

—No, señora —bajé la vista.

—No irás a casa los domingos hasta que el peligro haya desaparecido. Ahora vete, tenemos que hablar de cosas sin que estés tú por en medio.

Llevé la colada al patio y me senté fuera de espaldas a la puerta, para no tener que ver a nadie. Frotando uno de los vestidos de Maertge me puse a llorar. Cuando olí el aroma de la pipa de María Thins, me sequé las lágrimas, pero no me volví.

—No seas tonta, muchacha —dijo María Thins suavemente a mi espalda—. No puedes hacer nada por ellos y tienes que salvarte tú. Eres una chica despierta y puedes entenderlo.

No contesté. Un rato después había desaparecido el olor de su pipa.

A la mañana siguiente, él entró en el estudio cuando yo lo estaba barriendo.

—Griet, me he enterado de la desgracia de tu familia —dijo—, y lo siento.

Levanté la vista de la escoba. Sus ojos eran amables, y sentí que podía preguntarle algo.

—¿Sabe usted, señor, si han declarado la cuarentena?

—Sí, ayer por la mañana.

—Gracias por decírmelo, señor.

Asintió y, cuando estaba a punto de salir, le dije:

—¿Puedo hacerle otra pregunta, señor? Es sobre el cuadro.

Se paró en el umbral.

—¿De qué se trata?

—¿Fue al mirar dentro de la caja cuando se dio cuenta de que tenía que eliminar el mapa del cuadro?

—Efectivamente —su cara tenía la concentración de una cigüeña antes de lanzarse a por el pez.

—¿Te gusta que haya desaparecido el mapa?

—Ahora el cuadro es mejor.

No creo que en cualquier otro momento me hubiera atrevido a hacer semejante afirmación, pero el peligro que estaba corriendo mi familia me volvió audaz.

Cuando me sonrió, agarré con fuerza la escoba que tenía entre las manos.

No podía trabajar. Me preocupaba mi familia y no si los suelos quedaban bien fregados o las sábanas bien blancas. Puede que antes nadie se hubiera fijado en lo apañada que era, pero ahora todos repararon en lo descuidada que me había vuelto. Lisbeth se quejó de que su delantal tenía manchas. Tanneke refunfuñó porque levantaba polvo al barrer y ponía perdidos los platos. Catharina me gritó varias veces: porque me había olvidado de planchar las mangas de su camisola, por comprar bacalao cuando me habían dicho que llevara arenques, por dejar que el fuego se apagara.

María Thins me susurraba cuando pasaba a mi lado en el pasillo:

—Tranquila, muchacha.

Sólo en el estudio era capaz de limpiar como antes, con el cuidado que exigía él.

No sabía qué hacer aquel primer domingo que no se me permitió ir junto a mi familia. No podía ir a nuestra iglesia, pues se hallaba también en la zona en cuarentena. Pero tampoco quería quedarme en la casa, pues hicieran lo que hicieran los católicos los domingos, no me apetecía acompañarlos.

Salieron todos juntos para ir a la iglesia de los jesuitas, situada a la vuelta de la esquina, en la Molenpoort, las niñas con sus mejores vestidos; incluso Tanneke, que llevaba a Johannes en los brazos, se mudó y se puso un vestido de lana color crema. Catharina andaba despacio, del brazo de su marido. María Thins cerró la puerta. Yo me quedé delante de la casa viéndolos desaparecer y decidiendo qué hacer. Las campanas de la Iglesia Nueva empezaron a sonar.

Ahí me bautizaron, pensé. Seguramente me permitirán asistir al servicio.

Entré sin llamar la atención, sintiéndome como una rata que se esconde en la casona de un rico. Dentro había una fresca penumbra, unas columnas lisas que se elevaban hasta muy arriba y un techo tan alto que casi podría ser el cielo. Detrás del altar se encontraba el gran sepulcro de mármol de Guillermo de Orange.

No vi a nadie conocido, sólo a gente sobriamente vestida, con unos cortes de tela mucho más finos de lo que yo llegaría a ponerme nunca. Me escondí detrás de una columna durante el servicio, que apenas pude seguir de lo nerviosa que estaba de que alguien se acercara y me preguntara qué estaba haciendo allí. Cuando finalizó, me escabullí lo más rápida que pude sin dar tiempo a que nadie se me acercara. Rodeé la iglesia y miré a la casa, al otro lado del canal. La puerta estaba todavía cerrada. Las misas católicas debían de durar más que nuestros servicios, pensé.

Caminé lo más lejos que me permitieron en dirección a mi casa; sólo me paré al llegar a una barrera vigilada por un soldado, que bloqueaba el paso. Las calles parecían muy silenciosas al otro lado.

—¿Cómo están las cosas ahí detrás? —le pregunté al soldado.

Se encogió de hombros y no contestó. Parecía sofocado bajo el capote y la gorra, pues aunque estaba nublado, hacía mucho bochorno.

—¿Hay una lista de los muertos? —apenas pude pronunciar estas palabras.

—Todavía no.

No me sorprendió; las listas siempre se retrasaban y solían ser incompletas. El boca a boca solía ser más fiable.

—¿Sabes si Jan, el azulejero...?

—No sé nada de nadie. Tendrás que esperar —el soldado se alejó al ver que se aproximaba más gente a hacerle las mismas preguntas.

Intenté hablar con otro soldado apostado en otra barrera unas calles más allá. Aunque se mostró más simpático, tampoco pudo decirme nada de mi familia.

—Podría preguntar, pero a cambio de algo —añadió sonriendo y mirándome de arriba abajo, a fin de que yo entendiera que no hablaba de dinero.

—Debería darte vergüenza intentar aprovecharte de los que sufren.

Pero no parecía en absoluto avergonzado. Me había olvidado de que los soldados sólo piensan en una cosa cuando ven a una mujer.

Cuando regresé a la Oude Langendijck sentí un gran alivio al ver que la casa estaba abierta. Entré sigilosamente y me pasé toda la tarde en el patio con mi libro de oraciones. Por la noche le dije a Tanneke que me dolía el estómago y me fui a la cama sin cenar.

En la carnicería, Pieter el hijo me llevó a un lado mientras su padre estaba ocupado con otra clienta.

—¿Has sabido algo de tu familia?

Dije que no con la cabeza.

—Nadie ha podido darme noticias.

No lo miré a la cara. Su preocupación me hizo sentir como si acabara de desembarcar y el suelo se moviera bajo mis pies.

—Procuraré enterarme y tenerte al corriente —dijo Pieter. Por su tono quedaba claro que no había lugar a discusión.

—Gracias —dije después de una larga pausa. Me quedé pensando en qué haría yo si él conseguía alguna información. No me estaba pidiendo nada, como lo había hecho el soldado, pero le debería un favor. Y no quería deberle favores a nadie.

—Puede que me lleve unos días —murmuró Pieter antes de volverse y alargarle a su padre un hígado de vaca. Se limpió las manos en el delantal. Yo asentí, muda, con la vista clavada en sus manos. Tenía sangre debajo de las uñas.

Supongo que tendré que acostumbrarme a estas cosas, pensé.

Desde entonces estaba siempre deseando que llegara la hora de ir a comprar, más incluso que la de limpiar el estudio. También lo temía, sin embargo, especialmente el momento en que Pieter el hijo levantaba la cabeza de la faena y me veía, y yo intentaba encontrar en sus ojos alguna clave. Quería saber, pero mientras no supiera nada, era posible tener esperanza.

Pasaron varios días en los que le compré la carne o pasé por su puesto después de haber comprado el pescado, y él simplemente movía negativamente la cabeza. Entonces, un día, levantó la vista y miró hacia otro lado, y yo supe lo que me iba a decir. Sencillamente no sabía quién.

Tuve que esperar hasta que terminó de atender a varios clientes. Estaba tan mareada que quería sentarme, pero el suelo estaba lleno de sangre.

Por fin Pieter el hijo se quitó el delantal y se acercó a mí.

—Se trata de tu hermana Agnes —me dijo suavemente—. Está muy enferma.

—¿Y mis padres?

—Están bien, por ahora.

No le pregunté hasta qué punto se había arriesgado a fin de poderme informar.

—Gracias, Pieter —dije en un susurro. Era la primera vez que pronunciaba su nombre.

Le miré a los ojos y vi bondad en ellos. Y también vi lo que había temido: esperanzas.

El domingo decidí ir a visitar a mi hermano. No sabía si se había enterado de la cuarentena o de lo que había pasado con Agnes. Salí de la casa temprano y caminé hasta la fábrica, que estaba fuera de las murallas de la ciudad, no muy lejos de la puerta de Rotterdam. Frans estaba todavía dormido cuando llegué. La mujer que me abrió la puerta se rió cuando pregunté por él.

—Tardará horas en despertarse —dijo—. Los domingos, los aprendices se pasan el día durmiendo. Es su día libre.

No me gustó su tono ni lo que dijo.

—Por favor, despiértelo y dígame que ha venido su hermana —le pedí. Soné un poco como Catharina.

La mujer levantó la cejas.

—No sabía que Frans fuera de una familia de tanta alcurnia.

Desapareció, y yo me pregunté si se molestaría en despertar a Frans. Me senté en un murete a esperar. Una familia pasó a mi lado camino de la iglesia. Los hijos, dos chicas y dos chicos, corrían delante de sus padres, igual que lo habíamos hecho nosotros. Los miré hasta que desaparecieron de mi vista.

Frans apareció por fin, con cara de sueño y restregándose los ojos.

—¡Ah, Griet! —exclamó—. No sabía si serías tú o Agnes. Me imaginaba que Agnes no habría venido sola hasta tan lejos.

No lo sabía. No podía ocultárselo, ni siquiera decírselo con tacto.

—Agnes ha caído víctima de la peste —dije bruscamente—. Dios la asista a ella y a nuestros padres.

Frans paró de restregarse los ojos. Los tenía muy rojos.

—¿Agnes? —repetió confuso—. ¿Cómo lo sabes?

—Alguien me ha informado.

—¿No los has visto entonces?

—La zona está en cuarentena.

—¿En cuarentena? ¿Desde cuándo?

—Diez días.

Frans movió la cabeza, enfadado.

—No me he enterado de nada. Amarrado a este horno día tras día, lo único que veo son azulejos blancos. Creo que voy a volverme loco.

—Es en Agnes en quien deberías pensar ahora.

Frans dejó caer la cabeza, triste. Había crecido desde la última vez que lo había visto, unos meses antes. Y su voz también se había hecho más profunda.

—Frans, ¿vas a la iglesia alguna vez?

Se encogió de hombros. No me atreví a seguir preguntándole.

—Voy a ir a rezar por todos ellos —dije en su lugar—. ¿Quieres venir conmigo?

No quería, pero logré convencerlo; no quería volver a entrar sola en una iglesia desconocida. Encontramos una no lejos de allí, y aunque el servicio no me consoló, recé todo lo que pude por nuestra familia.

Luego Frans y yo caminamos por la orilla del río Schie. No hablamos mucho, pero los dos sabíamos lo que estaba pensando el otro: no se sabía de nadie que hubiera salido con vida de la peste.

Una mañana, al abrirme la puerta del estudio María Thins me dijo:

—Está bien, muchacha. Hoy puedes recoger ese rincón —y señaló a la esquina que estaba pintando él en el cuadro.

No entendí lo que quería decirme.

—Todo lo que está sobre la mesa —continuó— debe ir a los arcones del almacén, salvo el cuenco y la brocha de Catharina, que me los voy a llevar yo.

Se acercó a la mesa y cogió los dos objetos que tantas semanas había pasado yo colocando cuidadosamente en su sitio.

María Thins se rió de la cara que puse.

—No te preocupes. Ya lo ha acabado. Ya no lo necesita. Cuando termines con el rincón, no dejes de quitarle el polvo a todas las sillas y de colocarlas junto a la ventana del centro. Y abre todas las contraventanas.

Salió con el cuenco en las manos.

Sin el cuenco y la brocha, la mesa se había transformado en una imagen que yo no reconocía. La carta, el paño, el jarrón de porcelana, habían perdido su significado, como si alguien los hubiera dejado simplemente sobre la mesa. Pero, a pesar de todo, no me imaginaba moviéndolos.

Decidí dejarlo para más tarde y me puse con las otras faenas. Abrí todas las contraventanas, con lo que la habitación se hizo muy luminosa, extraña, y entonces barrí y limpié el polvo en todas partes salvo en la mesa. Estuve un rato mirando el cuadro, intentando descubrir en qué se diferenciaba ahora que estaba terminado. Hacía varios días que no había visto ningún cambio.

Todavía seguía haciéndome estas consideraciones cuando entró él.

—Griet, veo que todavía no has terminado de recoger. Date prisa; he venido a ayudarte a mover la mesa.

—Siento haber sido tan lenta, señor. Es que...

Él pareció sorprenderse de que yo fuera a decir algo.

—... Estoy tan acostumbrada a ver los objetos donde están que no soporto tener que moverlos.

—Ya comprendo. Te ayudaré yo entonces.

Tiró de la tela azul y me la entregó. Tenía unas manos muy limpias. Tomé la tela sin tocárselas y me acerqué a la ventana y la sacudí. Luego la doblé y la guardé en uno de los arcones del almacén. Cuando volví, él ya había recogido la carta y el jarrón de porcelana y los había guardado. Movimos la mesa a un lado de la habitación y yo coloqué las sillas en el centro mientras él trasladaba el caballete y el cuadro al rincón donde había estado montada la escena representada en éste.

Resultaba raro ver el cuadro en el lugar de la escena real. Todo era muy extraño, todo aquel movimiento súbito y todos aquellos cambios tras semanas de calma e inmovilidad. No le pegaba. No le pregunté a qué se debía. Quería mirarlo, adivinar lo que estaba pensando, pero no levanté la vista de la escoba, con la que recogía el polvo que había levantado la tela azul.

Él se fue y yo terminé rápidamente, pues no quería entretenerme en el estudio. Ya no me consolaba estar allí. Esa tarde Van Ruijven y su esposa vinieron de visita. Tanneke y yo estábamos sentadas en el banco de la puerta y ella me enseñaba a zurcir unos puños de encaje. Las niñas habían ido a la Plaza del Mercado y estaban jugando con una cometa junto a la Iglesia Nueva, en un lugar visible desde donde estábamos nosotras: Maertge agarraba la cuerda mientras Cornelia la empujaba hacia el cielo.

Vi venir a los Van Ruijven desde lejos. Cuando se acercaron, la reconocí a ella por el cuadro y por nuestro breve encuentro, y en él reconocí al hombre del bigote con una pluma blanca en el sombrero y una sonrisa untuosa al que había visto acompañarla hasta la puerta.

—Mira, Tanneke —le dije en voz baja—, por ahí viene el caballero que te mira todos los días en el cuadro.

—¡Oh! —Tanneke se sonrojó al verlos y, colocándose la cofia y el delantal, me susurró—: Ve a decirle a la señora que están aquí.

Corrí dentro y encontré a María Thins y a Catharina con el pequeño dormido en el Cuarto de la Crucifixión.

—Han venido los Van Ruijven —anuncié.

Catharina y María Thins se quitaron las cofias y se alisaron los cuellos de sus vestidos. Catharina se apoyó en la mesa y se levantó. Cuando salían de la habitación, María Thins se acercó a Catharina y le colocó una de las peinetas de carey que ella se ponía sólo en las ocasiones especiales.

Saludaron a los invitados en el zaguán mientras yo aguardaba en el pasillo. Cuando se dirigían a las escaleras, Van Ruijven me vio y se detuvo un instante.

—¿Quién es ésa?

Catharina me miró torva.

—Sólo una de las criadas. Tanneke, haga el favor de traernos vino.

—Que nos lo suba la de los ojos grandes —ordenó Van Ruijven—. Ven. Querida —le dijo a su esposa, que empezó a subir las escaleras.

Tanneke y yo permanecemos codo con codo, ella enojada, y yo consternada por los comentarios del caballero.

—Venga —me gritó Catharina—, ya has oído lo que ha dicho. Sube el vino —y empezó a subir trabajosamente las escaleras detrás de María Thins.

Fui al Cuarto Pequeño, donde dormían las niñas; allí se guardaban las copas; cogí cinco, las limpié con el delantal y las coloqué en una bandeja. Luego fui a la cocina a buscar el vino. No sabía dónde lo guardaban, porque no solían beber. Tanneke se había enfurruñado y había desaparecido. Temí que el vino estuviera guardado bajo llave en una de las alacenas y que tuviera que pedirle la llave a Catharina delante de todo el mundo.

Afortunadamente, María Thins lo había previsto. Había dejado en el Cuarto de la Crucifixión una jarra blanca con tapa de peltre llena de vino. La puse en la bandeja y la subí al estudio, colocándome primero la cofia, el cuello y el delantal como habían hecho las otras.

Cuando entré, estaban de pie junto al cuadro.

—Una nueva joya —decía Van Ruijven—. ¿Te complace, querida? —le preguntó a su esposa.

—Claro —contestó ella. La luz que entraba por la ventana le daba directamente en la cara, y casi parecía hermosa.

Cuando dejé la bandeja sobre la mesa que mi amo y yo habíamos movido aquella mañana, María Thins se acercó a mí.

—Yo me encargo —me susurró—. Ya puedes irte. Apura.

Estaba ya en la escalera cuando oí decir a Van Ruijven:

—¿Dónde está la criada de los ojos grandes? ¿Ya se ha ido? Me habría gustado echarle un vistazo.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Catharina contenta—. Es el cuadro lo que tiene que mirar ahora.

Volví al banco de la entrada y me senté al lado de Tanneke, que no me dirigió la palabra. Estuvimos sentadas en silencio, zurciendo los puños y escuchando las voces que se escapaban de las ventanas sobre nosotras.

Cuando bajaron, me escabullí a la vuelta de la esquina y esperé hasta que se fueron arrimada a un muro de ladrillo de la Molenpoort, que el sol había caldeado.

Más tarde vino un criado de su casa y desapareció en el estudio. No lo vi salir, pues las niñas habían regresado y querían que les encendiera el fuego para asar manzanas.

A la mañana siguiente, el cuadro había desaparecido. No pude contemplarlo por última vez.

Aquella mañana, cuando llegué a la Lonja de la Carne, oí decir a un hombre que iba delante de mí que habían levantado la cuarentena. Me apresuré al puesto de Pieter. Estaban los dos, el padre y el hijo, y había varias personas esperando a que las sirvieran. Yo las ignoré y me dirigí directamente a Pieter hijo.

—¿Me puedes atender rápidamente? —le pregunté—. Tengo que ir a ver a mi familia. Sólo quiero tres libras de lengua y otras tres de salchichas.

Pieter dejó lo que estaba haciendo y pasó por alto las voces de indignación de la anciana a la que estaba atendiendo.

—Claro que si yo fuera joven y te sonriera, también me servirías enseguida —le increpó cuando él me dio mis paquetes.

—Ella no me ha sonreído —replicó Pieter. Miró a su padre y luego me pasó un paquete más pequeño—: Para tu familia —me dijo en voz baja.

Ni siquiera le di las gracias; agarré el paquete y me fui a la carrera.

Sólo los ladrones y los niños corren así.

Corrí todo el camino hasta llegar a casa.

Mis padres estaban sentados uno al lado del otro en el banco de la entrada ambos con la cabeza gacha. Cuando llegué hasta ellos, tomé la mano de mi padre y me la llevé a la mejilla. Me senté junto a ellos en silencio.

No había nada que decir.

Después de aquello vino un tiempo de mucha pesadumbre y tristeza. Todo lo que hasta entonces había significado algo —dejar la colada lo más blanca posible, el paseo diario a la compra, la tranquilidad del estudio— dejó de ser importante, aunque seguía estando allí, como cuando te das un golpe y se te queda un bultito bajo la piel: sólo te acuerdas cuando lo tocas.

Mi hermana murió al final del verano. Ese otoño fue muy lluvioso. Me pasaba la mayor parte del tiempo tendiendo la ropa en cañas dentro de la casa y moviéndolas para acercarlas al fuego, a fin de que las prendas se secaran antes de que les saliera moho, pero sin quemarlas tampoco.

Tanneke y María Thins se mostraron bastante amables conmigo cuando se enteraron de lo que había pasado con Agnes. Tanneke consiguió controlar su mal humor durante varios días, aunque enseguida empezó a regañarme y a enfadarse, teniendo que ser yo entonces quien la aplacara. María Thins no me hablaba mucho, pero adoptó la costumbre de calmar a su hija cuando ésta se enfurecía conmigo.

Parecía que Catharina no se hubiera enterado de lo de mi hermana o que si se había enterado no lo dejara ver. Enseguida saldría de cuentas y, como había previsto Tanneke, se pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, dejando a Johannes a cargo de Maertge. El pequeño empezaba a andar y mantenía muy ocupadas a las niñas.

Las niñas ni siquiera sabían que yo tenía una hermana, así que no se enteraron tampoco de que la había perdido. Sólo Aleydis parecía darse cuenta de que me pasaba algo. A veces venía a sentarse a mi lado y se pegaba a mi cuerpo como un cachorrito buscando calor entre los repliegues de su madre. Me consolaba de una forma sencilla como nadie podía hacerlo.

Un día Cornelia salió al patio, donde yo estaba tendiendo la ropa, y me dio una muñeca vieja.

—Ya no jugamos con ella. Ni siquiera Aleydis. ¿Quieres llevársela a tu hermana? —anunció poniendo cara de buena, y yo supe que había debido de oír a alguien hablar de la muerte de Agnes.

—No, gracias —fue todo lo que alcancé a decir, casi atragantándome con las palabras.

Sonrió y desapareció.

El estudio siguió vacío. No empezó otro cuadro. Se pasaba la mayor parte del tiempo fuera, bien en la Hermandad, bien en Mechelen, la posada de su madre, al otro lado de la plaza. Yo seguía limpiando el estudio, pero se convirtió en una tarea más, en otra habitación más que barrer y a la que quitar el polvo.

Cuando iba a la Lonja de la Carne me costaba trabajo mirar de frente a Pieter el hijo. Su amabilidad me hacía daño. Tendría que corresponderle de alguna manera, pero no lo hacía. Tendría que sentirme halagada, pero no lo estaba. No quería sus atenciones. Llegué a preferir que me despachara su padre, quien me tomaba el pelo, pero no me pedía nada, salvo que me mostrara crítica con la carne que me servía. Ese otoño comimos muy buena carne.

Algún domingo me acercaba a la fábrica de Frans y le apremiaba para que viniera a casa conmigo. Vino dos veces y alegró un poco a mis padres. Hasta hacía un año habían tenido tres hijos en casa; ahora no les quedaba ninguno. Cuando Frans y yo nos juntábamos allí, les recordábamos tiempos mejores. Una vez mi madre incluso se rió, hasta que se dio cuenta y se calló, moviendo reprobatoriamente la cabeza.

—Dios nos ha castigado por dar por supuesta nuestra buena suerte —dijo—. No debemos olvidarlo.

No era fácil ir a casa. Descubrí que después de haber estado sin ir los domingos que duró la cuarentena, mi casa se había convertido en un lugar extraño. Me empezaba a olvidar de dónde guardaba mi madre las cosas, de qué tipo de azulejos recubrían la chimenea y de por dónde entraba el sol en cada momento del día. Tan sólo unos meses después, me costaba menos trabajo describir la casa del Barrio Papista donde trabajaba que la de mi familia.

A Frans, sobre todo, se le hacía cuesta arriba ir a casa. Tras muchos días y noches de trabajo le apetecía reírse y bromear o, al menos, dormir. Supongo que yo lo coaccionaba con la esperanza de que la familia volviera a estar unida. Pero era imposible. Después del accidente de mi padre ya no éramos la misma familia.

Cuando regresé un domingo de casa de mis padres, Catharina se había puesto de parto. La oí gemir al entrar. Me asomé a la Sala Grande, que estaba más oscura de lo habitual —habían cerrado los postigos inferiores para darle cierta intimidad—. Estaba allí María Thins con Tanneke y la comadrona. Cuando me vio, María Thins me dijo:

—Ve en busca de las niñas, las he mandado a jugar fuera. No tardará mucho ya. Vuelve dentro de una hora.

Me alegró irme. Catharina metía mucho ruido y no me parecía discreto escucharla en aquel estado. Además sabía que no me quería allí.

Busqué a las niñas en su lugar favorito, el Campo de la Feria, a la vuelta de la esquina de la casa, donde se vendía y compraba el ganado. Cuando las encontré estaban jugando a las canicas y a pillarse unas a otras. El pequeño Johannes correteaba tambaleándose detrás de ellas y, todavía inseguro, tan pronto se sostenía en pie como se tiraba al suelo y gateaba. No era el tipo de juego que nos hubieran permitido en domingo, pero los católicos tenían ideas distintas.

Cuando se cansó de corretear, Aleydis vino a sentarse conmigo.

—¿Tardará todavía mucho mamá en tener el niño? —me preguntó.

—Tu abuela me ha dicho que no. Enseguida volvemos con ellos.

—¿Se pondrá contento papá?

—Supongo que sí.

—¿Pintará ahora más deprisa?

No contesté. La pequeña hablaba por boca de su madre. No quería oír más.

Cuando volvimos, él estaba parado en la puerta.

—¡Papá, llevas puesto el gorro! —exclamó Cornelia.

Las niñas corrieron hasta él e intentaron quitarle el gorro acolchado que se ponen los hombres para la ocasión, cuyas cintas le llegaban por debajo de las orejas. Parecía orgulloso al tiempo que azorado. Me sorprendió; ya había sido padre cinco veces y pensé que estaría acostumbrado. No tenía ninguna razón para estar azorado.

Es Catharina la que quiere tener hijos, pensé entonces. Él preferiría estar solo en el estudio.

Pero eso no era justo. Yo sabía cómo se hacían los niños. Él también tenía algo que ver en ello y debía de haber cumplido más que de buen grado con su papel. Y por difícil que fuera Catharina, a menudo lo había visto mirarla, rozar su hombro o hablarle en tono meloso.

No me gustaba pensar en él como hombre casado y con hijos. Prefería pensar en él solo en el estudio. O no del todo solo; conmigo.

—Habéis tenido un hermanito, niñas —dijo—. Se llama Franciscus. ¿Queréis verlo? —las condujo dentro mientras yo me quedaba en la calle con Johannes en los brazos.

Tanneke abrió los postigos de la Sala Grande y se asomó fuera.

—¿Está bien mi señora? —pregunté.

—Oh, sí. Arma mucho alboroto, pero no le pasa nada. Está hecha para tener hijos; le salen como las castañas de la cáscara. Ahora entra, el amo quiere hacer una oración de gracias.

Aunque incómoda, no podía negarme a rezar con ellos. Los protestantes hacían lo mismo después de un buen parto. Llevé a Johannes a la Sala Grande, que ahora estaba mucho más iluminada y llena de gente. Apenas lo puse en el suelo se lanzó a trompicones junto a sus hermanas, que estaban reunidas alrededor de la cama. Habían levantado las cortinas que la cercaban, y Catharina estaba incorporada sobre un montón de almohadones meciendo a un niño entre sus brazos. Aunque tenía cara de cansancio, sonreía, por una vez feliz. Mí amo estaba de pie a su lado, la vista baja, contemplando a su nuevo hijo. Aleydis le agarraba de la mano. Tanneke y la comadrona retiraban y limpiaban palanganas y sábanas manchadas de sangre, mientras que la nueva ama de cría aguardaba junto a la cama.

María Thins vino de la cocina con una botella de vino y tres vasos en una bandeja. Cuando la dejó sobre la mesa, él soltó la mano de Aleydis, se retiró un paso o dos de la cama y se arrodilló junto con María Thins. Tanneke y la comadrona dejaron lo que estaban haciendo y también se arrodillaron. Y luego el ama de cría, las niñas y yo nos arrodillamos igualmente; Johannes se retorció, llorando, al obligarle Lisbeth a quedarse quieto.

Mi amo dijo una plegaria para agradecer al Señor el buen nacimiento de Franciscus y el haber preservado la vida de Catharina. Luego añadió ciertas fórmulas católicas, en latín, que yo no entendí, pero no me importó mucho. Tenía una voz baja y suave.

Cuando terminó la oración, María Thins sirvió los tres vasos de vino y él y ella y Catharina bebieron a la salud del recién nacido. Entonces Catharina se lo entregó al ama de cría, quien se lo puso en el pecho.

Tanneke me hizo una seña y nos dirigimos a preparar el arenque ahumado y el pan para la cena de las niñas y del ama de cría.

—No tardaremos en empezar con los preparativos del festín —observó Tanneke mientras poníamos la mesa—. A tu señora le gusta celebrar los nacimientos por todo lo alto. No nos dejará parar.

Este festín fue la celebración más importante que tuve a ocasión de presenciar mientras estuve en la casa. Teníamos diez días para disponerlo todo, diez días para limpiar y cocinar. María Thins contrató a dos chicas durante una semana para que ayudaran a Tanneke con la comida y a mí con la limpieza. La que me ayudaba a mí no era muy despierta, pero trabajaba bien siempre que le dijera exactamente lo que tenía que hacer y la vigilara de cerca. Un día lavamos —estuvieran o no limpios— todos los manteles y servilletas que se iban a necesitar en el banquete, así como todas las ropas de la casa —camisolas, camisas, vestidos, cofias, cuellos, pañuelos, gorros y delantales—. La ropa de cama nos llevó otro día. Luego fregamos todas las jarras de cerveza, las copas, las fuentes, los peroles de cobre, las sartenes, las rustideras, los cucharones, las cucharas, así como lo que los vecinos nos habían prestado para la ocasión. Le sacamos brillo al bronce, el cobre y la plata. Descolgamos las cortinas y las sacudimos fuera y lo mismo hicimos con los cojines y las alfombras. Enceramos la madera de las camas, los armarios, las sillas y las mesas y los alféizares, hasta dejarla brillante.

Cuando acabamos tenía las manos llenas de grietas y casi en carne viva.

Todo estaba limpio para la fiesta.

María Thins encargó cordero y ternera y lengua y un cerdo entero, y liebre y faisán y capones, ostras y langostas y caviar y arenques, vino dulce y la mejor cerveza, así como dulces especialmente preparados por el panadero.

Cuando le entregué a Pieter el padre la nota con los encargos de María Thins, éste se frotó las manos.

—Con que una boca más que alimentar. Mejor para nosotros.

Llegaron grandes ruedas de queso Gouda y de queso Edam y alcachofas y naranjas y limones y uvas y ciruelas, y almendras y avellanas. Incluso enviaron una piña, regalo de un primo rico de María Thins. Nunca en mi vida había visto una piña, y su piel rugosa y con pinchos no me la hacía muy apetecible. En cualquier caso, no era a mí a quien iba destinada. Ni ésta ni el resto de los alimentos, que apenas probamos, salvo algún bocadito que Tanneke nos daba a degustar de vez en

cuando. Me dejó probar un poquitín de caviar, que me gustó menos de lo que admití, pese a toda su fama, y un poco del vino dulce, que estaba maravillosamente especiado con canela.

Se almacenó carbón y leña en el patio y unos espetones para asar cedidos por un vecino. También se almacenaron en el patio los barriles de cerveza, donde asimismo se asó el cerdo. María Thins contrató a un muchacho para que vigilara los fuegos, que estuvieron encendidos toda la noche una vez que empezamos a asar el cerdo.

Mientras se llevaban a cabo todos estos preparativos, Catharina permaneció en cama con Franciscus, bajo los cuidados del ama de cría, serena como un cisne. Y un cisne parecía, con su largo cuello y su pico afilado. Intentaba mantenerme lo más lejos posible de ella.

—Así le gustaría que estuviera la casa siempre —farfulló Tanneke mientras estofaba las liebres y yo calentaba agua para limpiar las ventanas—. Le gusta verlo todo patas arriba. ¡Reina de las sábanas!

Tanneke dejó escapar una risita y yo la acompañé, sabiendo que no debía animarla a mostrarse desleal, pero no por ello dejando de alegrarme cuando lo era.

Él se mantuvo alejado durante los preparativos, encerrado en el estudio o fuera, en la Hermandad. Sólo lo vi una vez, tres días antes del banquete. La chica que había venido a ayudar y yo estábamos en la cocina sacando brillo a los candelabros cuando Lisbeth vino a buscarme.

—El carnicero pregunta por ti —dijo—. Está fuera, en la puerta.

Dejé la gamuza, me limpié las manos en el delantal y la seguí por el pasillo. Sabía que sería el hijo. Nunca me había visto en el Barrio Papista. Al menos no tenía las encarnadas chapetas que solía tener en las mejillas de colgar la colada humeante.

Pieter el hijo había dejado el carrito cargado con todos los pedidos de María Thins delante de la casa. Las niñas lo inspeccionaban. Sólo Cornelia se dio la vuelta. Cuando aparecí en el umbral, Pieter me sonrió. Yo no me alteré y no me sonrojé. Cornelia me observaba.

No era la única. Sentí su presencia detrás de mí; había venido detrás de nosotras por el pasillo. Me volví a mirarlo y vi que se había dado cuenta de la sonrisa de Pieter y también de su expectación.

Pasó la vista de Pieter a mí. Sus ojos grises me miraron con frialdad. Yo sentí que me mareaba, como si me hubiera levantado súbitamente. Volví a mirar al frente. La sonrisa de Pieter ya no era tan abierta. Se había dado cuenta de mi desfallecimiento.

Me sentía atrapada entre los dos hombres. No era un sentimiento muy agradable que digamos.

Me eché a un lado para hacerle paso a mi amo. Al llegar a la Molenpoort giró sin decir una palabra o dedicarnos una mirada. Pieter y yo lo vimos irse; los dos guardamos silencio.

—He traído el pedido —dijo por fin Pieter—. ¿Dónde quieres que lo ponga?

Aquel domingo, cuando fui a casa de mis padres, no quise contarles que había nacido otro niño. Pensé que les traería a la mente la pérdida de Agnes. Pero mi madre lo había oído en el mercado, de modo que me hicieron contarles todo lo relativo al nacimiento y la oración con la familia y los preparativos que se habían hecho para la fiesta. Mi madre se preocupó al ver cómo tenía las manos, pero le prometí que lo peor había pasado ya.

—¿Y de los cuadros, qué? —preguntó mi padre—. ¿Ha empezado alguno nuevo?

Siempre esperaba que le describiera un cuadro nuevo.

—Nada —contesté—. No he estado mucho tiempo en el estudio esta semana. Todo sigue igual allí.

—Puede que sea un poco vago —comentó mi madre.

—No es un vago —salté yo enseguida.

—Tal vez no quiere hacerse cargo —dijo mi padre.

—No sé lo que quiere —dije, con más énfasis del que había pretendido. Mi madre se me quedó mirando. Mi padre se rebulló en el asiento.

No dije nada más sobre él.

El día de la fiesta los invitados empezaron a llegar hacia el mediodía. Para la hora señalada había tal vez cien personas entre el interior y el exterior de la casa, tanto en el patio como en la calle. Había toda suerte de invitados: ricos mercaderes junto con el panadero, el sastre, el farmacéutico, el zapatero. También estaban los vecinos, Y la madre y la hermana de mi amo, y los primos de María Thins. Y otros pintores, y otros hermanos de la Hermandad, así como Van Leeuwenhoek y Van Ruijven y su esposa.

Incluso Pieter el padre estaba, sin su delantal manchado de sangre, haciéndome señas y sonriéndome cuando pasaba a su lado con una jarra de vino especiado.

—Bueno, bueno, Griet. No sabes lo celoso que se puso mi hijo al enterarse de que iba a pasar la velada contigo.

—No lo creo —susurré, alejándome de él, azorada.

Catharina era el centro de atención. Se había puesto un vestido de seda verde que le habían arreglado para que le cupiera la tripa, que todavía no se le había reducido. Sobre éste llevaba el manto ribeteado con piel de armiño con el que había posado la mujer de Van Ruijven. Resultaba raro verlo sobre los hombros de otra mujer. No me gustó verlo en ella, aunque, claro está, tenía todo el derecho a llevarlo, puesto que era suyo.

También se había puesto un collar y unos pendientes de perlas, y sus rizos rubios estaban bellamente recogidos. Se había recobrado muy bien del parto y estaba muy alegre y grácil, liberado su cuerpo del peso que había llevado durante meses. Se movía con agilidad de una habitación a otra, bebiendo y riéndose con sus invitados, encendiendo velas, pidiendo más comida y reuniendo a la gente. Sólo se paró para hacerle unos mimos a Franciscus cuando el ama estaba dándole de mamar.

Mi amo estuvo mucho más tranquilo. Se pasó casi toda la velada hablando con Leeuwenhoek, aunque a menudo seguía con la vista a Catharina en sus idas y venidas por la habitación entre los invitados. Llevaba una elegante chaqueta de terciopelo y el gorro propio de la ocasión, y parecía a gusto aunque no muy interesado en la fiesta. A él no le agradaban las multitudes tanto como le agradaban a su mujer.

Ya entrada la noche, Van Ruijven se las apañó para acorralarme en el pasillo cuando yo pasaba con una vela en una mano y una jarra de vino en la otra.

—Vaya, vaya, la doncella de los ojos grandes —exclamó, inclinándose sobre mí—. Hola, muchacha —me agarró por la barbilla y con la otra mano me obligó a levantar la vela para iluminarme la cara. No me gustó la forma en que me miró.

—Deberías pintarla —dijo por encima del hombro.

Mi amo estaba detrás de él. Tenía el ceño fruncido. Parecía que quisiera decirle algo a su patrón, pero no se decidiera a ello.

—Griet, sírveme vino.

Pieter el padre había aparecido en la puerta del Cuarto de la Crucifixión y me extendía una copa.

—Sí, señor.

Di un paso atrás, liberando mi barbilla de los dedos de Van Ruijven, y atravesé el pasillo rápidamente hacia Pieter el padre. Sentía un par de ojos clavados en mi espalda.

—Lo siento, señor. No queda nada en la jarra. Voy a buscar más a la cocina —me apresuré por el pasillo, apretando la jarra contra mi cuerpo para que no se dieran cuenta de que estaba llena.

Cuando volví unos minutos después sólo quedaba Pieter el padre, que aguardaba apoyado en la pared.

—Gracias —le dije en voz baja al llenarle la copa. Me guiñó un ojo.

—Valió la pena por oírte llamarme señor. No volveré a oírlo, ¿no? —levantó la copa como si estuviera haciendo un brindis y bebió.

Después de la celebración del nacimiento, el invierno cayó sobre nosotros y la casa se transformó en un lugar frío y aburrido. Además de todo el trabajo que nos costó limpiarla, ya no teníamos una meta a la que mirar. Las niñas, incluso Aleydis, se portaban mal, exigían nuestra atención y apenas nos ayudaban. María Thins pasaba más tiempo que antes arriba, en sus habitaciones. Franciscus, que había estado muy calladito durante toda la fiesta y sus preparativos, empezó a sufrir de gases y no dejaba de llorar. Emitía un sonido estridente que se oía por toda la casa, en el patio, en el estudio, en la bodega. Dada su forma de ser, Catharina se mostraba sorprendentemente paciente con el crío, pero regañaba a todos los demás, incluido su esposo.

Yo había conseguido sacarme a Agnes de la cabeza mientras hacíamos todos los preparativos, pero pasado el ajetreo su recuerdo volvió aún con más fuerza. Ahora que tenía tiempo para pensar, pensaba demasiado. Era como un perrito lamiéndose sus heridas, sólo para empeorarlas.

Y lo peor de todo es que él estaba contrariado conmigo. Desde la noche que Van Ruijven me arrinconó, tal vez incluso desde que Pieter el hijo me sonrió, se había vuelto más distante. También parecía que me cruzaba con él con mayor frecuencia que antes. Aunque salía mucho —en parte para escapar de los lloros de Franciscus—, siempre parecía que yo entraba por la puerta en el momento en que salla él o bajaba las escaleras cuando él las subía o barría el Cuarto de la Crucifixión cuando él entraba en busca de María Thins. Incluso un día que estaba haciendo un

recado para Catharina me lo encontré en la Plaza del Mercado. Él siempre bajaba ligeramente la cabeza, se hacía a un lado y me dejaba pasar sin mirarme.

Lo había ofendido, pero no sabía cómo.

El estudio también era un lugar frío y aburrido. Antes lo llenaba un ambiente de trabajo y de finalidad; era allí donde se pintaban los cuadros. Ahora, aunque enseguida barría y limpiaba la menor mota de polvo, no era más que un cuarto vacío que sólo esperaba que se posara el polvo. No quería que fuera un sitio triste. Quería poderme refugiar en él, como lo había hecho antes.

Una mañana, María Thins vino a abrirme la puerta y la encontró ya abierta. Nos asomamos a la penumbra. Él estaba dormido en la mesa, con la cabeza entre los brazos, de espaldas a la puerta. María Thins se retiró de la puerta.

—Debe de haberse subido aquí por los lloros del niño —dijo en un susurro. Yo intenté volver a mirar, pero ella bloqueaba el paso. Cerró la puerta suavemente—. Déjalo que duerma. Luego subes a limpiar.

Al día siguiente, abrí todos los postigos del estudio y examiné la habitación a mi alrededor en busca de algo que hacer, algo que pudiera tocar sin ofenderle, algo que pudiera mover sin que él lo notara. Todo estaba en su sitio: la mesa, las sillas, la mesa de despacho llena de papeles y libros, el armario con los pinceles y espátulas cuidadosamente dispuestos encima, el caballete arrimado a la pared con las paletas limpias al lado. Los objetos que había pintado habían sido retirados y guardados en el almacén o habían vuelto al uso de la casa.

Una de las campanas de la Iglesia Nueva empezó a dar la hora. Me acerqué a la ventana y me asomé. Al llegar a la sexta campanada sabía lo que haría.

Calenté agua en el fuego, cogí jabón y unos trapos limpios, los llevé al estudio y me puse a limpiar las ventanas. Tenía que subirme a la mesa para llegar a los cristales más altos.

Estaba lavando la última ventana cuando lo oí entrar. Me volví sobre el hombro izquierdo, con los ojos bien abiertos.

—Señor —empecé a decir nerviosa. No sabía cómo explicarle el impulso de limpiar que había tenido.

—Párate ahí.

Me quedé paralizada, espantada de haber hecho algo que iba contra su voluntad.

—No te muevas.

Me miraba como si de repente hubiera aparecido un fantasma en el estudio.

—Lo siento, señor —dije, soltando el trapo en el cubo de agua—. Debería haberle preguntado antes. Pero como ahora no está pintando nada y...

Parecía sorprendido, y entonces agitó la cabeza de un lado a otro.

—¡Ah, las ventanas! Puedes seguir con lo que estabas haciendo.

Hubiera preferido no limpiar en su presencia, pero como seguía allí parado, no tuve más remedio. Aclaré el trapo en el agua, lo escurrí y volví a pasarlo por dentro y por fuera de los cristales.

Terminé la ventana y me eché un poco atrás, para ver cómo había quedado. Entraba una luz clara.

Él seguía detrás de mí.

—¿Le parece bien, señor? —le pregunté.

—Vuelve a mirarme por encima del hombro.

Hice lo que me decía. Me estaba estudiando. Volvía a interesarse por mí.

—La luz —dije—. Es más clara ahora.

—Sí —dijo—. Sí.

A la mañana siguiente habían vuelto a poner la mesa en la esquina dedicada a escenario y la habían cubierto con un tapete rojo, amarillo y negro. También habían arrimado una silla a la pared del fondo y encima habían colgado el mapa.

Había empezado de nuevo.

1665

Mi padre quería que volviera a describirle el cuadro.

—¡Pero si está igual que la última vez! —le dije.

—Quiero volver a oírlo —insistió, acercando el cuerpo al fuego sin levantarse de la silla.

Sonaba igual que Frans cuando era pequeño y le decían que ya no quedaba más comida en la cazuela. Por marzo mi padre empezaba a impacientarse porque acabara el invierno y dejara de hacer frío y saliera el sol. Marzo era un mes impredecible. Era imposible saber lo que podría suceder. Los días más cálidos hacían concebir esperanzas hasta que el hielo y los cielos grises volvían a cubrir la ciudad.

Yo nací en marzo.

Parecía que mi padre odiaba aún más el invierno por haberse quedado ciego. Sus otros sentidos se fortalecieron; se hizo extremadamente sensible al frío y percibía con mayor intensidad que mi madre el olor a cerrado de la casa y el insulso sabor de las verduras guisadas. Sufría mucho cuando el invierno se alargaba.

A mí me daba lástima. Siempre que podía sacaba alguna delicia de la cocina de Tanneke y se la llevaba: compota de cerezas, orejones de albaricoque, embutidos y, una vez, un puñado de pétalos de rosa secos que había encontrado en el armario de Catharina.

—La hija del panadero está de pie en un rincón iluminada por la luz que entra por una ventana —empecé a contarle—. Nos da la cara, pero está mirando por la ventana, a su derecha. Va vestida con un ajustado corpiño de seda y terciopelo amarillo y negro, una falda azul oscuro y una cofia blanca que le cae en dos puntas por debajo de la barbilla⁴.

—¿Como la tuya? —me preguntó mi padre. Nunca me lo había preguntado, aunque siempre le había descrito la cofia del mismo modo.

—Sí, como la mía. Cuando te quedas un rato mirándola —añadí apresuradamente— te das cuenta de que en realidad no la ha pintado con pintura blanca, sino con azul y violeta y amarillo.

—Pero la cofia es blanca, según dices.

—Sí, y eso es lo raro. Está pintada con muchos colores, pero cuando la miras, piensas que es blanca.

—Pintar azulejos es mucho más simple —susurró mi padre—. Sólo tienes que usar el azul. Azul oscuro para los perfiles y azul claro para las sombras. El azul es azul.

Y un azulejo es un azulejo, pensé, y no tiene nada que ver con sus cuadros. Yo quería hacerle entender que el blanco no es blanco sin más. Mi amo me lo había enseñado.

—¿Y qué está haciendo la chica? —me preguntó pasado un momento.

—Agarra con una mano la jarra de peltre que está encima de la mesa y con la otra mantiene entreabierto la ventana. Está a punto de levantar la jarra y echar el agua que contiene por la ventana, pero se ha parado a mitad de lo que estaba haciendo llevada por una ensoñación o por algo que ha visto en la calle.

—¿Cuál de las dos cosas?

—No sé. Unas veces parece que una y otras que otra.

Mi padre se dejó caer contra el respaldo de la silla, perplejo.

—Primero me dices que la cofia es blanca, pero no está pintada con blanco. Luego que la chica está haciendo tal cosa o tal otra. Me confundes —se pasó la mano por la frente como si le doliera la cabeza.

—Lo siento, Padre. Estaba intentando describírselo con toda precisión.

—Pero ¿qué cuenta el cuadro?

—Sus cuadros no cuentan nada.

Mi padre no respondió. Había tenido un invierno difícil. De haber estado allí, Agnes habría podido alegrarlo un poco. Ella sabía cómo hacerlo reír.

—¿Enciendo los braseros? —pregunté, dirigiéndome a mi madre para que no se diera cuenta de mi impaciencia. Desde que se había quedado ciego, cuando le interesaba, enseguida adivinaba de qué humor estabas. No me gustaba que se mostrara tan crítico con un cuadro que no había visto o que lo comparara con los azulejos que pintaba él. Quería decirle que si pudiera ver la pintura comprendería que no había en ella nada confuso. Puede que no contara ninguna historia, pero no por ello dejaba de ser un cuadro del que resultaba difícil apartar la vista.

Mientras mi padre y yo charlábamos, mi madre había estado trajinando a nuestro alrededor, removiendo la olla, alimentando el fuego, poniendo los platos y los vasos en la mesa, afilando el cuchillo del pan. Sin esperar a que me contestara, cogí los braseros y me los llevé a la leñera, donde

⁴ “Young woman with a Water Pitcher” Metropolitan Museum of Art, New York: archivo adjunto [4]

se guardaba el carbón. Mientras los llenaba me reproché a mí misma el haberme irritado con mi padre.

Volví con los braseros a la cocina y los encendí con la lumbre. Después de ponerlos debajo de la mesa, conduje a mi padre hasta su silla, mientras mi madre servía el guiso y llenaba de cerveza nuestros vasos. Mi padre probó un bocado y puso mala cara.

—¿No te has traído nada del Barrio Papista que dé un poco de sabor a estas gachas? —murmuré.

—No me fue posible. Tanneke ha estado enfadada conmigo y no me he acercado mucho por la cocina —lamenté haber dicho estas palabras no bien salieron de mi boca.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Mi padre intentaba cogerme en falta, a veces incluso se llegaba a poner del lado de Tanneke. Pensé con agilidad.

—Derramé un poco de cerveza. Una jarra entera.

Mi madre me lanzó una mirada de reproche. Sabía que estaba mintiendo. Si mi padre no hubiera estado tan triste puede que también hubiera notado en mi voz que estaba mintiendo.

Pero cada vez lo hacía mejor.

Cuando me disponía a regresar, mi madre insistió en hacer parte del camino conmigo, aunque caía una lluvia intensa y gélida. Al llegar al canal Rietveld y torcer en dirección de la Plaza del Mercado, mi madre me dijo:

—Pronto vas a cumplir diecisiete.

—La semana que viene —asentí.

—No te falta mucho para ser una mujer hecha y derecha.

—No, no mucho.

Miré fijamente las gotas de lluvia que empedraban el canal. No tenía ganas de pensar en el futuro.

—Me han dicho que el hijo del carnicero te pretende.

—¿Quién le ha dicho semejante cosa?

A modo de respuesta, mi madre se limitó a sacudirse la lluvia de la cofia y de la toquilla.

Yo me encogí de hombros.

—Estoy segura de que no me hace más caso que a cualquier otra muchacha que pase por su puesto.

Esperaba que me advirtiera, que me dijera que tenía que ser una buena chica, que no debía manchar el nombre de nuestra familia, pero en lugar de ello, dijo:

—No seas antipática con él. Sonríele y muéstrate agradable.

Sus palabras me sorprendieron, pero cuando la miré a los ojos y vi el ansia de carne que podía colmar el hijo de un carnicero, comprendí por qué había dejado a un lado su orgullo.

Al menos no me hizo ningún comentario sobre la mentira que les había contado antes. No podía decirles por qué estaba enfadada conmigo Tanneke. Esa mentira ocultaba otra mentira aún mayor. Tendría que explicar demasiado.

Tanneke había descubierto lo que hacía yo por las tardes cuando se suponía que debía estar cosiendo.

Le estaba ayudando a él.

Había empezado hacía dos meses, una tarde de enero no mucho después de que naciera Franciscus. Hacía mucho frío. Franciscus y Johannes estaban los dos malos con bronquitis y problemas respiratorios. Catharina y el ama de cría se estaban ocupando de ellos junto a la estufa del lavadero, mientras que el resto estábamos sentadas cerca del fuego de la cocina.

Sólo faltaba él. Estaba arriba. El frío no parecía afectarle. Catharina se acercó y se detuvo en el umbral entre la cocina y el lavadero.

—Alguien tiene que ir a la botica —anunció muy sofocada—. Necesito unas cosas para darles a los niños.

Me miró intencionadamente.

Normalmente yo hubiera sido la última elegida para hacer ese recado. Ir a la botica no era como ir a la carnicería o la pescadería, unas tareas que Catharina siguió dejando a mi cargo después del nacimiento de Franciscus. El boticario era una persona muy respetada, y a Catharina y a María Thins les gustaba ir a verle. A mí no se me permitían esos lujos. Sin embargo, cuando hacía frío, todos los recados le eran encomendados a la persona menos importante de la casa.

Por una vez, Maertge y Lisbeth no me pidieron que las dejara ir conmigo. Me cubrí con un manto de lana y varias toquillas mientras Catharina me explicaba que tenía que pedir flor de saúco y

jarabe de tusílago. Cornelia zascandileaba alrededor viendo cómo me remetía las puntas de las toquillas.

—¿Puedo ir contigo? —me preguntó sonriendo con un candor bien ensayado. A veces me hacía pensar que tal vez la juzgaba con demasiada severidad.

—No —respondió por mí Catharina—. Hace demasiado frío. Ya basta con tener dos enfermos, para que caigas tú también mala. Vete ya —dijo, dirigiéndose a mí—. Y apúrate.

Cerré la puerta y salí a la calle. Estaba muy silenciosa: con muy buen criterio, la gente estaba acurrucada al calor de sus hogares. El canal estaba helado; el cielo, de un gris amenazador. El viento me daba de frente y hundí la nariz entre los repliegues de lana, entonces oí que me llamaban. Miré alrededor, pensando que Cornelia habría venido detrás de mí. La puerta estaba cerrada.

Miré arriba. Él había abierto la ventana y asomaba la cabeza.

—¿Sí, señor?

—¿Adónde vas, Griet?

—A la botica, señor. Me ha mandado la señora. Para los pequeños.

—¿Podrías traerme algo a mí también?

—Pues claro, señor.

De pronto, el viento parecía menos gélido.

—Espera, voy a apuntártelo —desapareció y yo esperé. Pasado un momento volvió a aparecer y me tiró una bolsita de cuero—: Dale al boticario el papel que va dentro y tráeme lo que te entregue él.

Yo asentí y me metí la bolsita bajo la toquilla, contenta de hacer este encargo secreto.

La botica se encontraba en la Koornmarkt, en dirección a la puerta de Rotterdam. Aunque no era una gran distancia, cuando llegué apenas podía articular palabra, pues cada bocanada de aire parecía haberme congelado por dentro.

Nunca había estado en una botica, ni siquiera antes de entrar de sirvienta: mi madre preparaba ella misma todos nuestros remedios. Ésta ocupaba una pequeña habitación, cubierta en sus cuatro paredes con estantes del suelo al techo que contenían botellas de todos los tamaños, retortas y tarros de barro, todos ellos cuidadosamente identificados. Sospeché que aunque pudiera leer los nombres escritos en ellos, tampoco entendería lo que contenían. Pese a que el frío mata todos los olores, un aroma desconocido para mí impregnaba el ambiente, como en el bosque, escondido bajo las hojas que se están pudriendo.

Sólo había visto una vez al boticario, unas semanas antes en la fiesta del nacimiento de Franciscus. Era un hombre calvo y flaco que me recordaba a un polluelo. Se sorprendió al verme. Poca gente se aventuraba a salir con aquel frío. Estaba sentado detrás de una mesa, con una báscula de precisión a su lado, y esperó a que yo hablara.

—Me mandan mi amo y mi ama —dije con voz entrecortada cuando tuve la garganta lo bastante caliente para poder hablar. Él me miró desconcertado y yo añadí—: Los Vermeer.

—¡Ah! ¿Cómo va la familia?

—Los pequeños están enfermos. Mi señora necesita flor de saúco y un jarabe de tusílago. Y mi amo... —le entregué la bolsita de cuero.

Él la tomó extrañado, pero cuando leyó el papelito que iba dentro hizo un gesto con la cabeza, asintiendo.

—No me queda carboncillo, ni ocre —dijo entre dientes—. Eso se arregla fácilmente. Pero qué raro; nunca había enviado a nadie a por los ingredientes para hacer los colores —levantó la vista del papel y me miró de reojo—. Siempre viene él a buscarlos. Me sorprende.

Yo no dije nada.

—Siéntate, pues. Aquí detrás, junto al fuego, mientras preparo lo que tienes que llevar.

Entonces lo vi muy atareado, abriendo tarros y pesando montoncitos de flores secas, midiendo el jarabe y vertiéndolo en un frasco, envolviendo cuidadosamente cada cosa con papel y cordel. Unos paquetitos los metió en la bolsita de cuero. Los otros los dejó sueltos.

—¿Necesita algún lienzo? —me preguntó por encima del hombro, al tiempo que devolvía a su sitio, en uno de los estantes más altos, uno de los tarros.

—Cómo voy a saberlo, señor. Sólo me dijo que le llevara lo que estaba apuntado en el papel.

—Es sorprendente, verdaderamente sorprendente —me miró de arriba abajo. Me enderecé; tanta atención por su parte me hizo desear ser más alta—. Bueno, después de todo hace mucho frío —continuó—, sólo habría salido si se hubiera visto obligado a hacerlo —me entregó los paquetes y la bolsita de cuero y me abrió la puerta.

Ya en la calle, me volví y vi que seguía observándome por la mirilla de la puerta.

De vuelta en la casa, me dirigí primero a Catharina y le di los paquetes que venían sueltos. Luego me apresuré a las escaleras. Él había bajado y me esperaba. Yo me saqué la bolsita de debajo de la toquilla y se la entregué.

—Gracias, Griet —dijo.

—¿Qué hacéis? —Cornelia nos observaba desde el fondo del pasillo.

Para mi sorpresa, él no le contestó. Sencillamente se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras, dejándome sola frente a la niña.

La respuesta más sencilla era decir la verdad, aunque a veces me sentía incómoda diciéndole la verdad a Cornelia. Nunca estaba segura de qué iba hacer ella después de saberla.

—He comprado unos ingredientes para las mezclas de color de tu padre —le expliqué.

—¿Te lo pidió él?

A esa pregunta respondí como había hecho su padre: me alejé hacia la cocina, quitándome las toquillas por el camino. Temía contestar porque no quería perjudicarlo a él. Ya me había dado cuenta de que era mejor que nadie supiera que le había hecho un recado.

Me pregunté si Cornelia le contaría a su madre lo que había visto. Pese a su corta edad era astuta como su abuela. Podría ser que atesorara la información y eligiera cuidadosamente el momento de revelarla.

Unos días después, ella misma contestó a esta pregunta. Fue un domingo; yo estaba en la bodega, buscando en el arconcito donde guardaba mis pertenencias un cuello que me había bordado mi madre, pues quería ponérmelo. Enseguida me di cuenta de que habían estado revolviendo en mis cosas: los cuellos no habían sido doblados de nuevo, una de mis camisolas estaba hecha una bola y metida en una esquina, la peineta de carey fuera del pañuelo que la envolvía. Sin embargo, el pañuelo donde estaba guardado el azulejo que me había dado mi padre estaba tan bien doblado que sospeché algo. Cuando lo abrí, el azulejo se separó en dos trozos. Se había roto de tal forma que el niño y la niña habían quedado separados, el niño miraba ahora al vacío detrás de él; y la niña aparecía completamente sola su cara oculta por la cofia.

Me eché a llorar. Nunca podría haber sospechado Cornelia lo que me iba a doler aquello. Me habría entristecido menos si hubiera separado nuestras cabezas de nuestros cuerpos.

Empezó a darme otras tareas. Otro día me dijo que de vuelta de la pescadería le comprara aceite de linaza en la botica. Tenía que dejarlo al pie de la escalera a fin de no molestarlos a él y a la modelo. Eso dijo. Tal vez pensó que María Thins o Tanneke o Cornelia podrían reparar en que yo había subido al estudio a una hora inusual.

No era una casa en la que se pudieran guardar secretos. Otro día me pidió que le preguntara al carnicero si tenía una vejiga de cerdo. No podía imaginarme para qué la quería hasta que más tarde me pidió que todas las mañanas, después de limpiar el estudio, le dejara preparadas las pinturas que iba a necesitar. Abrió los cajones del armario que estaba al lado del caballete y me mostró en dónde se guardaba cada pintura, nombrando los colores conforme me los iba enseñando. Muchos de los nombres no los había oído en mi vida: ultramarino, bermellón, masicote. Los marrones y los ocre de Siena y el carboncillo y el blanco de plomo se guardaban en unos tarritos de barro, cubiertos con pergamino para que no se secaran. Los colores más valiosos —los azules y los rojos y los amarillos— se guardaban en pequeñas cantidades en vejigas de cerdo. Se les practicaba un agujerito y se las apretaba para sacar la pintura y luego se las volvía a cerrar con un clavo pequeño.

Una mañana cuando estaba limpiando, entró y me pidió que posara en lugar de la hija del panadero, que estaba enferma y no podía ir.

—Quiero observar una cosa —me explicó—, y tiene que haber alguien en el sitio que ocupa ella.

Yo ocupé su lugar obedientemente, una mano en el asa de la jarra y la otra en la ventana entreabierta, de tal modo que una gélida corriente me cortaba la cara y el pecho.

Tal vez por eso está enferma la hija del panadero, pensé. Él había abierto todos los postigos. Nunca había visto la habitación con tanta luz.

—Baja la barbilla —me dijo—. Y mira hacia abajo, no a mí. Así. No te muevas.

Estaba sentado junto al caballete. No cogió ni la paleta ni la espátula ni los pinceles. Estaba sencillamente sentado, con las manos en el regazo, mirando.

Me sonrojé. No me había dado cuenta de que me iba a mirar tan fijo.

Procuré pensar en otra cosa. Miré por la ventana y observé una barcaza que avanzaba por el canal. El barquero era el mismo hombre que me había ayudado a rescatar la jarra el primer día que llegué a la casa. Cuántas cosas habían cambiado desde aquella primera mañana, pensé. Entonces no había visto ninguno de sus cuadros. Hoy estoy posando para uno.

—Deja de mirar a lo que estás mirando —me dijo—. Te lo noto en la cara. Te distrae.

Intenté no mirar a nada y pensar en otras cosas. Pensé en un día que había salido al campo con mi familia a buscar hierbas. Pensé en una ejecución en la horca que había visto en la Plaza del Mercado el año anterior de una mujer que había matado a su hija estando borracha. Pensé en la expresión de la cara de Agnes la última vez que la había visto.

—Piensas demasiado —me dijo, girándose en el asiento. Me sentí como si hubiera lavado un barreño lleno de sábanas y no hubiera logrado dejarlas limpias.

—Lo siento, señor, no sé qué hacer.

—Inténtalo cerrando los ojos.

Los cerré. Pasado un momento, sentí el marco de la ventana y la jarra en mis manos, anclándome. Luego fui consciente de la pared detrás de mí, de la mesa a mi izquierda y del aire helado que entraba por la ventana.

Así se debe de sentir mi padre, pensé, su cuerpo es consciente del lugar que ocupa en el espacio que le rodea.

—Bien —dijo—. Así está bien, Griet. Puedes seguir limpiando.

No había visto cómo se pintaba un cuadro desde el principio. Pensaba que uno pintaba lo que veía, utilizando los colores que veía.

Él me enseñó.

Empezó la pintura de la hija del panadero aplicando una capa gris pálido sobre el lienzo blanco. Luego hizo unas marcas en marrón rojizo que indicaban dónde iban la chica y la mesa y la jarra y la ventana y el mapa. Después de esto pensé que empezaría a pintar lo que veía: la cara de una chica, una falda azul, un corpiño amarillo y negro, un mapa marrón, una jarra y una jofaina plateadas, una pared blanca. En lugar de eso, pintó parches de color: azul donde iba a ir la falda, ocre para el corpiño y el mapa en la pared, rojo para la jarra y la jofaina donde iba ésta metida, otro tono de gris para la pared. Ningún color se correspondía con el del objeto real. Pasaba mucho tiempo dedicado a estos colores falsos, como los llamaba yo.

A veces la chica venía y se pasaba hora tras hora de pie en su sitio, pero cuando miraba el cuadro al día siguiente, no le había añadido ni quitado nada. Sencillamente había zonas de color que no tenían la forma de nada, por mucho rato que me pasara estudiándolas. Sabía lo que se suponía que eran porque limpiaba los objetos que pretendían reproducir y había visto cómo iba vestida la chica porque un día la vi ponerse el corpiño amarillo y negro de Catharina a través de una rendija en la puerta de la Sala Grande.

Dejaba de mala gana preparados los colores que me pedía cada mañana. Un día saqué también un azul. La segunda vez que lo saqué me dijo:

—No, azul ultramarino, no, Griet. Sólo saca los colores que te pido. ¿Por qué lo has preparado si no te lo he pedido? —parecía molesto.

—Lo siento, señor. Es que... —respiré profundamente— lleva una falda azul. Pensé que lo querría, en lugar de dejarla en negro.

—Cuando esté preparado, te lo pediré.

Hice un gesto de asentimiento y me volví y seguí limpiando una de las sillas que tenían en el respaldo dos cabezas de león. Sentía una opresión en el pecho. No quería que se enfadara conmigo.

Abrió la ventana del medio, y un aire frío inundó la habitación.

—Acércate, Griet.

Dejé el paño del polvo en el alféizar y fui hasta él.

—Asómate a la ventana.

Miré hacia afuera. Hacía bastante aire, y las nubes pasaban y desaparecían detrás de la torre de la Iglesia Nueva.

—¿De qué color son esas nubes?

—Pues blancas, señor.

Levantó ligeramente las cejas.

—¿Seguro?

Les eché un vistazo.

—Y grises. Tal vez nieve hoy.

—Venga, Griet, puedes hacerlo mucho mejor. Acuérdate de cómo colocabas las verduras.

—¿Las verduras, señor?

Movió la cabeza suavemente. Había vuelto a incomodarlo. Se me tensó la mandíbula.

—Piensa en cómo separabas los blancos. Los nabos y las cebollas... ¿tienen el mismo blanco?

De pronto comprendí.

—No. En el de los nabos hay verde; en el de las cebollas, amarillo.

—Exactamente. ¿Qué colores ves, entonces, en las nubes?

—Tienen algo de azul —dije después de observarlas unos minutos—. Y también amarillo. ¡Y hay también algo de verde!

Me entró tal excitación que empecé a señalarlas con el dedo. Había visto nubes toda mi vida, pero me sentía como si en ese momento fuera la primera vez que las veía.

Sonrió.

—Te darás cuenta de que hay muy poco blanco puro en las nubes; sin embargo, la gente dice que son blancas. ¿Entiendes ahora por qué no necesito todavía el azul?

—Sí, señor.

No lo entendía realmente, pero no quería admitirlo. Me sentía como si casi lo entendiera.

Cuando por fin empezó a añadir los colores sobre los falsos colores, entendí qué había querido decir. Pintó un azul claro sobre la falda de la chica, y ésta tomó un azul que en algunas partes dejaba ver el negro, más oscuro en la zona que ocupaba la sombra de la mesa; más claro cerca de la ventana. En las zonas de la pared aplicó un amarillo ocre, tras el cual asomaba algo del gris. Se transformó en una pared luminosa, pero no blanca. Descubrí que cuando le daba la luz de frente, no era blanca, sino que era de muchos colores.

La jarra y la jofaina fueron las más complicadas de pintar: tomaron un color amarillo y marrón y verde y azul. Reflejaban el dibujo de la alfombra, el corpiño de la chica, el paño azul que cubría la silla: todo salvo su verdadero color plateado. Y, sin embargo, seguían pareciendo lo que eran: una jarra dentro de una jofaina.

Después de esto no podía parar de observar las cosas.

Cuando quería que lo ayudara a fabricar las pinturas resultaba más complicado ocultar lo que estaba haciendo. Una mañana me hizo subir con él al desván, al que se accedía por una escalerilla de mano desde el almacén contiguo al estudio. No había subido nunca. Era un cuarto pequeño, con un tejado muy inclinado y una ventana que dejaba entrar bastante luz y una buena vista de la Iglesia Nueva. Estaba casi vacío salvo por un armario y una mesa de piedra que tenía una concavidad en el medio, dentro de la cual había una piedra con la forma de un huevo al que hubieran cortado un extremo. En la fábrica de mi padre había visto una vez una mesa parecida. También había algunos cacharros —palanganas y platos de barro de poco fondo—, así como unas tenazas junto a la pequeña chimenea.

—Quiero que muelas aquí algunos de los ingredientes de los colores, Griet —dijo, abriendo uno de los cajones del armario y sacando un palito negro del tamaño de mi dedo meñique—. Esto es un trozo de marfil carbonizado —me explicó—. Es para hacer la pintura negra.

Lo echó en el hueco de la mesa y añadió una sustancia gomosa que olía a animal. Entonces tomó la piedra, a la que llamó moleta, y me enseñó a agarrarla y cómo debía inclinarme sobre la mesa calcando el peso del cuerpo en la piedra para machacar el hueso. Unos minutos después lo había convertido en una fina pasta.

—Ahora inténtalo tú.

Recogió la pasta negra con una paleta, la depositó en un tarrito y sacó otro trozo de marfil carbonizado. Yo agarré la moleta e intenté imitarlo, inclinándome sobre la mesa como él.

—No; tienes que hacer esto con las manos —puso sus manos sobre las mías. De la impresión que me produjo sentir el tacto de sus manos dejé caer la moleta, que rodó sobre la mesa y cayó al suelo.

Me separé de él de un salto y la recogí.

—Lo siento, señor —musité, dejándola en su hueco. No intentó volver a tocarme.

—Sube un poco las manos —me ordenó en su lugar—. Así está bien. Ahora empieza el giro en el hombro y térmalo en la muñeca.

A mí me llevó mucho más tiempo moler mi trozo, pues el roce de su piel me había puesto nerviosa y no daba pie con bola. Además, yo era más baja que él y no estaba acostumbrada al movimiento que había que hacer. Al menos tenía unos brazos fuertes de tanto retorcer la ropa.

—Un poco más fina —me sugirió cuando inspeccionó la pasta. Seguí machacando unos minutos más hasta que decidió que ya estaba lista, y después me hizo tomar una pizca y frotarla entre los dedos para que comprobara por mí misma cómo la quería de fina. Luego puso sobre la mesa varios trozos más.

—Mañana te enseñaré a moler el albayalde. Es mucho más fácil que el negro.

Me quedé mirando el marfil carbonizado.

—¿Pasa algo, Griet? No te asustarán unos trocitos de hueso, ¿no? No son muy distintos del peine de marfil que utilizas para asear tus cabellos.

Nunca sería lo bastante rica para poseer un peine de marfil. Me peinaba con los dedos.

—No se trata de eso, señor.

El resto de las tareas que me encomendaba podía hacerlas mientras limpiaba el estudio o hacía los recados. Sólo Cornelia había sospechado algo. Pero moler los colores iba a llevarme tiempo; no podía hacerlo cuando se suponía que estaba limpiando el estudio, ni tampoco podía encontrar una explicación de por qué tenía que subir al desván algunas veces, abandonando mis otras tareas.

—Me llevará algo de tiempo —continué con voz tenue.

—Cuando te acostumbres no te llevará tanto tiempo como hoy.

No quería desobedecerle ni llevarle la contraria: era mi amo. Pero temía la furia de las mujeres en el piso de abajo.

—Están esperando a que vaya a comprar la carne, y luego tengo toda la plancha, señor. Me lo ha mandado el ama. Mis palabras sonaron mezquinas.

Él no se movió del sitio.

—¿A comprar la carne? —repetió frunciendo el ceño.

—Sí, señor. La señora querrá averiguar por qué no puedo hacer mis otras tareas. Tendré que decirle que le estoy ayudando a usted aquí arriba. No me será fácil subir si no hay una razón.

Se produjo un largo silencio. La campana de la torre de la Iglesia Nueva sonó siete veces.

—Ya entiendo —murmuró cuando se callaron las campanadas—. Déjame que lo piense —retiró parte del marfil y volvió a dejarlo en el cajón—. Haz esto ahora —dijo señalando con la barbilla a lo que quedaba—. No te llevará mucho tiempo. Ahora tengo que salir. Déjalo ahí cuando acabes.

Tendría que hablar con Catharina con respecto a mi trabajo. Entonces me sería más fácil hacer lo que me ordenara.

Esperé, pero no le dije nada.

La solución al problema vino de quien menos me lo podía esperar, de Tanneke. Desde el nacimiento de Franciscus, el ama de cría dormía con ella en el Cuarto de la Crucifixión. Así podía acceder con facilidad a la Sala Grande cuando tenía que dar de mamar al niño. Catharina insistía en que Franciscus durmiera en una cuna a su lado, aunque no lo amamantara ella. A mí este arreglo me parecía bastante raro, pero cuando conocí un poco mejor a Catharina comprendí que lo que quería era mantener una apariencia de maternidad, pero sin el trabajo que ésta implicaba.

A Tanneke no le gustaba tener que compartir el cuarto con el ama de cría y se quejaba de que ésta se tenía que levantar muchas veces para atender al pequeño y que cuando no estaba levantándose estaba roncando. Tanneke se lo contaba a todo el mundo, la escucharan o no. Empezó a flaquear en su trabajo y le echaba la culpa a la falta de sueño. María Thins le dijo que no se podía hacer nada, pero Tanneke seguía gruñendo. Me lanzaba unas miradas terribles, pues antes de que yo entrara a trabajar en la casa, ella dormía en donde lo hacía yo, en la bodega, siempre que era necesaria la presencia del ama de cría.

Una tarde incluso recurrió a Catharina. Ésta, pese al frío reinante, se estaba preparando para una velada en la casa de los Van Ruijven. Estaba de buen humor, llevar las perlas y la pelliza amarilla siempre la ponía contenta. Se había anudado sobre la pelliza un amplió peinador de lino que le cubría los hombros y protegía la piel de armiño de los polvos con los que se estaba empolvando la cara. Mientras Tanneke recitaba sus quejas, Catharina no dejó de empolvarse, comprobando el resultado en un espejo que sostenía en la otra mano. Llevaba el, cabello trenzado y adornado con cintas y, mientras fuera capaz de mantener la expresión de contento, estaba muy guapa; la combinación de cabello rubio y ojos castaños le daba un aspecto exótico.

Por fin alzó la mano y, agitando la brocha en el aire, exclamó entre risas:

—Para ya! Necesitamos al ama de cría y tiene que dormir cerca de mí. En el cuarto de la chica no hay espacio, pero en el tuyo sí, por eso la acomodamos ahí. No se puede hacer nada. Así que para qué me vienes a molestar con esto.

—Tal vez se podría hacer algo —dijo él.

Yo levanté la vista del ropero donde estaba buscando un delantal para Lisbeth. Él estaba en la puerta. Catharina se quedó mirando a su marido sorprendida. Raramente se inmiscuía en la marcha de la casa.

—Pon una cama en el desván y que duerma alguien en ella. Griet, tal vez.

—¿Griet? ¿En el desván? ¿Por qué? —exclamó Catharina.

—Porque así Tanneke podrá dormir en la bodega, cono, al parecer, prefiere —le explicó él suavemente.

—Pero... —Catharina se detuvo, confusa. Parecía que no estaba de acuerdo con la idea, pero no podía decir por qué.

—Pues sí, señora —intervino Tanneke con cierta impaciencia—. Eso facilitaría las cosas.

Me miró.

Yo me puse a doblar la ropa de las niñas, aunque ya estaba ordenada, para parecer ocupada.

—Pero ¿qué pasará con la llave del estudio? —Catharina finalmente encontró un argumento. Sólo había una manera de llegar al desván: por la escalera de mano del almacén contiguo al estudio, que por la noche se cerraba con llave—. No lo podemos dar la llave a una criada.

—No necesitará la llave —contestó él—. Puedes cerrar la puerta del estudio cuando ella se haya ido a la cama. Y luego por la mañana podrá limpiarlo antes de que vayas a abrirlo,

Dejé de doblar la ropa. No me gustaba la idea de quedarme encerrada bajo llave por la noche.

Por desgracia, esta idea pareció complacer a Catharina. Tal vez pensó que dejándome encerrada me mantendría lejos de su vista y a buen recaudo.

—Está bien —asintió. Por lo general no le llevaba mucho tiempo decidir—. Mañana trasladaréis una cama al desván. Será algo temporal —añadió—, hasta que dejemos de necesitar al ama de cría.

Sí, tan temporal como ir a comprar el pescado y la carne pensé.

—Sube un momento conmigo al estudio —dijo él. La miraba de una forma que yo había aprendido a reconocer, con la mirada del pintor.

—¿Yo? —Catharina le sonrió a su marido.

No solía invitarla al estudio. Ella dejó la brocha haciendo una floritura con la mano y empezó a quitarse el peinador, que estaba cubierto de polvos.

Él se acercó a ella y le agarró la mano.

—No te lo quites.

Esto fue casi tan sorprendente como su sugerencia de que yo me mudara a dormir al desván. Tanneke y yo nos miramos mientras él conducía a Catharina escaleras arriba.

Al día siguiente, la hija del panadero empezó a ponerse el amplio peinador blanco a modo de esclavina para posar para el cuadro.

María Thins no se dejaba engañar fácilmente. Cuando oyó a Tanneke contarle entusiasmada que se iba a trasladar a dormir a la bodega y yo al desván, dio una chupada a su pipa, el entrecejo fruncido.

—Vosotras dos podríais cambiaros el sitio sin más —dijo, señalándonos con la pipa— de modo que Griet durmiera con el ama de cría y tú pasaras a la bodega. Entonces no habría necesidad de que nadie se trasladara al desván.

Tanneke no escuchaba: estaba demasiado henchida con su victoria para seguir la lógica de las palabras de su señora.

—Mi señora ha aceptado —dije sencillamente. María Thins me miró de reojo. Un largo rato.

Dormir en el desván me facilitaba el trabajo que tenía que hacer allí, pero seguía contando con muy poco tiempo. Podía levantarme antes o irme a dormir más tarde, pero a veces me daba tanto trabajo que tenía que buscar la manera de subir por las tardes, en el rato en que normalmente me sentaba a coser junto al fuego. Empecé a quejarme de que con la luz que había en la cocina no veía dónde daba las puntadas y que necesitaba la iluminación que tenía en el desván. O decía que me dolía el estómago y necesitaba acostarme. María Thins me echaba la misma mirada de soslayo cada vez que yo daba una de estas excusas para poder subir, pero no hacía ningún comentario. Me acostumbré a mentir.

Una vez que hubo sugerido que yo durmiera en el desván, dejó de mi cuenta la organización de las tareas a fin de poder trabajar para él. Nunca me ayudó mintiendo por mí o preguntándome si me sobraba tiempo para hacer lo que él me encomendaba. Me daba instrucciones por la mañana y esperaba verlas cumplidas al día siguiente.

La fabricación de los colores me compensaba de todos los problemas que tenía para ocultar lo que estaba haciendo. Me llegó a encantar moler las cosas que traía de la botica —los huesos para el carboncillo, el albayalde, la rubia, el masicote— y ver los colores tan brillantes y puros que se conseguían. Aprendí que cuanto más finos moliera los materiales, más intenso era el color. De ser unos granos ásperos y apagados, la rubia se convertía en un fino polvillo de un rojo brillante y, mezclado con aceite de linaza, en una pintura resplandeciente. Había algo mágico en su fabricación así como en la de los otros colores.

Con él aprendí a lavar las sustancias para quitarles las impurezas y extraer sus verdaderos colores. Empleaba una serie de conchas a modo de cuencos en donde enjuagaba y volvía a enjuagar los colores, en ocasiones hasta treinta veces, a fin de quitarles la arena, la grava o la cal. Era un trabajo largo y tedioso, pero resultaba muy gratificante ver cómo el color se aclaraba con cada lavado y se acercaba a lo que se necesitaba.

El único color que no me dejó manipular fue el azul ultramarino. El lapislázuli era tan caro, y el proceso de extracción del azul puro de la piedra tan complicado, que él mismo se encargaba.

Me habitué a estar a su alrededor. A veces estábamos codo con codo en el pequeño desván, yo moliendo el albayalde y él lavando el lapislázuli o quemando los ocreos en el fuego. Apenas me dirigía la palabra. Era un hombre callado. Yo tampoco hablaba. Eran unos momentos muy apacibles, luminosos; entraba un raudal de luz por la ventana

Cuando terminábamos, nos lavábamos las manos vertiéndonos el uno al otro agua de una jarra y frotándonoslas. En el desván hacía mucho frío; aunque había una pequeña chimenea que él utilizaba para calentar el aceite de linaza o para quemar los colores, yo no me atrevía a encenderla a no ser que él me lo pidiera. Si no, tendría que explicarles a Catharina y María Thins por qué desaparecían tan rápidamente el carbón y la leña.

Cuando él estaba conmigo no me importaba tanto el frío. Cuando se paraba cerca de mí sentía el calor de su cuerpo. Una tarde estaba lavando el masicote que acababa de moler cuando oí la voz de María Thins en el estudio. Él estaba trabajando en el cuadro; de pie, posando, la hija del panadero lanzaba de cuando en cuando un suspiro.

—¿Tienes frío, chica? —le preguntó María Thins.

—Un poco —se oyó responder débilmente.

—¿Por qué no tiene un brasero?

Él hablaba tan bajo que no oí su respuesta.

—No se notará en el cuadro, no si se lo pone a los pies. No nos conviene que vuelva a enfriarse.

De nuevo me quedé sin oír su respuesta.

—Griet puede ir a buscarle uno —sugirió María Thins—. Debe de estar en el desván, porque al parecer tiene dolor de estómago. Voy a buscarla.

Era más rápida de lo que yo hubiera pensado en una mujer de su edad. Apenas había puesto yo un pie en el peldaño superior y ella ya estaba a mitad de la escalera. Yo volví a poner el pie en el desván. No podía evitarla. Y no tenía tiempo de ocultar nada.

Cuando María Thins llegó arriba, enseguida se percató de las conchas dispuestas en una hilera sobre la mesa, de la jarra de agua y del delantal que yo llevaba puesto moteado con el amarillo del masicote.

—¿Así que era esto lo que estabas haciendo, eh? Eso pensaba yo.

Yo bajé la vista. No sabía qué decir.

—Dolor de estómago, ojos irritados. No todos somos tontos aquí, ¿sabes?

Pregúntele a él, deseaba decirle. Él es el amo. Esto es obra suya.

Pero ella no lo llamó. Ni tampoco apareció él al pie de la escalera para explicarle nada.

Se produjo un largo silencio. Entonces María Thins dijo: ¿Cuánto tiempo llevas ayudándole, muchacha?

—Unas semanas, señora.

—Ya había observado que estas últimas semanas estaba pintando más deprisa.

Levanté la vista del suelo. Tenía una expresión calculadora.

—Si le ayudas a pintar más deprisa, muchacha —me dijo en voz baja—, podrás mantener tu puesto. Ni una palabra a mi hija o a Tanneke.

—Sí, señora.

Se rió.

Tendría que haberlo sabido; eres lista. Casi logras engañarme incluso a mí. Ahora vete a buscarle un brasero a esa pobre chica.

Me gustaba dormir en el desván. No me atormentaba ninguna Crucifixión colgada a los pies de la cama. No había ningún cuadro, sino el olor a limpio del aceite de linaza y del almizcle y de los otros pigmentos. Me gustaba la vista de la Iglesia Nueva y el silencio. Allí no subía nadie, salvo él. Las niñas no me visitaban, como lo hacían a veces en la bodega, ni podían hurgar en mis cosas. Me sentía sola allí arriba, posada por encima del ruido doméstico, en situación de verlo todo desde cierta distancia.

Casi como él.

Lo mejor, sin embargo, era que podía pasar más tiempo en el estudio. A veces me envolvía en una manta y bajaba muy entrada la noche cuando la casa estaba en completo silencio. A la luz de una vela examinaba el cuadro en el que él estaba trabajando o abría un postigo para que entrara la luz de la luna. A veces me sentaba a oscuras en una de las sillas con dos cabezas de león en el respaldo, acercándola a la mesa y descansando el codo en el tapete azul y rojo que la cubría. Me

imaginaba ataviada con el corpiño amarillo y negro y las perlas, con una copa de vino en la mano, y él sentado al otro lado de la mesa.

Sin embargo, había una cosa del desván que no me gustaba. No me gustaba quedarme encerrada con llave por la noche.

Catharina había hecho que María Thins le devolviera la llave y empezó a ser ella quien abría y cerraba la puerta. Debía de sentir que así tenía cierto control sobre mí. No le hacía mucha gracia que yo durmiera en el desván, pues significaba que estaba más cerca de él y del lugar al que a ella no le estaba permitido entrar, pero por el que yo podía moverme libremente.

Debía de ser difícil para una esposa aceptar este arreglo. No obstante, durante un tiempo funcionó. Durante tiempo me las apañé para desaparecer por las tardes y lavar y moler los colores que él me mandaba. Catharina solía echarse a dormir con frecuencia por entonces; Franciscus no acababa de estabilizarse y la despertaba casi todas las noches, de modo que necesitaba dormir algo durante el día. Tanneke también solía quedarse dormida junto al fuego, y yo podía salir de la cocina sin tener que inventarme una excusa. Las niñas estaban ocupadas con Johannes, enseñándole a andar y a hablar, y raramente notaban mi ausencia. Y si lo hacían, María Thins les decía que había ido a hacerle un recado, a buscarle algo a sus habitaciones o que le estaba cosiendo una cosa que requería la iluminación del desván. Después de todo, eran niñas, absortas en su propio mundo, indiferentes a las vidas de los adultos, salvo cuando les afectaban directamente.

O eso creía yo.

Una tarde estaba lavando albayalde cuando Cornelia me llamó desde abajo. Yo me limpié las manos rápidamente, me quité el delantal que me ponía para trabajar arriba y me puse el que solía llevar, antes de apresurarme por la escalera de mano. Estaba parada en el umbral del estudio, como si estuviera al borde de un charco considerando si dejarse llevar por la tentación de meterse en él.

—¿Qué pasa?

Me salió un tono brusco.

—Te está buscando Tanneke —Cornelia se volvió y se dirigió a las escaleras. Vaciló—. ¿Me ayudas, Griet? —me pidió con voz quejumbrosa—. Ve tú primero, así si me tropiezo podrás agarrarme. Son muy empinadas estas escaleras.

No era propio de ella el asustarse. Ni siquiera en unas escaleras que no utilizaba con frecuencia. Me conmoví o, tal vez, sencillamente me sentí culpable por lo dura que era con ella. Bajé y al llegar al último escalón me volví con los brazos extendidos.

—Ahora tú.

Cornelia estaba en la cima de la escalera, las manos en los bolsillos del delantal. Empezó a bajar, una mano en la barandilla y la otra cerrada como una bola bien prieta. Cuando había llegado casi abajo del todo, se tiró y cayó contra mi cuerpo, deslizándose hasta el estómago, donde sentí una dolorosa presión. Cuando estuvo de nuevo en el suelo, empezó a reírse, la cabeza alta y los ojos castaños convertidos en minúsculas rendijas.

—Menudo bicho —susurré, lamentando haber sido tan blanda.

Encontré a Tanneke en la cocina, con Johannes en el regazo.

—Dice Cornelia que me buscabas.

—Sí; se le ha roto uno de los cuellos y quiere que se lo zurzas. No me ha dejado que lo hiciera yo; no sé por qué; sabe de sobra que yo zurzo mejor —y cuando fue a darme el cuello sus ojos repararon en mi delantal—: ¿Qué es eso? ¿Estás sangrando?

Bajé la vista. Un tajo de polvo rojo me atravesaba el estómago, definido como una marca en el cristal de una ventana. Por un momento se me vinieron a la cabeza los delantales de Pieter el padre y de Pieter el hijo.

Tanneke se inclinó para mirar de más cerca.

—No es sangre. Parece polvo. ¿Con qué te has manchado?

Yo me quedé mirando la marca. Rubia, pensé. La molí hace unas semanas.

Sólo oí una risa ahogada en el pasillo.

Cornelia había esperado un tiempo para hacer esta travesura. Incluso se las había apañado para subir al desván a robar el polvo de rubia.

No se me ocurrió ninguna respuesta con la rapidez necesaria. Como vacilara, Tanneke empezó a sospechar algo.

—¿No habrás estado revolviendo en las cosas del amo? —me dijo en tono acusatorio. Después de todo, ella había posado para él y tenía que saber lo que había en el estudio.

—No... era... —me paré. Acusar a Cornelia me parecía mezquino y además probablemente no impediría que Tanneke descubriera lo que hacía en el desván.

—Creo que es mejor que lo vea tu señora —decidió finalmente.

—No —respondí inmediatamente.

Tanneke se irguió todo lo que le era posible con un niño en el regazo.

—Quítate el delantal, que se lo quiero enseñar a tu señora —me ordenó.

—Tanneke —le dije mirándola cara a cara—, si supieras lo que te conviene no molestarías a Catharina, hablarías con María Thins. Y sola, no delante de las niñas.

Fueron esas palabras, dichas en un tono intimidatorio, las que más dañaron mi relación con Tanneke. No era mi intención que sonaran como sonaron —sencillamente estaba intentando desesperadamente que no se lo dijera a Catharina—. Pero ella nunca me perdonaría por tratarla como si estuviera por debajo de mí.

Mis palabras, al menos, surtieron efecto. Tanneke me miró con ira, pero tras la severidad de su mirada afloraban la duda y el deseo de contárselo a su querida señora. Estaba atrapada entre ese deseo y el de castigar mi insolencia no haciendo caso de mis palabras.

—Habla con tu señora —le dije en voz baja—. Pero a solas.

Aunque estaba de espaldas a la puerta, sentí que Cornelia se apartaba sin hacer ruido.

Tanneke se dejó llevar por su propio instinto. Me pasó a Johannes con una expresión pétrea y se fue en busca de María Thins. Antes de ponérmelo en el regazo, limpié concienzudamente con un trapo la mancha de pigmento rojo y luego eché el trapo al fuego. Seguí sintiendo una mancha. Me senté rodeando al pequeño con los brazos y esperé a que se decidiera mi suerte.

Nunca supe lo que María Thins le dijo a Tanneke, qué amenazas o promesas le haría para que guardara silencio. Pero lo que sea que fuere funcionó: Tanneke no les dijo nada de mi trabajo en el desván ni a Catharina, ni a las niñas, ni tampoco volvió a mencionármelo a mí. No obstante se mostró aún más conflictiva conmigo; no es que le saliera sin darse cuenta, sino que lo hacía deliberadamente. Me hacía volver a la pescadería con el bacalao que yo estaba segura que me había encargado, jurando que lo que ella me había dicho que comprara era platija. No ponía ningún cuidado de no mancharse al cocinar y dejaba que le cayeran grandes lamparones de grasa en el delantal, de modo que me obligaba a dejarlo en remojo más tiempo y a restregarlo con más fuerza para quitárselos. Me dejaba todos los cubos para vaciar y dejó de acarrear el agua del depósito de la cocina y de fregar los suelos, tareas que me veía obligada a hacer yo sola. Ella se quedaba sentada mirándome tétricamente y se negaba a levantar los pies del suelo, de modo que yo tenía que fregar alrededor de ellos, sólo para descubrir más tarde que sus pies estaban tapando un manchurrón de aceite.

Ya nunca me hablaba amablemente. Hacía que me sintiera muy sola en una casa llena de gente.

Así que no me atrevía a coger nada de su cocina para alegrarle un poco la vida a mi padre. Ni les conté ni a él ni a mi madre lo mal que lo estaba pasando en la Oude Langendijck y el cuidado que tenía que tener para no perder el trabajo. Y, por otro lado, tampoco me era posible hablarles de las pocas cosas buenas que tenía: los colores que fabricaba, los ratos que pasaba por la noche sentada sola en el estudio, los momentos en que trabajaba codo con codo con él, reconfortada por su presencia.

De lo único que podía hablarles era de sus cuadros.

Una mañana de abril, cuando por fin parecía que el frío se había ido definitivamente, iba yo caminando por la Koornmarkt hacia la botica y Pieter el hijo apareció de pronto a mí lado y me saludó. No lo había visto antes. Se había puesto un delantal limpio y llevaba un paquete en la mano, que me dijo que tenía que entregar un poco más adelante. Iba en la misma dirección que yo y me preguntó si podía acompañarme. Yo asentí; me pareció que no podía negarme. Durante el invierno lo había visto dos o tres veces por semana en la Lonja. Siempre me resultaba difícil mirarle a la cara: sus ojos parecían agujas que se me clavaban en la piel. Sus atenciones me agobiaban.

—Pareces cansada —me dijo—. Tienes los ojos rojos. Te hacen trabajar demasiado.

Y era verdad. Trabajaba demasiado. Mi amo me había encargado que moliera tanto marfil que había tenido que levantarme muy temprano para poder dejarlo terminado. Y la noche anterior, Tanneke no me había permitido irme a la cama hasta que no volví a fregar el suelo de la cocina, después de que a ella se le cayera un cuenco lleno de grasa. No quería echarle la culpa a mi amo.

—Tanneke la ha tomado conmigo —dije—, y me manda cada vez más cosas. Además, como está empezando el buen tiempo, nos toca hacer limpieza general —añadí, para que no pensara que me estaba quejando de ella.

—Tanneke es rara —dijo—, pero leal.

—Sí, a María Thins sí que le es leal.

—Y con la familia también. ¿No recuerdas cómo defendió a Catharina de su hermano loco?

Hice un gesto de no saber.

—No sé de qué me hablas.

Pieter pareció sorprendido.

—Durante días no se habló de otra cosa en la Lonja de la Carne. ¡Ah, claro, que a ti no te gustan las habladurías! Mantienes los ojos abiertos, pero no vas con chismorreos ni tampoco te gusta escucharlos —dijo con un tono que parecía de aprobación—. Yo me paso el día escuchándolos de las viejas que esperan que les sirva la carne, y no puedo remediar quedarme con alguno.

—¿Qué hizo Tanneke? —pregunté sin querer.

Pieter sonrió.

—Cuando tu señora estaba embarazada del penúltimo..., ¿cómo se llama?

—Johannes. Como su padre.

La sonrisa de Pieter se ensombreció como una nube al pasar por delante del sol.

—Sí, como su padre —y siguió con la historia—. Un día el hermano de Catharina, Willem, fue de visita a la Oude Langendijck cuando ella estaba ya muy avanzada en su estado y empezó a golpearla, allí mismo en la calle.

—¿Por qué?

—Dicen que le faltan uno o dos tornillos. Siempre ha sido muy violento. Su padre también lo era. ¿Sabías que el padre y Maria Thins se separaron hace muchos años? Le pegaba.

—¿Pegar a Maria Thins? —repetí sorprendida. Nunca habría imaginado que nadie pudiera pegar a Maria Thins.

—Así que cuando Willem empezó a golpear a Catharina, Tanneke se interpuso para protegerla. E incluso le arreó a él un buen porrazo.

¿Y dónde estaba el amo mientras sucedía esto?, pensé. No podía haberse quedado en el estudio. No era posible. Debía de estar en la Hermandad o con Van Leeuwenhoek o en Mechelen, la posada de su madre.

—Maria Thins y Catharina consiguieron el año pasado que lo encerraran —continuó Pieter—. No puede salir de la casa en la que está recluido. Por eso no lo has visto. ¿De verdad no habías oído hablar de él? ¿No lo mencionan nunca en la casa?

—No, al menos no en mi presencia —pensé en todas las veces que Catharina y su madre cuchicheaban en el Cuarto de la Crucifixión y se quedaban en silencio cuando entraba yo—. No voy por ahí escuchando detrás de las puertas.

—Ya lo supongo —Pieter volvía a sonreír, como si acabara de contarle un chiste.

Pieter también pensaba, como el resto de la gente, que todas las criadas escuchaban detrás de las puertas. Había muchas ideas preconcebidas sobre las criadas que la gente también me atribuía.

Me quedé callada el resto del camino. No sabía que Tanneke pudiera ser tan leal y tan valiente, pese a todo lo que decía de Catharina a sus espaldas, ni que Catharina hubiera sufrido tales golpes ni que a Maria Thins le hubiera salido un hijo como ése. Intenté imaginarme a mi hermano pegándose en plena calle, pero no pude.

Pieter no dijo nada más; se daba cuenta de que estaba confusa. Cuando se separó de mí al llegar a la botica, se imitó a rozarme el codo y siguió su camino. Yo tuve que pararme un momento y, mirando el agua verde oscuro del canal, agité la cabeza para echar fuera aquellos pensamientos; tras lo cual, me volví y entré en la botica.

Estaba sacando de mi pensamiento la imagen del cuchillo girando en el suelo de la cocina de la casa de mi madre.

Un domingo, Pieter el hijo asistió al servicio religioso de nuestra iglesia. Debió de entrar después de mis padres y de mí y se sentó al fondo, pues no lo vi hasta la salida, cuando estábamos fuera hablando con los vecinos. Estaba parado a un lado de la puerta, mirándome. Cuando me percaté de su presencia, respiré profundamente. Al menos, pensé, es protestante. Antes no estaba segura de que lo fuera. Desde que había entrado a trabajar en la casa del Barrio Papista ya no estaba segura de muchas cosas.

Mi madre siguió mi mirada.

—¿Quién es ése?

El hijo dei carnicero.

Me miró con curiosidad, en parte sorprendida y, en parte, temerosa.

—Ve a buscarlo —me susurró—, y tráelo junto a nosotros.

La obedecí y me acerqué a Pieter.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sabiendo que no estaba siendo todo lo educada que debía.

Él sonrió.

—Hola, Griet. ¿No me vas a decir nada amable?

—¿Por qué has venido?

—Asisto a los servicios de todas las iglesias de Delft, para ver cuál me gusta más. Me llevaré algún tiempo —cuando vio mi cara, abandonó ese tono; conmigo no valían las bromas—. He venido a verte y a conocer a tus padres.

Me sonrojé de tal forma que me pareció que me había subido la fiebre.

—Preferiría que no lo hubieras hecho —le dije en voz baja.

—¿Por qué no?

—No tengo más que diecisiete años. Yo no... yo no pienso todavía en esas cosas.

—No hay ninguna prisa —dijo Pieter.

Le miré las manos: estaban limpias, pero todavía le quedaban restos de sangre bajo las uñas. Pensé en las manos de mi amo sobre las mías cuando me estaba enseñando a moler el marfil quemado y me dio un escalofrío.

La gente nos miraba porque era un desconocido para todos los feligreses. Y además era un hombre guapo, incluso yo me daba cuenta de ello, con sus largos rizos rubios, los ojos brillantes y la sonrisa fácil. Varias jóvenes intentaban atraer su atención.

—¿No me vas a presentar a tus padres?

Lo conduje de mala gana junto a ellos. Pieter saludó a mi madre con una ligera inclinación de cabeza y dio la mano a mi padre, quien dio un paso atrás, inquieto. Desde que había perdido la vista, le intimidaban los desconocidos. Y era la primera vez que conocía a alguien interesado por mí.

—No se preocupe, Padre —musité, mientras mi madre presentaba a Pieter a una vecina—, no va a perderme.

—Ya te hemos perdido, Griet. Te perdimos en el mismo momento en que entraste de criada.

Me alivió pensar que no podía ver las lágrimas que me escocían en los ojos.

Pieter el hijo no vino todas las semanas a nuestra iglesia, pero vino lo bastante a menudo para que todos los domingos me pusiera nerviosa y me pasara todo el tiempo que estábamos sentados en nuestro banco alisándome la falda más de lo que le hacía falta y apretando los labios.

—¿Ha venido? ¿Está aquí? —me preguntaba mi padre todos los domingos, volviendo la cabeza a un lado y al otro.

Yo dejaba que respondiera mi madre.

—Sí, ahí está —decía. O—: No, no ha venido hoy.

Pieter siempre saludaba a mis padres antes de acercarse a mí. Al principio se sentían incómodos en su presencia. Sin embargo, Pieter les hablaba con soltura, ignorando sus extrañas respuestas o sus largos silencios. Sabía cómo tratar a la gente, pues era mucha la que pasaba por el puesto de su padre en el mercado. Después de algunos domingos, mis padres se acostumbraron a él. La primera vez que mi padre se rió con algo que dijo Pieter se quedó tan perplejo que inmediatamente se puso serio, fruncido el ceño, hasta que Pieter dijo otra cosa que le hizo volver a reír.

Siempre había un momento después de haber hablado con ellos un rato en el que mis padres se retiraban y nos dejaban solos. Con gran sabiduría, Pieter dejaba que fueran ellos los que decidieran cuándo. Las primeras veces no se llegó a producir ese momento. Pero un domingo mi madre tomó a mi padre del brazo con clara deliberación diciéndole:

—Vamos a hablar con el pastor.

Durante varios domingos temí ese momento, hasta que me habitué a estar sola con él y observada por tantos ojos. Pieter a veces se burlaba un poco de mí, pero lo más frecuente es que me preguntara cómo me había ido durante la serrana o que me contara historias que había oído en la Lonja o me describiera las subastas de la Feria de Ganado. Tenía mucha paciencia cuando yo me quedaba muda o me mostraba distante y desabrida.

Nunca me preguntó por mi amo. Nunca le conté que le ayudaba a fabricar los colores. Me agradaba que no me preguntara nada.

Los domingos que venía Pieter, yo me sentía muy confusa. Me descubría pensando en mi amo cuando tendría que estarle escuchando a él.

Un domingo de mayo, cuando llevaba casi un año trabajando en la casa de la Oude Langendijck, mi madre le dijo a Pieter un momento antes de dejarnos solos:

—¿Vendrás a comer con nosotros después del servicio del domingo que viene?

Pieter sonrió al ver que yo me había quedado mirando con la boca abierta.

—Claro que vendré, con mucho gusto.

Apenas oí lo que dijo después de esto. Cuando por fin marchó y mis padres y yo nos fuimos a casa tuve que morderme el labio para no gritar.

—¿Por qué no me ha dicho que pensaba invitarlo a comer? —murmuré.

Mi madre me miró de reojo.

—Ya era hora de que lo invitáramos —fue todo lo que dijo.

Tenía razón, habría sido una descortesía por nuestra parte no invitarlo a comer con nosotros. Nunca había jugado a este juego con ningún hombre, pero había visto lo que pasaba a mi alrededor. Si Pieter iba en serio, mis padres tenían que tratarlo con seriedad.

También sabía que para ellos era un sacrificio invitarlo. Mis padres tenían muy poco. Pese a mí sueldo y a lo que mi madre sacaba hilando para fuera, apenas lograban mantenerse, y mucho menos mantener otra boca, por no hablar de la de un carnicero. Yo no podía hacer mucho para ayudarles: llevarme lo que podía de la cocina de Tanneke, un poco de leña, tal vez, o unas cebollas, algo de pan. La semana que lo invitaban comían menos y encendían menos el fuego, para poder darle una comida decente.

Pero insistían en que fuera. No me lo decían a mí, pero probablemente consideraban que darle de comer ahora era una manera de llenar nuestros estómagos en el futuro. La esposa de un carnicero —y sus padres— siempre comía bien. Un poco de hambre ahora acabaría por proporcionarnos un estómago lleno.

Más tarde, cuando empezó a venir de forma regular, Pieter le enviaba a mi madre regalos de carne que ella guisaba para el domingo. Aquel primer domingo, sin embargo, mi madre tuvo la sensatez de no ponerle carne al hijo de un carnicero. Hubiera podido juzgar exactamente lo pobres que éramos por el tipo de pieza. En su lugar, hizo un guiso de pescado, al que echó incluso gambas y langosta. Nunca me dijo cómo se había apañado para comprarlas.

La casa, aunque un tanto destartada, estaba resplandeciente con todos sus cuidados. Había sacado algunos de los mejores azulejos de mi padre, aquellos que no se había visto obligada a vender, y los limpió y los dispuso en fila en la pared para que Pieter los viera mientras comía. Pieter elogió mucho el guiso de mi madre, y sus palabras parecían sinceras. Ella se puso muy contenta y se ruborizó y sonrió y le sirvió un poco más. Luego Pieter le hizo algunas preguntas a mi padre sobre los azulejos, describiéndoselos uno a uno hasta que mi padre reconocía de cuál se trataba y podía terminar él la descripción.

—Griet tiene el mejor —dijo mi padre, después de recorrer todos los que estaban en la habitación—. Es de ella y su hermano.

—Me gustaría verlo —musitó Pieter.

Yo clavé la vista en mis agrietadas manos, que había descansado en el regazo, y tragué saliva. No les había contado lo que había hecho Cornelia con mi azulejo.

Cuando Pieter se iba, mi madre me susurró que lo acompañara hasta el final de la calle. Caminé a su lado, segura de que nuestros vecinos nos observaban, aunque a decir verdad estaba lloviendo y no había mucha gente fuera. Sentía que mis padres me habían empujado a la calle, que habían hecho un trato y que yo había pasado a las manos de un hombre. Al menos es un buen hombre, pensé, aunque no tenga las manos todo lo limpias que deberían estar.

Cerca del canal Rietveld había un callejón al que me condujo Pieter, poniendo su mano en la parte baja de mi espalda. Agnes solía esconderse allí cuando jugábamos de niñas. Yo me apoyé en el muro y dejé que Pieter me besara. Estaba tan deseoso que me mordió los labios. Yo no grité, me lamí la sangre salada y miré por encima de su hombro a la tapia de ladrillo que había enfrente mientras él se apretaba contra mí. Me cayó una gota de lluvia en el ojo.

No le dejé hacer todo lo que quería. Pasado un rato, Pieter se apartó. Me tocó la cabeza con la mano. Yo me moví.

—¿Te gustan las cofias, no? —dijo.

—No tengo el dinero suficiente para peinarme e ir sin cofia —le espeté a modo de respuesta—. Ni tampoco soy.. —no terminé la frase. No necesitaba decirle cuáles eran las otras mujeres que no se tapaban el cabello.

—Pero tu cofia te cubre todo el pelo. ¿Por qué? La mayoría de las mujeres se dejan algo de cabello fuera.

No contesté.

—¿De qué color es tu cabello?

—Castaño.

—¿Claro u oscuro?

—Oscuro.

Pieter sonrió como si estuviera jugando con un niño de corta edad.

—¿Liso o rizado?

—Ni uno ni otro. Los dos —hice una mueca, confusa.

—¿Largo o corto?

Dudé.

—Por debajo de los hombros.

Él siguió sonriéndome, luego me besó de nuevo y volviéndose se encaminó hacia la Plaza del Mercado.

Había dudado porque no quería mentir, pero tampoco quería que él lo supiera. Tenía el pelo largo e indómito. Cuando me lo dejaba sin cubrir parecía que pertenecía a otra Griet, una Griet que iría a un callejón sola con un hombre, y que no era ni tan tranquila ni tan callada ni tan limpia. Una Griet semejante a las mujeres que no se cubrían la cabeza. Por eso mantenía mis cabellos completamente cubiertos, para que no hubiera rastro de esa Griet.

Terminó el cuadro de la hija del panadero. Esta vez no me pilló de sorpresa, pues dejó de mandarme que moliera y lavara colores. Ya no necesitaba mucha pintura. Tampoco realizó cambios repentinos al final, como había hecho en el cuadro de la mujer con el collar de perlas. Había cambiado cosas antes; había quitado una de las sillas y había movido el mapa de sitio. Estos cambios no me sorprendieron tanto, porque había tenido la oportunidad de pensar yo misma en ellos y sabía que lo que había hecho mejoraba la pintura.

Volvió a traer la cámara oscura de Leeuwenhoek para mirar por última vez a través de ella la escena que estaba pintando. Después de montarla, me permitió mirar a mí también. Aunque seguía sin entender cómo funcionaba, llegué a admirar las escenas que se veían, como si fueran pinturas, dentro de la cámara, las diminutas imágenes inversas de las cosas que había en la habitación. Los colores de los objetos se hacían más intensos —el tapete de la mesa de un rojo más vivo, el mapa de la pared de un marrón más brillante, como un vaso de cerveza alzado al sol—. No estaba segura de en qué forma le ayudaba la cámara en su trabajo, pero me estaba convirtiendo en una especie de María Thins a este respecto: sí le hacía pintar mejor, no me planteaba para qué servía o dejaba de servir.

No pintaba más rápido, sin embargo. El cuadro de la chica con la jarra de agua le llevó cinco meses. Muchas veces me preocupaba el que María Thins pudiera recordarme que no le estaba ayudando a pintar más rápido y me dijera que recogiera mis cosas y me fuera.

Pero no lo hizo. Sabía que aquel invierno había estado muy ocupado en la Hermandad, así como en Mechelen. Tal vez había decidido esperar a ver si las cosas cambiaban en el verano. O puede que le costara trabajo recriminárselo, pues le gustaba mucho el cuadro.

—Es una pena que un cuadro tan bueno vaya a acabar en la casa del panadero —comentó ella un día—. Podríamos haberle sacado más si se lo hubiéramos vendido a Van Ruijven.

No cabía duda de que él pintaba y ella hacía los tratos. Al panadero también le gustó el cuadro. El día que vino a verlo fue muy diferente de la visita formal que habían realizado Van Ruijven y su esposa varios meses antes para ver su cuadro. El panadero trajo a toda su familia, incluyendo varios niños y una o dos hermanas. Era un hombre muy alegre; tenía la cara permanentemente encarnada por el calor del horno y parecía que había metido el pelo en un saco de harina. Rechazó el vino que le ofreció María Thins y prefirió una jarra de cerveza. Le gustaban los niños e insistió en que dejaran entrar también al estudio a las cuatro niñas y a Johannes. Ellas también lo querían; siempre que venía de visita les traía una nueva concha para su colección. Esta vez había traído una del tamaño de mi mano, que era rugosa y puntiaguda, con unas marcas amarillo pálido, por fuera, y lisa, con un tono rosa anaranjado, por dentro. A las niñas les encantó y se fueron corriendo en busca del resto de sus conchas. Las subieron y se pusieron a jugar en el almacén con los hijos del panadero, mientras Tanneke y yo servíamos a los invitados mayores en el estudio.

El panadero anunció que el cuadro le satisfacía.

—Mi hija ha salido muy bien en él, y eso me basta —dijo.

Luego María Thins se lamentó de que no lo hubiera contemplado con el detenimiento con el que lo habría hecho Van Ruijven, de que tuviera los sentidos embotados por la cerveza que bebía y el desorden en el que vivía. Yo no estaba de acuerdo, pero no lo dije. A mí me pareció que el panadero había reaccionado de una forma sincera ante el cuadro. Van Ruijven exageraba demasiado cuando contemplaba los cuadros, con todas sus edulcoradas palabras y gestos bien estudiados. Era demasiado consciente de que actuaba para un público, mientras que el panadero sencillamente decía lo que pensaba.

Fui a comprobar qué hacían los niños en el almacén. Estaban tirados por el suelo, jugando con las conchas y poniéndolo todo perdido de arena. Los arcones y los libros y los platos y los cojines que se guardaban allí no parecían interesarles.

Cornelia estaba bajando por la escalera de mano del desván. Saltó desde el tercer peldaño y dio un grito de triunfo al caer al suelo. Me miró brevemente y en sus ojos había un reto. Uno de los hijos del panadero, de la edad de Aleydis más o menos, subió unos peldaños y saltó al suelo. Tras él probó Aleydis y luego otro niño y otro y otro.

Nunca había llegado a saber cómo había conseguido Cornelia llegar al desván para robar el trozo de rubia con el que me manchó de rojo el delantal. Era astuta por naturaleza y desaparecía sin que nadie se diera cuenta. Yo no le había dicho nada de este robo ni a Maria Thins ni a él. No estaba segura de que fueran a creerme. En su lugar, me aseguraba de que los colores quedaban bien guardados siempre que no estábamos ni él ni yo en el desván.

Se había tirado en el suelo junto a su hermana Maertge, y no le dije nada entonces. Pero esa noche, revisé mis cosas. No faltaba nada: el azulejo roto, la peineta de carey, mi breviario, los pañuelos bordados, mis cuellos, mis camisolas, mis delantales y cofias. Conté todas las prendas, las separé y volví a doblarlas.

Luego comprobé el armario de los colores, sólo para asegurarme. También estaban intactos, y no parecía que nadie hubiera estado revolviendo en ellos.

Tal vez, después de todo, no estaba siendo más que una niña subiéndose a una escalera y saltando, una niña jugando más que haciendo una fechoría.

El panadero se llevó su cuadro en mayo, pero mi amo no empezó a preparar el escenario del siguiente hasta julio. Yo empecé a agobiarme con el retraso, esperando que Maria Thins me echara la culpa, aunque las dos sabíamos que no era culpa mía. Entonces, un día, la oí decirle a Catharina que un amigo de Van Ruijven había visto el cuadro de su mujer con el collar de perlas y pensaba que ésta debería estar mirando al frente en lugar de a un espejo.

Van Ruijven había decidido que quería un cuadro con la cara de su mujer vuelta hacia el pintor.

—Es una pose que no suele pintar con frecuencia —observó.

No oí la respuesta de Catharina. Dejé por un instante lo que estaba haciendo, barrer el cuarto de las niñas.

—Seguro que recuerdas el último —le dijo Maria Thins—. El de la criada. ¿Recuerdas a Van Ruijven y la criada del vestido rojo?⁵

Catharina sofocó una risita.

—Ésa fue la última vez que apareció alguien mirando de frente en un cuadro suyo —continuó Maria Thins—. ¡Y menudo escándalo se armó! Estaba segura de que iba a negarse cuando Van Ruijven se lo sugirió esta vez, pero ha aceptado.

No podía preguntárselo a Maria Thins porque entonces sabría que había estado escuchándolas. Tampoco a Tanneke, porque ya nunca quería contarme nada de lo que oía. Así que un día que no había mucha gente en el puesto le pregunté a Pieter el hijo qué sabía él de aquella criada del vestido rojo.

—¡Ah, sí! Se habló mucho de ella en la Lonja —me contestó, con una sonrisita. Se inclinó y volvió a colocar las lenguas que tenían a la venta.

—Hace ya varios años de eso. Decían que Van Ruijven quería que una de sus criadas posara en un cuadro con él. Le pusieron un vestido de su mujer, uno rojo, y Van Ruijven se aseguró de que fuera una escena en la que se bebiera, de modo que cada vez que posaban la hacía beber. Y pasó lo que tenía que pasar: antes de que el cuadro estuviera terminado, ella se había quedado embarazada.

—¿Y qué pasó con ella? Pieter se encogió de hombros.

—¿Tú qué crees que les pasa a esa clase de chicas?

Se me heló la sangre en las venas al oír sus palabras. Había oído antes este tipo de historias, pero ninguna de ellas me había tocado tan de cerca. Pensé en mis sueños de ponerme las ropas de Catharina, en cuando Van Ruijven me agarró por la barbilla en el pasillo, en él diciéndole a mi amo: «Debería pintarla».

Pieter dejó de hacer lo que estaba haciendo; se le había puesto cara de preocupación.

—¿Por qué te interesa tanto?

—No, no me interesa en especial —respondí, como si me diera igual—. Es que oí algo, pero no tiene mayor importancia.

No había estado presente cuando preparó la escena para el cuadro de la hija del panadero; todavía no le ayudaba por entonces. Pero esta vez, sin embargo, cuando la mujer de Van Ruijven vino a posar por primera vez para el nuevo cuadro, yo estaba trabajando en el desván y oí lo que decía él. Ella era una mujer muy callada. Hizo lo que le indicaba sin emitir un solo sonido. Ni siquiera se oyó el taconeo de sus finos zapatos en las baldosas. Él la hizo quedarse de pie al lado de la

⁵ “The girl with the wine glass” archivo adjunto [5]

ventana, que tenía los postigos abiertos, luego la hizo sentar en una de las sillas con leones en el respaldo que estaban dispuestas alrededor de la mesa. Lo oí cerrar algunos de los postigos.

—Este cuadro será más oscuro que el anterior —afirmó.

Ella no respondió. Era como si él estuviera hablando para sí. Pasado un momento me llamó. Cuando aparecí ante él me dijo:

—Griet, ve a buscar la pelliza amarilla de mi mujer y el collar y los pendientes de perlas.

Catharina había salido de visita aquella tarde, de modo que no pude pedirle las joyas. En cualquier caso me asustaba hacerlo. Así que me dirigí al Cuarto de la Crucifixión, donde estaba María Thins, quien abrió el joyero y me entregó el collar y los pendientes. Luego saqué la pelliza del armario de la Sala Grande, la sacudí y la doblé cuidadosamente sobre el brazo. Era la primera vez que sentía su tacto. Hundí la nariz en la piel, y era muy suave, como la de un conejito.

Quando recorría el pasillo hacia las escaleras, me asaltó el deseo de huir llevándome aquellas riquezas. Podía ir a la estrella en medio de la Plaza del Mercado, elegir una dirección y no volver más.

Pero en lugar de ello volví junto a la mujer de Van Ruijven y la ayudé a ponerse la pelliza. Le quedaba como si fuera una segunda piel. Después de ponerse los pendientes, se colocó el collar alrededor del cuello. Yo sujeté las cintas para atárselo, pero en ese momento él dijo:

—No te pongas el collar. Déjalo sobre la mesa.

Ella se volvió a sentar. Él se sentó también en su silla y la estudió. A ella no parecía importarle miraba al vacío, sin ver, como había intentado él que hiciera yo.

—Mírame —le dijo.

Ella lo miró. Tenía unos grandes ojos oscuros, casi negros. Él cubrió la mesa con un tapete, luego lo cambió por el paño azul. Dispuso las perlas formando una línea sobre la mesa, luego en un montón, luego otra vez en línea. Le pidió a ella que se pusiera de pie, que se sentara, que se echara hacia atrás, después hacia adelante.

Pensé que se había olvidado de que yo estaba observándolo desde un rincón, hasta que me dijo:

—Griet, ve a buscar la brocha de empolvase de Catharina.

Le pidió que sujetara la brocha a la altura de la cara, como si se estuviera empolvando, que la dejara sobre la mesa, pero sin soltarla, que la dejara a un lado. Me la dio:

—Vuélvela a su sitio.

Quando regresé le había dado pluma y papel. Estaba sentada en la silla, el cuerpo inclinado hacia delante y escribía; a su derecha había un tintero. Mi amo abrió un par de los postigos superiores y cerró el par inferior. La habitación se quedó más oscura, pero la luz iluminó directamente la alta frente de la mujer, el brazo que reposaba sobre la mesa, la manga de la pelliza amarilla.⁶

—Adelanta ligeramente la mano derecha —dijo él—. Ahí está bien.

Ella escribía.

—Mírame —le dijo.

Ella lo miró.

Él cogió un mapa del almacén y lo colgó de la pared detrás de la mujer. Lo quitó. Probó con un pequeño paisaje, con una marina, con la pared sin nada. Entonces desapareció escaleras abajo.

Mientras él estuvo fuera me dediqué a observar detenidamente a la mujer de Van Ruijven. Tal vez era descortés, pero quería ver qué hacía. No se movió. Pareció acomodarse con mayor naturalidad en la pose. Para cuando regresó con una naturaleza muerta de instrumentos musicales, parecía como si siempre se hubiera sentado a escribir en aquella mesa. Me habían contado que antes del cuadro del collar ya la había pintado otra vez, tocando el laúd. Y debía de saber lo que exigía de las modelos. Tal vez, sencillamente, ella era lo que él quería.

Colgó la naturaleza muerta detrás de la mujer y después se sentó de nuevo a estudiarla. Mientras ellos se miraban, yo me sentí como si no estuviera allí. Quería irme, volver a mis colores, pero no me atrevía a molestarlos.

—La próxima vez que vengas, ponte cintas blancas en el pelo en lugar de amarillas, y una amarilla para atártelo —atrás.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Puedes descansar.

Quando la dejó ir, yo también me sentí libre de mar

⁶ “A lady writing” National Gallery of Art, Washington D.C. archivo adjunto [6]

Al día siguiente arrimó una silla más a la mesa. Y al otro, subió el joyero de Catharina y lo colocó encima. Tenía perlas incrustadas alrededor de las pequeñas cerraduras de los cajoncitos.

Van Leeuwenhoek llegó con su cámara oscura cuando él estaba trabajando en el desván.

—Tendrás que conseguirme una tú —le oí decir con su voz grave—. Aunque he de admitir que me da la oportunidad de ver lo que estás pintando. ¿Dónde está la modelo?

—No ha podido venir hoy.

—Pues eso dificulta las cosas.

—No. Griet —me llamó.

Bajé la escalerilla. Cuando entré en el estudio Van Leeuwenhoek me miró pasmado. Sus ojos, castaños muy claros, tenían unos grandes párpados que le hacían parecer soñoliento. Nada más lejos de él, sin embargo; más bien se mostraba alerta y perplejo, tensas las comisuras de los labios. Pese a su sorpresa al verme, su gesto era amable y cuando se repuso de su asombro incluso me hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Ningún caballero me había saludado antes de esta forma. No lo pude remediar y sonreí.

Van Leeuwenhoek se rió.

—¿Qué estabas haciendo ahí arriba, querida?

—Moler los colores, señor.

Se volvió hacia mi amo.

—¡Una ayudante! ¿Qué otras sorpresas me aguardan? Lo siguiente es que la enseñes a pintar a tus modelos.

A mi amo no le hizo gracia el comentario.

—Griet —me dijo—, siéntate como viste hacerlo el otro día a la mujer de Van Ruijven.

Avancé nerviosa hasta la silla y me senté, inclinada hacia delante, como había hecho ella.

—Agarra la pluma.

Yo la cogí con mano vacilante de modo que la pluma se agitó en el aire y puse las manos como recordaba que las había puesto ella. Rogué al cielo que no me pidiera que escribiera nada, como le había pedido a la mujer de Van Ruijven. Mi padre me había enseñado a escribir mi nombre, pero poco más. Al menos sabía cómo agarrar la pluma. Pasé la vista por las hojas que había sobre la mesa, curiosa por lo que habría escrito en ellas la mujer de Van Ruijven. Sabía leer cosas sencillas y conocidas, como mi libro de oraciones, pero no la letra de una dama.

—Mírame.

Lo miré. Intenté ser la mujer de Van Ruijven. El se aclaró la garganta.

—Llevará la pelliza amarilla —le dijo a Van Leeuwenhoek, quien asintió.

Mi amo se puso en pie, y entre los dos montaron la cámara oscura apuntando hacia donde estaba yo. Luego miraron por turno. Cuando se inclinaron sobre la caja con el sobretodo negro cubriéndoles la cabeza, me resultó más fácil quedarme con la mente en blanco, como sabía que quería él que hiciera.

Sin sacar la cabeza de debajo del sobretodo le pidió a Van Leeuwenhoek varias veces que cambiara el cuadro de sitio, hasta que se quedó satisfecho, y luego que abriera o cerrara este o aquel postigo. Por fin pareció contento. Enderezó la espalda y doblando el sobretodo lo dejó sobre el respaldo de una silla. Acto seguido se dirigió a la mesa de despacho, tomó una hoja de papel y se la entregó a Van Leeuwenhoek. Se pusieron a comentar el contenido de la misma: asuntos relativos a la Hermandad sobre los que mi amo quería una opinión. Hablaron largo rato.

Van Leeuwenhoek alzó la vista de pronto.

—¡Pero hombre de Dios, deja que la chica vuelva a sus tareas!

Mi amo me miró como si le hubiera sorprendido que yo siguiera sentada detrás de la mesa, la pluma en la mano.

—Puedes retirarte, Griet.

Al salir me pareció ver una expresión de tristeza en la cara de Van Leeuwenhoek.

Dejó la cámara montada en el estudio unos días. Tuve la ocasión de mirar por ella varias veces sin que hubiera nadie presente, deteniéndome en los objetos dispuestos sobre la mesa. Había algo en la escena que iba a empezar a pintar que me preocupaba. Era como mirar un cuadro torcido. Había algo que yo cambiaría, pero no sabía el qué. La caja tampoco me ofrecía una solución.

Un día regresó la mujer de Van Ruijven y él la observó con la cámara durante un buen rato. Yo atravesé el estudio mientras él tenía la cabeza tapada; lo más sigilosa que pude a fin de no molestarlos. Me quedé un momento parada detrás de él para ver la escena con la modelo. Ésta debió de verme pero no dio señales de ello y siguió con sus ojos oscuros fijos en él.

Se me ocurrió que la escena era demasiado clara. Aunque yo valoraba la claridad y el orden por encima de todas las cosas, sabía por sus otros cuadros que tenía que haber cierto desorden

sobre la mesa, algo en lo que se prendiera el ojo. Consideré todos y cada uno de los objetos —el joyero, el tapete azul, las perlas, la carta, el tintero— decidiendo qué cambiaría. Volví sin hacer ruido al desván, sorprendida por mis atrevidos pensamientos.

En cuanto vi con precisión lo que tenía que hacer en la escena, me limité a esperar a que hiciera el cambio.

No movió nada de lo que había sobre la mesa. Entornó un poco los postigos, rectificó la inclinación de la cabeza de la mujer, el ángulo de la pluma que tenía en la mano. Pero no cambió lo que yo esperaba que cambiara.

Pensaba en ello mientras retorció las sábanas, mientras giraba el asador donde se hacía la carne como me había ordenado Tanneke, mientras limpiaba los azulejos de la cocina, mientras lavaba los colores. Pensaba en ello en la cama por la noche. A veces me levantaba y volvía a mirarlo. No, no estaba equivocada.

Le devolvió la cámara a Van Leeuwenhoek.

Cada vez que miraba la escena notaba un peso en el pecho, como si algo me oprimiera.

Dispuso un lienzo en el caballete y aplicó una capa de blanco de plomo y tiza mezclados con un poquito de siena tostado y amarillo ocre.

El peso en el pecho iba en aumento, esperando que él hiciera lo que yo esperaba.

Perfiló ligeramente en marrón rojizo el contorno de la mujer y de los objetos.

Cuando empezó a pintar los grandes bloques de colores falsos, creí que me iba a estallar el pecho, como un saco demasiado lleno de harina.

Una noche, en la cama, antes de dormirme, decidí que tendría que hacer el cambio yo misma.

A la mañana siguiente, limpié, volviendo a dejar cuidadosamente en su sitio el joyero, colocando las perlas y la carta como estaban y abillantando y restituyendo a su lugar el tintero. Entonces, en un rápido movimiento, tiré del paño azul hacia arriba, sacándolo de las oscuras sombras de debajo de la mesa y haciéndolo fluir sesgado sobre ésta, por delante del joyero. Retoqué las líneas de los pliegues y me alejé unos pasos. El paño era ahora un eco del brazo de la modelo con la pluma en la mano.

Sí, pensé, y apreté los labios. Puede que me despida por haberlo cambiado, pero ahora está mejor.

Esa tarde no subí al desván, aunque tenía mucho que hacer allí. Me senté fuera en el banco al lado de Tanneke a remendar las camisas. Por la mañana él no había estado en el estudio, porque había ido a la Hermandad, y había comido en casa de Van Leeuwenhoek. Todavía no había podido ver el cambio.

Esperé ansiosa sin moverme del banco. Incluso Tanneke, que por aquellos días trataba de ignorarme, se dio cuenta de mi estado de ánimo.

—¿Qué te pasa, muchacha? —me preguntó. Había tomado la costumbre de llamarme muchacha, como su señora—. Pareces un cordero camino del matadero.

—Nada —le respondí—. Cuéntame lo que sucedió la última vez que vino el hermano de mi señora. He oído algo en el mercado. Y todavía siguen nombrándote —añadí, esperando que esto la distrajera y la halagara y disimulara así la torpeza con la que trataba de soslayar su pregunta.

Por un instante Tanneke se irguió en su asiento, hasta que recordó quién le estaba preguntando.

—Eso a ti no te importa —me espetó—. Es un asunto familiar en el que tú no debes inmiscuirte.

Unos meses antes hubiera estado encantada de contarme una historia en la que ella quedaba tan bien parada. Pero era yo quien estaba preguntando, y no me iba a complacer haciéndome digna de su confianza o de sus palabras, aunque debió de darle pena dejar pasar una oportunidad tan buena de darse importancia delante de mí.

Entonces lo vi venir a él: se dirigía hacia nosotras por la Oude Langendijck, el sombrero ligeramente ladeado para proteger su cara del sol primaveral, su oscura capa retirada de los hombros. Cuando se acercó no fui capaz de mirarlo.

—Buenas tardes, señor —canturreó Tanneke en un tono totalmente distinto.

—Muy buenas, Tanneke. No se está mal al sol, ¿no?

—¡Oh, se está la mar de bien, señor! Me gusta que me dé el sol en la cara.

Yo no levanté la vista de la labor que tenía en la mano. Lo sentí mirándome.

Cuando entró él en la casa, Tanneke me susurró:

—Da las buenas tardes al amo cuando te hable, muchacha. No tienes educación.

—Fue a ti a quien habló.

—Pues claro. Pero aquí no hay sitio para los malos modos, conque ya puedes andarte con cuidado o te verás en la calle.

Debe de estar ya arriba, pensé. Debe de haber visto ya lo que he hecho.

Esperé, casi incapaz de agarrar la aguja. No sabía exactamente qué estaba esperando. ¿Me regañaría delante de Tanneke? ¿Me alzaría la voz por primera vez desde que había entrado a servir en su casa? ¿Me diría que le había echado a perder el cuadro?

Tal vez se limitaría a tirar del paño azul hacia abajo, de modo que colgara igual que antes. Tal vez no me diría absolutamente nada.

Más tarde, aquella noche, lo vi brevemente cuando bajó a cenar. No parecía ni contento ni enfadado, ni despreocupado ni ansioso. No me ignoró, pero tampoco me miró.

Cuando subí a acostarme, comprobé si había vuelto a dejarlo como estaba antes de que yo lo tocara.

No había hecho nada. Alcé mi vela a la altura del caballete: había vuelto a perfilar en marrón rojizo los pliegues del paño azul. Había incluido mi cambio.

Esa noche, estuve largo rato despierta en la cama, sonriendo en la oscuridad.

A la mañana siguiente, entró en el estudio cuando yo estaba limpiando alrededor del joyero. Era la primera vez que me veía utilizar mi método de mediciones para volver a dejarlo todo exactamente donde estaba. Había puesto un brazo a lo largo de un lateral del joyero y lo había movido para limpiar por debajo y alrededor. Cuando levanté la vista me estaba observando. No me dijo nada. Tampoco yo dije nada; lo único que me preocupaba era volver a dejar la caja en su sitio exacto. Luego limpié el tapete azul con un trapo húmedo, poniendo especial atención en los nuevos pliegues que yo le había hecho. Me temblaban las manos. Cuando terminé, lo miré.

—Dime, Griet, ¿por qué has cambiado el tapete? —su tono era el mismo que cuando me había preguntado en casa de mis padres qué estaba haciendo con las verduras. Me pensé un momento la respuesta.

—Tiene que haber un poco de desorden en la escena para que contraste con la calma de ella —le expliqué—. Algo que choque al ojo. Pero también tiene que ser agradable de ver, y lo es, porque el tapete y su brazo están en una posición parecida.

Se produjo una larga pausa. Él tenía la vista fija en la mesa. Yo esperé, secándome las manos en el delantal.

—Nunca había pensado que podría aprender algo de una criada —dijo por fin

Un domingo mi madre se unió a nosotros cuando yo estaba describiéndole el nuevo cuadro a mi padre. Pieter nos acompañaba y tenía la vista fija en un trozo de suelo iluminado por un rayo de sol. Siempre se quedaba callado cuando hablábamos de los cuadros de mi amo.

No les conté nada del cambio que había hecho yo y que mi amo había aceptado.

—Pues a mí me parece que sus pinturas no son buenas para el alma —anunció de pronto mi madre. Tenía cara de pocos amigos. Era la primera vez que hacía algún comentario sobre lo que pintaba mi amo.

Mi padre volvió la cara hacia ella, sorprendido.

—Son buenos para su bolsillo, diría yo —añadió Frans sarcástico.

Era uno de los escasos domingos que se le había ocurrido venir a casa. Últimamente se había obsesionado con el dinero. Siempre me estaba preguntando cuánto valían las cosas de la casa de la Oude Langendijck, cuánto valían las perlas y la pelliza que aparecían en los cuadros o el joyero con incrustaciones de perla y su contenido; cuántos cuadros había colgados en las paredes y qué tamaño tenían. Yo no le decía mucho. Me apenaba, tratándose como se trataba de mi propio hermano, pero me temía que había empezado a pensar que había formas más fáciles de ganarse la vida que como aprendiz en una fábrica de azulejos. Suponía que no pasaba de ser sólo un sueño, pero era un sueño que yo no quería alimentar con visiones de objetos caros a su alcance —o al de su hermana.

—¿Qué quiere decir, Madre? —le pregunté, pasando por alto el comentario de Frans.

—Hay algo que suena peligroso en la descripción que haces de sus cuadros —explicó ella—. Por tu forma de hablar de ellos podrían ser escenas religiosas. Es como si la mujer que describes fuera la Virgen María, cuando es sólo una mujer escribiendo una carta. Le das un significado al cuadro que no tiene ni merece tener. Hay en Delft miles de cuadros. Se ven por todas partes, tanto en las tabernas como en las casas de los ricos. Podrías comprar uno en el mercado con dos semanas de tu sueldo.

—Si hiciera tal cosa —repliqué—, usted y Padre no comerían en dos semanas y morirían sin ver el cuadro que había comprado.

Mi padre puso una mueca de desagrado. Frans, que estaba haciendo nudos en un cordel, se quedó mudo. Pieter me miró.

Mi madre permaneció impassible. No solía decir nunca lo que pensaba. Y cuando lo hacía sus palabras valían oro.

—Lo siento, Madre —tartamudeé—. No quería...

—Se te han subido los humos a la cabeza desde que trabajas en su casa —me interrumpió ella—. Has olvidado quién eres y de dónde vienes. Nosotros somos una honesta familia protestante en cuyas necesidades no caben los lujos ni las modas.

Bajé la vista, dolida por sus palabras. Eran palabras de madre, las mismas que le diría yo a una hija mía si estuviera preocupada por ella. Aunque me ofendió que las dijera, al igual que me ofendía que dudara del valor de los cuadros de mi amo, sabía que había bastante de verdad en ellas.

Pieter no se quedó tanto tiempo conmigo en el callejón ese domingo.

Mirar el cuadro a la mañana siguiente fue un tormento. Los bloques de falsos colores estaban terminados y había empezado a perfilar los ojos y la alta cúpula de la frente de la mujer y parte de los pliegues de la manga. El rico tono amarillo de ésta me colmó de ese placer que habían condenado las palabras de mi madre, y me sentí culpable. Intenté imaginarme el cuadro terminado colgado en la carnicería de Pieter el padre, puesto a la venta por diez florines, una sencilla estampa de una mujer escribiendo una carta. No pude.

Esa tarde mi amo estaba de muy buen humor —de lo contrario no me hubiera atrevido a preguntarle—. Me había acostumbrado a calibrar su humor, no por sus pocas palabras o por la expresión de su cara, sino por su forma de moverse por el estudio y el desván. Cuando estaba contento, cuando estaba trabajando a gusto, se movía con decisión de un extremo al otro, sin vacilaciones ni movimientos inútiles. De haber sido aficionado a la música, habría ido canturreando, tarareando o silbando una canción por lo bajo. Cuando las cosas no le iban bien, se paraba, se quedaba mirando por la ventana, giraba abruptamente, empezaba a subir la escalerilla del desván sólo para volverla a bajar al llegar a la mitad.

—Señor —empecé a decirle cuando subió para mezclar aceite de linaza en el albayalde que yo acababa de moler. Estaba trabajando en la piel de la manga. La mujer de Van Ruijven no había ido ese día, pero descubrí que podía pintar partes de ella, sin que estuviera presente.

Levantó las cejas:

—¿Sí, Griet?

Él y Maertge eran las únicas personas de la casa que siempre me llamaban por mi nombre.

—¿Son sus cuadros cuadros católicos?

Se quedó parado, sosteniendo el frasco de aceite de linaza sobre la concha que contenía el albayalde.

—Cuadros católicos —repitió. Bajó la mano, golpeando suavemente la mesa al dejar el frasco—. ¿Qué quieres decir con eso de cuadros católicos?

Había hablado sin pensar. Y ahora no sabía qué decir. Intenté una pregunta distinta.

—¿Por qué hay cuadros en las iglesias católicas?

—¿Has entrado alguna vez en una iglesia católica, Griet?

—No, señor.

—¿Entonces no has visto nunca una iglesia con cuadros o estatuas o vidrieras?

—No.

—¿Sólo has visto cuadros en las casas o en las tiendas o en las posadas?

—Y en el mercado.

—Sí, en el mercado. ¿Te gusta ver cuadros?

—Sí, señor —empezaba a pensar que no contestaría a mi pregunta, que simplemente me haría un sinfín de preguntas.

—¿Qué ves cuando miras un cuadro?

—Pues, qué voy a ver. Lo que ha pintado el pintor, señor.

Aunque asintió, me pareció que no había dado la respuesta que esperaba.

—Entonces cuando miras el cuadro que hay abajo en el estudio, ¿qué ves?

—No veo a la Virgen María, eso seguro —dije esto más como un desafío a mi madre que como una respuesta a su pregunta.

Se me quedó mirando sorprendido.

—¿Esperabas ver a la Virgen María?

—¡Oh, no, señor! —contesté nerviosa.

—¿Crees que es una pintura católica?

—No sé, señor. Mi madre dice...

—Tu madre no ha visto el cuadro, ¿verdad?

—No.

—Entonces no puede decirte lo que se ve o se deja de ver.

—No.

Aunque tenía razón, no quería oírle criticar a mi madre.

—No son las pinturas las que son católicas o protestantes —dijo—, sino las personas que las contemplan y lo que esperan ver en ellas. Un cuadro en una iglesia es como una vela en una habitación a oscuras: la utilizamos para ver mejor. Es el puente entre nosotros y Dios. Pero no es una vela protestante o católica. No es más que una vela.

—Nosotros no necesitamos cosas que nos ayuden a ver a Dios —repuse—. Tenemos Su Palabra, y eso nos basta.

Él sonrió.

—¿Sabías, Griet, que a mí me educaron en la fe protestante? Me convertí al catolicismo al casarme. Así que no es necesario que me prediques. Ya he oído esas palabras muchas veces.

Lo miré fijamente. Era la primera vez en mi vida que conocía a alguien que hubiera decidido dejar de ser protestante. No creía que realmente se pudiera cambiar así como así. Pero él lo había hecho.

Parecía que esperaba que yo dijera algo.

—Aunque no he entrado nunca en una iglesia católica —empecé a decir lentamente—, creo que las pinturas que vería en ellas serían parecidas a las tuyas. Aunque las tuyas no sean escenas de la Biblia, ni de la Virgen y el Niño, ni de Jesucristo en la Cruz —me recorrió un escalofrío al pensar en el cuadro que colgaba sobre mi cama en la bodega.

Volvió a coger el frasco y vertió unas gotas en la concha. Empezó a mezclar el albayalde y el aceite de linaza con la espátula hasta que la pintura tuvo la consistencia de la mantequilla dejada al calor de la cocina. Yo seguí fascinada el movimiento de la espátula plateada en la cremosa pintura blanca.

—Los católicos y los protestantes tienen diferentes actitudes con respecto a la pintura —me explicó sin dejar de mover la espátula—, pero no tienen por qué ser tan distintas como tú te crees. La pintura puede tener un propósito espiritual para los católicos, pero tampoco debes olvidar que los protestantes ven a Dios en todas partes, en todas las cosas. ¿O es que acaso no están celebrando también la Creación Divina cuando pintan cosas cotidianas, como sillas y mesas, aguamaniles, soldados y criadas?

Deseé que mi madre hubiera podido escucharlo. Hasta a ella la habría hecho comprender.

A Catharina no le agradaba tener que dejar en el estudio su joyero, en donde no podía acceder a él cuando quería. Sospechaba de mí, en parte porque yo no le gustaba, pero también porque se dejaba influir por esas historias de todos conocidas de criadas que roban poco a poco la cubertería de plata de sus amos. Que robaran y que tentaran al señor de la casa, eso era lo que las señoras temían siempre de las criadas.

Como pude descubrir con Van Ruijven, sin embargo, era más frecuente que los maridos persiguieran a las criadas que al contrario. Se creían con derecho sobre ellas.

Aunque raramente le consultaba sobre las cosas de la casa, Catharina fue a pedirle a su marido que se hiciera algo al respecto. No oí su conversación. Me lo contó Maertge una mañana. Maertge y yo nos llevábamos bien por entonces. Se había hecho mayor de pronto y, habiendo perdido el interés en las otras niñas de la casa, prefería estar conmigo por la mañana y acompañarme mientras yo hacía mi trabajo. De mí aprendió a remojar la ropa para clarearla al sol, a quitar las manchas de grasa aplicándoles una mezcla de sal y vino, a frotar la plancha con sal gorda para que no se pegara y chamuscara la ropa. Tenía unas manos demasiado delicadas para, meterlas en el agua, sin embargo; la dejaba mirarme, pero no mojarse la manos. Las mías estaban ya destrozadas: encallecidas y rojas y agrietadas, pese a todos los remedios que me ponía mi madre para intentar suavizarlas. Tenía las manos de toda una vida de trabajo y todavía no había cumplido dieciocho años. Maertge se parecía un poco a mi hermana Agnes: vivaracha, curiosa, de decisiones rápidas. Pero también era la mayor de la familia, y mostraba la grave formalidad que suele acompañar a esa posición. Había cuidado de sus hermanas, como yo había cuidado de mi hermano y mi hermana. Eso hace a las niñas precavidas y cautelosas frente a los cambios.

—Mamá quiere que vuelvan a bajar el joyero —me anunció cuando rodeábamos la estrella central de la Plaza del Mercado de camino a la Lonja de la Carne. Ya se lo ha dicho a papá.

—¿Y qué le dijo él? —intenté parecer despreocupada, mirando de reojo las puntas de la estrella. Recientemente había reparado en que al abrirme la puerta del estudio por las mañanas, Catharina echaba un vistazo a la mesa donde estaba el joyero.

Maertge vaciló.

—A mamá no le gusta que tú te quedes arriba con sus joyas toda la noche —dijo por fin. No añadió lo que le preocupaba a Catharina: que pudiera coger las perlas que estaban sobre la mesa, meterme la caja bajo el brazo y deslizarme desde la ventana a la calle, fugarme y empezar una nueva vida en otra ciudad.

A su manera, Maertge intentaba avisarme.

—Quiere que vuelvas a dormir abajo —continuó—. El ama de cría se va a ir pronto y no hay ninguna razón para que sigas en el desván. Dijo que o tú o su joyero debe bajar.

—¿Y qué le contestó tu padre?

—Nada. Dijo que lo pensaría.

Se me encogió el corazón y sentí como si tuviera una losa en el pecho. Catharina le había pedido que escogiera entre yo y el joyero. No podía tenerme a mí arriba y además el joyero. Pero sabía que no quitaría del cuadro ni éste ni las perlas por tenerme a mí en el desván. Me quitaría a mí. Dejaría de ayudarlo.

Aminoré el paso. Años de acarrear el agua, retorcer la colada, fregar los suelos, vaciar los orinales, sin que la belleza o el color o la luz entraran en mi vida, se extendían ante mí como un paisaje llano en el que se divisa el mar a lo lejos, pero nunca puedes alcanzarlo. Si no podía trabajar fabricando los colores, si no podía estar cerca de él, no sabía cómo iba a poder seguir trabajando en aquella casa.

Cuando llegamos al puesto de la carne y Pieter el hijo no estaba, se me llenaron los ojos de lágrimas. No me había dado cuenta de que deseaba ver su cara amable y hermosa. Por más confusa que estuviera con respecto a él, Pieter era mi forma de huir, de recordarme, también, que existía otro mundo en el que había cabida para mí. Tal vez no era tan distinta de mis padres, que lo consideraban su salvador, el que llevaría carne a su mesa.

A Pieter el padre le entusiasmaron mis lágrimas.

—Le diré a mi hijo que se te saltaron las lágrimas al ver que no estaba —declaró, limpiando la sangre de la mesa donde cortaba la carne.

—No hará tal cosa —musité—. ¿Qué queremos hoy, Maertge?

—Carne de vaca para guisar —respondió pronta—. Cuatro libras.

Me sequé los ojos con una esquina del delantal.

—Se me ha metido una mosca en el ojo —dije bruscamente—. Tal vez esto no está demasiado limpio. La suciedad atrae a las moscas.

Pieter el padre se rió de buena gana.

—¡Una mosca en el ojo, dice! ¡Suciedad aquí! Pues claro que hay moscas: vienen por la sangre, no por la suciedad. La mejor carne es la más sangrienta y es la que atrae más a las moscas. Un día lo descubrirás por ti misma. No hace falta que se dé esos aires con nosotros, señora —le guiñó un ojo a Maertge—. ¿Y qué opina esta señorita? ¿Debe la joven Griet criticar el sitio en el que dentro de unos años ella misma estará despachando?

Maertge trató de no parecer impresionada, pero la sugerencia del carnicero de que tal vez yo no me quedaría con su familia para siempre la había sorprendido claramente. Tuvo el buen sentido de no responder y en su lugar demostró un súbito interés por el pequeño que llevaba en los brazos una mujer en el puesto de al lado.

—Por favor —le dije en voz baja a Pieter el padre—, no le diga estas cosas ni en broma, ni a ella ni a nadie de la familia. Soy su criada. Eso es lo que soy. Sugerir cualquier otra cosa es una falta de respeto hacia ellos.

Pieter el padre me miró. Sus ojos cambiaban de color al menor cambio de luz. Ni siquiera mi amo podría haberlos capturado en un cuadro.

—Puede que tengas razón —aceptó—. Desde ahora tendré más cuidado cuando me burle de ti. Pero déjame que te diga una cosa, querida: mejor te vas acostumbrando a las moscas.

Mi amo no suprimió el joyero del cuadro ni tampoco me dijo que tenía que ir a dormir abajo. Lo que hizo en su lugar fue bajarle a Catharina todas las noches las perlas y la caja, y ella las metía en el armario de la Sala Grande, donde guardaba también la pelliza amarilla. Por la mañana, cuando abría la puerta del estudio para que pudiera salir yo luego, me daba la caja y las joyas. Mi primera tarea en el estudio pasó a ser, pues, la de depositar sobre la mesa el joyero y las perlas y preparar los pendientes si la mujer de Van Ruijven iba a venir a posar. Catharina me observaba desde el umbral mientras yo hacía mis mediciones con la mano y con el brazo para dejarlas en su sitio exacto. Mis gestos debían de parecer extraños a quien me viera, pero nunca llegó a preguntarme para qué hacía todo aquello. No se atrevía.

Cornelia también debió de enterarse del problema que hubo con el joyero. Tal vez había oído a sus padres hablar del asunto sin que éstos se dieran cuenta. Puede que hubiera visto a Catharina

subiendo la caja con las joyas por la mañana y a su padre bajándola por la noche, y que adivinara que había algo que no marchaba. Viera lo que viera o entendiera lo que entendiera, lo cierto es que decidió volver a la carga.

No había una razón para que yo no le gustara, salvo una vaga desconfianza. Se parecía mucho a su madre en eso.

Y empezó con un ruego, como lo había hecho cuando pidió que le zurciera el cuello que se le había roto y me echó pintura roja en el delantal. Catharina se estaba peinando una mañana de lluvia, y Cornelia zascandileaba a su lado, mirándola. Yo estaba planchando ropa en el lavadero y no las oí. Pero probablemente fue ella la que le sugirió a su madre que se pusiera unas peinetas de carey.

Unos minutos después Catharina apareció en el arco que separaba la cocina del lavadero y anunció:

—Me falta una de las peinetas, ¿la habéis visto alguna de las dos?

Aunque nos hablaba a las dos, a Tanneke y a mí, era a mí a quien miraba.

—No, señora —contestó Tanneke solemnemente, saliendo de la cocina y quedándose también bajo el arco a fin de observarme.

—No, señora —repetí yo.

Cuando vi a Cornelia asomarse desde el pasillo con aquella cara de traerse algo entre manos que era tan natural en ella, supe que había tramado algo que no tardaría en salpicarme de nuevo.

No parará hasta que me vaya, pensé.

—Alguien tiene que saber dónde está.

—¿La ayudo a volver a buscar en el armario, señora? —le preguntó Tanneke—. ¿O buscamos nosotras por otra parte? —añadió no sin intención.

—Tal vez la tenga en el joyero —sugerí.

—Tal vez.

Catharina salió al pasillo. Cornelia se volvió y la siguió. Pensé que no tomaría mi sugerencia en consideración viniendo de mí. Pero cuando la oí en las escaleras, sin embargo, me di cuenta de que se dirigía al estudio y me apresuré a ir con ella. Iba a necesitarme. Estaba esperando, furiosa, a la puerta del estudio, con Cornelia detrás.

—Tráeme la caja —me ordenó Catharina sin apenas levantar la voz.

La humillación de no poder entrar en la habitación daba a sus palabras un tono que no le había oído nunca. Por lo general, hablaba muy alto y de forma desabrida. La callada contención de esta vez daba mucho más miedo.

Lo oí en el desván. Sabía lo que estaba haciendo: estaba moliendo lapislázuli para pintar el tapete.

Agarré la caja y se la llevé a Catharina, dejando las perlas sobre la mesa. Ella la cogió sin decir palabra y bajó las escaleras con Cornelia en los talones, como los gatos cuando creen que van a ponerles de comer. Se dirigió a la Sala Grande y revisó todas sus joyas para ver si faltaba algo más. Tal vez, habían desaparecido más cosas; era difícil saber lo que podría llegar a hacer una pequeña de siete años decidida a cometer una maldad.

No encontró la peineta en el joyero. Yo sabía exactamente dónde estaba.

No la seguí, sino que subí al desván.

Él me miró sorprendido, una mano suspendida en el aire agarrando la moleta sobre la mesa, pero no me preguntó por qué había subido. Siguió moliendo.

Abrí el baúl donde guardaba mis pertenencias y desaté el pañuelo que envolvía la peineta. Desde que había entrado a trabajar en la casa raramente sacaba la peineta, no tenía ninguna razón para ponérmela o para admirarla. Me recordaba demasiado un tipo de vida que nunca podría llevar siendo una criada. Entonces cuando me paré a mirarla, vi que no era la de mi abuela, sino otra muy parecida. La forma de la concha era más larga y más curva y a cada lado tenía unas pequeñas marcas en forma de dientes de sierra. Era más delicada fue la de mi abuela, pero tampoco mucho más delicada.

A saber si vuelvo a ver la peineta de mi abuela, pensé. Me quedé tanto tiempo sentada con la peineta en el regazo que mi amo dejó de moler el lapislázuli.

—¿Pasa algo, Griet?

Me habló suavemente, lo cual me hizo más fácil decir lo que no tenía más remedio que decir.

—Señor —declaré por fin—, necesito su ayuda.

Me quedé en el desván, sentada en mi cama con las manos en el regazo, mientras él hablaba con Catharina y María Thins y mientras buscaban a Cornelia y registraban su habitación hasta encontrar la peineta de mi abuela. Maertge la encontró por fin escondida dentro de la gran concha que les había traído el panadero cuando vino a ver el retrato de su hija. Fue entonces

probablemente cuando Cornelia había hecho el cambio, bajando del desván mientras los otros niños jugaban en el almacén y ocultando mi peineta en lo primero que encontró.

Fue a María Thins a quien le correspondió pegar a Cornelia; él dejó bien claro que no era tarea suya, aunque sabía que Cornelia debía ser castigada. Maertge me dijo luego que Cornelia no lloró, sino que mantuvo durante todo el tiempo una sonrisa de burla en los labios.

También fue María Thins la que vino a buscarme al desván.

—Bien, muchacha —me dijo, apoyándose en la mesa de moler—, parece que has dejado el gato suelto en el gallinero.

—Yo no he hecho nada —protesté.

—No, pero te las has apañado para hacerte algunos enemigos. ¿Por qué? Nunca nos había pasado nada igual con las otras chicas —se rió por lo bajo, pero detrás de la risa estaba seria—. Pero él te ha defendido, a su manera —continuó—, y eso tiene más fuerza que todo lo que podamos decir en tu contra Catharina o Cornelia o Tanneke o incluso yo.

Dejó caer la peineta en mi regazo. Yo la envolví en su pañuelo y la guardé otra vez en el baúl. Entonces me volví hacia ella. Si no le preguntaba ahora, nunca lo sabría. Éste podría ser el único momento en que quisiera responder a mi pregunta.

—Por favor, señora, ¿qué dijo el amo? ¿Qué dijo de mí?

María Thins me lanzó una mirada astuta.

—No te ufanes, muchacha. Dijo muy poco de ti. Pero fue claro. El que bajara y se preocupara..., sólo con eso mi hija supo que estaba de tu lado. No; la culpó a ella de no educar bien a sus hijos. Mucho más inteligente, como ves, criticarla a ella que elogiarte a ti.

—¿Le explicó que le estaba ayudando?

—No.

Traté de que no se me notara en la cara lo que sentía, pero la pregunta misma debió de dejar claros mis sentimientos.

—Pero se lo dije yo cuando él se fue —añadió María Thins—. Es una tontería que tengas que andar escondiéndote y ocultándole cosas en su propia casa —pareció que me estaba echando la culpa de ello, pero entonces musitó —Habría pensado otra cosa de él —y se calló de pronto, como si se arrepintiera de haber revelado su pensamiento.

—¿Qué dijo ella cuando usted se lo contó?

—No la hizo muy feliz, claro, pero teme más su cólera —María Thins vaciló—. Y hay otra razón por la cual no está tan preocupada. Por qué no decírtelo ya: vuelve a estar encinta.

—¿Otro? —se me escapó. Me sorprendía que Catharina quisiera tener otro hijo cuando andaban tan mal de dinero.

María Thins puso cara de malas pulgas.

—Cuidado con lo que dices, muchacha.

—Lo siento, señora —inmediatamente lamenté haber dicho nada, incluso esa única palabra. No me correspondía a mí decir cuán grande debía ser la familia—. ¿Ha estado ya el médico? —pregunté, tratando de remediarlo.

—No hace falta. Conoce de sobra los síntomas, ya ha pasado por ello bastantes veces —por un momento María Thins dejó ver claramente en su cara sus pensamientos; ella tampoco sabía qué pensar de tener tantos hijos. Su expresión volvió a ser severa—. Tú ocúpate de tus tareas, no te pongas en su camino y ayúdalo a él en el taller, pero no presumas de ello delante de toda la casa. Tu sitio aquí no está seguro.

Yo asentí con una inclinación de cabeza y fijé la vista en sus manos nudosas, que hurgaban en la pipa. La encendió e inhaló varias veces. Luego se rió para sí.

—Nunca habíamos tenido tantos problemas con una criada. ¡El Señor nos asista!

El domingo le llevé la peineta a mi madre. No le conté lo que había sucedido, sólo le dije que era demasiado fina para una criada.

Tras el jaleo de la peineta cambiaron algunas cosas con respecto a mí en la casa. Una gran sorpresa fue cómo empezó a tratarme Catharina. Me esperaba que se mostrara aún más difícil que antes —que me daría más trabajo, que me regañaría a la mínima, que me haría sentir lo más incómoda posible—. En lugar de ello, parecía que me tenía miedo. Del preciado manojito que llevaba colgado a la cintura sacó la llave del estudio y se la entregó de nuevo a María Thins, y nunca más volvió a ser ella la que abriera o cerrara la puerta. Dejó el joyero en el estudio y enviaba a su madre a buscar lo que quería ponerse. Me evitaba todo lo que podía. Cuando me di cuenta de ello, yo también procuraba apartarme de su camino.

Nunca hizo ningún comentario sobre el trabajo que realizaba yo en el desván por las tardes. María Thins debió de inculcarle la idea de que mi ayuda le haría pintar más rápido y, por lo tanto,

colaboraría en el mantenimiento del niño que llevaba en su vientre así como en el de sus hijos nacidos. Se había tomado en serio lo que él le había dicho con respecto a la educación de sus hijos, quienes, después de todo, constituían su principal responsabilidad y empezó a estar con ellos más tiempo que antes. Animada por María Thins, incluso empezó a enseñar a leer y a escribir a Maertge y a Lisbeth.

María Thins era más sutil, pero ella también cambió en relación conmigo y me trató con más respeto. Seguía siendo una criada para ella, pero ya no me despachaba con el mismo desinterés ni me ignoraba como hacía a veces con Tanneke. No llegaba tan lejos como para pedirme la opinión, pero me hacía sentir menos excluida de los asuntos familiares.

También me sorprendió que Tanneke se ablandara conmigo. Había llegado a pensar que lo suyo era estar o bien enfadada o bien resentida conmigo, pero a lo mejor ya se le había pasado. O, tal vez, cuando estuvo claro que lo tenía a él de mi lado, pensó que era mejor no enfrentarse conmigo. Tal vez eso es lo que sentían todos. Sea como fuere, el caso es que dejó de derramar cosas en el suelo para que yo tuviera que fregarlo y dejó de murmurar entre dientes y de mirarme de reojo. No me ofreció su amistad, pero se hizo más fácil trabajar a su lado.

Puede que fuera una crueldad por mi parte, pero sentí que le había ganado la batalla. Ella era mayor y llevaba mucho más tiempo con la familia, pero el hecho de que él me prefiriera tenía claramente más peso que su lealtad y su experiencia. Podría haberse tomado a mal este desaire, pero aceptó la derrota mucho mejor de lo que yo hubiera esperado. En el fondo, Tanneke era una persona muy simple y lo único que quería era no tener problemas conmigo. Lo más sencillo era aceptarme.

Aunque su madre se ocupó más de ella, Cornelia no cambió en absoluto. Era la preferida de Catharina, tal vez porque su carácter era el más parecido al de ella, y apenas hizo nada por doblegar sus malas formas. A veces me miraba con sus ojitos castaños claros, la cabeza ladeada dejando que los rizos pelirrojos le cayeran delante de la cara, y yo pensaba en la sonrisa que me había contado Maertge que había puesto mientras le estaban pegando. Y volví a pensar, como lo había hecho el primer día: «Me traerá problemas».

Sin que se me notara, evitaba a Cornelia igual que a su madre. No quería dar pie a ninguna fechoría. Escondí el azulejo roto, el mejor cuello de encaje que me había hecho mi madre y mi mejor pañuelo bordado, a fin de que no pudiera volver a utilizarlos en mi contra.

Él no me trató de forma distinta después del asunto de la peineta. Cuando le di las gracias por defenderme, agitó la cabeza como si estuviera espantándose un moscardón.

Era yo la que me sentía distinta con respecto a él. Me sentía en deuda. Sentía que no podía decirle que no a nada que me pidiera. No se me ocurría nada que él pudiera pedirme y que yo quisiera negarle, pero a pesar de ello no me gustaba la situación en la que me encontraba.

Me había desilusionado, aunque no me gustaba pensar en ello. Me habría gustado que le dijera él mismo a Catharina que yo le ayudaba en su trabajo, que demostrara que no le asustaba decirselo, que me defendía.

Eso es lo que me habría gustado.

Una tarde de mediados de octubre, cuando el nuevo cuadro de la mujer de Van Ruijven estaba casi terminado, María Thins subió al estudio a hablar con él. Debía de saber que yo estaba trabajando en el desván y podía oírla, pero no obstante le habló a él directamente.

Le preguntó qué pensaba pintar a continuación. Al no obtener respuesta le dijo:

—Deberías pintar un cuadro más grande, con más figuras, como los de antes. No otra mujer sola sin más compañía que sus pensamientos. Cuando Van Ruijven venga a ver éste, deberías sugerirle otro. Tal vez una pieza que sea la contrapartida de algo que ya le hayas pintado. Seguro que acepta. Siempre lo hace. Y pagará más.

Él seguía sin responder.

—Cada vez tenemos más deudas —dijo María Thins en tono terminante—. Necesitamos el dinero.

—Puede que pida que sea ella la modelo —dijo él. Habló muy bajo, pero pude oír lo que decía, aunque sólo más tarde entendí el significado de sus palabras.

—¿Y?

—Nada. Así no.

—Nos preocuparemos por ello cuando suceda, no antes.

Unos días después, Van Ruijven vino a ver el cuadro terminado. Por la mañana mi amo y yo preparamos la habitación para la visita. Él se encargó de bajarle a Catharina el joyero y las perlas, mientras yo guardaba todo lo demás y colocaba las sillas en su sitio. Luego él trasladó el caballete y el cuadro al rincón donde había estado dispuesta la escena pintada y me ordenó que abriera todos

los postigos. Esa mañana ayudé a Tanneke a preparar una comida especial para los invitados, y cuando vinieron hacia el mediodía, fue Tanneke la que subió el vino mientras ellos se reunían en el estudio. Cuando bajó, sin embargo, me anunció que iba a ayudarla yo a servir la comida en lugar de Maertge, que ya era lo bastante mayor para sentarse a la mesa con ellos.

—Lo ha decidido mi señora —añadió.

Me sorprendió; la última vez que habían venido a ver un cuadro, María Thins había intentado mantenerme alejada de Van Ruijven. Pero no le dije nada de esto a Tanneke.

—¿Ha venido también Van Leeuwenhoek? —pregunté en cambio—. Me pareció oír su voz en el pasillo.

Tanneke asintió con gesto ausente. Estaba probando el faisán asado.

—No está mal —susurró—. Puedo llevar la cabeza tan alta como cualquiera de las cocineras de Van Ruijven.

Mientras ella estaba arriba, yo había rociado el faisán con su propio jugo y le había puesto sal, pues Tanneke siempre se quedaba corta.

Cuando bajaron a comer y todos estuvieron sentados, Tanneke y yo empezamos a llevar los platos. Catharina me atravesó con los ojos. Incapaz, como siempre, de ocultar sus pensamientos, estaba horrorizada de verme servir la mesa. Mi amo hizo un gesto como si acabara de romperse un diente con una piedra. Lanzó una fría mirada a Maria Thins, que fingió la más total indiferencia detrás de su copa de vino

Van Ruijven, sin embargo, mostró una sonrisa.

—¡Ah, la doncellita de los ojos grandes! —exclamó—. preguntaba por dónde andarías. ¿Cómo estás, muchcha?

—Muy bien, señor, gracias —farfullé, sirviéndole un de faisán y alejándome lo más deprisa que pude.

No lo bastante deprisa, sin embargo, pues se las apañó para pasarme una mano por el muslo. Todavía la sentía unos minutos después.

Mientras que la esposa de Van Ruijven y Maertge parecían no darse cuenta de nada, Van Leeuwenhoek se fijaba en todo: en la furia de Catharina, en la irritación de mi amo, en el gesto de indiferencia de Maria Thins, en la mano demasiado larga de Van Ruijven. Cuando le serví, me estudió la cara como buscando en ella una respuesta a por qué una simple criada podía armar semejantes problemas. Le agradecí que no hubiera la más mínima recriminación en su mirada.

Tanneke también se dio cuenta dei revuelo que yo había causado, y por una vez me prestó su ayuda. No nos dijimos nada en la cocina, pero fue ella la que volvió a la mesa con la salsa, a servir más vino o más comida, mientras yo trajinaba con los cacharros. Sólo tuve que volver una vez a la mesa para recoger los platos. Tanneke se dirigió directamente al servicio de Van Ruijven, mientras yo recogía los del otro extremo de la mesa. Van Ruijven me seguía con los ojos de un lado a otro.

Lo mismo que mi amo.

Traté de ignorarlos a ambos y de escuchar lo que decía Maria Thins. Estaba hablando del siguiente cuadro.

—El de la lección de música le gustó mucho, ¿no es cierto? —dijo—. ¿Y qué mejor que continuar con el tema musical en otro cuadro? Después de la lección, un concierto, tal vez, con más figuras, tres o cuatro músicos, un público...

—No. Público no. Yo no pinto públicos.

María Thins lo miró escéptica.

—Venga, venga —intervino oportunamente Van Leeuwenhoek—, seguramente un público es mucho menos interesante que la propia orquesta.

Me gustó que defendiera a mi amo.

—A mí no me gustan especialmente los públicos —anunció Van Ruijven—, pero me gustaría figurar en el cuadro. Yo seré el que toca el laúd —y tras una pausa, añadió—: También quiero que aparezca ella.

No necesité mirarlo para darme cuenta de que era a mí a quien señalaba.

Tanneke me hizo un gesto con la cabeza y yo volví a la cocina con lo poco que había recogido, dejando que ella se llevara el resto. Quería mirar a mi amo, pero no me atreví. Al salir, oí que Catharina decía con gran contento en la voz:

—¡Qué buena idea! ¡Como en el de usted con la criada vestida de rojo! ¿La recuerda?

El domingo mi madre me habló cuando estábamos solas en la cocina. Mi padre se había quedado fuera disfrutando del sol de octubre mientras nosotras preparábamos la comida.

—Ya sabes que nunca hago caso de las habladurías que se oyen en el mercado —empezó a decir—, pero no es fácil no prestar oídos cuando oyes mencionar el nombre de tu hija.

Enseguida pensé en Pieter el hijo. Nada de lo que hacíamos en el callejón era digno de ir de boca en boca. Había insistido en ello.

—No sé de qué habla, madre —respondí sinceramente.

Mi madre puso una mueca.

—Dicen que tu amo te va a pintar.

Era como si estas palabras le dieran repugnancia.

Yo dejé de revolver la olla que estaba al fuego.

—¿Quién dice eso?

Mi madre dejó escapar un suspiro, reacia a repetir los chismorreos oídos.

—Unas mujeres que vendían manzanas.

Cuando no respondí, creyó que mi silencio significaba lo peor.

—¿Por qué no me lo has dicho, Griet?

—¡Pero si yo misma no he oído nada de eso! Nadie me ha dicho nada.

No me creyó.

—Es verdad —insistí—. Mi amo no me ha dicho nada. María Thins tampoco me ha dicho nada. Sólo limpio el estudio. Eso es lo más cerca que llego a estar de sus cuadros —nunca le había hablado del trabajo que hacía en el desván con las pinturas—. ¿Cómo puede andar creyendo a esas mujeres y no a mí?

—Cuando algo se rumorea en el mercado suele haber razones para ello, aunque no sea exactamente verdad lo que se dice.

Mi madre salió de la cocina para llamar a mi padre. No volvió a mencionar el tema aquel día, pero yo empecé a temer que tuviera razón: yo sería la última en enterarme.

Al día siguiente, cuando fui a la Lonja, decidí preguntarle a Pieter el padre sobre el rumor. No me atrevía a hablar de ello con Pieter el hijo. Si mi madre había oído el chismorreó, él también lo habría oído, y sabía que no le habría gustado. Aunque nunca me había dicho nada, no cabía la menor duda de que estaba celoso de mi amo.

Pieter el hijo no estaba en el puesto. No tuve que esperar mucho para que Pieter el padre me dijera algo él mismo.

—¿Qué es eso que andan diciendo por ahí? —me preguntó con una afectada sonrisa—. ¿Te van a hacer un retrato, no? Y no tardará en parecerte poco mi hijo. Sé ha ido enfurruñado a la Feria, por tu culpa.

—Cuénteme lo que haya oído.

—¡Ah! ¿Quieres volverlo a oír, verdad? —levantó la voz—. ¿Adorno un poco la historia para el disfrute de unos cuantos?

—¡Shhh! —le susurré. Sentí que bajo su fanfarronada estaba enfadado conmigo—. Sólo dígame lo que ha oído. Pieter el padre bajó la voz.

—Pues que la cocinera de Van Ruijven anda diciendo que vas a posar al lado de su señor en un cuadro.

—No sé nada de eso —afirmé, consciente incluso mientras las pronunciaba de que, como con mi madre, mis palabras apenas tenían efecto.

Pieter el padre agarró un puñado de riñones de cerdo.

—No es a mí a quien has de explicar todo eso —me dijo pesándolos en la mano.

Esperé unos cuantos días para hablar con María Thins. Quería ver si alguien me decía algo antes. La encontré en el Cuarto de la Crucifixión una tarde que Catharina estaba dormida y Maertge se había llevado al resto de las niñas al Campo de la Feria. Tanneke estaba en la cocina cosiendo y cuidando de Johannes y Franciscus.

—¿Puedo hablar con usted, señora? —dije sin levantar apenas la voz.

—¿Qué pasa, muchacha? encendió la pipa y me miró a través de una nube de humo—. ¿Volvemos a tener problemas? —sonaba harta.

—No sé, señora, pero vengo oyendo algo muy extraño.

—Todos venimos oyendo cosas extrañas.

—He oído que..., que voy a posar para una pintura. Junto a Van Ruijven.

María Thins soltó una risita.

—Sí, sí que es algo extraño. Lo andan diciendo por el mercado, ¿no?

Asentí.

María Thins se arrellanó en su asiento y chupó su pipa.

—Y dime, ¿qué opinas tú de estar en ese cuadro?

No sabía qué contestar.

—¿Que qué opino, señora? —repetí como una estúpida.

—No me tomaría la molestia de hacerle esta pregunta a todo el mundo. A Tanneke, por ejemplo. Cuando él la pintó, se pasó meses posando con el cántaro de la leche en alto sin que un solo pensamiento cruzara su mente. Dios la bendiga. Pero tú..., no. Hay cosas, toda suerte de cosas, que piensas y no dices. ¿Qué cosas son ésas?, me digo.

Dije la única cosa sensata que sabía que iba a entender.

—No tengo ganas de posar al lado de Van Ruijven, señora. No creo que vaya con buenas intenciones.

Mis palabras sonaron serias.

—Nunca va con buenas intenciones cuando se trata de jovencitas.

Yo me limpié nerviosamente las manos en el delantal.

—Al parecer te ha salido un defensor de tu honor —continuó—. Mi yerno no está más convencido de pintarte al lado de Van Ruijven que tú de posar con él.

No traté de ocultar mi alivio.

—Pero Van Ruijven es su patrón y es un hombre rico y poderoso —me previno María Thins—. No podemos permitirnos ofenderle.

—¿Qué le van a decir, señora?

—Todavía estoy decidiéndolo. Mientras tanto, tendrás que aguantarte con los rumores. No contestes; lo último que queremos es que le lleguen a Van Ruijven habladurías de que te niegas a posar a su lado.

La inquietud se me debió de notar en la cara.

—No te preocupes, muchacha —refunfuñó María Thins, golpeando la pipa en el borde de la mesa para soltarle las cenizas—. Nosotros nos ocuparemos de ello. Mantén la cabeza gacha y cumple con tus obligaciones. Y ni una palabra a nadie.

—Sí, señora.

Sí que se lo dije a una persona, sin embargo. Me pareció que tenía que hacerlo.

Había sido bastante fácil evitar a Pieter el hijo: durante toda esa semana se celebraron en la Feria de Ganado las subastas de los animales que habían sido engordados durante el verano y el otoño en los pastos y que estaban ya a punto para ser llevados al matadero antes de que entrara el invierno. Pieter había ido todos los días.

Al día siguiente de haber hablado con María Thins, por la tarde, salí de la casa sin decir nada a nadie para ir a buscarlo al Campo de la Feria, justo al volver la esquina de la Oude Langendijck. Por la tarde estaba más tranquilo que por la mañana, cuando tenían lugar las subastas. La mayoría de las bestias ya habían desaparecido, y los hombres formaban corrillos bajo los plátanos que flanqueaban la plaza, contando el dinero y comentando los negocios que se habían hecho aquella mañana. Las hojas de los árboles estaban amarillas y al caer al suelo se mezclaban con el estiércol y la orina, que se oía ya mucho antes de llegar a la Feria.

Pieter el hijo estaba sentado junto a otro hombre a la puerta de una de las tabernas de la plaza, con una jarra de cerveza frente a él. Enzarzado en la conversación, no reparó en mi presencia cuando me paré sin decir palabra junto a su mesa. Fue su compañero quien levantó la vista y le dio un codazo.

—Me gustaría hablar contigo un momento —dije rápidamente sin darle a Pieter ni siquiera la posibilidad de parecer sorprendido.

Su compañero se levantó inmediatamente de un salto, dejándome la banqueta.

—¿Damos una vuelta? —le sugerí señalando la plaza.

—Claro, claro —dijo Pieter. Le hizo una seña a su amigo y me siguió al otro lado de la calle. Por su expresión no era fácil saber si se alegraba de verme o todo lo contrario.

—¿Qué tal han estado hoy las subastas? —pregunté torpemente. Nunca se me habían dado bien las conversaciones insustanciales.

Pieter se encogió de hombros. Me tomó por el codo a fin de dirigir mis pasos por detrás de un pila de estiércol y luego me soltó.

Yo me di por vencida.

—Andan hablando de mí en el mercado —dije bruscamente.

—Siempre se corren rumores sobre todo el mundo en un momento u otro.

—No es verdad lo que se dice. No voy a estar en un cuadro al lado de Van Ruijven.

—Me ha dicho mi padre que le gustas a Van Ruijven.

—Pero eso no significa que vaya a aparecer en un cuadro con él.

—Es muy poderoso.

—Tienes que creerme, Pieter.

—Es muy poderoso —repitió—, y tú no eres más que una criada. ¿Quién crees que ganará esta partida?

—Piensas que voy a ser igual que la criada del vestido

—Sólo si bebes de su vino —Pieter me miró cara a cara.

—Mi amo no quiere pintarme con Van Ruijven —dije de mala gana pasado un momento. Hubiera preferido no nombrarlo.

—Eso está bien. Y yo tampoco quiero que te pinte él.

Cerré los ojos y no dije nada. El olor animal tan cercano empezaba a marearme.

—Te estás dejando pillar donde no debes, Griet —dijo Pieter en un tono más amable—. Su mundo no es el tuyo.

Abrí los ojos y di un paso atrás.

—Vine a contarte que todos esos rumores son falsos, no a que me acusaras de nada. Ahora me arrepiento de haberme preocupado por ti.

—No te arrepientas. De veras te creo —suspiró—. Pero no tienes mucho poder para cambiar las cosas. Seguro que te das cuenta de eso, ¿no?

Al no contestar yo, añadió:

—¿Crees de verdad que podrías negarte si tu amo quisiera pintar un cuadro contigo y Van Ruijven de modelos?

Era una pregunta que me había hecho a mí misma y para la que no había encontrado respuesta.

—Gracias por recordarme lo desesperado de mi situación —le respondí provocadoramente.

—A mi lado no lo sería. Tendríamos nuestro propio negocio, el dinero que ganáramos sería para nosotros, gobernaríamos nuestras propias vidas. ¿No te gustaría algo así?

Lo miré, sus brillantes ojos azules, sus rizos rubios, su entusiasmo. Era una locura incluso dudarlo.

—No he venido aquí a hablar de esto. Todavía soy demasiado joven —utilicé la vieja excusa. Algún día sería demasiado mayor para seguir utilizándola.

—Nunca sé lo que estás pensando, Griet —insistió él—. Eres tan reservada, tan callada, nunca dices nada. Pero hay algo dentro de ti. Lo veo a veces, escondido detrás de tus ojos.

Me alisé la cofia, comprobando que no se me quedaba ningún mechón fuera.

—Lo único que quería decir es que no hay ningún cuadro —afirmé, pasando por alto lo que él había dicho—. Me lo ha prometido María Thins. Pero no se lo digas a nadie. Si te hablan de mí en el mercado no digas nada. No intentes defenderme; tus palabras podrían llegar a oídos de Van Ruijven y terminarían volviéndose en tu contra.

Pieter asintió bajando la cabeza y empujó con el pie una paja sucia.

No siempre será razonable. Un día perderá la paciencia.

Para recompensar su sensatez, le dejé que me condujera a un estrecho pasaje que salía del Campo de la Feria y que recorriera mi cuerpo, deteniéndose y tomando entre sus manos mis redondeces. Intenté abandonarme y sentir placer, pero el olor a excrementos animales me seguía mareando

Al margen de lo que le hubiera dicho a Pieter el hijo, yo misma no las tenía todas conmigo de que María Thins cumpliera su promesa de intentar que no saliera en el cuadro. Era una mujer impresionante, astuta para los negocios, segura del lugar que ocupaba, pero no era Van Ruijven. No veía cómo iban a poder negarle lo que les pedía. Había querido un cuadro de su mujer mirando de frente al pintor, y mi amo se lo había pintado. Había querido un cuadro de la criada vestida de rojo y lo había conseguido. Si me quería a mí en un cuadro, no había ninguna razón para que no me tuviera.

Un día, tres hombres que yo no conocía trajeron una espineta en un carro. Un muchacho los seguía con una viola de gamba que era más grande que él. No pertenecían a Van Ruijven los instrumentos, sino a un conocido suyo amante de la música. Toda la casa se congregó en el pasillo para ver cómo se apañaban los hombres con la espineta escaleras arriba. Cornelia estaba parada justo al pie de la escalera; si se les soltara, el instrumento caería directamente sobre ella. Me dieron ganas de acercarme y sacarla de allí, y sin duda lo habría hecho de tratarse de una de las otras niñas. Pero me quedé donde estaba. Fue Catharina la que finalmente le insistió para que se cambiara a un sitio menos peligroso.

Cuando llegaron arriba, metieron el instrumento en el estudio bajo la supervisión de mi amo. Una vez que se fueron los hombres, llamó a Catharina y le dijo que subiera. María Thins siguió a su hija. Un momento después oímos la música de la espineta. Las niñas se sentaron en las escaleras, mientras que Tanneke y yo la escuchamos de pie en el pasillo.

—¿Es mi señora la que toca o la tuya? —le pregunté a Tanneke. Me parecía tan poco probable que fuera ninguna de las dos que incluso se me ocurrió que tal vez era él quien tocaba y sólo quería a Catharina como público.

—Es la tuya. ¿Quién iba a ser si no? —me susurró Tanneke—. ¿Para qué iba a haberle dicho que subiera si no? Toca muy bien la señora joven. De niña tocaba mucho, pero su padre se quedó con la espineta cuando mi señora y él se separaron. ¿Nunca la has oído protestar por no poder permitirse un clavicordio?

—No —reflexioné un momento—. ¿Crees que la pintará a ella con Ruijven?

Tanneke debía de haber oído lo que decían en el mercado, pero no me había comentado nada.

—¡Oh, no! El señor nunca la pinta. No es capaz de quedarse quieta.

Durante los días que siguieron, dispuso la mesa y unas sillas en la esquina donde iba a montar la escena y levantó la tapa de la espineta, que estaba pintada con un paisaje de rocas y árboles y cielo. Extendió un tapete en la mesa que estaba en primer plano y colocó la viola debajo.

Un día María Thins me llamó al Cuarto de la Crucifixión.

—A ver, muchacha, esta tarde vas a hacerme unos recados. Primero tienes que ir a la botica a por flor de saúco e hisopo. Franciscus tiene tos desde que ha vuelto el frío. Luego a María, la hilandera, a por un poco de lana, la suficiente para hacerle un cuello nuevo a Aleydis. ¿No te has dado cuenta de que se le está deshaciendo? —hizo una pausa como si estuviera calculando cuánto tiempo me llevaría ir de un sitio al otro—. Y finalmente te acercas a la casa de Jan Mayer y le preguntas que cuándo estará en Delft su hermano. Viven junto a la Torre Rietveld. Por allí cerca viven tus padres, ¿no? Si quieres, te puedes parar a hacerles una visita.

María Thins nunca me permitía ir a ver a mis padres aparte de los domingos. Entonces caí en la cuenta:

—¿Viene hoy Van Ruijven, señora?

—Es mejor que no te vea —me contestó solemnemente—. Mejor que no estés en casa. Así si pregunta podremos decirle que has salido.

Me entraron ganas de echarme a reír. Van Ruijven nos tenía a todos —incluida María Thins— corriendo como conejos delante de los perros.

Mi madre se sorprendió al verme aquella tarde. Por suerte estaba una vecina de visita y no me pudo interrogar. Mi padre no pareció muy interesado. Había cambiado mucho desde que yo había dejado la casa, desde la muerte de Agnes. Ya no sentía tanta curiosidad por lo que sucedía en el mundo más allá de su calle, y ya casi nunca me preguntaba qué había por el mercado o por la Oude Langendijck. Sólo los cuadros seguían interesándole.

—Madre —le anuncié cuando nos sentamos frente al fuego—, mi amo va a comenzar el cuadro por el que usted me preguntaba. Van Ruijven ha ido hoy a posar. Todos los que van a figurar en él están allí ahora mismo.

Nuestra vecina, una mujer de ojos brillantes que disfrutaba mucho con los dimes y diretes del mercado, se me quedó mirando como si acabara de ponerle delante un capón asado. Mi madre frunció el ceño: sabía lo que estaba haciendo.

Ya está, pensé. Con esto se acabarán los rumores.

Esa noche mi amo no era el mismo. Le oí contestarle de malas maneras a María Thins en la cena, y luego salió y volvió oliendo a taberna. Estaba subiendo las escaleras para irme a la cama cuando llegó él. Me miró; tenía la cara enrojecida, cansada. Por su expresión no parecía enfadado, sino abrumado, como un hombre al ver toda la leña que ha de cortar o una lavandera ante el montón de la colada.

A la mañana siguiente, no había nada en el estudio que diera alguna indicación de lo que había sucedido el día anterior. Habían colocado dos sillas, una delante de la espineta y la otra de espaldas al pintor. Sobre la silla había un laúd, y un violín a la izquierda de la mesa. La viola seguía en la sombra, bajo la mesa. No era fácil adivinar por esta disposición cuánta gente iba a haber en el cuadro.

Más tarde Maertge me contó que Van Ruijven había venido con su hermana y una de sus hijas.

—¿Cuántos años tiene su hija? —le pregunté, sin poder reprimir mi curiosidad.

—Creo que diecisiete.

Mi edad.

Unos días después volvieron. María Thins me envió a hacer más recados y me dijo que no regresara en toda la mañana. Me habría gustado recordarle que no podía quedarme en la calle cada día que vinieran a posar —el tiempo se estaba poniendo demasiado frío para andar por la calle y

además había mucho que hacer—. Pero no dije nada. No podía explicarlo, pero sentía que no tardarían en cambiar las cosas, aunque no sabía en qué sentido.

No podía volver donde mis padres —pensarían que había sucedido algo malo y explicarles lo contrario les llevaría a creer que todavía estaban pasando cosas peores—. En su lugar fui a la fábrica donde estaba Frans de aprendiz. No había vuelto a verlo desde que me había interrogado sobre los objetos de valor que había en la casa. Sus preguntas habían terminado por enfadarme y no había hecho el más mínimo esfuerzo por visitarlo.

La mujer que estaba en la puerta no me reconoció. Cuando le dije que quería ver a Frans, se encogió de hombros y se echó a un lado, desapareciendo sin mostrarme el camino. Entré en un bajo barracón donde unos chicos de la edad de Frans estaban sentados en bancos corridos delante de unas mesas, pintando azulejos. Trabajaban con diseños muy simples, que nada tenían que ver con la elegancia de los de mi padre. Muchos ni siquiera pintaban las figuras principales, sino sólo las florituras que adornaban las esquinas, las hojas y otros ornamentos similares, dejando un blanco en el medio para que lo rellenara un maestro con más experiencia.

Cuando me vieron, dejaron escapar un coro de silbidos tan estridente que quise taparme los oídos. Me dirigí al chico que tenía más cerca y le pregunté por mi hermano. Se puso rojo y metió la cabeza entre los hombros. Aunque yo era una distracción agradable, ninguno respondió a mi pregunta.

Encontré otro edificio más pequeño y más caluroso, en el que se alojaba el horno. Frans estaba allí solo, sin camisa, chorreando de sudor y con una cara espantosa. Le habían salido músculos en el torso y en los brazos. Se estaba haciendo un hombre.

Los trapos que se había atado en los antebrazos y en las manos le hacían parecer torpe, pero cuando sacaba o metía en el horno los azulejos, manejaba las bandejas en las que iban dispuestos con gran destreza y daba la sensación de que no podía quemarse nunca. No me atreví a llamarlo por si se asustaba y dejaba caer una bandeja. Pero me vio antes de que yo hablara e inmediatamente dejó sobre una mesa la bandeja que tenía entre las manos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Griet? ¿Les ha pasado algo malo a Madre o a Padre?

—No, no; están bien. Sólo he venido a hacerte una visita.

—¡Oh! —Frans se quitó los trapos que le cubrían las manos, se limpió la cara con uno y bebió un buen trago de cerveza de la jarra que tenía al lado. Se arrimó a la pared y rodó los hombros, como hacen los hombres cuando terminan de descargar una barcaza para aflojar y estirar los músculos. Era la primera vez que le veía hacer ese gesto.

—¿Todavía sigues trabajando en el horno? ¿No te han cambiado a otra cosa? Al esmaltado o a la pintura, como a esos chicos del otro barracón.

Frans se encogió de hombros.

—Pero si esos chicos tienen tu misma edad. ¿No deberías...? —no pude terminar la frase al ver la cara que ponía.

—Estoy castigado —dijo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Castigado por qué?

Frans no respondió.

—Frans, tienes que decírmelo o les contaré a Padre y a Madre que tienes problemas.

—No tengo problemas —dijo rápidamente—. Sencillamente el dueño está enfadado conmigo.

—¿Por qué?

—Hice algo que no le gustó a su mujer.

—¿Qué hiciste?

Frans vaciló.

—Fue ella la que empezó —dijo calladamente—. Mostró interés por mí, ya sabes. Pero cuando yo le mostré el mío, se lo dijo a su marido. No me echó porque es amigo de Padre. Así que estaré en el horno hasta que se le pase el enfado.

—¡Frans! ¿Cómo has podido ser tan estúpido? Sabes de sobra que ella no es para la gente como tú. Poner en peligro tu sitio aquí por algo así...

—No puedes imaginarte lo que es esto musitó Frans . Trabajar aquí es agotador, es aburridísimo. Era algo distinto en lo que pensar. Eso era todo. No tienes ningún derecho a juzgarme. Para ti es muy fácil decirme cómo debería vivir. Tú, que sabes que vas a tener una vida regalada con ese carnicero con el que te vas a casar, mientras que lo único que acierto a ver yo delante de mí son azulejos y días sin fin. ¿Por qué no iba a poder admirar una cara bonita?

Quise protestar, decirle que le entendía. A veces soñaba con montones de ropa sucia que nunca disminuían por mucho que yo frotara e hirviera y planchara.

—¿Era la mujer que está siempre a la puerta de la fábrica? —le pregunté.

Frans se encogió de hombros y bebió otro trago de cerveza. Se me vino a la mente la expresión desabrida de la mujer y me pregunté cómo había podido tentarle semejante cara.

—Pero ¿qué haces aquí a estas horas de la mañana? ¿No deberías estar en el Barrio Papista?

Llevaba una excusa preparada: que había ido a hacer un recado a esa parte de Delft. Pero me dio tanta lástima mi hermano que me encontré contándole todo lo de Van Ruijven y el cuadro. Fue un alivio poder confiárselo a alguien.

Me escuchó con atención. Cuando acabé, me dijo:

—Como ves no somos tan distintos. Los dos somos objeto de las atenciones de los que están por encima.

—Pero yo no he respondido a las de Van Ruijven ni tengo intención de hacerlo.

—No me refería a Van Ruijven —dijo Frans, con una mirada súbitamente astuta—. No, no a él. Me refería a tu amo.

—¿Qué pasa, con mi amo? —exclamé.

Frans sonrió.

—Venga, Griet, no te pongas nerviosa,

—¡Para ya! ¿Qué pretendes sugerir? Él nunca ha...

—No tiene que hacerlo. Se te ve en la cara. Lo deseas. Puedes ocultárselo a nuestros padres o a tu carnicero, pero a mí no puedes ocultármelo. Yo te conozco mejor.

Y así era. Él me conocía mejor.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido.

Era diciembre y hacía frío y caminé tan deprisa por lo preocupada que me había dejado Frans que llegué al Barrio Papista mucho antes de lo que debía. Me acaloré y empecé a aflojarme las toquillas y las bufandas para sentir el fresco en la cara. Cuando avanzaba por la Oude Langendijck vi a Van Ruijven y a mi amo que venían hacia mí. Bajé la cabeza y me cambié de lado a fin de pasar junto a mi amo en lugar de junto a Van Ruijven, pero lo único que conseguí con el cambio fue llamar la atención de Van Ruijven. Se detuvo, obligando a mi amo a detenerse también.

—¡Oye, tú, la de los ojos grandes! —me llamó, volviéndose hacia mí—, me dijeron que no estabas. No me extrañaría que estuvieras evitándome. ¿Cómo te llamas, chica?

—Griet, señor —clavé los ojos en los zapatos de mi amo. Tenían un negro muy brillante; Maertge los había limpiado bajo mi supervisión esa misma mañana.

—Bueno, bueno, Griet. ¿Has estado esquivándome?

—¡Oh, no, señor! He estado haciendo recados —alcé una cesta con las cosas que había ido a buscar para María Thins antes de ir a ver a Frans.

—Pues entonces espero poder verte más.

—Sí, señor.

Había dos mujeres detrás de ellos. Observé sus caras de reojo y colegí que eran la hija y la hermana que estaban posando para el cuadro. La hija me miró fijamente.

—No habrá olvidado lo que me prometió, espero —le dijo Van Ruijven a mi amo.

Mi amo movió la cabeza como si fuera una marioneta.

—No —contestó pasado un momento.

—Bien, supongo que querrá empezarlo antes de pedirnos que volvamos.

Se produjo un largo silencio. Miré a mi amo. Estaba haciendo esfuerzos por parecer calmado, pero yo sabía que estaba furioso.

—Sí —dijo por fin, los ojos fijos en la casa de enfrente. No me miró.

No entendí aquella conversación en la calle, pero sabía que tenía que ver conmigo. Al día siguiente descubrí cómo.

Por la mañana me dijo que después de comer subiera al estudio. Yo supuse que quería que le moliera colores porque iba a empezar a pintar el cuadro del concierto. Cuando subí al estudio no estaba. Me dirigí directamente al desván. La mesa de moler estaba vacía: no había dejado nada preparado para mí. Volví a bajar, sintiéndome estúpida.

Había entrado en el estudio y estaba de pie al lado de la ventana.

—Siéntate, por favor, Griet —me dijo, dándome la espalda.

Me senté en la silla que estaba junto a la espineta. No me atreví a tocarla. Nunca había tocado un instrumento, salvo para limpiarlo. Mientras esperaba, estudié los cuadros que había colgado en la pared del fondo y que formarían parte de la escena del concierto que iba a pintar. El de la izquierda era un paisaje, y en el de la derecha había tres figuras: una mujer tocando el laúd vestida con un traje que dejaba al descubierto gran parte de su pecho, un caballero que la tenía enlazada, y una anciana. El hombre estaba comprando los favores de la joven, y la anciana se adelantaba a

recoger la moneda que él le entregaba. El cuadro pertenecía a María Thins, quien me había dicho una vez que se titulaba *La alcahueta*.

—No, en esa silla, no —se volvió, dándole la espalda a la ventana—. Ahí se sienta la hija de Van Ruijven. Donde me habría sentado yo, pensé, de haber tenido que posar en ese cuadro.

Puso al lado del caballete, pero mirando a la ventana, otra de las sillas con cabezas de león:

—Siéntate ahí.

—¿Qué quiere, señor? le pregunté, sentándome.

Estaba sorprendida; nunca nos habíamos sentado juntos. Me puse a temblar, aunque no tenía frío.

—No hables —abrió un postigo de modo que la luz me diera directamente en la cara—. Mira afuera de la ventana —se sentó en su silla delante del caballete.

Clavé los ojos en la Iglesia Nueva y tragué. Sentí como se me tensaba la mandíbula y abría unos ojos como platos.

—Ahora mírame.

Me volví y lo miré por encima de mi hombro izquierdo. Nuestras miradas se fundieron. Y yo sólo podía pensar en que el gris de sus ojos se parecía al del interior de las ostras.

Parecía que estaba esperando algo. Se me debió de notar en la cara el temor a no cumplir con sus expectativas.

—Griet —me dijo muy bajito.

No tenía que decir más. Los ojos se me inundaron de lágrimas que no llegué a verter. Ahora lo sabía.

Sí. No te muevas. Me iba a pintar.

1666

—Hueles a aceite de linaza

Por su tono, mi padre parecía desconcertado. No podía creer que con el solo hecho de limpiar el estudio se me pegara así al cuerpo y a las ropas y al pelo el olor de la linaza. Tenía razón. Era como si hubiera adivinado que ahora dormía con ese olor en el cuarto, que me pasaba horas posando y absorbiendo su fragancia. Lo había columbrado, pero no podía decirlo. Toda su confianza en sí mismo le había abandonado al quedarse ciego, de modo que no se fiaba de lo que pensaba.

Un año antes habría intentado ayudarlo, le habría insinuado que sabía en qué estaba pensando, le habría animado a abrir su corazón. Ahora, sin embargo, me limité a ver cómo se debatía en silencio, igual que los escarabajos cuando caen patas arriba y tratan de darse la vuelta.

Mi madre también se barruntaba algo, aunque no sabía qué. A veces no podía mirarla a los ojos. Cuando lo hacía veía un rompecabezas de rabia contenida, de curiosidad, de dolor. Estaba intentando comprender qué le pasaba me había acostumbrado al olor de la linaza. Incluso tenía una botellita al lado de la cama. Por la mañana, cuando me vestía la ponía junto a la ventana para admirar su color, que era parecido al zumo de limón con una gota amarillo de barita.

Ahora llevo ese color, me habría gustado decirles. Me está pintando con ese color.

Pero en lugar de ello, para apartar de la cabeza de mi padre aquel olor, le describí el otro cuadro en el que estaba trabajando mi amo⁷.

—Una mujer está sentada delante de una espineta, tocando. Lleva un corpiño amarillo y negro —el mismo que llevaba la hija del panadero en su cuadro—, una falda de satén blanca y cintas también blancas en el pelo. De pie, junto a la curva de la espineta, hay otra mujer cantando con una partitura en la mano. Va vestida con una túnica verde ribeteada de piel sobre un vestido azul. Entre las mujeres hay un hombre sentado de espaldas a nosotros...

—Van Ruijven —interrumpió mi padre.

—Sí, Van Ruijven. Sólo se le ve la espalda, el cabello y una mano sobre el mástil del laúd.

—Lo toca muy mal —añadió mi padre, impaciente.

—Muy mal. Por eso está de espaldas: para que no veamos que ni siquiera sabe agarrar el laúd.

Mi padre se rió, recuperado su buen humor. Oír que un rico era torpe para otras cosas, como la música, por ejemplo, era siempre de su agrado.

No siempre resultaba así de sencillo ponerlo contento. Los domingos sola con mis padres se habían convertido en tal suplicio que casi me alegraba cuando Pieter se quedaba a comer con nosotros. Pieter debía de notar las miradas de preocupación que me lanzaba mi madre, las tristes apostillas de mi padre, los incómodos silencios, tan extraños entre una hija y sus padres. Nunca hizo ningún comentario al respecto, ni pestañeó ni se quedó mudo. En lugar de ello, bromeaba con mi padre, comiaba a mi madre y me sonreía.

Pieter no me preguntó por qué olía a linaza. No parecía preocuparle que estuviera ocultando algo. Había decidido confiar en mí.

Era un buen hombre.

Pero no podía evitar mirar si tenía las uñas manchadas de sangre.

Debería ponerlas a remojo en agua con sal, pensaba yo. Un día se lo diré.

Era un buen hombre, pero empezaba a impacientarse. Aunque él no decía nada, algunos domingos, en el callejón del canal Rietveld, sentía la impaciencia en sus manos. Me agarraba los muslos con más fuerza de la necesaria, me estrechaba de tal forma que quedaba como encolada a su entrepierna y sentía el bulto de su sexo incluso bajo todas las capas de ropa. Hacía tanto frío que nunca llegábamos a tocarnos directamente en la piel, sólo las texturas y las rugosidades de la lana, los toscos contornos de nuestros miembros.

Las caricias de Pieter no me repelían siempre. A veces, si miraba al cielo por encima de su hombro y veía en las nubes otros colores además del blanco, o pensaba en moler el blanco de plomo o el masicote, sentía un temblor en los pechos y en el vientre y me pegaba a su cuerpo. Siempre le agradaba que respondiera de este modo. No reparaba en que evitaba mirarle a la cara y a las manos.

Aquel domingo del aceite de linaza en el que mis padres es estaban tan tristes y desconcertados, Pieter me llevó luego al callejón. Allí empezó a estrujarme los pechos y a tirarme de los pezones por encima del vestido. Entonces se paró de pronto, me miró con ojos maliciosos y me acarició los hombros y la base del cuello. Antes de que pudiera detenerlo, sus dedos estaban bajo mi cofia, enredados en mis cabellos.

Yo me agarré la cofia con ambas manos.

—¡No!

⁷ “The concert” archivo adjunto 7

Pieter me sonrió; tenía los ojos vidriosos, como si hubiera estado demasiado tiempo mirando al sol. Se las apañó para soltarme un mechón de pelo y se lo enroscó entre los dedos

—Algún día, Griet, lo veré todo. No siempre vas a ser secreto para mí —dejó caer la mano bajo la curva de vientre y se apretó contra mí—. El mes que viene cumple dieciocho años. Hablaré con tu padre entonces.

Yo di un paso atrás; me sentía como si estuviera en una habitación oscura y sofocante; me resultaba difícil respirar.

—Todavía soy demasiado joven. Demasiado joven para eso.

Pieter se encogió de hombros.

—No todos esperan a ser mayores. Y tu familia me necesita.

Era la primera vez que se refería a la pobreza de mi familia y a su dependencia de él, su dependencia que era también mi dependencia. Por eso aceptaban contentos la carne que él les llevaba de regalo y me hacían irme con él al callejón los domingos.

Puse cara de pocos amigos. No me gustaba que me recordara el poder que tenía sobre nosotros.

Pieter se dio cuenta de que había dicho una inconveniencia. Para congraciarse conmigo, volvió a remeter el mechón de pelo bajo mi cofia.

—Te haré feliz, Griet —dijo—. Claro que lo haré.

Después de que él se fuera, me quedé un rato caminando a orillas del canal, pese al frío que hacía. Habían roto el hielo para que pudieran pasar las embarcaciones, pero se había vuelto a formar una fina capa en la superficie. De niños, Frans, Agnes y yo la rompíamos tirando piedras hasta que no quedaba una sola astilla de hielo flotando sobre el agua. Parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces.

Un mes antes me había dicho que subiera al estudio.

—Estaré en el desván —anuncié aquella tarde a quienes estaban conmigo en la habitación.

Tanneke no levantó la vista de la costura.

—Pon un poco de leña en el fuego antes de salir —me ordenó.

Las niñas estaban haciendo ganchillo dirigidas por Maertge y María Thins. Lisbeth tenía paciencia y agilidad en los dedos y su labor era bastante buena, pero Aleydis era demasiado joven para manipular el delicado ganchillo, y Cornelia demasiado impaciente. El gato estaba echado a los pies de Cornelia, delante del hogar, y de vez en cuando la niña se agachaba y meneaba una hebra para que el animalito jugara con ella. Probablemente esperaba que el gato terminara por clavar las uñas en su labor y se la destrozara.

Tras echar la leña en el fuego, rodeé a Johannes, que estaba jugando con una peonza sobre las gélidas baldosas de la cocina. En el momento que yo salía, la tiró con tal fuerza que cayó directamente en el fuego. El crío se echó a llorar, mientras Cornelia se retorció de risa y Maertge intentaba rescatar el juguete del fuego con unas tenazas.

—¡A callar! Vais a despertar a Catharina y a Franciscus —les reprendió María Thins. Pero no la escuchaban.

Salí sin que me vieran, aliviada de dejar atrás todo aquel barullo y sin importarme el frío que pudiera hacer en el estudio.

La puerta del estudio estaba cerrada. Cuando me acerqué, apreté los labios, me atusé las cejas y me pasé los dedos por las mejillas, hasta la barbilla, como si estuviera palpando la firmeza de una manzana. Vacilé ante la pesada puerta y luego llamé suavemente. No hubo respuesta, aunque sabía que él tenía que estar dentro: me estaba esperando.

Era el primer día del año. Hacía casi un mes que había preparado el lienzo para mi retrato, pero no había hecho nada más desde entonces —ni perfiles rojizos para indicar las formas ni falsos colores ni colores tapados ni zonas resaltadas—. Sólo el blanco amarillento del lienzo. Lo veía todas las mañanas al limpiar el estudio.

Llamé más fuerte.

Cuando abrió la puerta, tenía el ceño fruncido y no me miró de frente.

—No hace falta que llames, Griet, sólo tienes que entrar sin hacer ruido —dijo, volviéndose y dirigiéndose al caballete, donde el lienzo blanco esperaba preparado a que le añadieran los colores.

Cerré la puerta suavemente tras de mí, acallando el ruido de los niños en el piso de abajo, y avancé hasta el centro de la habitación. Estaba sorprendentemente tranquila, ahora que por fin parecía que había llegado el momento.

—Me llamaba, señor.

—Sí. Ponte ahí —señaló hacia el rincón donde había pintado a las otras mujeres. La mesa que estaba utilizando para el cuadro del concierto estaba todavía allí, pero había quitado los instrumentos musicales. Me dio un papel escrito.

—Lee esto —dijo.

Yo desdoblé el papel y bajé la cabeza, preocupada de que descubriera que estaba fingiendo que sabía leer una caligrafía desconocida.

El papel estaba en blanco.

Levanté la cabeza para decírselo, pero me detuve. Con él, por lo general, era mejor no decir nada. Volví a agachar la cabeza sobre el papel.

—Inténtalo con esto, a ver —me sugirió, dándome un libro. La encuadernación de cuero estaba muy gastada y el lomo roto por varios sitios. Lo abrí al azar y contemplé una página. No reconocí ninguna palabra.

Me hizo sentar, luego me dijo que me pusiera de pie y lo mirara, siempre con el libro abierto entre las manos. Me quitó el libro y me dio la jarra blanca con tapa de peltre y me dijo que hiciera como si estuviera sirviendo un vaso de vino. Me pidió que me pusiera frente a la ventana y simplemente mirara a la calle. Parecía perplejo todo el tiempo, como si alguien le hubiera contado una historia y no se acordara del final.

—Es la ropa —musitó—. Ése es el problema.

Comprendí a qué se refería. Me estaba haciendo hacer el tipo de cosas que haría una dama, pero yo iba vestida con ropas de sirvienta. Pensé en la pelliza amarilla y el corpiño amarillo y negro y me pregunté cuál me diría que me pusiera. En lugar de ilusionarme, la idea de vestirme con aquellas prendas me fastidiaba. No sólo era que iba a resultar imposible ocultarle a Catharina que me ponía su ropa. No me sentía a gusto agarrando cartas y libros, sirviendo el vino, haciendo cosas que nunca hacía. Por mucho que me apeteciera sentir la suave piel de la pelliza envolviéndome el cuello estaba claro que ésa no era la ropa que yo solía llevar.

—Señor —dije finalmente—, o tal vez debería pintarme haciendo otras cosas. Las cosas que hacen las criadas.

—¿Y qué hacen las criadas? —me preguntó suavemente, cruzándose de brazos y levantando las cejas.

Tuve que esperar un instante antes de contestar. Me temblaba la barbilla. Se me vino a la cabeza la imagen de Pieter y yo en el callejón y tragué saliva.

—Coser —repuse—. Fregar y barrer el suelo. Acarrear el agua. Lavar las sábanas. Cortar el pan. Limpiar las ventanas.

—¿Quieres que te pinte con la escoba en la mano?

—No soy yo la que tiene que decidir estas cosas. No es mío el cuadro.

Frunció el ceño.

—No, no es tuyo —sonó como si estuviera hablando para sí.

—No quiero que me pinte con la escoba —dije esto sin saber lo que iba a decir,

—No, no. Tienes razón, Griet. No te pintaría con una escoba en la mano.

—Pero no puedo ponerme la ropa de su esposa. Se hizo un largo silencio.

—No, supongo que no —dijo—. Pero tampoco te pintaré de criada.

—¿De qué, entonces, señor?

—Te pintaré como te vi la primera vez, Griet. Como tú misma.

Colocó una silla al lado del caballete, mirando a la ventana del centro, y yo me senté en ella. Supe que ése era mi sitio. Iba a buscar la pose en la que me había colocado un mes antes, cuando decidió pintarme.

—Mira por la ventana —dijo.

Yo miré hacia el gris invernal al otro lado de la ventana y, recordando cuando había posado en lugar de la hija del panadero, no intenté ver nada en especial, sino dejar que mis pensamientos se acallaran. No era cosa fácil, porque estaba pensando en él y en que estaba sentada frente a él.

La campana de la Iglesia Nueva sonó dos veces.

—Ahora vuelve la cabeza lentamente hacia mí. No, los hombros no. Mantén el cuerpo mirando hacia la ventana. Mueve sólo la cabeza. Despacio, despacio. Quieta ahí. Un poco más, de modo que..., quieta. Ahora no te muevas. Me quedé quieta.

Al principio no podía mirarlo a los ojos. Cuando lo hice tuve la sensación de estar sentada junto a un fuego que lanzara de pronto una llamarada. En lugar de mirarlo a los ojos, estudié su barbilla firme, sus finos labios.

—No me estás mirando, Griet.

Me forcé a mirarlo. De nuevo sentí una quemazón, pero lo soporté. Él quería que lo hiciera.

Enseguida empezó a resultarme más fácil. Me miraba como si no me estuviera viendo, como si viera otra persona u otra cosa, como si estuviera mirando un cuadro.

Está mirando a la luz que me da en la cara, pensé, no a mi cara. Ésa es la diferencia.

Era como si yo no estuviera allí. Cuando me percaté de esto, pude relajarme un poco. De la misma forma que él no me veía, yo no lo veía a él. Dejé vagar mis pensamientos y por mi cabeza pasaron la liebre estofada que habíamos tenido para comer, el cuello de encaje que me había dado Lisbeth, una historia que me había contado Pieter el hijo el día anterior. Tras esto me quedé con la mente en blanco. Él se levantó dos veces a cambiar la posición de uno de los postigos. Y se dirigió varias veces al armarito y eligió diferentes pinceles y colores. Yo observaba sus movimientos como si estuviera parada en la calle, viendo por una ventana el interior de una casa.

La campana de la iglesia sonó tres veces. Pestañeé. No me había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo. Era como si me hubiera quedado embelesada.

Lo miré: tenía los ojos clavados en mí. Me observaba. Una ola de calor me recorrió el cuerpo al encontrarse nuestras miradas. Pero no aparté los ojos hasta que él, carraspeando, miró a otro lado.

—Esto será todo por hoy, Griet. Tienes un poco de marfil para moler esperándote arriba. Yo asentí sin palabras y salí de la habitación, mi corazón palpitante. Me estaba pintando.

—Retírate la cofia de la cara —me dijo un día.

—¿De la cara, señor? —repetí estúpidamente, y lo lamenté enseguida.

Él prefería que no dijera nada y que hiciera lo que me decía. Sí hablaba, debía decir algo que mereciera la pena. No me respondió. Yo levanté por encima de la mejilla el lado de la cofia que veía él. La punta, endurecida con patata al plancharla, me rozó el cuello.

—Más —dijo—. Quiero ver la línea de la mejilla.

Yo vacilé y la retiré un poco más. Sus ojos recorrieron mi mejilla.

—Destápate la oreja.

No quería hacerlo. No tenía elección.

Me palpé para asegurarme de que no se me había soltado el pelo, me metí detrás de la oreja un mechoncito rebelde y retiré la cofia, dejando el lóbulo al descubierto. Por su cara pareció que iba a suspirar, aunque no emitió sonido alguno. Yo reprimí el sonido que quería escapármeme de la garganta.

—La cofia —dijo—. Quítate la cofia.

—No puedo, señor.

—¿No?

—No me pida que lo haga, por favor, señor —dejé caer el lateral de la cofia, de modo que volviera a taparme la mejilla y la oreja. Miré al suelo, á las baldosas grises y blancas que se alejaban de mí, definidas y rectas.

—¿No quieres descubrirte la cabeza?

—No.

—Pero no quieres que te pinte de criada, con la escoba y la cofia, ni tampoco con el satén, las pieles y el peinado de una dama.

No respondí. No podía enseñarle mis cabellos. Yo no era de esas que se destapaban la cabeza.

Se cambió de postura en la silla y luego se puso de pie. Lo oí entrar en el almacén. Cuando volvió, llevaba un montón de prendas de tela entre las manos y las dejó caer en mi regazo.

—Está bien, Griet, mira a ver lo que puedes hacer con esto. Busca una forma de envolverte la cabeza de modo que no parezcas una criada ni tampoco una dama.

No podía distinguir si estaba enfadado o divertido. Salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Yo examiné el contenido del montón. Había tres cofias, las tres demasiado finas para mí y demasiado pequeñas para cubrirme enteramente la cabeza. Había trozos de tela, restos de los vestidos y chaquetas que se había hecho Catharina, en tonos amarillos y marrones, azules y grises.

No sabía qué hacer con ellos. Miré a mi alrededor, como si el estudio pudiera ofrecerme una solución. Mis ojos se clavaron en el cuadro de *La alcahueta*: la mujer joven llevaba la cabeza descubierta, el cabello sujeto atrás con unas cintas, pero la anciana la tenía envuelta en un pañolón con los extremos remetidos a fin de sujetarlo. Tal vez esto es lo que quiere, pensé. Tal vez esto es lo que hacen con sus cabellos las mujeres que no son criadas, pero tampoco son damas.

Escogí un trozo de tela marrón y me lo llevé al almacén, donde había un espejo. Me quité la cofia y me enrollé el trozo de tela lo mejor que pude alrededor de la cabeza, comprobando de vez en cuando el cuadro para tratar de ponérmelo como el de la anciana. Me daba un aspecto muy peculiar.

Debería dejar que me pintara con la escoba, pensé. El orgullo me ha hecho una presumida. Cuando volvió y vio lo que había hecho se echó a reír. No lo había oído reírse mucho, alguna vez con las niñas, una vez con Van Leeuwenhoek. Fruncí el ceño. No me gustaba que se rieran de mí.

—Sólo he hecho lo que me dijo, señor —musité.

Él dejó de reírse.

—Tienes razón, Griet. Lo siento. Y ahora que puedo verla, tienes una cara... —se calló y no terminó la frase. Me quedé para siempre con la duda de qué iba a decir.

Se volvió hacia el montón de telas y prendas que yo había dejado sobre la silla.

—¿Por qué has elegido el marrón habiendo otros colores? —me preguntó.

No quería que la conversación volviera a girar en torno de las damas y las criadas. No quería recordarle que el azul y el amarillo eran colores para las damas.

—Es el color que llevo normalmente —dije sin más.

Pareció que había adivinado mis pensamientos.

—Tanneke llevaba azul y amarillo cuando la pinté hace unos años —repuso.

—Yo no soy Tanneke, señor.

—No, de eso estamos seguros —sacó un trozo de tela azul muy largo y estrecho—. En cualquier caso, quiero que pruebes con esto.

Yo estudié el trozo de tela.

—No me llegará para cubrirme toda la cabeza.

—Pues entonces usa también este otro —agarró un trozo de tela amarilla que tenía un reborde del mismo tono de azul y me lo dio.

De mala gana tomé los dos trozos y me fui al almacén para probar de nuevo frente al espejo. Me até la tela azul sobre la frente y la amarilla la enrollé de forma que me cubriera la coronilla. Remetí el extremo en una de las vueltas, dejando que me cayera a un lado de la cabeza. Quité las arrugas que se formaron, alisé la tela azul que me cubría la frente y volví a entrar en el estudio.

Él estaba mirando un libro y no se dio cuenta de que me había vuelto a sentar en mi silla. Me coloqué como había estado antes. Cuando volví la cabeza sobre el hombro izquierdo, él levantó la vista del libro, y en ese mismo momento el extremo de la tela amarilla se soltó y me cayó sobre el hombro.

—¡Oh! —dije con un suspiro, temerosa de que se cayera el resto de la tela y quedara expuesta la totalidad de mis cabellos. Pero se sostuvo, sólo el extremo de la tela amarilla se quedó suelto. Mis cabellos siguieron tapados.

—Sí —dijo él entonces—. Así es, Griet. Sí.⁸

No me dejaba ver el cuadro. Lo colocó en un segundo caballete, de espaldas a la puerta y me dijo que no lo mirara. Yo le prometí que no lo haría, pero algunas noches en la cama, antes de dormirme, me entraban ganas de envolverme en una manta y bajar sigilosamente al estudio a verlo. Nunca se habría enterado.

Pero lo sospecharía. No podía imaginarme pasar un día tras otro sentada frente a él sin que adivinara que había mirado el cuadro. No podía ocultarle nada. No quería hacerlo.

Tampoco me apetecía descubrir cómo me veía. Era mejor que siguiera siendo un misterio.

Los colores que me decía que mezclara no me daban pistas sobre lo que estaba haciendo. Negro, ocre, blanco de plomo, amarillo de barita, azul de ultramar, amaranto, eran todos ellos colores con los que ya había trabajado antes y podían estar siendo igualmente empleados en el cuadro del concierto.

No era lo habitual que pintara dos cuadros al mismo tiempo. Aunque no le gustaba tener que estar pasando de uno a otro, así le resultaba más fácil ocultar que me estaba pintando. Algunas personas lo sabían. Van Ruijven lo sabía —no me cabía la menor duda de que mi amo estaba pintándome porque él se lo había pedido—. Debí de aceptar pintarme sola para no tener que pintarme con Van Ruijven. Van Ruijven iba a ser el dueño de mi retrato.

No me gustaba pensarlo. Ni tampoco, creía yo, le gustaba a mi amo.

María Thins también lo sabía. Fue ella probablemente la que llegó a un acuerdo con Van Ruijven. Y además, todavía podía entrar y salir del estudio cuando gustara y podía ver el cuadro, algo que a mí no me estaba permitido. A veces me miraba de soslayo y no podía ocultar una expresión de curiosidad.

⁸ “Girl With a Pearl Earring” archivo adjunto [8]

Yo sospechaba que Cornelia también conocía la existencia de mi retrato. Un día la pillé donde no debía, en las escaleras que subían al estudio. Y cuando le pregunté qué estaba haciendo allí, no me respondió; yo la dejé marchar en lugar de llevarla a María Thins o a Catharina. No me atrevía a remover las cosas, al menos mientras me estuviera pintando.

Van Leeuwenhoek sabía también del cuadro. Un día trajo su cámara oscura y la dispuso de forma que ambos pudieran examinarme a través de ella. No pareció sorprenderse al verme allí sentada; mi amo debía de haberle advertido. Sí miró con atención a mi extraño tocado, pero no hizo ningún comentario.

Usaron la cámara por turno. Yo había aprendido a posar sin moverme ni pensar en nada y a que no me distrajera su mirada. Era más difícil, sin embargo, con la caja negra apuntando hacia mí. Me sentía incómoda con aquella caja y el sobretodo negro cubriendo una espalda encorvada, en lugar de unos ojos, una cara, un cuerpo vueltos hacia mí. Ya no podía saber cómo me miraban.

No podía negar, sin embargo, que era bastante excitante que dos caballeros la examinaran a una con tanta atención, aunque no pudiera verles la cara.

Mi amo salió de la habitación en busca de un paño suave para limpiar la lente. Van Leeuwenhoek esperó hasta que lo oímos bajar las escaleras y entonces dijo:

—¡Ándate con cuidado!, querida.

—¿Qué quiere decir, señor?

—Seguramente sabes que te está pintando para satisfacer un capricho de Van Ruijven. Tu amo pretende protegerte del interés que ha demostrado Van Ruijven por ti.

Yo asentí, secretamente encantada de oír lo que ya sospechaba.

—No dejes que te metan en su guerra. Podrías resultar herida.

Yo seguía en la postura con la que posaba para el cuadro. Mis hombros empezaron a contraerse por su cuenta, como si me estuviera quitando un chal.

—No creo que él pueda herirme nunca, señor.

—Dime, querida, ¿sabes mucho de los hombres?

Yo me sonrojé y me volví. Se me vino a la cabeza la imagen de Pieter y yo en el callejón.

—Verás, la competencia vuelve a los hombres posesivos. Le interesas a él en parte porque Van Ruijven está interesado.

Yo no respondí.

—Es un hombre excepcional —continuó Van Leeuwenhoek—. Sus ojos valen el peso de una habitación llena de oro. Pero a veces ve el mundo sólo como él quiere que sea y no como realmente es. Y no comprende las consecuencias que pueda tener para los otros ese punto de vista. Sólo piensa en él y en su trabajo, no en ti. Debes tener cuidado... —se calló. Oímos los pasos de mi amo en las escaleras.

—¿De qué debo cuidarme, señor? —dije en un susurro.

—De seguir siendo tú misma.

Levanté la barbilla.

—¿De no dejar de ser una criada?

—No es eso lo que he querido decir. Las mujeres en sus cuadros... las atrapa en su mundo. Puedes perderte en él.

Mí amo entró en la habitación.

—Griet, te has movido —dijo.

—Lo siento, señor —musité, y volví a adoptar la pose en la que me estaba pintando.

Catharina estaba embarazada de seis meses cuando él empezó a pintarme. Ya estaba muy abultada y se movía con mucho esfuerzo, muy lentamente, apoyándose en las paredes, agarrándose a los respaldos de las sillas, hundiéndose con todo su peso en los asientos al tiempo que exhalaba un profundo suspiro. Me sorprendía ver lo duro que parecían ser para ella los embarazos cuando ya había pasado por tantos. Aunque no se quejaba en alto, en cuanto le crecía el vientre hacía que todos y cada uno de sus movimientos parecieran un castigo que se veía obligada a soportar. No había reparado en esto en el embarazo de Franciscus, cuando acababa de entrar en la casa y apenas veía nada más allá del montón de ropa para lavar que me esperaba cada mañana.

Conforme avanzaba el embarazo, Catharina iba estando cada vez más ensimismada. Seguía cuidando de los niños, con la ayuda de Maertge. Seguía ocupándose de la casa y nos daba órdenes a Tanneke y a mí. Seguía haciendo las compras acompañada por María Thins. Pero una parte de ella estaba en otro lugar, junto con la criatura que llevaba en su seno. Su brusquedad era menos patente y menos deliberada. Se lo tomaba todo con más calma, y aunque no dejaba de ser torpe, rompía menos cosas.

Yo estaba muy preocupada de que llegara a descubrir mi retrato. Por suerte las escaleras del estudio se le hacían cada vez más difíciles de subir, de modo que no era muy probable que abriera de pronto la puerta y me viera sentada en la silla, posando, y a él delante del caballete. Y como era invierno prefería sentarse al lado del fuego con los niños y Tanneke y María Thins o adormilarse bajo una pila de mantas y pieles. El verdadero peligro era que se enterara por Van Ruijven. De toda la gente que sabía del cuadro, él era el peor a la hora de guardar el secreto. Venía a la casa regularmente a posar para el cuadro del concierto. María Thins ya no me enviaba a hacer recados ni me decía que no me dejara ver mucho cada vez que él venía. Hubiera sido poco práctico: no había tantos recados que yo pudiera hacer. Y debió de pensar que probablemente él ya se habría quedado satisfecho con la promesa de un cuadro y me dejaría en paz.

Pero no lo hizo. A veces venía a buscarme cuando estaba lavando o planchando en el lavadero o ayudando a Tanneke en la cocina. Cuando había gente alrededor era soportable; cuando Maertge estaba conmigo o Tanneke o incluso Aleydis, se limitaba a saludarme —«Hola, preciosa»— con su voz edulcorada y me dejaba en paz. Pero cuando estaba sola, como solía estarlo en el patio, tendiendo la ropa a fin de aprovechar los escasos minutos de sol invernal, entraba en el pequeño recinto cerrado y, escondido tras una de las sábanas que acababa de tender o de una camisa de mi amo, me tocaba. Yo lo rechazaba con toda la determinación que una criada puede mostrar educadamente frente a un caballero. Sin embargo, consiguió llegar a familiarizarse con la forma de mis pechos y de mis muslos bajo la ropa. Me decía cosas que yo intentaba olvidar, palabras que yo nunca repetía a nadie.

Van Ruijven siempre pasaba con Catharina unos minutos después de posar en el estudio; su hija y su hermana lo esperaban pacientemente mientras él cotilleaba y coqueteaba con ella. Aunque María Thins le había advertido de que no dijera nada del cuadro a Catharina, no era un hombre capaz de guardar secretos. Estaba muy contento de llegar a tener un retrato mío y a veces dejaba caer algo al respecto delante de mi ama.

Un día estaba fregando el suelo del pasillo cuando le oí decir:

—¿Quién le pedirías a tu marido que pintara si pudiera pintar a quien quisiera?

—¡Oh, yo no pienso en esas cosas! —contestó riéndose Catharina—. Él pinta lo que pinta.

—Yo no estoy tan seguro —Van Ruijven se esforzó tanto en sonar malicioso que ni siquiera Catharina pudo pasar por alto la indirecta.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella.

—Nada, nada. Pero deberías pedirle un cuadro. No podrá decir que no. Podría pintar a una de las niñas, a Maertge, tal vez. O tu encantadora persona.

Catharina se quedó callada. Por la rapidez con que Van Ruijven cambió de tema, debió de darse cuenta de que había dicho algo que la molestaba.

En otra ocasión en que ella le preguntó si le gustaba posar para el cuadro, Van Ruijven respondió:

—No tanto como si tuviera una hermosa muchachita sentada a mí lado. Pero pronto la tendré, en cualquier caso, y por el momento tendré que conformarme.

Catharina dejó pasar ese comentario, como no lo habría hecho unos meses antes. Pero, por otro lado, es probable que a ella no le sonara tan sospechoso, puesto que no sabía nada del cuadro. Yo me quedé horrorizada, sin embargo, y fui a contárselo a María Thins.

—¿Andas escuchando detrás de las puertas, muchacha? —me preguntó la anciana.

—Yo..., yo —no podía negarlo.

María Thins esbozó una amarga sonrisa.

—Ya era hora de que te pillara haciendo el tipo de cosas que se supone que hacen las criadas. Lo siguiente que hagas será robar cucharillas de plata.

Yo parpadeé. Eran unas palabras muy duras, especialmente después de todo lo que había pasado con el asunto de Cornelia y las peinetas. No tenía elección, sin embargo: le debía mucho a María Thins. Debía aguantar sus crueles palabras.

—Pero tienes razón que Van, Ruijven se va de la boca —continuó—. Volveré a hablar con él.

No valía de mucho, sin embargo, hablar con él. Incluso parecía que ello le incitaba a contarle aún más a Catharina. María Thins empezó a estar en la habitación con su hija cuando él entraba a visitarla, a fin de intentar refrenar su lengua.

Yo no sabía qué haría Catharina si descubriera mi retrato. Y algún día habría de descubrirlo, sí no en su propia casa, sí en la de Van Ruijven, en donde me vería mirándola desde la pared cada vez que levantara la cabeza del plato.

No todos los días trabajaba en mi retrato. Tenía que pintar también el cuadro del concierto, con o sin Van Ruijven y sus mujeres. Pintaba lo de alrededor cuando ellos no venían a posar o me

pedía que ocupara el lugar de una de ellas: la joven sentada a la espineta, la mayor de pie al lado de ésta cantando con una partitura en la mano. No me ponía sus ropas. Sencillamente quería un cuerpo en el lugar. A veces venían las dos mujeres sin Van Ruijven, y entonces era cuando él trabajaba mejor. Van Ruijven no era fácil de pintar. Lo oía cuando trabajaba en el desván. No se estaba quieto y quería hablar y tocar el laúd. Mi amo tenía mucha paciencia con él, como si fuera un niño, pero a veces notaba un tono peculiar en su voz y sabía que esa noche saldría e iría a la taberna y volvería con unos ojos brillantes e hinchados.

Posaba para él una o dos horas tres o cuatro veces por semana. Era lo que más me gustaba de la semana, sus ojos sólo para mí durante esas horas. No me importaba que fuera una postura difícil de mantener, que mirar de lado durante todo ese rato me diera dolor de cabeza. No me importaba cuando me hacía mover la cabeza una y otra vez para que la tela amarilla oscilara a un lado y otro y poderme así pintar como si acabara de volverme a mirarlo. Hacía todo lo que me pedía.

Pero él no parecía contento, sin embargo. Pasó febrero y empezó marzo, con sus días de hielo y sol, y a él seguía sin parecerle bien. Llevaba casi dos meses trabajando en el cuadro, y aunque no lo había visto, pensaba que debía de faltarle poco para estar terminado. Ya no me hacía mezclar grandes cantidades de colores, sino que utilizaba pequeñas cantidades y apenas movía los pinceles mientras yo posaba. Yo pensaba que había entendido cómo quería que estuviera, pero ya no estaba muy segura. A veces simplemente se sentaba y me miraba como si estuviera esperando que hiciera algo. Entonces no se comportaba como pintor, sino como hombre, y no era fácil mirarlo.

Un día, cuando estaba en mi silla, posando, dijo él de pronto:

—Esto será del agrado de Van Ruijven, pero no del mío.

Yo no sabía qué decir. No podía ayudarlo sin haber visto el cuadro.

—¿Puedo ver el cuadro, señor?

Me miró curioso.

—A lo mejor puedo ayudarlo —añadí, y luego deseé no haberlo dicho. Temía haberme vuelto demasiado atrevida.

—Está bien —dijo él pasado un momento.

Yo me puse de pie y me quedé detrás de él. Él no se volvió, sino que permaneció sentado muy quieto. Sentí su respiración pausada y uniforme.

El cuadro no se parecía a ninguno de los otros. Sólo se me veía a mí, mi cabeza y mis hombros, sin mesas ni cortinas ni ventanas ni brochas que suavizaran o distrajeran la atención. Me había pintado con los ojos muy, abiertos, la cara directamente iluminada de frente, pero el lateral izquierdo en la sombra. Iba vestida de azul y amarillo y marrón. El paño que llevaba enrollado a la cabeza hacía que pareciera otra Griet, una Griet de otra ciudad o incluso de otro país. El fondo era negro, lo que contribuía a que se me viera más sola, aunque estaba claramente mirando a alguien. Parecía que estaba esperando algo que no creía que fuera a suceder nunca.

Tenía razón: el cuadro iba a satisfacer a Van Ruijven, pero le faltaba algo.

Lo supe antes que él. Cuando me di cuenta de lo que le hacía falta —ese punto brillante que había empleado para atraer al ojo en los otros cuadros—, me dio un escalofrío. Con esto lo terminará, pensé.

Y tenía razón.

Esta vez no intenté ayudarlo como había hecho con el cuadro de la esposa de Van Ruijven leyendo la carta. No bajé subrepticamente al estudio a hacer cambios —como colocar de otra forma la silla en la que me sentaba o abrir más los postigos—. No me envolví de otra forma las telas azul y amarilla ni oculté la parte superior de mi camisola. No apreté los labios para ponerlos más encarnados ni me mordí los carrillos. No dejé preparados colores que él no me había pedido, pero que yo pensaba que tal vez podría utilizar.

Sencillamente seguí posando para él y molí y lavé los colores que me pidió.

Terminaría dándose cuenta por sí solo.

Le llevó más tiempo de lo que yo había supuesto. Posé dos veces más antes de que él se percatara de lo que le faltaba a la pintura. Las dos veces puso cara de desagrado mientras pintaba y me despidió enseguida.

Yo esperé.

La propia Catharina me dio la respuesta. Una tarde, Maertge y yo estábamos limpiando zapatos en el lavadero mientras las otras niñas estaban en la Sala Grande mirando a su madre vestirse para un bautizo. Oí a Aleydis y a Lisbeth dar grititos y supe que Catharina había sacado las perlas, pues a las niñas les encantaban.

Entonces oí sus pasos en el pasillo, silencio, luego voces sofocadas. Un momento después me llamó:

—Griet, tráele a mi mujer un vaso de vino.

Puse la jarra blanca y dos vasos en una bandeja, por si él decidía unirse a ella, y los llevé a la Sala Grande. Al entrar me tropecé con Cornelia, que estaba parada en la puerta. Conseguí agarrar la jarra, y los vasos se entrecocaron contra mi pecho sin llegar a romperse. Cornelia me lanzó una afectada sonrisa y se quitó de en medio.

Catharina estaba sentada a la mesa donde tenía su brocha y tarro de polvos, sus peinetas y su joyero. Se había puesto las perlas y el vestido de seda verde, que le habían arreglado para que le cupiera el vientre. Yo puse una copa a su lado y le serví el vino.

—¿Quiere que le sirva a usted también una copa de vino, señor? —pregunté, levantando la cabeza.

Estaba arrimado al armario que rodeaba la cama, aplastando las cortinas de seda, que, reparé yo entonces por primera vez, estaban hechas de la misma tela que el vestido de Catharina. Su vista pasó de mí a Catharina y de nuevo a mí. Había puesto su cara de pintor.

—¡Estás tonta! ¡Me has manchado de vino el vestido! —Catharina se alejó de la mesa y se pasó la mano por el vientre. Le habían caído unas gotas de vino tinto.

—Lo siento, señora. Voy a buscar un paño húmedo para frotarlo.

—¡Déjalo! ¡Déjalo! Me pone nerviosa verte a mi alrededor. Vete ya.

Yo lo miré de reojo mientras recogía la bandeja. Tenía los ojos clavados en los pendientes de perla de su esposa. Cuando ella se volvió para empolvase la cara, el pendiente se balanceó y reflejó el sol que entraba por la ventana. Esto hizo que todos la miráramos a la cara, y despedía el mismo brillo que sus ojos.

—Tengo que subir al estudio un momento —le dijo a Catharina—. Enseguida vuelvo.

Ya está, pensé. Ya ha encontrado lo que estaba buscando. Cuando al día siguiente por la tarde me pidió que subiera al estudio, no me entró la excitación que me entraba cuando sabía que iba a posar. Por primera vez, lo temí. Aquella mañana, la colada me pareció especialmente pesada y empapada y mis manos sin la fuerza necesaria para retorcerla. Me movía pesarosa entre el lavadero y el patio y me senté a descansar más de una vez. María Thins me sorprendió sentada cuando entró a buscar una sartén de las de cobre.

—¿Qué te pasa, muchacha? ¿Estás enferma? —me preguntó.

Yo me puse de pie de un salto.

—No, señora. Sólo un poco cansada.

—¿Cansada, eh? No es propio de una criada estar cansada, y menos aún por la mañana —me miró como si no me creyera.

Yo hundí las manos en el agua fría y saqué una blusa de Catharina.

—¿No quiere que le haga ningún recado esta tarde, señora?

—¿Recados? ¿Esta tarde? No creo. No me parece que sea lo más adecuado para alguien que está cansado —entrecerró los ojos—. ¿No te ha pasado nada, verdad, muchacha? No te habrá agarrado Van Ruijven estando sola, ¿no?

—No, señora.

En realidad sí lo había hecho, pero yo me las había apañado para apartarlo.

—¿Te ha descubierto alguien arriba? —me preguntó María Thins en voz baja, levantando la barbilla para indicar al estudio.

—No, señora.

Por un instante me asaltó la tentación de decirle lo del pendiente. Pero en lugar de ello, dije:

—He comido algo que me ha sentado mal. Eso es todo.

María Thins se encogió de hombros y se fue. Seguía sin creerme, pero había decidido que no importaba.

Esa tarde subí pesadamente las escaleras y me detuve delante de la puerta del estudio. No iba a ser como las otras veces que había posado. Me iba a pedir algo, y yo estaba en deuda con él.

Abrí la puerta. Estaba sentado frente al caballete, estudiando la punta de un pincel. Cuando levantó la vista y me miró, vi en su cara algo que nunca había visto. Estaba nervioso.

Eso fue lo que me infundió valor para decir lo que dije. Di unos pasos hasta quedarme junto a mi silla y puse una mano en uno de los leones que remataban el respaldo.

—Señor —empecé a decir, apretando el duro y frío león torneado—. No puedo hacerlo.

—¿Hacer qué, Griet? —parecía sinceramente sorprendido.

—Lo que me va a pedir que haga. No puedo ponérmelos. Las criadas no llevan perlas.

Me miró durante un buen rato y luego movió varias veces la cabeza de un lado a otro.

—Qué impredecible eres. Siempre me sorprendes.

Pasé los dedos por la nariz y el hocico del león, hasta la melena, suave y nudosa. Sus ojos seguían mis dedos.

—Tú sabes que el cuadro lo requiere —dijo en un murmullo—, necesita la luz que reflejan las perlas. Si no, no estará acabado.

Claro que lo sabía. No había pasado mucho tiempo mirando el cuadro —se me hacía muy raro verme allí—, pero enseguida había sabido que necesitaba la perla del pendiente. Sin ésta, sólo estaban mis ojos, mi boca, la banda de mi camisa, el oscuro espacio detrás de mi oreja, cada cosa por su lado. El pendiente lo uniría todo. Completaría la pintura.

Y además me echaría a la calle. Sabía que no iba a pedir un pendiente prestado a Van Ruijven ni a Van Leeuwenhoek ni a nadie. Había visto la perla de Catharina y ésa sería la que me haría ponerme. Utilizaba lo que quería para sus pinturas, sin tener en cuenta las consecuencias. Era como me había avisado Van Leeuwenhoek.

Cuando Catharina viera el pendiente en el cuadro, explotaría. Debería haberle suplicado que no arruinara mi vida.

—Está pintando este cuadro para Van Ruijven —argumenté—, no para usted. ¿Importa mucho entonces que lleve o no lleve el pendiente? Usted mismo dijo que Van Ruijven se quedaría satisfecho con el cuadro tal como está.

Su rostro se endureció, y yo supe que había dicho una inconveniencia.

—Nunca dejaría de trabajar en un cuadro si supiera que no está terminado, sea para quien sea —murmuró—. Yo no trabajo así.

—No, señor —tragué y clavé los ojos en las baldosas del suelo. Idiota, pensé, y sentí crecer la tensión en mi mandíbula.

—Ve a prepararte.

Incliné la cabeza y me apresuré hacia el almacén, donde guardaba las telas amarilla y azul. Nunca había sentido su desaprobación de una forma tan palpable. Pensaba que no podía soportarlo. Me quité la cofia y, sintiendo que se estaba soltando la cinta que me sujetaba el cabello, tiré de ella. Estaba intentando volver a atármelo cuando oí una de las baldosas sueltas del estudio. Me quedé paralizada. Nunca había entrado en el almacén mientras yo me preparaba. Nunca me lo había pedido.

Me volví, con las manos todavía alzadas, sujetándome los cabellos. Estaba parado en el umbral, y me miraba. Bajé las manos. Mi cabello cayó en una cascada sobre mis hombros, marrón como los campos en otoño. Nadie lo había visto nunca, salvo yo.

—Tu cabello... —dijo, y ya no parecía enfadado.

Por fin apartó la vista de mí.

Después de que viera él mis cabellos, después de que descubriera mi secreto, dejé de sentir que tenía algo precioso escondido y que sólo yo podía ver. Me sentí más libre, si no con él, sí con los demás. Ya no importaba lo que hiciera o dejara de hacer.

Esa noche salí furtivamente de la casa y fui a buscar a Pieter el hijo a una de las tabernas donde solían ir los carniceros, junto a la Lonja de la Carne. Pasando por alto los silbidos y comentarios, fui hasta él y le pedí que se viniera conmigo. Dejó la jarra de cerveza en la mesa y, abriendo unos ojos como platos, me siguió fuera, donde lo tomé de la mano y lo conduje hasta un callejón cercano. Allí me subí la falda y le dejé hacer lo que quisiera. Me agarré a él, mis manos rodeándole el cuello, mientras él entraba en mí y empujaba rítmicamente. Me hacía daño, pero cuando recordé mis cabellos sueltos sobre los hombros en el estudio, también sentí algo semejante al placer.

Más tarde, de regreso en el Barrio Papista, me lavé con vinagre.

Cuando volví a mirar el cuadro, había añadido un mechoncito de pelo asomando por debajo de la tela azul, sobre el ojo izquierdo.

La siguiente vez que posé, no mencionó el pendiente. No me lo entregó, como me había temido que hiciera, ni me cambió la pose ni dejó de pintar.

Tampoco volvió al almacén a ver mi cabello suelto. Pasaba mucho tiempo sentado, mezclando los colores en la paleta. Tenía rojo y ocre en ella, pero el color que más mezclaba era el blanco, al que iba añadiendo pizquitas de negro, trabajándolo luego con gran meticulosidad, sin prisa, y el diamante plateado de la espátula destellaba en la pintura gris.

—¿Señor? —empecé a decir.

Levantó la vista y me miró; la espátula quieta en alto.

—Muchas veces lo he visto pintar sin que estuviera aquí la modelo. ¿No podría pintar el pendiente sin que yo tuviera que ponérmelo?

La espátula siguió inmóvil en el aire.

—¿Quieres que me imagine que tienes puesta la perla y que pinte lo que me imagino?

—Sí, señor.

Observó el cuadro, y la espátula volvió a moverse. Creo que esbozó una sonrisa.

—Quiero verte con el pendiente puesto.

—Pero ya sabe lo que pasará entonces, señor.

—Lo único que sé es que así el cuadro habrá quedado terminado.

Me arruinará, pensé. Pero tampoco pude decirlo entonces.

—¿Qué dirá su esposa cuando vea el cuadro terminado? —pregunté en cambio, mostrando todo el atrevimiento de que era capaz.

—No lo verá. Se lo entregaré directamente a Van Ruijven.

Era la primera vez que admitía que me estaba pintando en secreto, que Catharina no aprobaría lo que estaba haciendo.

—Sólo tienes que ponértelo una vez —añadió, como para apaciguarme—. La próxima vez que poses lo traeré. La semana que viene. Catharina no lo echará de menos si sólo es una tarde.

—Pero, señor —dije—, no tengo agujereadas las orejas.

Frunció ligeramente el ceño.

—Pues entonces tendrás que ocuparte de ello.

Se trataba, sin duda, de un detalle femenino y no de algo de lo que él tuviera que preocuparse. Dio un golpecito a la espátula y la limpió con un trapo.

—Y ahora varios a empezar. La barbilla un poco más baja —me miró—. Humedécete los labios, Griet.

Me los humedecí.

—No cierres la boca del todo.

Esta orden me sorprendió tanto que no tuve que hacer nada por cumplirla. Pestañeeé para contener las lágrimas. Las mujeres virtuosas no abrían la boca cuando eran retratadas.

Era como si hubiera estado con Pieter y conmigo en el callejón.

Ha arruinado mi vida, pensé. Y volví a humedecerme los labios.

—Bien —dijo él.

No quería hacérmelo yo misma. No tenía miedo al dolor, pero no quería pincharme la oreja con una aguja.

De haber podido elegir a alguien para hacerlo, habría elegido a mi madre. Pero ella nunca lo habría entendido ni hubiera aceptado hacerlo sin saber para qué. Y si se lo hubiera dicho, se habría horrorizado.

No podía pedírselo a Tanneke, ni a Maertge. Consideré la idea de pedírselo a María Thins. Posiblemente todavía no sabía nada del pendiente, pero no tardaría en enterarse. Sin embargo, no me atreví a pedírselo, a pedirle que participara en mi humillación.

La única persona que lo haría y me comprendería era Frans. Así que al día siguiente por la tarde salí de la casa con una cajita de agujas que me había dado María Thins.

La mujer de rostro agriado que estaba a la entrada de la fábrica sonrió displicente cuando pregunté por él.

—Hace tiempo que se largó y ¡ojalá no vuelva! —contestó, regodeándose en sus palabras.

—¿Se fue? ¿Adónde?

La mujer se encogió de hombros.

—Hacia Rotterdam, dicen. Y luego, ¿quién sabe? Tal vez haga fortuna en ultramar, si no se muere antes entre las piernas de una puta de Rotterdam.

Estas dos últimas amargas frases me hicieron fijarme en ella con mayor atención. Estaba embarazada. Cornelia nunca habría sabido cuando rompió el azulejo de Frans y mío que acabaría teniendo razón: que Frans terminaría separándose de mí y de nuestra familia. ¿Volveré a verlo alguna vez?, pensé. ¿Y qué dirán nuestros padres? Me sentí más sola que nunca.

Al día siguiente, me paré en la botica de vuelta de comprar el pescado. El boticario ya me conocía e incluso me saludaba por mi nombre.

—¿Y qué quiere hoy tu amo? —me preguntó—. ¿Lienzos? ¿Bermellón? ¿Ocre? ¿Linaza?

—No necesita nada —repuse nerviosa—. Ni mi señora tampoco. He venido... —por un instante consideré la idea de pedirle que me agujereara él la oreja. Parecía un hombre discreto, que lo haría de buen grado, sin decírselo luego a nadie ni querer saber los porqués.

No podía pedirle a un extraño que hiciera tal cosa.

—Necesito algo para adormecer la piel —dije.

—¿Adormecer la piel?

—Sí, como el hielo.

—¿Y para qué quieres tú adormecerte la piel?

Me encogí de hombros sin responder y con la vista fija en los botes que llenaban las estanterías a su espalda.

—Aceite de clavo —dijo por fin, al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Frótate la zona con un poquito y déjalo actuar unos minutos. El efecto no dura mucho.

—¿Me podría dar un poco, por favor?

—¿Y quién lo va a pagar? ¿Tu amo? Es muy caro. Hay que traerlo de muy lejos —en su voz se mezclaban la censura y la curiosidad.

—Yo lo pagaré. Sólo quiero un poco.

Saqué una bolsita del delantal y conté los preciosos *stuivers* sobre el mostrador. Una botellita minúscula de aceite de clavo me costó el equivalente a dos días de trabajo. Le había pedido a Tanneke dinero prestado, jurándole que se lo devolvería cuando cobrara el domingo siguiente.

Ese domingo, cuando le entregué a mi madre mi sueldo reducido le dije que había tenido que pagar un espejo que había roto.

—Te costará más de dos jornales restituirlo. ¿Qué estabas haciendo? ¿Mirándote? Esto te pasa por descuidada —me regañó.

—Sí —asentí—. He sido muy descuidada.

Esperé hasta tarde, cuando estuve segura de que todos dormían. Aunque normalmente no subía nadie al estudio después de que quedara cerrado con llave, seguía temiendo que alguien me sorprendiera con la aguja y el aceite de clavo delante del espejo. Escuché con la oreja pegada a la puerta del estudio. Se oía ir y venir por el pasillo a Catharina. Le costaba dormirse: estaba demasiado abultada para encontrar una postura cómoda en la cama. Luego oí una voz infantil, de niña, intentando hablar bajo, pero incapaz de amortiguar su brillante timbre. Cornelia estaba con su madre. No oí lo que hablaban y como estaba encerrada en el estudio, no podía asomarme a escondidas a lo alto de la escalera a escuchar mejor.

María Thins también se movía por sus habitaciones, contiguas al almacén. Todo el mundo parecía inquieto en la casa aquella noche, lo que hizo que yo también me pusiera nerviosa. Me obligué a sentarme a esperar en la silla con los leones tallados en el respaldo. No tenía sueño. Nunca había estado más despierta.

Finalmente, Catharina y Cornelia volvieron a la cama, y María Thins dejó de hurgar en el cuarto de al lado. Permanecí sentada hasta que la casa se quedó en silencio total. Era más fácil estar allí sentada que hacer lo que tenía que hacer. Cuando ya no pude retrasarlo más, me puse en pie y en primer lugar eché una ojeada al cuadro. Lo único que veía ahora era un gran vacío en el sitio donde debía ir el pendiente, un vacío que yo tenía que llenar.

Cogí la vela, busqué el espejo en el almacén y subí a mi desván. Coloqué el espejo sobre la mesa de moler los colores y lo apoyé en la pared, con la vela al lado. Saqué la cajita de las agujas y, escogiendo la más fina, la puse en la llama de la vela. Entonces abrí el frasquito de aceite de clavo, esperando que oliera fatal, a hojas podridas o a moho, como suelen hacerlo las medicinas. Pero en lugar de ello tenía un olor extraño y dulzón, como cuando se dejan al sol los pastelillos de miel. Venía de un lugar lejano, un lugar que Frans visitaría tal vez un día en sus viajes. Vertí unas gotas en un paño y froté con él mi lóbulo izquierdo. El boticario tenía razón, cuando me lo toqué unos minutos después lo sentí dormido, como si hubiera salido al relente sin envolverme una toquilla alrededor de las orejas.

Cogí la aguja que había puesto a quemar y dejé que la punta pasara del rojo incandescente a un naranja pálido y finalmente al negro. Cuando me incliné hacia el espejo, me miré un instante. A la luz de la vela se me veían los ojos empañados, brillantes de miedo.

Hazlo rápido, pensé. Retrasarlo no sirve de nada.

En un único movimiento estiré el lóbulo y atravesé la carne con la aguja.

Justo antes de desvanecerme pensé: siempre había deseado llevar perlas en las orejas.

Cada noche me limpiaba la oreja y pasaba una aguja ligeramente más gruesa por el agujero, para que éste no se cerrara. No me dolió en demasía hasta que el lóbulo se infectó y empezó a hincharse. Entonces, por mucho aceite de clavo que me pusiera, mis ojos se llenaban de lágrimas cuando me pasaba la aguja. No sabía cómo iba a hacer para ponerme el pendiente sin volverme a desmayar.

Menos mal que llevaba la cofia por encima de las orejas y nadie se dio cuenta de lo inflamado que tenía el lóbulo. Me dolía cuando estaba inclinada sobre la colada humeante, cuando estaba moliendo los colores, cuando estaba sentada en la iglesia con Pieter y mis padres.

Me dolía a rabiar la mañana que me pilló Van Ruijven en el patio tendiendo sábanas e intentó retirarme la camisola por debajo de los hombros para dejar mis pechos al descubierto.

—No deberías resistirte, muchacha —murmuró cuando yo intenté desasirme—. Disfrutarás más si no te resistes. Y además ya sabes que te poseeré igual cuando llegue a mis manos ese cuadro —me empujó contra el muro y bajó los labios a la altura de mi pecho, al tiempo que trataba de liberarlo del vestido.

—¡Tanneke! —grité desesperada, esperando en vano que hubiera regresado de un recado que había ido a hacer a la panadería.

—¿Qué estáis haciendo?

Cornelia nos miraba desde el umbral de la puerta del patio. Nunca hubiera pensado que me iba a poner tan contenta verla.

Van Ruijven levantó la cabeza y se apartó de mí.

—Estamos jugando, querida —contestó, riéndose—. Un juegucito al que también jugarás tú cuando seas mayor.

Se alisó la capa y, pasando a su lado, entró en la casa.

No fui capaz de mirar a Cornelia. Me remeté la camisola y me ajusté el vestido con manos temblorosas. Cuando por fin levanté la vista se había ido.

La mañana de mi decimoctavo cumpleaños me levanté y limpié el estudio como siempre. El cuadro del concierto estaba terminado; en unos días vendría Van Ruijven a verlo y a llevárselo. Aunque ya no era necesario, seguí limpiando con sumo cuidado el rincón donde estaba montada la escena pintada, quitándole el polvo a la espineta, a la viola, al laúd, frotando el tapete con un paño húmedo, abrigando la madera de las sillas, fregando las baldosas grises y blancas.

Este cuadro no me gustaba tanto como los otros suyos. Aunque se suponía que valía más por tener tres figuras, yo prefería las pinturas de mujeres solas: eran más puras, menos complicadas. Descubrí que no me gustaba mirar mucho rato seguido el cuadro del concierto ni tratar de comprender qué estaban pensando los retratados en él.

Sentía curiosidad por saber qué pintaría a continuación. Cuando bajé, puse el agua a calentar en el fuego y le pregunté a Tanneke qué quería que le trajera de la carnicería. Estaba barriendo los escalones y baldosas de delante de la casa.

—Un costillar de vaca —me contestó, descansando su peso en la escoba—. ¿Por qué no algo rico? —se frotó la parte baja de la espalda, quejumbrosa—. Puede hacerme olvidar mis dolores.

—¿Te ha vuelto el dolor de espalda? —intenté sonar simpática, pero a Tanneke siempre le dolía la espalda. Las criadas siempre tenían mal la espalda. Así era la vida para ellas.

Maertge vino conmigo a la Lonja de la Carne y me gustó que lo hiciera: desde aquella noche en el callejón me daba vergüenza estar sola con Pieter el hijo. No estaba segura de cómo me iba a tratar. Si Maertge estaba conmigo, sin embargo, tendría que tener cuidado con lo que decía o hacía.

Pieter el hijo no estaba en el puesto; sólo estaba el padre, que me sonrió.

—¡Ah! ¡La del cumpleaños! —exclamó—. Hoy es un día importante para ti.

Maertge me miró sorprendida. No había dicho nada de mi cumpleaños a la familia; no había ninguna razón para hacerlo.

—¡Si no pasa nada! —contesté bruscamente.

—Pues no es eso lo que dice mi hijo. Ahora no está; ha ido a un recado. Tenía que ver a alguien —Pieter el padre me guiñó un ojo. Se me heló la sangre en las venas. Estaba diciendo algo sin decirlo, algo que se suponía que yo debía entender.

—Deme el mejor costillar que tenga —le pedí, decidida a ignorarlo.

—¿Vais a celebrar algo? —Pieter el padre nunca dejaba un tema a medias, insistía hasta que lo agotaba.

No contesté. Me limité a esperar a que terminara de atenderme, entonces eché la carne en la cesta y me volví para irme.

—¿Es de verdad tu cumpleaños, Griet? —me susurró Maertge cuando salíamos de la Lonja.

—Sí.

—¿Cuántos años cumples?

—Dieciocho.

—¿Por qué es tan importante cumplir dieciocho años?

—No lo es. No tienes que hacerle caso. Le gusta decir estas tonterías.

Maertge no pareció convencida. Ni yo tampoco. Las palabras de Pieter el padre habían removido algo en mi cabeza.

Trabajé toda la mañana en la colada, aclarando e hirviendo la ropa. Sentada junto al barreño de agua humeante, muchas cosas revoloteaban en mi mente. Me preguntaba por dónde andaría Frans y si mis padres ya sabrían que se había ido de Delft. Me preguntaba qué habría querido decir Pieter el padre antes con sus palabras y dónde estaría Pieter el hijo. Pensé en la noche que lo llevé

al callejón. Pensé en mi retrato y me pregunté cuándo estaría terminado y qué pasaría conmigo entonces. Durante todo este tiempo, el lóbulo de la oreja no dejó de dolerme, de darme agudas punzadas cada vez que movía la cabeza.

Fue María Thins quien vino a buscarme.

—Deja ahí la ropa, muchacha —la oí decir detrás de mí—. Quiere que subas —estaba parada en el umbral y agitaba algo que llevaba en la mano.

Yo me puse de pie, confusa.

—¿Ahora, señora?

—Sí, ahora. No te andes con remilgos conmigo, muchacha. Ya sabes por qué. Catharina ha salido esta mañana y no suele hacerlo a menudo en las semanas próximas al parto. Extiende la mano.

Me sequé una en el delantal y la extendí. María Thins depositó en la palma de mi mano un par de pendientes de perla.

—Súbelos arriba contigo. Rápido.

Me quedé paralizada. Tenía en la mano dos perlas del tamaño de dos avellanas, en forma de gota. Tenían un gris plateado, incluso a la luz natural, salvo en un punto que tenían una intensa luminosidad blanca. Ya había sentido el tacto de las perlas con anterioridad, cuando había subido el collar para la mujer de Van Ruijven y la había ayudado a ponérselo o lo había dejado sobre la mesa. Pero nunca las había tocado para ponérmelas yo misma.

—Vamos, muchacha —me gruñó impaciente María Thins—. Catharina podría volver antes de lo que dijo.

Salí dando tumbos al pasillo, dejando la colada sin retorcer. Subí las escaleras a la vista de Tanneke, que estaba acarreando agua del canal, y de Aleydis y Cornelia, que jugaban a las canicas en el pasillo. Todas se quedaron mirándome.

—¿Adónde vas? —preguntó Aleydis, sus ojos grises brillantes de curiosidad.

—Al desván —contesté en voz baja.

—¿Podemos subir contigo? —dijo Cornelia en tono provocador.

—No.

—Niñas, quitaos de en medio —Tanneke las empujó al pasar; tenía cara de enfado.

La puerta del estudio estaba entornada. Entré, apretando los labios y el estómago retorcido. Cerré la puerta tras de mí.

Me estaba esperando. Yo extendí la mano y dejé caer los pendientes en la palma de la suya. Me sonrió.

—Vete a poner las telas en la cabeza.

Me cambié la cofia en el almacén. No vino a ver mis cabellos sueltos. Cuando volví eché un vistazo al cuadro de *La alcahueta*. El hombre sonreía a la joven como si estuviera apretando las peras en el mercado para ver si estaban maduras. Me dio un escalofrío.

Había agarrado un pendiente por el broche. Se reflejaba en aquel minúsculo panel de blanco refulgente toda la luz que entraba por la ventana.

—Aquí tienes, Griet —me alargó la perla.

—¡Griet, Griet! ¡Ha venido alguien a verte! —gritó Maertge desde el pie de la escalera.

Yo me acerqué a la ventana. Él se puso a mi lado y los dos nos asomamos.

Pieter el hijo estaba parado en medio de la calle con los brazos cruzados. Miró arriba y nos vio juntos en la ventana.

—Baja, Griet —me llamó—. Quiero hablar contigo —parecía que nada pudiera hacerle mover del sitio.

Yo me aparté de la ventana.

—Lo siento, señor —dije en voz baja—. No tardaré nada.

Me apresuré al almacén, me quité los paños de la cabeza y me puse la cofia. No se volvió de la ventana cuando yo atravesé el estudio camino de la puerta.

Las niñas estaban sentadas en fila en el banco, mirando abiertamente a Pieter, que también las miraba a ellas.

—Vamos ahí a la vuelta —susurré, dirigiéndome hacia Molenpoort.

Pieter no me siguió, sino que permaneció inmóvil, los brazos cruzados.

—¿Qué tenías puesto allá arriba? —me preguntó—. En la cabeza.

Yo me detuve y me volví. La cofia.

—No; era azul y amarillo.

Cinco pares de ojos nos observaban: las niñas sentadas en el banco, él desde la ventana. Entonces apareció Tanneke en el umbral, y con ella fueron seis.

—Por favor, Pieter —le dije entre dientes—. Alejémonos un poco.

—Lo que tengo que decir puede decirse delante de todo el mundo. No tengo nada que ocultar —movió la cabeza y sus rizos rubios le cayeron por encima de las orejas.

Me di cuenta de que no iba a poder callarlo. Diría lo que yo temía que dijera delante de todo el mundo.

Pieter no levantó la voz, pero todos oyeron sus palabras.

—He hablado con tu padre esta mañana, y ha dado su consentimiento para que nos casemos ahora que has cumplido dieciocho. Puedes despedirte y venirte conmigo. Hoy.

Sentí que la cara me ardía; no podría decir sí de ira o de vergüenza. Todos esperaban que yo dijera algo.

Respiré profundamente.

—Éste no es el lugar para hablar de esas cosas —contesté en tono severo—. Estas cosas no se hablan así, en plena calle. Te has equivocado al venir aquí.

No esperé su respuesta, aunque cuando giré para volver dentro, parecía sorprendido.

—¡Griet! —gritó.

Yo entré, empujando a Tanneke al pasar, quien dijo algo, pero tan bajo que no podía estar segura de haberla oído bien:

—¡Putá!

Subí corriendo al estudio. Él seguía junto a la ventana cuando yo cerré la puerta.

—Lo siento, señor —dije—. Enseguida me cambio la cofia.

No se volvió.

—Sigue ahí —dijo.

Cuando salí del almacén, atravesé la habitación hasta la ventana, pero no me acerqué demasiado en caso de que Pieter me viera otra vez con los paños azul y amarillo en la cabeza.

Mí amo ya no miraba a la calle, sino a la torre de la Iglesia Nueva. Yo eché un vistazo. Pieter se había ido. Ocupé mi lugar en la silla con leones tallados en el respaldo y esperé.

Cuando por fin se volvió a mirarme, parecía que se había puesto una máscara delante de los ojos. Ahora sí que me era imposible saber qué estaba pensando.

—Así que nos dejas —dijo.

—¡Oh, señor! No lo sé. No haga caso de palabras dichas así, en la calle.

—¿Te casarás con él?

—Por favor, señor, no me pregunte por él.

—No. Tal vez no debo hacerlo. Empecemos, pues.

Se volvió al armario que tenía detrás de él, agarró uno de los pendientes y me lo pasó.

—Quiero que me lo ponga usted —no se me habría ocurrido pensar que pudiera llegar a ser tan descarada.

Ni él tampoco. Levantó las cejas y abrió la boca para decir algo, pero no le salieron las palabras.

Se acercó a mi silla. Se me agarró la mandíbula, pero conseguí mantener la cabeza en su sitio. Se agachó y tocó suavemente el lóbulo de mi oreja.

Yo jadeé, como si hubiera estado conteniendo la respiración bajo el agua.

Frotó el lóbulo inflamado entre el pulgar y el índice y luego lo estiró. Con la otra mano introdujo el pendiente en el agujero y lo empujó. Me sacudió un dolor ardiente y se me llenaron los ojos de lágrimas.

Él no quitó la mano. Sus dedos me rozaron el cuello y la mandíbula. Siguió la curva de mi cara hasta el pómulo y entonces con el pulgar bloqueó las lágrimas que habían empezado a rodar por mis mejillas. Me pasó el dedo por el labio inferior. Yo lo lamí. Sabía a sal.

Cerré los ojos y él apartó los dedos. Cuando volví a abrirlos, había vuelto al caballete y tenía la paleta en la mano.

Me senté en la silla y lo miré por encima del hombro. Me ardía la oreja, la perla me pesaba en el lóbulo. Sólo podía pensar en sus dedos en mi cuello, su pulgar entre mis labios.

Me miró, pero no empezó a pintar. Me pregunté en qué estaría pensando.

Finalmente se volvió de nuevo.

—Tienes que ponerte también el otro —declaró, tomando el segundo pendiente y extendiendo la mano para dármele.

Durante un instante me quedé sin palabras. Quería que él pensara en mí, no en el cuadro.

—¿Por qué? —dije finalmente—. No se ve en el cuadro.

—Tienes que ponerte los dos. Es una farsa, si no.

—Pero... no tengo agujero en la otra oreja —dije con voz entrecortada.

—Entonces tendrás que ocuparte de ello.

Seguía con la mano extendida, alargándome el pendiente. Yo me adelanté a cogerlo. Lo hice por él. Saqué la aguja y el aceite de clavo y me perforé la otra oreja. No lloré ni me desmayé ni emití sonido alguno. Luego posé durante toda la mañana y él pintó el pendiente que estaba a la vista, y yo sentía, escociéndome como una quemadura en la otra oreja, la perla que él no podía ver.

El agua de las ropas que estaban en remojo en el lavadero estaría ya fría y habría tomado un color grisáceo.

Tanneke movía los peroles en la cocina, las niñas gritaban fuera y nosotros, tras la puerta cerrada del estudio, sentados cada cual en su silla, nos mirábamos. Y él pintaba.

Cuando por fin dejó el pincel y la paleta, no cambié de postura, aunque me dolían los ojos de tanto mirar de lado. No quería moverme.

—Ya está acabado —dijo con voz apagada. Se volvió y empezó a limpiar la espátula con un trapo. Yo la observé. Tenía pintura blanca—. Quítate los pendientes y devuélveselos a María Thins cuando bajes —añadió.

Yo empecé a llorar en silencio. Sin mirarlo, me puse en pie y me dirigí al almacén, donde me quité los paños azul y amarillo. Esperé un momento con el cabello suelto sobre los hombros, pero no vino. Una vez terminado el cuadro, ya no quería tener nada que ver conmigo.

Me miré en el espejito y luego me quité los pendientes. Me sangraban las dos orejas. Las taponé con un trocito de tela y luego me agarré el pelo y me tapé éste y las orejas con la cofia, dejando que sus puntas rozaran mi barbilla.

Cuando salí, se había ido. Había dejado la puerta del estudio abierta para que yo saliera. Por un momento pensé mirar el cuadro para ver lo que había hecho, para verlo terminado, el pendiente en su sitio. Decidí esperar hasta la noche, cuando podría contemplarlo sin preocuparme de que pudiera entrar nadie de repente.

Atravesé el estudio y cerré la puerta tras de mí. Siempre me arrepentiría de esa decisión. Nunca pude ver debidamente el cuadro terminado.

Catharina volvió sólo unos minutos después de que yo le hubiera entregado los pendientes a María Thins, quien los volvió a dejar inmediatamente en el joyero. Yo me apresuré a la cocina para ayudar a Tanneke con la comida. Tanneke no me miraba a la cara, sino que me lanzaba miradas de reojo y, en algún momento, la vi agitar reprobadoramente la cabeza.

Mi amo no estuvo a comer; había salido. Después de recoger la cocina, yo volví al patio a terminar de aclarar la colada. Tuve que subir agua limpia y calentarla. Catharina estaba dormida en la Sala Grande. María Thins fumaba y escribía cartas en el Cuarto de la Crucifixión. Tanneke cosía sentada a la puerta. Maertge se había encaramado al banco y hacía ganchillo. A su lado, Aleydis y Lisbeth jugaban con su colección de conchas.

No vi a Cornelia.

Estaba tendiendo un delantal cuando oí decir a María Thins:

—¿Adónde vas?

Fue el tono en el que lo dijo más que lo que dijo lo que me hizo pararme a escuchar. Sonaba intranquila.

Entré y recorrí sigilosa el pasillo. María Thins estaba al pie de la escalera, mirando hacia lo alto. Tanneke estaba parada en el umbral de la puerta principal, como un poco antes ese mismo día, pero mirando hacia el interior de la vivienda, hacia donde lo hacía su señora. Oí crujir los escalones y un fuerte jadeo. Catharina estaba tirando de su peso escaleras arriba.

En ese momento supe lo que iba a suceder: a ella, a él, a mí.

Cornelia está con ella, pensé. Está conduciendo a su madre hasta el cuadro.

Podría haberme ahorrado la espantosa espera. Podría haberme ido entonces, salir por la puerta dejando la colada a medias, sin mirar atrás. Pero me quedé paralizada. Permanecí inmóvil, viendo a María Thins también inmóvil al pie de la escalera. También ella sabía lo que iba a suceder y no podía hacer nada para impedirlo.

Yo me hincué en el suelo. María Thins me vio, pero no dijo nada. Seguía mirando arriba, incierta aún. Entonces las escaleras dejaron de crujir y oímos los pesados pasos de Catharina dirigiéndose a la puerta del estudio. María Thins se lanzó escaleras arriba. Yo seguí de rodillas, demasiado agotada para ponerme en pie. Tanneke seguía de pie en la puerta, impidiendo que entrara la luz. Me observaba, los brazos cruzados, totalmente inexpresiva.

Poco después se oyó un grito encolerizado, luego voces que no tardaron en acallarse.

Cornelia bajó las escaleras.

—Mamá quiere que vayas a decirle a papá que venga —le anunció a Tanneke.

Tanneke dio un paso atrás y una vez fuera se volvió hacia el banco de la entrada.

—Maertge, vete a buscar a tu padre a la Hermandad —le ordenó—. Rápido. Y dile que es importante.

Cornelia miró a su alrededor. Cuando me vio, se le encendió el rostro. Yo me puse en pie y volví al patio conteniendo la respiración.. Nada podía hacer, salvo tender la ropa y esperar.

Cuando él volvió, pensé por un instante que vendría a buscarme al patio, donde estaba escondida entre las sábanas que acababa de tender. Pero no lo hizo; lo oí subir las escaleras, y luego nada más.

Me apoyé en la cálida tapia de ladrillo. Brillaba un sol resplandeciente en un cielo que parecía falso de puro azul. Hacía uno de esos días en los que los niños corren y gritan arriba y abajo de la calle; en los que las parejas se alejan de las puertas de la ciudad, paseando a orillas de los canales hasta más allá de los molinos; en los que los ancianos se sientan al sol y cierran los ojos. Mi padre estaría probablemente sentado en el banco delante de nuestra casa, la cara al sol. Mañana podría hacer un frío espantoso, pero hoy era primavera.

Enviaron a Cornelia a buscarme. Cuando apareció entre la ropa tendida y me miró con aquella cruel y afectada sonrisa, me dieron ganas de darle una bofetada, como había hecho el día que había entrado a trabajar en la casa. No lo hice, sin embargo; me quedé sentada con las manos en el regazo, los hombros caídos, viendo cómo me pasaba su regocijo por las narices. El sol producía reflejos dorados —herencia de su madre— en su cabello pelirrojo.

—Te llaman arriba —dijo en tono formal—. Quieren verte —se volvió y desapareció en el interior de la casa.

Yo me incliné y me quité una mota de polvo que tenía en el zapato. Luego me puse en pie, me coloqué la falda en su sitio, me alisé el delantal, me ajusté la cofia y comprobé que no se me había salido un solo pelo. Me humedecí los labios, los apreté y, respirando profundamente, seguí los pasos de Cornelia.

Catharina había llorado; tenía la nariz enrojecida y los ojos hinchados. Estaba sentada en la silla en la que él solía sentarse frente al caballete; la había arrimado a la pared donde estaba el armarito en el que se guardaban los pinceles y las espátulas. Cuando aparecí en la puerta, ella se levantó y se quedó en pie, alta y corpulenta. Me miró, pero no dijo nada. Retorcía los brazos sobre su abultado vientre con una mueca de dolor.

María Thins estaba de pie junto al caballete; parecía seria, pero impaciente, como si tuviera otras cosas más importantes de las que ocuparse.

Él estaba al lado de su mujer, inexpresivo, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, los ojos fijos en el cuadro. Esperaba que alguien, Catharina o María Thins o yo, empezara.

Yo me quedé en la puerta. Cornelia rondaba a mi alrededor. Desde donde estaba no veía el cuadro.

Por fin María Thins dijo algo.

—Bueno, muchacha, mi hija quiere saber cómo es que llevas sus pendientes —dijo esto como si no esperara que yo contestara.

Yo estudié su rostro de anciana. No pensaba admitir que se había encargado ella de darme los pendientes. Ni él tampoco; eso ya lo sabía. No sabía qué decir; así que no dije nada.

—¿Has robado la llave del joyero para cogerlos? —Catharina hablaba como si estuviera intentando convencerse a sí misma de lo que decía. Le temblaba la voz.

—No, señora.

Aunque sabía que sería todo mucho más fácil si dijera que los había robado, no quise decir una mentira que me afectaba personalmente.

—No me mientas. Todas las criadas roban. ¡Me robaste los pendientes!

—¿No los tiene ahora, señora?

Catharina pareció confusa un instante, tanto por que me atreviera a preguntarle nada como por la pregunta en sí. Era obvio que no había comprobado en el joyero después de ver el cuadro. No tenía ni idea si habían desaparecido los pendientes o no. Pero no le gustaba que le preguntara nada.

—Cállate, ladrona. Te mandarán a la cárcel —susurró—, y pasarán años antes de que vuelvas a ver la luz del sol —volvió a hacer una mueca de dolor. Le pasaba algo.

—Pero, señora...

—Catharina, no debes ponerte así —me interrumpió él—. Van Ruijven se llevará el cuadro en cuanto esté seco y podrás olvidarte de él.

No quería que hablara. Parecía que nadie quería que hablara. Me pregunté para qué me habían hecho subir cuando les asustaba tanto lo que pudiera decir yo.

Podría decir, por ejemplo: «¿Qué me dice de su forma de mirarme durante todas las horas que posé para el cuadro?».

O podría decir: «¿Qué me dice de su madre y de su esposo, que se han confabulado a sus espaldas para engañarla?».

O podría decir sin más: «Su marido me ha acariciado, aquí, en esta habitación».

No sabían lo que podría llegar a decir.

Catharina no era estúpida. Sabía que el verdadero problema no eran los pendientes. Deseaba que así fuera, estaba tratando de que lo fuera, pero no lo pudo evitar. Se volvió hacia su esposo.

—¿Por qué —le preguntó— no me has pintado nunca?

Cuando se miraron me sorprendió ver que ella era más alta que él y, en cierto modo, más firme.

—Tú y los niños no formáis parte de este mundo —respondió él—. Se supone que estáis fuera de él.

—¿Y ella? —chilló Catharina, señalándome con la barbilla.

Él no respondió. Deseé que María Thins y Cornelia y yo estuviéramos en la cocina o en el Cuarto de la Crucifixión o fuera en el mercado. Era algo que debían discutir solos marido y mujer.

—¡Y encima con mis pendientes!

Él se volvió a quedar callado, lo que irritó a Catharina aún más de lo que lo habían hecho sus palabras. Empezó a agitar la cabeza, de tal forma que los rizos rubios le revoloteaban alrededor de las orejas.

—¡No voy a permitir esto en mi propia casa! —declaró—. ¡No voy a permitirlo!

Miró a su alrededor, fuera de sí. Cuando sus ojos se clavaron en la espátula, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Di un paso adelante al mismo tiempo que ella avanzaba hasta el armario y la agarraba; entonces me detuve, incierta de lo que haría ella a continuación.

Pero él lo sabía. Conocía a su esposa. Avanzó a su lado cuando Catharina se dirigió hacia el cuadro. Ella fue rápida, pero él lo fue aún más: la agarró por la muñeca justo cuando iba a hundir en el lienzo la hoja en forma de diamante de la espátula. La paró justo antes de que la hoja tocara mi ojo. Desde donde estaba, vi el ojo bien abierto, un destello que acababa de añadir al pendiente y el centelleo de la espátula delante del cuadro. Catharina se resistió, pero él le agarró la muñeca con firmeza esperando que soltara la espátula. De pronto gimió y, soltando la espátula, se agarró el vientre. La espátula se deslizó por las baldosas hacia mis pies y luego giró y giró, cada vez más despacio, todos los ojos fijos en ella. Por fin se detuvo con la hoja apuntando hacia mí.

Se suponía que debía agacharme y recogerla. Eso es lo que debía hacer una criada: recoger las cosas de sus amos y volverlas a poner en su sitio.

Yo levanté la vista y lo miré y no aparté los ojos del gris de los suyos durante un largo rato. Sabía que era la última vez. No miré a nadie más.

Creí ver arrepentimiento en sus ojos.

No recogí la espátula del suelo. Me volví y me fui de la habitación, bajé las escaleras y salí por la puerta, apartando a un lado a Tanneke. Cuando estuve en la calle no volví la cabeza para ver a los niños, que sabía que tenían que estar sentados en el banco, ni a Tanneke, que tendría cara de malas pulgas porque la había empujado, ni a las ventanas del piso superior, donde podría estar él parado. No bien puse un pie en la calle eché a correr. Corrí por toda la Oude Langendijck y atravesé el puente corriendo hasta la Plaza del Mercado.

Sólo los ladrones y los niños corren.

Llegué al centro de la plaza y me detuve en el círculo de azulejos con la estrella de ocho puntas en el medio. Cada punta indicaba una dirección que podía tomar.

Podía volver con mis padres.

Podía ir a buscar a Pieter a la Lonja de la Carne y aceptar su propuesta de matrimonio.

Podía ir a casa de Van Ruijven, me recibiría con una sonrisa en los labios.

Podía ir junto a Van Leeuwenhoek y pedirle que me ayudara.

Podía ir a Rotterdam e intentar encontrar a Frans. Podía irme yo sola a algún lugar lejano.

Podía volver al Barrio Papista.

Podía entrar en la Iglesia Nueva y rogar a Dios que guiara mis pasos.

Me quedé dando vueltas alrededor del círculo, recapacitando sobre lo que hacer.

Cuando por fin decidí lo que sabía que debía decidir, posé mis pies cuidadosamente en el borde de la estrella y tomé la dirección que me marcaba esa punta, caminando segura.

1676

Cuando levanté la cabeza y la vi por poco se me cae el cuchillo. Hacía años que no había vuelto a verla. Estaba casi igual, aunque había engordado un poco y además de las antiguas marcas, en un lado de su cara se le veían ahora unas cicatrices; Maertge, que todavía venía a verme de vez en cuando, me había contado lo del accidente, lo de la grasa que le saltó a la cara al asar una pierna de cordero.

Nunca se le habían dado bien los asados.

Se había parado lo bastante lejos para no poder estar del todo segura de si había venido a verme. Estaba segura, no obstante, de que no se trataba de una casualidad. Durante diez años se las había apañado para evitarme en una villa que no era precisamente grande. Nunca me había tropezado con ella en la Lonja de la Carne ni en el mercado ni a lo largo de alguno de los principales canales. Pero también era cierto que yo no pasaba por la Oude Langendijk.

Se acercó al puesto de mala gana. Yo dejé el cuchillo sobre la tabla y me limpié la sangre de las manos en el delantal.

—¿Qué tal, Tanneke? —le dije tranquila, como si sólo hiciera unos días que no la veía—. ¿Cómo te va?

—Mi señora quiere verte —dijo Tanneke bruscamente, con cara de pocos amigos—. Debes ir a la casa esta tarde.

Hacía muchos años que nadie me daba órdenes de esa forma. Los clientes me pedían cosas, pero era distinto. Podía negarme, si no me gustaba lo que oía.

—¿Cómo está María Thins? —le pregunté, intentando no perder las formas—. ¿Y cómo está Catharina?

—Todo lo bien que pueden estar, con todo lo que ha pasado.

—Supongo que saldrán adelante.

—Mi señora ha tenido que vender algunas propiedades, pero les ha sacado sus buenos dineros. A los niños no les faltará nada.

Como en el pasado, Tanneke no dejaba escapar la oportunidad de cantar las alabanzas de María Thins ante quien quisiera escucharla, aunque ello significara extenderse en los detalles.

Dos mujeres se habían acercado y estaban paradas detrás de Tanneke, esperando a que las atendiera. Una parte de mí deseaba que se fueran, para seguir interrogando a Tanneke, sacándole más detalles, haciendo que me contara más cosas. Pero otra parte de mí —la parte sensata, aquella a la que me había aferrado durante los últimos años— no quería tener nada que ver con ella. No quería oírla.

Las mujeres bascularon el peso de su cuerpo de una a otra pierna mientras Tanneke ocupaba con firmeza el frente del puesto, si no del todo amistosa, al menos con una cara más suave. Se la veía considerar las piezas de carne que tenía delante.

—¿Quieres llevarte algo? —le pregunté.

Mi pregunta la sacó de golpe de su estupor.

—No —musitó.

Ahora compraban la carne de la casa en un puesto que estaba en el otro extremo de la Lonja. En cuanto empecé a trabajar al lado de Pieter se cambiaron de carnicero, tan bruscamente que incluso dejaron sin pagar una factura. Todavía nos debían quince florines. Pieter nunca se los reclamó.

—Es el precio que he pagado por ti —bromeaba a veces—. Ahora sé lo que vale una criada.

A mí no me hacía gracia que dijera esto.

Sentí que una manita me tiraba del vestido y bajé la vista. El pequeño Frans me había encontrado y se había colgado de mi falda. Le acaricié la cabeza, llena de rizos rubios, como la de su padre.

—¡Ah, mírale dónde está el pequeñín! —dije—. ¿Dónde has dejado a Jan y a la abuela?

Era demasiado pequeño para poder contestarme, pero entonces vi a mi madre y a mi hijo mayor que venían hacia mí atravesando los otros puestos.

Tanneke pasó la vista de uno a otro de mis hijos y su cara se endureció de pronto. Me lanzó una mirada de reproche, pero no dijo lo que estaba pensando. Dio un paso atrás y pisó a la mujer que estaba justo detrás de ella.

—Procura ir esta tarde —dijo, y se fue sin darme tiempo a responder.

Para entonces tenían once hijos —lo sabía por Maertge y por lo que se decía en el mercado—. Pero Catharina había perdido el niño que había dado a luz el mismo día que descubrió mi retrato y tiró la espátula. Dio a luz en el mismo estudio, no le dio tiempo de bajar las escaleras y llegar a su cama. El niño había nacido un mes antes de tiempo y era muy pequeñito y enfermizo. Murió poco después de su bautizo. Yo sabía que Tanneke me había echado la culpa de que el parto se adelantara y de la muerte de la criatura.

A veces me imaginaba el estudio con el suelo cubierto con la sangre de Catharina y entonces no comprendía cómo podía él seguir trabajando allí.

Jan corrió a reunirse con su hermanito y lo arrastró hasta una esquina, donde empezaron a tirarse un hueso de uno a otro.

—¿Quién era ésa? —me preguntó mi madre. Nunca había llegado a conocer a Tanneke.

—Una clienta —contesté. Solía protegerla de las cosas que sabía que la iban a inquietar. Después de la muerte de mi padre, todas las novedades, las diferencias o los cambios la asustaban como a un perro apaleado.

—Pero no ha comprado nada —observó mi madre.

—No. No teníamos lo que buscaba.

Me volví para atender a la siguiente compradora antes de que mi madre pudiera seguir haciéndome preguntas. Pieter y su padre aparecieron transportando media vaca. La dejaron caer sobre la mesa que había detrás del mostrador y agarraron sus cuchillos. Jan y el pequeño Frans dejaron de jugar con el hueso y se acercaron a mirar. Mi madre se retiró, nunca se había llegado a acostumbrar del todo a la visión de toda aquella carne.

—Me voy yendo —dijo, recogiendo la cesta de la compra.

—¿Podrías ocuparte de los niños esta tarde? Tengo que ir a unos recados.

—¿Adónde?

Alcé las cejas. Ya le había reprochado más de una vez que hacía demasiadas preguntas. Con la vejez se había ido haciendo más desconfiada, cuando no tenía nada de lo que desconfiar. Pero en ese momento, cuando sí que le estaba ocultando algo, me sentí extrañamente tranquila. No respondí a su pregunta.

Fue más fácil con Pieter. Él se limitó a levantar la vista de su trabajo y mirarme. Le hice una seña de asentimiento. Hacía tiempo que había decidido no hacerme preguntas, aun cuando sabía que a veces se me ocurrían cosas que no le contaba a nadie. Cuando en la noche de bodas me quitó la cofia y vio que tenía agujereadas las orejas no me preguntó nada.

Los agujeros se habían curado e incluso cerrado tiempo atrás. Lo único que quedaba de ellos eran unos bultitos de carne endurecida que sólo sentía cuando me apretaba los lóbulos.

Me había enterado dos meses antes. Hacía dos meses, pues, que podía andar por las calles de Delft sin preguntarme si lo vería. Durante todos aquellos años, lo había visto algunas veces de lejos, en su camino hacia la Hermandad o cerca de la posada de su madre o de camino hacia la casa de Van Leeuwenhoek, que no estaba muy lejos de la Lonja de la Carne. Nunca me acerqué a él, y no estaba segura de que él también me hubiera visto. Andaba por las calles con paso apresurado y la vista puesta en la distancia, no por descortesía o deliberadamente, sino como si estuviera en un mundo diferente.

Al principio lo pasaba mal. Cuando lo veía me quedaba paralizada allí donde estuviera, se me encogía el corazón y se me cortaba la respiración. Y tenía que ocultar esta reacción a Pieter y a su padre, a mi madre y a todos los curiosos del mercado, que no tardarían en criticarme.

Durante mucho tiempo pensé que tal vez todavía le interesaba un poco.

Pasado un tiempo, sin embargo, terminé admitiendo que siempre le había preocupado más mi retrato que yo.

Y cuando nació mi hijo Jan, me empezó a resultar aún más fácil de admitir. Mi hijo hizo que me volcara en mi familia, como lo había estado de niña, antes de entrar a trabajar de criada. Estaba tan ocupada con el niño y la casa que no me quedaba tiempo para ver lo que sucedía fuera, a mi alrededor. Con una criatura en mis brazos dejé de rodear la estrella de ocho puntas de la plaza preguntándome qué habría al final de cada una de ellas. Cuando veía a mi antiguo amo al otro lado de la plaza, no se me ponía el corazón en un puño. Ya nunca pensaba en perlas y pieles; había dejado de desear ver sus cuadros.

A veces me encontraba a otros miembros de la familia por la calle: a Catharina, a las niñas, a María Thins. Catharina y yo mirábamos ambas hacia otro lado. Así era más fácil. Cornelia me miraba desilusionada. Supongo que había esperado arruinar mi vida por completo. Lisbeth siempre estaba a cargo de los niños, que eran demasiado pequeños para acordarse de mí. Y Aleydis era como su padre: sus ojos grises miraban a su alrededor, pero estaban siempre perdidos en la distancia. Pasado algún tiempo, había otros niños a los que no conocía, o sólo reconocía porque tenían los ojos de su padre o los cabellos de su madre.

De todos ellos, sólo María Thins y Maertge me saludaban o me hablaban: María Thins hacía una leve inclinación de cabeza cuando me veía; Maertge se escapaba a la Lonja de la Carne para charlar conmigo. Fue ella la que me trajo mis pertenencias —el azulejo partido, mi libro de oraciones, mis cuellos y cofias—. Fue ella la que me fue informando a lo largo de los años de la muerte de la

madre de él; de que él entonces había tenido que hacerse cargo de la posada; de sus crecientes deudas; del accidente de Tanneke en la cocina.

Fue Maertge la que me anunció un día llena de regocijo:

—Papá me está haciendo un retrato igual que el que te pintó a ti. Sólo yo, mirando atrás por encima del hombro. Ya sabes que son los únicos cuadros que tiene con este tema.

No será exactamente igual, pensé. No exactamente. Me sorprendió, no obstante, que conociera el cuadro. Me pregunté si lo habría visto.

Tenía que tener cuidado con ella. Durante bastante tiempo no era más que una muchacha, y no me parecía adecuado sonsacarle demasiadas cosas de su familia. Tenía que esperar pacientemente a que ella me contara algún chisme. Y cuando tuvo edad suficiente para abrirse más conmigo, a mí había dejado de interesarme su familia, al tener la mía propia.

Pieter toleraba las visitas de Maertge, pero yo sabía que le molestaban. Se sintió aliviado cuando Maertge se casó con el hijo de un mercader de sedas y empezó a verme menos y a comprar la carne en otro puesto.

Y ahora me llamaban de la casa de la que había huido tan bruscamente hacía diez años.

Dos meses antes, estaba en el puesto fileteando una lengua de vaca para una clienta, cuando oí a una de las mujeres que esperaban a ser despachadas decirle a otra:

—Pues sí, imagínate, morir dejando once hijos y todas esas deudas a la viuda.

Yo levanté la vista, y el cuchillo me hizo un profundo corte en la mano. No sentí el dolor hasta que pregunté: «¿De quién estáis hablando?», y la mujer contestó:

—De Vermeer, el pintor. Ha muerto.

Me lavé las uñas con especial cuidado cuando terminé en el puesto. Hacía tiempo que había desistido de dejármelas completamente limpias, para gran regocijo de Pieter el padre:

—Ya ves como se acostumbra uno a tener los dedos manchados, igual que a las moscas — le gustaba decir—. Ahora que sabes un poco más del mundo, podrás darte cuenta de que es inútil empeñarse en tener siempre las manos limpias. En cuanto te descuidas, vuelven a manchársete. La limpieza no es tan importante como te creías cuando trabajabas de criada, ¿eh?

No obstante, a veces machacaba flores de lavanda y me las metía debajo de la camisola para enmascarar un poquito el olor a carne que me parecía tener siempre pegado al cuerpo, incluso cuando me encontraba lejos de la Lonja.

Fueron muchas más las cosas a las que tuve que acostumbrarme.

Me cambié de vestido, me puse un delantal limpio y una cofia recién planchada. Seguía llevando el mismo tipo de cofia, y probablemente mi aspecto no había cambiado tanto desde el día que entré a trabajar de criada. Sólo mis ojos eran menos inocentes y miraban menos asombrados.

Aunque todavía estábamos en febrero, el tiempo no era espantosamente frío. La Plaza del Mercado estaba llena de gente: nuestros clientes, nuestros vecinos, unas personas que nos conocían y que se darían cuenta de que era la primera vez en diez años que ponía un pie en la Oude Langendijck. En algún momento tendría que decirle a Pieter que había ido allí. Todavía no sabía si iba a tener que mentirle ni sobre qué.

Crucé la plaza, luego el puente que conducía desde ésta hasta la Oude Langendijck. No vacilé, pues no quería llamar la atención sobre mi persona. Giré bruscamente y tomé la calle. No estaba lejos —medio minuto después estaba en la casa—, pero a mí se me hizo una eternidad, como si estuviera viajando a una ciudad extranjera que no hubiera visitado en muchos años.

Como hacía un día bastante templado, la puerta estaba abierta y había varios niños sentados en el banco —cuatro: dos chicos y dos chicas, en fila, como lo habían estado sus hermanas mayores diez años antes cuando llegué por primera vez a la casa—. El mayor hacía pompas, como Maertge entonces, pero dejó de soplar en cuanto me vio. Parecía tener unos diez u once años. Pasado un momento me di cuenta de que debía de ser Franciscus, aunque no vi en él nada del crío que había conocido en mantillas. Pero también era verdad que de joven no me fijaba mucho en los niños. A los otros no los reconocí, salvo por haberlos visto alguna vez en la ciudad con las niñas mayores. Todos se me quedaron mirando.

Me dirigí a Franciscus.

—Por favor, dile a tu abuela que Griet ha venido a verla.

Franciscus se volvió hacia la mayor de las dos niñas.

—Beatrix, vete a buscar a María Thins.

La niña saltó obedientemente del asiento y entró en la casa. Pensé en la disputa que hacía tanto tiempo habían tenido Maertge y Cornelia para ver cuál de las dos iba a entrar a anunciar mi llegada.

Los demás no dejaron de mirarme.

—Sé quién eres —afirmó Franciscus.

—Dudo que me recuerdes, Franciscus. Eras muy pequeñito cuando te conocí.

Hizo caso omiso de mi observación; estaba siguiendo sus propios pensamientos.

—Eres la mujer del retrato.

Yo me sobresalté, y Franciscus sonrió triunfante.

—Sí, sí que lo eres, aunque en el cuadro no llevas cofia, sino un pañuelo azul y amarillo.

—¿Dónde está ese cuadro?

Pareció sorprendido de que le preguntara.

—Lo tiene la hija de Van Ruijven. Él murió el año pasado. ¿Lo sabías?

Lo había oído comentar en la Lonja junto con la vida secreta que había tenido. Van Ruijven no había vuelto a buscarme cuando me fui de la casa, pero yo siempre había temido que volviera a aparecer un día con su untuosa sonrisa y sus toqueteos.

—¿Y cómo has visto tú el cuadro si está en casa de Van Ruijven?

—Papá se lo pidió prestado un tiempo —me explicó Franciscus—. Al día siguiente de morir papá, mamá se lo devolvió a la hija de Van Ruijven.

Me coloqué la toquilla con manos temblorosas.

—¿Quería volver a ver el cuadro? —conseguí decir con un hilo de voz.

—Sí, muchacha —María Thins estaba parada en el umbral—. Y te aseguro que no ayudó a mejorar las cosas aquí. Pero para entonces su estado era tal que no nos atrevimos a decirle que no, ni siquiera Catharina.

Estaba exactamente igual; nunca envejecería. Un día sencillamente se iría a dormir y no se despertaría.

Yo la saludé con una inclinación de cabeza.

—Lamento mucho la pérdida que han sufrido y todas las dificultades que han tenido que pasar, señora.

—Pues sí. Bueno, vivir para ver. Cuando vives muchos años nada te puede sorprender.

No sabía cómo responder a sus palabras, de modo que me limité a decir algo que sabía con toda certeza.

—Quería verme, señora.

—No; es Catharina la que quiere verte.

—¿Catharina? —no pude evitar el tono de sorpresa.

María Thins sonrió con amargura.

—Ya veo que no has aprendido a guardarte para ti tus pensamientos, ¿no es verdad, muchacha? No importa. Supongo que te irá bien con el carnicero mientras no pida demasiado de ti.

Abrí la boca para hablar, y luego la cerré.

—Así está mejor. Vas aprendiendo. A lo que vamos ahora: Catharina y Van Leeuwenhoek te esperan en la Sala Grande. Él es el albacea del testamento, ¿entiendes?

No entendía. Quería preguntarle qué significaba todo aquello y qué pintaba allí Van Leeuwenhoek, pero no me atreví.

—Sí, señora —dije sencillamente.

María Thins soltó una breve risita.

—La criada que más problemas nos ha dado en toda la vida —murmuró, agitando la cabeza, antes de desaparecer dentro de la casa.

Entré en el zaguán. Todavía había cuadros allí colgados; algunos me resultaron conocidos, otros no. Medio esperaba verme entre los bodegones y marinas, pero no, no estaba. Obviamente.

Eché un vistazo a la escalera que subía al estudio y me detuve con el corazón encogido. Volver a estar en la casa, su estudio encima mío, me parecía más de lo que podía soportar, aunque supiera también que él ya no estaba. Durante muchos años no me había permitido pensar en las horas que había pasado a su lado moliendo los colores, sentada a la luz de la ventana, viéndolo mirarme. Por primera vez en dos meses me hice plenamente consciente de que había muerto. Estaba muerto y no iba a pintar ningún cuadro más. Había muy pocos; había oído que nunca se avino a pintar más rápido, como querían que hiciera María Thins y Catharina.

Sólo cuando una chica asomó la cabeza por la puerta del Cuarto de la Crucifixión, hice un esfuerzo, respiré hondo y me encaminé por el pasillo al encuentro de Catharina. Cornelia tenía ahora más o menos la misma edad que tenía yo cuando entré a servir en la casa. Sus cabellos pelirrojos se habían oscurecido durante estos diez años y los llevaba sencillamente peinados, sin lazos ni trenzas. Con el tiempo había dejado de ser una amenaza para mí. En realidad casi la compadecía: en la cara se le notaba lo falsa y astuta que era, algo que afearía a cualquier chica de su edad.

Me pregunté qué iba a ser de ella, qué iba a ser de todos ellos. Pese a la confianza de Tanneke en la pericia de su ama para los negocios, eran muchos de familia y tenían muchas deudas.

Había oído en el mercado que hacía tres años que no pagaban al panadero, y después de la muerte de mi amo, el panadero se había apiadado de Catharina y había aceptado un cuadro como pago de la deuda. Por un instante pensé que tal vez Catharina también iba a darme un cuadro para saldar lo que le debía a Pieter.

Cornelia escondió la cabeza y yo entré en la Sala Grande. No había cambiado mucho desde que yo trabajaba en la casa. La cama seguía teniendo los cortinajes verdes, ahora un poco descoloridos. También estaba el armario taraceado de marfil y la mesa y las sillas de cuero de estilo español y los cuadros de la familia de él y los de la de ella. Todo parecía más viejo, más polvoriento, más ajado. En el suelo faltaban algunas de las baldosas rojas y marrones y otras estaban rajadas.

Van Leeuwenhoek estaba de pie de espaldas a la puerta, las manos cruzadas detrás, observando un cuadro que representaba a un grupo de soldados bebiendo en una taberna. Se volvió completamente y me saludó con una inclinación; era el mismo amable caballero de siempre.

Catharina estaba sentada a la mesa. No iba vestida de negro como yo había supuesto. No sé si con la intención de provocarme, llevaba puesta la pelliza amarilla ribeteada de armiño. Ésta también parecía raída, como si hubiera sido muy usada. Las mangas tenían varios rasgones mal cosidos y en la piel se veían las calvas típicas dejadas por las polillas. No obstante, ella cumplía con su papel de elegante señora de la casa. Iba bien peinada y se había empolvado el rostro; también se había puesto el collar de perlas. No llevaba los pendientes.

Su rostro no hacía justicia a su elegancia. No había polvos que pudieran ocultar su rigidez e irritación, su temor, su repulsa. No quería verme, pero no le quedaba más remedio.

—Quería verme, señora.

Pensé que era mejor dirigirme yo a ella, aunque al hablar miré a Van Leeuwenhoek.

—Sí.

Catharina no señaló a ninguna silla, como lo habría hecho de ser yo otra dama. Me dejó de pie.

Se produjo un incómodo silencio, ella sentada y yo de pie, esperando a que empezara a hablar. Sin duda estaba esforzándose por encontrar las palabras. Van Leeuwenhoek balanceó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

No traté de ayudarla. No parecía que hubiera manera de hacerlo. La vi manosear los papeles que tenía sobre la mesa, recorrer con el dedo el contorno del joyero, que estaba a su lado, tomar la brocha de empolvarse y volver a dejarla. Se limpió las manos con un paño blanco.

—¿Sabías que mi marido murió hace dos meses? —empezó a decir por fin.

—Sí, me he enterado, señora. Me apenó mucho oírlo. Que en paz descanse.

Catharina no pareció escuchar mis vacilantes palabras. Sus pensamientos estaban en otro sitio. Agarró de nuevo la brocha y se la pasó por las yemas de los dedos.

—Ha sido la guerra con Francia lo que nos ha llevado a esta situación. Ni siquiera Van Ruijven quería comprar nada. Y mi madre tenía problemas para cobrar las rentas. Para colmo, mi marido tuvo que asumir además la hipoteca de la posada de su madre. Por eso las cosas se pusieron tan difíciles.

Lo último que hubiera esperado de Catharina es que se parara a darme explicaciones de cómo habían llegado a endeudarse. Quince florines después de todo este tiempo no significan nada, me habría gustado decirle. Pieter los ha olvidado. No piense más en ello. Pero no me atreví a interrumpirla.

—Y además estaban los niños. ¿Sabes cuánto pan comen once niños? —levantó la vista y me miró brevemente, luego volvió a clavarla en la brocha.

Con un cuadro se pagan tres años de pan, respondí para mí. Un buen cuadro para un panadero compasivo.

Oí crujir una baldosa en el pasillo y el roce de la tela de un vestido acallado con una mano. Cornelia, pensé, sigue espiando. Ella también tiene su papel en esta representación.

Esperé, guardándome las preguntas que me habría gustado hacer.

Van Leeuwenhoek habló al fin.

—Griet, cuando se abre un testamento —empezó a decir con su profunda voz—, se ha de llevar a cabo un inventario de las posesiones de la familia a fin de establecer con qué bienes se cuenta en relación con las deudas. Sin embargo, hay algunos asuntos privados que a Catharina le gustaría arreglar antes.

Miró a Catharina. Ella no había dejado de jugar con la brocha.

Siguen sin gustarse, pensé. No coincidirían en la misma habitación si pudieran evitarlo.

Van Leeuwenhoek cogió de la mesa una hoja de papel.

—Diez días antes de morir me escribió esta carta —me dijo, y se volvió hacia Catharina—. Debes hacerlo tú —le ordenó—, pues son tuyos, no eran de él ni míos. Como albacea de su testamento ni siquiera tengo por qué estar aquí, pero era mi amigo y quiero ver cumplido su deseo.

Catharina le quitó el papel de la mano.

—Mi esposo no era un hombre enfermizo —dijo, dirigiéndose a mí—. No estuvo verdaderamente enfermo hasta un día o dos antes de morir. Fue la presión de las deudas lo que terminó poniéndolo frenético.

No podía imaginarme a mi amo frenético.

Catharina bajó la vista a la carta, miró a Van Leeuwenhoek y luego abrió el joyero.

—En la carta pedía que se te entregaran estos pendientes.

Los sacó y tras un momento de vacilación los dejó en la mesa.

Yo me sentí desfallecer y cerré los ojos, agarrándome con los dedos al respaldo de una silla para no perder el equilibrio.

—No volví a ponérmelos —declaró Catharina en tono amargo—. No podía.

Abrí los ojos.

—No puedo aceptar sus pendientes, señora.

—¿Por qué no? Ya los cogiste antes. Y además, no eres tú quien tiene que decidirlo. Él lo decidió por ti, y por mí. Ahora son tuyos, así que tómalos.

Dudé y luego me acerqué a la mesa y los recogí. Eran suaves al tacto y estaban fríos, tal como los recordaba, y en su curva gris y blanca se reflejaba todo un mundo. Los tomé.

—Ahora ya puedes irte —me ordenó Catharina, su voz acallada por unas lágrimas que no habían brotado—. He hecho lo que me pedía. No haré más de eso.

Se puso en pie, estrujó la hoja de papel y la tiró al fuego. Dándome la espalda, la vio prenderse y arder.

Sentí verdadera pena por ella. Aunque no lo vio, le hice una respetuosa inclinación de cabeza y otra más a Leeuwenhoek, que me sonrió.

«No dejes nunca de ser tú misma», me había advertido una vez hacía mucho tiempo. Me preguntaba si lo habría conseguido. No siempre era fácil saberlo.

Atravesé la habitación, apretando los pendientes entre los dedos y haciendo sonar las baldosas sueltas. Cerré suavemente la puerta detrás de mí.

Cornelia estaba parada en el pasillo. El vestido marrón que llevaba puesto había sido zurcido en varios lugares y no estaba todo lo limpio que debería. Cuando la rocé al pasar a su lado, me dijo en voz baja, ávida:

—Podrías dármelos a mí —sus ojos reían codiciosos.

Yo retrocedí y le di una bofetada.

Cuando regresé a la Plaza del Mercado, me paré en la estrella que ocupaba su centro a contemplar las perlas que llevaba en la mano. No podía quedármelas. ¿Qué haría con ellas? No podía contarle a Pieter cómo había llegado a poseerlas: eso significaba explicarle todo lo que había sucedido hacía tanto tiempo. En cualquier caso no podía ponérmelos: la mujer de un carnicero no lleva esas joyas, no más que una criada.

Rodeé la estrella varias veces. Luego me encaminé hacia un lugar del que había oído hablar, pero al que no había ido nunca, que estaba escondido en una callejuela de mala reputación detrás de la Iglesia Nueva. Diez años antes no me habría atrevido por nada del mundo a ir allí.

El negocio de aquel hombre era guardar secretos. Sabía que no me iba a hacer preguntas, ni decirle a nadie que había ido a verlo. Tantos objetos pasaban por su mano que había perdido la curiosidad por la historia que habría detrás de cada uno. Alzó los pendientes para ponerlos a la luz, los mordió y los sacó fuera para examinarlos.

—Veinte florines —dijo.

Yo asentí, tomé las monedas que me alargaba y salí sin mirar atrás.

Había cinco florines de más que no podría justificar. Separé cinco monedas de las otras y me las guardé en el puño. Las escondería en algún lugar que no pudieran encontrar Pieter o mis hijos, algún lugar que sólo yo supiera. No los gastaría nunca.

A Pieter le pondría contento el resto; una antigua deuda por fin saldada. Yo no le habría costado nada. Una criada que se había ganado su libertad.



Agradecimientos

Una de las fuentes más amenas e informativas sobre el siglo XVII en Holanda es *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age*, de Simon Schama (1987). Lo poco que se sabe sobre la vida y la familia de Vermeer ha sido ampliamente documentado por John Mondas en *Vermeer and His Milieu* (1989). El catálogo de la exposición de 1996 contiene unas bellas reproducciones y unos análisis claros y detallados de las obras.

Quiero agradecer a Philip Steadman, a Nicola Costaras, a Humphrey Ocean y a Joanna Woodall que charlaran conmigo sobre diferentes aspectos de la obra de Vermeer. Mick Bartram, Ora Dresner, Nina Killham, Dale Reynolds y Robert y Angela Royston leyeron el manuscrito y me dieron excelentes consejos, además de todo su apoyo. Gracias, finalmente, a mi agente, Jonny Geller, y a mi editora, Susan Watt, por cumplir tan bien su cometido.